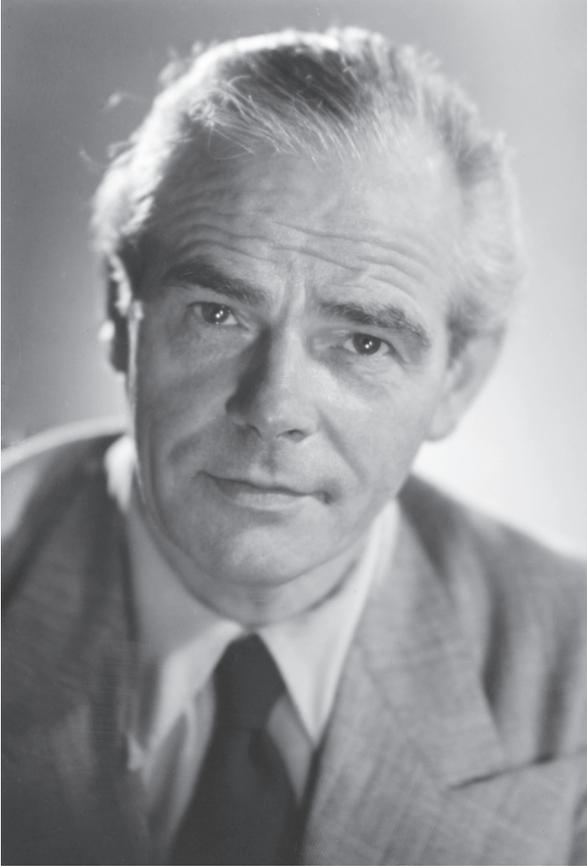


El ciclo del alma



Jozef Rulof



Jozef Rulof
1898-1952

Jozef Rulof

El ciclo del alma



El Siglo de Cristo

Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: info@rulof.org

Página web: rulof.es

En la cubierta verá un platillo de porcelana que lleva pintada una imagen que Jozef Rulof recibió del más allá. La imagen la pintó Lantos, el autor espiritual de este libro. Lantos dice al respecto: “Y esta es la tela de mi vida. Aquí me ven con mi paleta, pintando algunas de mis propias vidas. Las perlas de la sabiduría, a la izquierda y derecha, y el ‘Arpa de la Vida’, abajo a la izquierda. Un obsequio espiritual mío para Jeus (Jozef Rulof)”.

© 1938-2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Países Bajos, todos los derechos reservados.

El ciclo del alma, 2023

ISBN 978-94-93165-44-1

Contenido

Contacto y derechos de autor	4
Palabras del editor	7
Lista de títulos	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof	9
Lista de artículos	11
Jozef Rulof	15

1938

Prefacio	21
Introducción por el espíritu Lantos	25

Parte 1: La vida material

Mi juventud en la tierra	31
En mi nuevo entorno	43
La ruptura	49
Me hice artista	57
Maté	78
En mi calabozo	84
Meditaciones	90
En contacto con el mundo invisible	95
Puse fin a mi vida y la entrada en el mundo espiritual	99
Al mundo astral	123

Parte 2: La vida espiritual

Prefacio a la parte 2	131
El mundo astral	133
El hombre en la tierra visto desde esta vida	144
A mi calabozo	152
El mundo de lo inconsciente	161
El pasado	167
La esfera de los demonios	190

El fin de Marianne en la tierra	195
Mi paseo por la tierra	203
Hice mi última obra artística desde esta vida	209

Parte 3: La vida cósmica

Amor servicial	217
De vuelta a la tierra	255
A las esferas de luz	262
Tomé posesión de mi propia esfera; formación espiritual	265
La conexión cósmica	274
La concienciación en la tierra	278
Mi nacimiento y muerte en la tierra	281
Visité a Marianne y a Roni en la tierra	289

Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario. Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en rulof.es) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web rulof.es.

Un saludo afectuoso,
La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo
2023

Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)

Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web rulof.nl, se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno
34. Dante y Doré
35. Ángeles

36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá
- Parte 2 Nuestras reencarnaciones
41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento
72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué

76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación
- Parte 3 Nuestra alma cósmica
81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnia Fuente
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado
110. Animación de nuestro viaje cósmico
- Parte 4 La Universidad de Cristo
111. La Universidad de Cristo
112. Moisés y los profetas
113. Autores de la Biblia
114. Dios

115. El primer sacerdote mago
116. El Antiguo Egipto
117. Pirámide de Giza
118. Jesucristo
119. Judas
120. Pilato
121. Caifás
122. Getsemaní y Gólgota
123. Apóstoles
124. Cuentos eclesiásticos
125. Evolución de la humanidad
126. Hitler
127. Pueblo judío
128. NSB y el nacionalsocialismo
129. Genocidio
130. Grados de amor
131. Almas gemelas
132. Maternidad y paternidad
133. Homosexualidad
134. Psicopatía
135. Demencia
136. La mediumnidad de Jozef Rulof
137. El Siglo de Cristo
138. Futuro luminoso
138. Instrumento de sanación definitivo
140. Aparato de voz directa

Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera

ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.

Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma

de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de ‘Jeus de madre Crisje’, bajo el nombre de “Jozef” y el nombre de su juventud, “Jeus”.

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influ-

encia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el “aparato de voz directa”. Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro ‘Dones espirituales’ que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1938

Prefacio

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro compuesto de tres partes lo he recibido desde el espíritu. Las partes se titulan:

‘LA VIDA MATERIAL’

‘LA VIDA ESPIRITUAL’

Y ‘LA VIDA CÓSMICA’

Es la descripción de la vida de un espíritu que se hace llamar Lantos y que muchos siglos atrás vivió en la tierra. Se me concedió recibir este libro de una forma muy curiosa.

Durante la Navidad de 1936, el espíritu Lantos me mostró en varias visiones su vida en la tierra. Vi sus años juveniles, varias escenas a edad más avanzada cuando se hizo artista, cómo mató a su amigo y lo encerraron en un calabozo, después cómo acabó con su vida terrenal y su entrada en el mundo espiritual. Después de percibir todo eso, oí decirle:

—Le he mostrado mi vida terrenal y mi entrada en el otro lado, pero lo que le voy a enseñar ahora son verdades en el espíritu.

De nuevo pasaron delante de mí diversas escenas: cómo volvía a nacer en la tierra, pero también cómo había muerto antes de su nacimiento. Después oí que dijo:

—Se me ha concedido contarle todo y dejar constancia de ello en tres capítulos. Ahora me voy y volveré a usted dentro de algún tiempo. Lantos.

A continuación, el espíritu se disolvió delante de mí y se quedó cortada la conexión espiritual. Aun así, todavía oí que Alcar dijo:

—Quédate esperando tranquilamente, Jozef, pronto lo sentirás a él, porque él incidirá en ti.

Pasaron meses. Una mañana, empecé a sentir una curiosa conexión. Es que sentía que me entraba la primera parte. Rodeando por el lado izquierdo del centro de los sentimientos, o sea, el plexo solar, empezaba a crecer esa parte del libro, hasta tenerla por completo en mí. Desde el otro lado no se me dijo ni una palabra. Algún tiempo después, sentí que me entró la segunda parte, que sentía a la derecha y alrededor del plexo solar, y seguidamente la tercera parte de la misma manera, que había ocupado un rinconcito en mis sentimientos por encima del plexo solar. Así que sentía dentro de mí las tres

partes y por mucho que quisiera, no conseguía liberarme de ellas, aunque lo intenté varias veces. Mis pensamientos fueron: ‘Ahora seguramente que comenzarán en breve’. Aun así, no ocurrió nada y llegó el verano. Una semana más y dejaría la ciudad para irme de vacaciones. Pero un sábado por la tarde sentí que de repente entraba en trance y todavía consciente de mis actos me hice con papel, cuando ya empecé a sentir que me iba más y más hacia las profundidades, hasta no saber nada. Habían empezado. Esa misma semana recibí la primera parte, a saber: ‘La vida material’. Después me fui de la ciudad.

El siguiente sábado regresamos y el domingo por la mañana se comenzó de nuevo. Esa semana se dejó constancia de la segunda parte de ‘La vida espiritual’. La primera parte se escribió a mano, pero la segunda y tercera se teclearon directamente en la máquina de escribir. Estaba disfrutando de unos días de descanso, pero se me dijo expresamente que no leyera nada de lo que ya había recibido. Más tarde, cuando ya había empezado la lectura, entendí esa medida de precaución, porque todos esos horrores me habrían turbado. Después recibí la tercera parte: ‘La vida cósmica’. En solo seis semanas se me transmitió todo ello. De este libro se dejó constancia de la siguiente manera. Preparaba la máquina de escribir y me quedaba esperando tranquilamente hasta que el espíritu Lantos tomara posesión de mí. No tenía que esperar mucho; poco después sentía cómo me iba hundiendo y cómo se me elevaba en la vida espiritual. Una vez entrado en trance, ya no sé nada de mi propia vida ni de lo que ocurre a mi alrededor o conmigo mismo. Entonces se ponen a trabajar mis manos, se interpretan los sentimientos del espíritu y las hojas van llenándose, una tras otra, de palabras mecanografiadas. Cuando en el otro lado se considera haber transmitido suficiente, se interrumpe la conexión y regreso a mi propia vida. Así uno podría seguir día tras día, pero a mí se me protege de forma maravillosa, porque mi líder espiritual se encarga de que no se me canse demasiado. Cuando quedó constancia de las tres partes, leí la obra entera. Cómo temblaba de emoción al leer esta biografía. Cuánta tragedia, cuánta profundidad humana y cuánto horror hay en esas escenas descritas por el espíritu Lantos. Merece la pena que profundicemos en ellas y sigamos el consejo de comenzar una vida más elevada.

Me pregunto esto: ¿Sería capaz yo de llevar a cabo todo eso en ese breve tiempo? ¿Yo, que solo fui a la escuela primaria, que no sé nada de las artes o de las letras, pero es que nada de nada, y que cuando el espíritu me controla ya ni sé que vivo? No, no soy capaz, a mí todo esto y todos mis libros me resultan un gran milagro. Sucede al margen de mis propias capacidades y vida, es un poder invisible —para mí lo es— el que me ha dado todo esto.

Ni siquiera sería capaz de anotar yo solo este prefacio, también en eso tuvo que ayudarme mi líder espiritual Alcar. ¿Sería entonces capaz de escribir este

fabuloso libro, todos esos problemas, esas situaciones horrorosas de la vida espiritual, todas esas leyes y milagros, descritos en estas tres partes, sin la ayuda de Alcar? Nuestros sentimientos no llegan tan lejos, a un ser humano terrenal le es imposible, porque poco sabemos de la vida espiritual. Es demasiado asombroso y demasiado profundo y, sin embargo, qué sencillo es todo. Cualquiera puede seguir esta vida, porque es rica en sabiduría espiritual. Es amor que me ha dado un ser humano desde el otro lado, que muchos siglos atrás vivía en la tierra. Desde lo más hondo de mi alma doy gracias a Dios por todo y me siento feliz de haberlo recibido. En verdad, ¡es un mensaje del otro lado! Lo he transmitido tal como lo he recibido. Que este libro brinde a muchos la convicción de una pervivencia eterna al otro lado.

La Haya, abril de 1938

J.R.

A mi Marianne

Introducción por el espíritu Lantos

Llegará el día, temprano para unos, tardío para otros, en que tú, hombre de la tierra, entres en la vida del espíritu. Digo que antes o después, cuando no te lo esperes, preparado o no, entrarás en esta vida. Muchos reciben en este lado dicha, luz, amor y belleza de las esferas y siguen viviendo así con armonía y felicidad celestial. Son los que ya en la tierra han asimilado esos tesoros espirituales por haber vivido como Dios quería. Han aceptado su pena y dolor y todas las demás desgracias, han llevado con valentía la cruz que Dios les puso sobre los hombros. Son seres que han inclinado la cabeza ante la Dirección Sagrada de Dios. Se han abierto a la Dirección Sagrada y han actuado dejándose guiar por una voz interior y están convencidos de la pervivencia eterna. El camino que recorren los lleva a mayores alturas, igual que el que hemos recorrido en este lado y que aún recorreremos. Son los que han despertado y son hijos de un solo Dios. Todo con lo que se encuentran en la vida queda tocado de felicidad, amor y luz del sol. En este lado reciben felicidad, y muchos esperan impacientes el momento de ser conectados con ellos. Los rodearán de amor puro. Volverán a ver a sus padres, hermanas y hermanos, amigos y conocidos. Proseguirán en felicidad celestial el camino hacia la perfección. Entonces habrá concluido el sufrimiento por toda la pena y dolor terrenales. Estos creyentes, estos simples de corazón, son todos hijos en el espíritu. Se conocen a sí mismos y se han desprendido de sus rasgos equivocados. No conocen el odio ni la pasión, pero son los fuertes de espíritu quienes han asimilado todo esto en la vida terrenal. Algún día, todos lo saben, entrarán a la tierra del otro lado, a las esferas de luz, y estarán despiertos y conscientes.

Pero, cómo entrarán aquí los que se quejan y claman: ¿Por qué y para qué? Cómo, si son demasiado débiles para aguantar. Cómo, si están dormidos por dentro. Si se sienten como una personalidad, subiéndose a un pedestal. Cómo, si odian y se consumen por la pasión. Cómo, si no creen en Dios ni en los mandamientos. Esos pobres de espíritu, esos muertos en vida, ¿cómo entrarán aquí? En este lado se ven ante una vida pobre e inconsciente y tendrán su morada en las esferas tenebrosas, allí donde les esperan el odio, la pasión y la violencia. Se encontrarán con los que durante su vida terrenal engañaron a la humanidad. Pueden pasar centenares de años antes de que entren a las esferas de luz. Centenares de años de pena, dolor y profunda miseria como no habrás conocido ni sentido jamás en la tierra. Aquí se les ofrece empezar una nueva vida. En la tierra no quisieron y eran demasiado débiles, vivían la vida terrenal de manera animal, denostando y destruyendo todo, también a

Aquel que les dio la vida, su Dios, el Creador del Cielo y de la Tierra. Aquí se encuentran ante esa fabulosa vida, la vida del espíritu, que desconocían y en la que no creían. En este lado, sus posesiones y felicidad terrenales supondrán dolor, aquí su vida será tenebrosa y fría. Ninguna erudición, ninguno de sus conocimientos tiene valor en este lado. Sus pedestales se desmoronan, su supremacía ha quedado destruida, siguen viviendo, pero con un profundo sufrimiento, casi inhumano. Y, ¿cómo entrarán a la vida eterna las personas que pusieron fin a sus vidas? ¿Cómo serán sus vidas si abandonaron la vida terrenal de esa manera? Oh, hombre de la tierra, estos pobres hijos humanos sufren lo increíble. Aquí entran a un espacio vacío, anclados a su vestidura material depuesta. Están solos y abandonados, no los rodea nada, ni gente ni animales, reinan el frío y las profundas tinieblas. Son los seres más infelices que llegan aquí. No sabes cómo son su pena y dolor. No hay pena, ni dolores materiales, ni enfermedades u otros tormentos terrenales que conozcas que puedan compararse con la pena de los que han puesto fin a su existencia terrenal. Sentirán la desgracia de sus vidas fallidas y vivirán todo lo que ocurra con el cuerpo espiritual. Pusieron fin a sus vidas, pero la vida no se deja destruir, porque la vida es Dios. En esta vida se ven ante esa misteriosa e incomprensible vida del espíritu y sufrirán hasta que hayan enmendado lo que en su día hicieron mal.

Ahora te contaré de mi atroz final en la tierra y de la vida en el otro lado, tal como yo entré allí.

Yo, llamado Lantos, fui uno de aquellos que pusieron fin a su vida terrenal. Maté a una persona, después a mí mismo, pero resultó que eso me era imposible. Entré a otra vida, la del espíritu. Lo que te voy a contar ahora es la verdad sagrada; es la ley de causa y efecto. Tuve que aceptar y enmendar lo que hice mal. De lo que te voy a hablar es del ciclo del alma, que prosigue su camino, a través de todos los siglos, a la fuente de toda vida, para alcanzar las esferas divinas. Voy a aclararte verdades increíbles y horribles, ayudado por quienes se llaman a sí mismos los despertados, los cósmicamente orientados, los que han completado su ciclo en la tierra.

En los libros anteriores que transmitimos a este médium, habrás leído que el ser humano posee dos cuerpos, de los que el cuerpo espiritual es el eterno, el que pervive. También habrás leído sobre las esferas, desde las tenebrosas hasta las más elevadas de luz y sintonización espiritual, sobre la mentalidad cósmica en grados y sobre estados universales. Han sido el baremo para medir tu propia sintonización vital, al menos si has llegado hasta allí y si tienes sensibilidad para ello. Has podido poner a prueba tu vida terrenal, comparándola con la de quienes han encontrado la luz desde la oscuridad. Quiero intentar ofrecerte una idea clara del significado de la vida en la tierra y responder a tus preguntas “¿Por qué?” y “¿Para qué?”. Tus plegarias, que

captamos, siguen un solo camino, el del ser sintonizado con lo más elevado. Intentaremos responder a tu pregunta de por qué Dios es capaz de aprobar todo esto.

¿Por qué unos tienen que perder antes de tiempo a sus padres y madres? ¿Por qué reinan el asesinato y la violencia? ¿Por qué unos lo tienen todo y otros tienen que perecer de hambre? ¿Por qué muchos sufren los tormentos que les imponen otros seres humanos? ¿Por qué hay que vivir y sufrir en la tierra? ¿Por qué toda esa pena, cuando hay un Creador, un Dios del Amor, que ama a todos Sus hijos? ¿Por qué Dios no los para y no les dice: “Hasta aquí y no más”? ¿Por qué los autócratas pueden seguir masacrando a sus prójimos y sesgar sus vidas por miles a la vez?

Los que ya han avanzado más en los sentimientos buscan la sintonización de su propio yo, de su vida, que ni conocen ni sienten. ¿De dónde venimos? ¿Cuánto tiempo llevamos ya de camino a la perfección? ¿Alcanzaremos alguna vez las esferas divinas? ¿Alguna vez todo se nos resolverá y serán respondidas entonces nuestras preguntas? ¿Existe la pervivencia? ¿Hay planetas donde viven seres humanos, o somos los únicos seres en este fabuloso universo? ¿Tiene el hombre voluntad propia, o está todo dirigido y regido (o sea, el curso de las circunstancias en las que se expresa la voluntad de Dios)? ¿Existen las casualidades? ¿Por qué a unos todo les sale bien y a otros todo mal? ¿Por qué tanta opulencia cuando hay millones de hambrientos? ¿Por qué todas esas preguntas, siempre de nuevo?

Hombre de la tierra: yo también, y los millones que viven en este lado, hacíamos todas esas preguntas cuando aún vivíamos en la tierra. Igual que tú, me preguntaba por qué y con qué fin a Dios le puede parecer bien todo eso, cuando es un Padre de Amor. ¿Por qué da a unos tanto poder y deja que otros mueran de hambre? Me hacía muchas preguntas, pero en la tierra no obtuve respuestas. Solo en este lado fueron respondidas. Aquí descubrí y comprendí lo que significa ser en la tierra. En este lado se me convenció de un Dios de Amor, y fue gracias a quienes me precedieron en la transición y que ahora viven en esferas más elevadas. Aquí descubrí el significado de toda esa pena en la tierra, por qué unos poseen la felicidad terrenal y otros deben pasar hambre. Sígueme en mi camino y acepta mi testimonio, por muy incomprensible que te pudiera resultar. Es la verdad sagrada.

Lantos

Parte 1: La vida material

Mi juventud en la tierra

Mi juventud en la tierra podría haber sido paradisíaca. Se me cuidó bien como hijo único y heredero de mis padres, que me querían mucho. Cuando me hiciera mayor de edad, tendría que tomar las riendas de sus tierras, bosques y demás propiedades. Sus propiedades terrenales formaban un patrimonio grande y poderoso. Estaban convencidos de que yo, Lantos Dumonché, los representaría de forma digna hasta en las más altas esferas de la sociedad, como le corresponde a un autócrata. ¡Porque era la voluntad de Dios! Durante siglos, nuestra estirpe había representado a este lugar; nuestra estirpe había nacido en la tierra para dirigir y mandar. Aún oigo decir a mis padres esas palabras y, sin embargo, fue hace casi novecientos años. Su Dios quería que yo, Lantos, actuara como lo habían hecho todas aquellas generaciones anteriores. Yo iba a ser un autócrata y salvaguardaría a mi afamada estirpe de la extinción. En mí se posaban las miradas de muchos, también la de Dios. Mis padres se desvivían por mí, y poder vivir aquello sería para ellos la mayor felicidad imaginable que Dios podía dar al hombre en la tierra. Le profesaban mucha gratitud. Una nueva generación significaba para ellos que Dios los amaba y privilegiaba. Elevaron numerosas plegarias y con ese fin mantenían amistad con muchos religiosos. Yo era su hijo único y heredero, de modo que no había otra opción de que así sucediera, pero el destino, u otro poder, decidió otra cosa, por lo que para mí mi juventud no fue de ninguna manera un paraíso.

Había alcanzado la edad de doce años, pero no era consciente de toda esta riqueza. Al contrario, me sentía como los demás niños que ni poseían ni conocían semejante riqueza.

Unos años más y la mayor felicidad de mis padres se haría realidad. Para eso vivían, para eso y nada más. Ninguna enfermedad u otras penas podrían eclipsar su felicidad terrenal, dado que tenían a su alcance cualquier ayuda terrenal. Su felicidad era indestructible, de eso también estaban convencidos. Tenían mucha fe, amaban a su Dios y actuaban conforme a Sus designios. ¿Cómo será su vida, si abandonan de esta manera la vida terrenal? Los religiosos de esos tiempos también lo confirmaron. Se les había dado un hijo, y un vástago significaba para ellos la reproducción de la estirpe.

En un antiguo protocolo, redactado siglos atrás, constaba que el que portaba el nombre de Lantos Dumonché había nacido para mandar. Al llegar el sucesor a la mayoría de edad, el actual gobernante iba retirándose y el primero aceptaba la gobernanza. De ese modo, el gobernador anterior iniciaba una vida tranquila pero bien meditada, para poder disfrutar de sus bienes

terrenales.

Al alcanzar la edad de doce años, ya se me asignó mi consorte. De tanto en tanto entrábamos en contacto. Pero ninguno de los dos era consciente de esta disposición. Jugábamos, nos divertíamos y de esa forma nos conoceríamos y, tal vez, nos amaríamos. En cualquier caso, para ella y mis padres era un hecho que nos casaríamos. Al cumplir los quince se nos comunicarían esos planes y tendríamos que aceptarlos. La voluntad propia, no aceptar, estaba fuera de cuestión.

No entendía yo la tarea encomendada a mis padres. Cuando mi madre me la comentaba no me llegaban sus palabras. Nunca se me dejaba solo, siempre había gente cuidando de mí, tanto hombres como mujeres. Lo que más me gustaba era jugar en la naturaleza, porque me atraía, allí me sentía vivo y feliz. En las muchas fiestas de mis padres, me presentaban a todo el mundo. Todos tenían que conocerme, pero tampoco eso me llegaba. No me daba cuenta del porqué de tanta agitación, ni de la razón para hacer tantas fiestas y celebraciones. Se derrochaba mucho oro terrenal, pero a los pobres no se les daba nada. Cuando cumplía años venían centenares de niños en mi honor. También ella, mi futura esposa, estaba entre los presentes y ella era la elegida entre todos ellos. Pero a la que yo amaba no la admitían. Era Marianne, mi pequeña amiga, la hija del jardinero a la que de tanto en tanto veía en el bosque. Me gustaba mucho, pero a mi madre le parecía una locura y lo prohibió.

Una de esas tardes sentí surgir en mí una aversión por todos esos niños ricos. Fue tan intensa que me tomó por sorpresa, tanto que se me podía ver en la cara. El final fue antes que de costumbre, se envió a los niños a sus casas y a mí me metieron en la cama. Pensaban que estaba enfermo. Avisaron a los hombres más sabios de ese tiempo. Me examinaron, pero no encontraron nada. Agotamiento, según diagnosticaron y por eso tuve que quedarme unos días en la cama.

Me daba perfecta cuenta de no estar ni cansado ni enfermo. Todo el caso me resultaba muy extraño, pero no se lo comentaba a nadie, por desconfiar instintivamente de todos y por tener un carácter taciturno. Lo asimilé yo solo y le di muchas vueltas. Sentía aversión por todos esos niños, pero aún más por mi madre, que rechazaba a mi amiguita. También sabía yo que tanto los padres de Marianne como los míos desconocían nuestros encuentros en el bosque. Se lo habrían prohibido y entonces nos habríamos quedado bruscamente separados. Por saber eso, me callaba mis sentimientos, y así surgió en mí, ya de niño, una desgana por esta vida, por la riqueza y por las fiestas de mis padres. Cuanto más me mimaban, más taciturno me hacía y más grande se hacía mi aversión por sus fiestas y cumpleaños. No estaba yo dotado de una mente privilegiada ni destacaba en alguna otra cosa. Mis fuerzas eran regulares. De modo que pronto se vio que no era como todos los demás de

mi estirpe que habían portado el nombre Lantos.

Aprender cualquier cosa me resultaba imposible, siempre volvía a olvidarla. Pero cuando se trataba de arte o historia, bastaba con que me lo dijeran una sola vez; entonces no se me olvidaba nada. Era lo que más me interesaba, sobre todo el arte. Todo lo demás que tenía que aprender había que repetírmelo muchas veces, hasta que entendieron que yo no servía para nada y me pusieron otros profesores. Pero también estos entendieron pronto que yo era o bien retrasado, o bien estaba enfermo, e incapaz de aprender, lo cual, sin embargo, era necesario para mi educación. Les resulté un caso perdido, y así fueron sucediéndose. Solo yo permanecía y no cambiaba.

Mi habitación infantil parecía un museo, un lugar donde se coleccionaban objetos de arte. Pero mi madre no lo veía así, porque ¿de dónde sacaba yo esos sentimientos de pacotilla? Esos sentimientos no formaban parte de nuestra estirpe. Se hizo una gran limpieza, pero otros objetos volvieron a ocupar el espacio y mi habitación infantil siguió siendo un museo. Ya no me era posible exhibirlos, pero cuando estaba solo, lo que por desgracia no pasaba muchas veces, entonces sacaba mis figuras y estatuillas y determinaba el valor de cada una. Tenía una sensibilidad por el arte muy desarrollada, para disgusto de mis padres. Consultaron a los sabios para ver cómo hacérmelo olvidar, porque era absurdo. Pero resultó imposible, aunque lo intentaron muchas veces, hablándome de otras cosas. Mantuve mi afinidad por el arte, al que me dedicaba con todo amor y total entrega. Fue el único abismo, la única pena que causé a mis padres durante mi juventud. En muchas otras cosas era un muchacho cariñoso, obediente, pero para ellos demasiado blando. Nació la sospecha de que así no llegaría a autócrata, tal como se deseaba de mí.

Cuando se trataba de arte, podía hacer cien preguntas y todas ellas, según oía decir yo a escondidas a los sabios, eran muy profundas y estaban formuladas con conocimiento del ser humano, lo cual les sorprendía mucho. Me examinaron repetidas veces, me prescribieron diversos ejercicios físicos, pero yo seguía amando el arte. Mi sensibilidad por el arte incluso aumentaba día a día, pero lo ocultaba, y sentía, por muy joven que fuera, que esta sensibilidad no guardaba relación alguna con mi cuerpo. No lograba entender sus análisis, y estoy seguro de que ellos tampoco me entendían a mí, igual que mis padres, por lo que en ese sentido seguí siendo un misterio para ellos. Se aceptaba, porque me creían débil, y a la larga lo achacaron a que padecía agotamiento. La vida agitada era demasiado cansada para mí; poco a poco, aseguraban los sabios, esos sentimientos irían remitiendo. Había que concederme algo, y eso es lo que hicieron mis padres, porque al parecer no había otra manera.

Por eso me dejaron hacer, y me dediqué a estar en la naturaleza. Ahora tenía más libertad para hacer lo que quisiera y justo eso era lo que deseaba. Me habían dado unos meses de asueto, sin que tuviera que estudiar, porque

mi cuidadora se encargaría en parte de enseñarme. Para todos me había convertido en un niño débil y se entiende que a mis padres eso les creara temores. Algo había penetrado en sus conceptos anticuados que hizo tambalear su confianza y fe en esta felicidad terrenal. Su estirpe siempre había recibido la bendición de una vigorosa salud. Por eso podría decirse que para ellos la vida terrenal era el paraíso. Pero yo, su único heredero, era débil, no cabía la menor duda. Y sin embargo era un niño normal. Pero ¿de dónde había salido esa sensibilidad por el arte? Les oía decir esas palabras.

No pensaba en por qué ocultaba mi verdadero carácter. No tenía ni la menor conciencia de estar haciendo algo malo, pero ya dije que las fiestas y todos esos niños ricos me producían aversión. Mi madre venía a verme al bosque todos los días. Me preguntaba cómo me sentía y le respondía según lo que me viniera en gana. Si me sentía feliz, entonces también la tranquilizaba, pero algunas veces era como si otra fuerza me obligara a atemorizarla, amargándole así su vida; en esos casos solía responderle “Sí”, en un susurro. Eso le hacía concluir que aún me faltaba para ser como ella deseaba que yo fuera. No tenía ni la más remota idea de quién y qué me incitaba a ello, pero sentía con claridad cómo esto surgía en mí. Era más veloz que mis propios pensamientos, quedaba dicho antes de darme cuenta. Entonces empezaba a darle vueltas, y solía darme pena haberle respondido de esa manera. Pero se me venía encima de forma tan inesperada e irresistible. Sin embargo, no le dedicaba mucho tiempo, para eso era demasiado joven, aunque sí entendía que para mí significaba libertad. Esos sentimientos hicieron aparecer también otros, desconocidos para mí hasta la fecha. No paraba de hacer pequeñas figuras de barro. En el bosque buscaba la tierra necesaria, y la amasaba hasta que estuviera lista. A mi cuidadora le sorprendía y me lo prohibía, porque me manchaba en exceso. Pero era incapaz de dejar de hacerlo; una y otra vez tenía que volver a prohibírmelo, aunque no había quien me corrigiera. Esa sensación crecía con cada figurita que creaban mis manos, adoptaban formas y les entraba vida. Salía como sin querer; las hacía sin tener que pensar. Le pedí que se lo callara, porque mis padres me lo prohibirían, pero gracias al amor que me profesaba, que más tarde le agradecí mucho, y aún le agradezco, pude dar rienda suelta a mis ganas. La quería mucho; era buena conmigo y nos entendíamos a la perfección. No me interesaba hacer nada más que eso, me rondaba la cabeza día y noche. Mis objetos no tenían una vida larga porque se deshacían, pero me sentía satisfecho de que al menos hubieran tenido vida. Aun así, no me dejaba tranquilo y busqué remedios para evitar que se desmoronaran. Y los encontré. Mezclaba la tierra con otra que sacaba del agua del estanque, amasándolas hasta que se quedaran secas. Así conseguía un material firme, listo para ser modelado. Enterraba en la tierra las figuritas que hacía, y ya disponía de distintos tipos. De golpe se me ocurrió

la idea de hacer un Dios. Para mí era una gran figura, sólida y fuerte. Pero de Su poder todavía no sentía nada. Todos hablaban de Él, estaba en boca de todos. ¡Se oía hablar de Él a diario! Empecé con dedicación a este trabajo y lo representé exactamente como era. Cuando lo terminé, le enseñé mi última creación a mi cuidadora, preguntándole:

—¿A quién cree que representa esta figura?

—A un caballero —respondió.

—¿A un caballero? —repetí su pregunta, sonriéndome porque no supiera quién era.

Entendió mi sonrisa y preguntó:

—Entonces, ¿quién es, Lantos?

—Dios —respondí—. Es Dios, mi Dios. ¿El suyo no es así?

Al parecer se había asustado, y me clavó una mirada pasmada.

—¿Dios, dice?

—Sí, ¿quién si no iba a ser? ¿Es que Dios no es como esta figura? ¿Es que le falta precisión? ¿No lo reconoce?

Le hice muchas preguntas seguidas, pero continuaba mirándome sin decir nada.

—¿Le sorprende? —le pregunté.

Me quedé decepcionado y ella lo sintió, porque dijo:

—Pero hijo, ¿cómo se le ha ocurrido esto? ¿Cómo se le ha ocurrido esta idea? —Entonces masculló algo así como—: ¡Y después dicen que no es normal, que es débil o que está enfermo!

La comprendí, pero no reaccioné y esperé a que siguiera respondiendo, pero ya no dijo nada más. Después le pregunté:

—¿Tampoco dirá nada de esto?

Asintió con la cabeza y se quedó con la mirada perdida y pensativa. La abracé y le di dos besos, en señal de buen entendimiento y mutua comprensión. Vi que le caían lágrimas, así que le pregunté:

—¿Está llorando? ¿Le hice daño? ¿No debería haber hecho esta figura?

—Pero Lantos, querido muchacho, ¡qué cosas dice!

Lo acepté como una señal de admiración y me sentí halagado. Qué orgulloso me sentía de mi figura. Los mayores tenían cada uno su propio Dios, y ahora yo tenía al mío.

—¿Sabe? —dije a modo de respuesta a sus últimas palabras—, ¿sabe que la quiero más que a mis padres? —Me miró con sorpresa, conmovida por dentro. Me tomó de la mano y me miró durante un tiempo a los ojos—. También quiero mucho a Marianne —añadí—, a todos los demás, no. —De haber sido algo mayor, habría sabido lo que se le estaría pasando por la anciana cabeza; pero ahora, todo eso se me escapaba y ya estaba pensando en otras cosas—. Ahora voy a hacer a Marianne —le dije, liberándome de su

abrazo y poniéndome a trabajar. Cuando me dedicaba a eso, sabía de antemano qué debía hacer; las ideas me venían solas. Cuando se me ralentizaban los pensamientos, sabía que no conseguiría crear nada. Era igual que con las palabras, cuando mi madre quería averiguar algo sobre mi salud. Pronto acabé la figura de Marianne, y también esta se la enseñé. Vi que temblaba, pero no lo entendía y solo estaba pendiente de su aprobación, porque era lo que me importaba.

—Lantos —dijo, mirándome muy asombrada—, es Marianne. Es ella clavada —dijo sin quererlo para sí misma—, pero capté las palabras, que me alegraron mucho. A renglón seguido dije:

—Pero entonces mi Dios también es auténtico, ¿no?

Ella sabía que nadie me había enseñado este arte, que mis padres me lo prohibirían, que no era propio de mi clase, y sin embargo dijo:

—¿Quién se lo ha enseñado?

—Nadie, es que me sale así —dije. No podría haberle respondido más claramente, pero sentía que no era yo mismo quien había hablado. Sucedió fuera de mi alcance, pero no lograba ponerle palabras y me parecía algo muy normal.

Hizo un sitio para Marianne junto a las demás figuras que ya tenía. También a ella la enterré; nadie debía saber nada. Quería hacerla feliz en cuanto viniera a verme al bosque. Sería un día radiante para mí. Pasaron algunos días y a los sabios que me examinaron les pareció que había mejorado. Mis padres estaban muy felices, pero entendí que esos momentos pronto pertenecerían al pasado, lo cual me atemorizaba. En esas horas de angustia hablé con mi Dios de mis penas. Desenterré la figura, la coloqué en algo elevado y me dirigí a la figura. Solo podía hacerlo cuando estaba solo. No me atrevía a contarle el secreto a nadie, ni siquiera a la mujer que me cuidaba.

Pregunté a mi Dios si estaba enfermo, y le hice muchas más preguntas infantiles. Entonces era yo mismo y tenía que pensar y esforzarme por ser claro. Pero ese juego tampoco me dejaba satisfecho. Algunas veces me tumbaba durante horas, avizorando el cielo, donde veía diferentes figuras. Intenté plasmar algunas, pero sin éxito. Elaboré nubes y un sol, hice que radiara y lo sujeté a un árbol. Sentía cómo me entraba el calor de ese sol hecho por mí, y se lo conté a mi cuidadora. Le dio risa, pero me hizo bien, porque estaba abierto a la amabilidad.

Una tarde vino a verme Marianne. Había escapado de la casa paterna y había llegado con sigilo. Le pedí que me cantara algo, porque tenía una hermosa voz que yo amaba sin darme mucha cuenta. Le dije:

—Anda, cántame algo, te tengo preparada una sorpresa. Si no me cantas no te la doy.

—¿Qué es? —preguntó con mucha curiosidad.

—Primero a cantar —dije. Marianne se puso a cantar; era una canción que todos conocían en los alrededores. La admiraba y también la envidiaba, como se envidia de niño, por este maravilloso don. Cantaba como si le fuera la vida en ello. Cuando hubo finalizado su cántico, dijo:

—¡Y ahora la sorpresa!

—Ven —dije—, ven conmigo. —Saqué su figura de debajo de la arena y del musgo. Lo había envuelto en hojas por temor a que se rompiera—. Siéntate allí y mira quién es.

Marianne se reconoció, sobre todo por los rizos rubios. Los había trenzado con ramitas torcidas y con hojas, restregando barro por encima, y aguantaron, por precario que fuera. Se alegró mucho y se puso muy feliz.

—¿Quién te lo ha enseñado? —preguntó.

Dije:

—Nadie. Es para ti, pero tiene que quedarse aquí, junto a todas las demás figuritas.

Lo llamamos nuestra casa de arte; le pareció bien. Pero ¿de dónde me venía esa sensibilidad artística, esos conocimientos? No los había aprendido, ¿no? Cuento todo esto en detalle, porque quiero que veas lo puros que eran mis sentimientos infantiles ante mis aficiones, en este caso mi arte. Volveré sobre esto más tarde, cuando llegue el momento para ello. Jugamos juntos y nos divertimos, por lo que el día pasó volando, entrándome deseos de que ya llegara el siguiente. Esa noche llovió muchísimo. Cuando al día siguiente volví a mi rinconcito preferido del bosque, vi de inmediato que la lluvia había barrido mi sol. Había estallado, quedando reducido a tan solo una mancha amarilla por donde corrían hilos de agua. En el suelo y a lo largo del tronco había un limo amarillento. Había sido mi sol, que me procuraba calor. Esa noche había quedado destruida mi felicidad. Desenterré a mi Dios: también Él se había ablandado y deshecho. Mi Dios había fallecido y así se lo dije a mi cuidadora, que, sin embargo, no reaccionó, sino que me siguió muy atentamente en todo lo que hacía. Lo sentía, pero le pregunté:

—¿Le gustaría que le hiciera su propia figura?

Reflexionó largamente sobre mi pregunta:

—Si es capaz —dijo por fin. Bastó con que me lo dijera una sola vez para que me fuera volando para ir a por el material. Regresé y amasé la tierra hasta conseguir una masa firme.

Había estado mirándome un rato cuando preguntó:

—Y ahora, ¿qué hace?

—Matar —dije.

—¿Matar?

—Sí, si no, se deshace —respondí. Volví a sentir que este no era yo, estos pensamientos corrían más que yo. Pero seguí y ya había empezado a mod-

clarla. No me hizo falta para nada mirarla; la figura quedó terminada en muy poco tiempo. Una presión aquí, un pellizco allá, todo me venía de dentro, lo sentía muy claramente así. Mis manos solas amasaban la materia y la modelaban—. Permítame que me vaya un instante, de lo contrario no lo acabaré —le dije, después de trabajar un rato. Eso también la sorprendió, pero me fui. Regresé al poco tiempo, la figura estaba lista y se la exhibí.

En el mismo instante exclamó:

—Lantos, Lantos, ¿de dónde saca todo esto? Debo hablarlo con sus padres.

En cuanto pronunció las palabras, me asaltó una sensación incómoda. Sentí que se me oprimía el pecho, quedándome casi sin aire. Pensé que iba a desfallecer, pero después de unos instantes desapareció la sensación y me sentí otra vez normal. Todo había sucedido en solo unos instantes. Me quedé mirándola, y por muy joven e infantil que yo fuera, maldije el momento en que hice la figura. Había peligro y sentía por qué, pero no le encontraba una explicación.

—¿Se encuentra mal? —preguntó con suavidad y ternura.

—No, estoy bien —respondí escueta y severamente. Había hablado por primera vez como un Dumonché, y se asustó. Pero es que nuestra hermosa conexión se había roto y ya no le tenía confianza alguna. Mis sentimientos se alejaron de ella; me había quedado fuera de su alcance para todo. No entendía yo por qué, no entendía nada de todo esto, aunque sentía lo que quería, porque lo llevaba muy dentro.

Lo comentó con mis padres y de lo dicho deduje que había callado el “porqué”. Solo les dijo que yo la había puesto en su sitio con severidad y frialdad. ¿Y cómo se lo tomaron mis padres? Me encontraron como yo debía ser. Vieron en ello el verdadero carácter de su stirpe y se alegraron. De esa manera el incidente quedó cerrado y olvidado, pero yo había cambiado. A partir de entonces ignoré todas sus buenas intenciones. Seguí temiendo algo, pero ¿qué?

Suspiraba por Marianne; ya no confiaba más que en ella y solo a ella podía expresarle mis sentimientos. Mi amor por ella crecía.

Destruí la figura de mi cuidadora, perdió su lugar junto a las demás. Cuando me hacía preguntas, eludía responderle. Aun así, volvimos a acercarnos, porque siguió dándome su amor. Al cabo de unos días cedí; se le saltaron las lágrimas y me abrazó apasionadamente.

—Hijo mío, pero ¿cómo puede enfadarse así? —preguntó. Entendí así que no había comprendido mis sentimientos reales y que no sentía mi temor. Estaba yo luchando por algo como si de ello dependiera mi vida, pero ella, aun siendo mucho mayor, ¡no lo sentía! Estaba yo velando por “algo” que vivía a mi alrededor y dentro de mí, pero que yo mismo no entendía. Otros niños de mi edad seguramente también ocultarán su pequeño mundo cuan-

do se sienten incomprendidos. No se confían sentimientos a ningún ser si no los comparte o si no responde a ellos. Entonces la vida del alma se cierra de forma implacable. Los sentimientos del niño empezarán o bien a aletargarse o se desbordan. Conseguiré aquello por lo que suspira; se agudiza y se hace más consciente, hasta que madure y se manifiesten los verdaderos rasgos. Sobre eso construye el hombre su propio futuro. En los años siguientes, el espíritu se desarrollará, sobre todo cuando se anuncian la madurez masculina y la femenina. Entonces uno es consciente o está dormido, pero ese estado somnoliento es propio de quienes no viven ni sienten ni procesan ni poseen nada de lo que cuento aquí.

En mí había una fuerza que me impulsaba, y ellos pensaban que era debilidad, o sea, material, pero todo el problema solo se desarrollaba en mi interior. Esta fuerza se cerraba ante quienes no me comprendían. Pero cuando el ser humano adulto me rodeaba con la radiación de su amor, se abría como por sí sola, pasando yo a la fuerza del amor que me hacía feliz. Por eso también cedí ante quien era mi cuidadora y preceptora. Tenía yo completa certeza de que si ella hubiera contado la verdadera causa a mis padres, en ningún caso yo ya habría aceptado nada de ella. Eso facilitó mi acercamiento y la recuperación de mis antiguos sentimientos por ella. Le dije que no estaba enfadado, pero también que no debía hablar.

—No iré a incumplir su palabra, ¿verdad? —añadí.

—¿Mi palabra, dice usted?

—Su palabra —repetí sin dejar de mirarla.

Se me ocurrieron ideas nuevas y le pregunté:

—¿Quiere que le haga otra figura nueva?

—Como quiera, hijo mío —dijo, por lo que me fui sin esperar más. A los diez pasos de haberme alejado de ella sentí menos necesidad de modelar y me senté a pensar. No recordé el tiempo que estuve allí: pasó veloz, los pensamientos se me amontonaron, y me entró cansancio de tanto pensar, hasta que me dormí. Solo me desperté cuando oí que me llamaban por mi nombre. Tenía a Marianne enfrente. Recordé de inmediato lo prometido y no la saludé. Marianne no sabía lo que se me pasaba por la cabeza y me miró enfadada, dio media vuelta y se fue.

—No te vayas —le grité—, no te vayas.

Pero no quiso quedarse y ya había desaparecido. De nuevo me puse en camino, pero no lograba tener los pensamientos adecuados, y regresé. De lejos ya me estaba sonriendo mi cuidadora y entendí su sonrisa. Ya no se volvió a hablar de la figura, pero le dije:

—¿Sabe usted que pronto me iré de aquí?

—¿Que se irá pronto de aquí, Lantos? ¿Cómo se le ocurre eso?

—Se lo oí decir a mi madre, a escondidas. Ya estoy mejor, ¿no lo sabía

usted?

—No —respondió—, no sabía nada.

Pero al día siguiente vino mi madre a contárselo. Preguntó con interés cómo me encontraba y por cómo se sentía la cuidadora. Mi mirada fui de mi madre a quien me quería, y esperé mi sentencia de muerte. Ya sabía yo lo que iba decir, cuando dijo:

—El bosque le sienta bien, está mucho mejor.

Se decidió que en unos meses iría a otro lugar para recibir mi educación física. Habría nuevos preceptores que me darían sus fuerzas, pero mi vida en libertad habría acabado y empezaría una nueva. Al día siguiente conté la gran noticia a Marianne, que estaba muy tímida. Estuvimos vagando juntos por los alrededores, tomados de la mano, como dos enamorados. De pronto me dijo:

—Trenzaré guirnaldas y nos casaremos.

Estuve de acuerdo de inmediato con su plan y juntos nos pusimos a recoger flores para que la feliz fiesta fuera un éxito. Mi querido perro estaba con nosotros y el noble animal iba a ser nuestro hijo, una vez que hubiéramos contraído matrimonio. Pronto estuvieron listas las guirnaldas y regresamos a mi cuidadora que nunca se alejaba mucho de nosotros para no perdernos ni un instante de vista. Tomados de la mano nos acercamos a ella. Hablé yo y dije:

—Tiene que casarnos.

—¿Cómo dice?

—Que tiene que casarnos —repetí—, estamos decididos, porque pronto me iré.

El acontecimiento era de santa gravedad para nosotros. Después de observarnos y sentir que, a juzgar por nuestras caritas y actitud tan serias, tenía que seguir el juego, nos casó pronunciando algunas palabras. Nos habíamos convertido en esposo y esposa y Marianne hizo valer sus derechos de inmediato. Tenía que ser obediente, ser cariñoso con ella y darle preferencia en todo. Pero pronto nos olvidamos de nuestra unión y empezamos a buscar otros juegos para matar el tiempo. Pasábamos horas tumbados en el suelo, tomados de la mano, mirando el cielo, sin que ninguno rompiera el silencio. Era como si sintiera que pronto me extrañaría. Pero entonces de repente se levantaba de un salto y ponía tierra por medio. ¿Qué bicho le habría picado a esta muchacha tan descarada? Yo entonces empezaba a darle vueltas, sin poder averiguar la verdad. A veces volvía al cabo de unas horas y si le preguntaba sobre su marcha y sus arranques no me respondía. Sentía que me espiaba desde todos los ángulos y que no se comportaba como siempre. ¿Sería por mi partida? Cuando le pregunté si estaba apenada porque me iba, empezó a sollozar. ¡Pobre Marianne! Le acaricié sus rubios rizos y le prometí hacerle un regalo. Yo sabía que cuando cantaba se sentía feliz. Me tomó de la mano y

me interpretó su canción más preciada. ¡Cómo había empezado a amarla! Le dije que la quería muchísimo, aún más que a mis propios padres. Lo entendió completamente. Nuestras pequeñas almas buscaban calor, sobre todo la mía, porque no lo encontraba en mi entorno. Entonces volvíamos a tumbarnos y nos contábamos cosas bonitas. De improviso dijo:

—Vamos, Lantos, voy a enterrarte.

—¿A enterrarme? —pregunté. Un juego extraño, pero no me disgustaba y no quería decepcionarla. Yo iba a ser enterrado y ella lloraría a su cónyuge. Me enterró bajo una capa de tierra y de hojas, dejando libre mi cabeza, pero no debía abrir los ojos. Hice lo que me pedía, porque siempre era ella quien inventaba nuevos juegos. Me reía a carcajadas, pero ella se lo tomaba muy en serio. Lloraba a mares. Tenía las mejillas mojadas de lágrimas. Yo también me puse serio. Marianne se arrodilló a mi lado:

—Ay, cómo lo amé, pero ya dejó de existir —dijo. Era trágico, Marianne sentía verdadera pena humana. Mientras lloraba, empecé a sentir una curiosa fuerza dentro de mí. Empecé a temblar y a estremecerme y me sentí recorrido por corrientes frías. Quería poner fin al juego pero me resultaba imposible, estaba paralizado, se me había anulado el control sobre los miembros. Esos sentimientos se me quedaron durante bastante tiempo, pero alteraron nuestro juego. Después sentí que me iban volviendo las fuerzas.

Nos miramos a los ojos, y ambos sentimos que había ocurrido algo ajeno al juego. Sin habérmelo propuesto, me había tomado por sorpresa. Después nos reímos a carcajadas, y el juego, como tantos otros antes, ya era agua pasada. De improviso me pidió que le enseñara la figura. Cuando llegamos al lugar donde guardaba mi colección, saqué su figura, pero estaba impresentable, habiéndose convertido en una masa viscosa. Me insistió en que le hiciera una nueva. No hizo falta que me lo dijera dos veces y la figura salió aún más hermosa que la primera. La envolví en un paño viejo y la enterré de nuevo. No había abierto la boca en todo ese rato, pero cuando había guardado su efigie, dijo:

—¿Estás enfermo? Estás muy pálido.

—No —le respondí—, me siento muy bien.

Pero siguió mirándome fijamente, hasta que de repente se giró y desapareció. Me enfurecía que se marchara así de golpe. Fui corriendo detrás de ella, queriendo saber por qué se iba sin mediar palabra. Fue el único gran error que le detecté, pero me molestaba y me dolía. Dejaba de verla durante días, en los que divagaba en soledad, buscando alguna distracción o contándole mis penas a mi cuidadora. Ella tampoco era capaz de explicarme las razones del comportamiento de Marianne. Sus actos me producían quebrantos, rompían algo en mi interior, haciéndome sufrir. Entonces no había forma de alcanzarme y se manifestaba mi verdadera naturaleza a quienes me rodeaban.

Entonces rompía todo con lo que me cruzaba, y mis padres me alentaban. Porque ahora era uno de los suyos y habían desaparecido todos sus temores.

Transcurrió un tiempo y volví a ver a Marianne una sola vez. Le pregunté por los motivos de su repentina desaparición, pero no me contestó, ignorando la pregunta. Entonces perdí los estribos y la agarré para zurrarla. Pidió auxilio a gritos y a su llamada acudió mi cuidadora, que la liberó. Marianne aprovechó la situación para poner pies en polvorosa. Estaba furioso, pero no me atreví a medirme con la cuidadora, de modo que yo también salí escopetado, buscando refugio en la habitación. Allí volví en mí y sentí que había desaparecido mi temor por aquella cosa. Lo sentí desde el momento en que mi madre hablara con la cuidadora sobre mi partida. Ese momento estaba decidido, irremediamente. Pensaba en Marianne y pregunté a mi madre si podía ir a saludarla. Pero me lo prohibió, encogiéndose de hombros. Vendría a estar conmigo otra niña, a la que no soportaba y a la que no había visto en mucho tiempo. Pero la visita solo fue breve; mi humor sirvió para que acabara pronto y mi futura esposa se fue. No volvería a verla, otra fuerza había roto este vínculo; ni los espíritus ni los hombres podrían cambiar nada en eso.

A la mañana siguiente me llevaron a otro entorno donde se harían cargo de mi educación. Mi juventud, la época más hermosa de mi vida en la tierra, había terminado. No volví a ver a Marianne. A mi madre le parecía que entre Marianne y yo había un abismo infranqueable. A pesar de mi juventud, sentía su significado. Pero no me sentía como mi madre; su posición social, alcurnia, riqueza y dominio no me despertaban la conciencia. Antes de marchar, di las gracias a mi cuidadora. A ella tampoco la volvería a ver más.

En mi nuevo entorno

Todo esto lo he contado como en fogonazos; he descrito las imágenes y los sentimientos que venían al caso, pero he evitado al máximo todos los demás acontecimientos terrenales ocurridos en mi vida, por no guardar relación alguna con ello. Solo me importaban mis sentimientos internos y las fuerzas que se me imponían y a las que me era imposible sustraerme. No quiero describir más que aquellas cosas materiales que sean necesarias para que te hagas una idea clara y que te sirvan para seguir mi relato. A mí, estimado lector, lo que realmente me importa es la incidencia de poderes y fuerzas invisibles, por medio de las cuales viví, trabajé y actué, las mismas que tú también te encontrarás en la vida sobre la tierra, y que tal vez experimentes. Sea como fuere, cada uno vive algo, porque para eso estamos en la tierra. Unos son conscientes de la incidencia e intuyen esa dirección, otros duermen y viven otros sucesos. Pero todos esos problemas existenciales tienen un significado profundo. Juntos seguiremos por este camino. Ahora continúo.

Me llevaron a otro entorno, como ya dije, para hacerse cargo de mi educación. Mis educadores tenían que enseñarme, junto a otros muchos. Unos intentaban hacernos conscientes de los muchos rasgos del carácter y otros nos enseñaban el manejo de diferentes armas y otras muchas cosas. Íbamos de un educador a otro, pero por mucho que me esforzara, no me interesaba ni era capaz de asimilarlo. Pasaban los meses, pero no aprendía nada. No sentía amor por estas cosas, me chocaban. Fueron a informarse a donde mis padres, porque mis educadores se creían capaces de resolver el misterio, pero comprendí que la noticia sería terrible para mis padres. Así pasaron varios años. Iba a cumplir quince años, pero me sentía como si tuviera veinte. Era capaz de entender las intenciones de mis educadores y sentía el significado de sus severas llamadas al orden. No procedían directamente de ellos, sino que sentía que escondían una fuerza bien conocida: la de mis padres. Era la voluntad de mi madre la que hablaba por boca de ellos. Mi aversión por todo y todos, influida por mis padres, crecía cada día que pasaba, sobre todo después de cada llamada al orden que creían tener que hacerme. Empezó a desenvolverse mi carácter, se intensificaron mi aversión y odio, y me fui alejando más y más del entorno de ellos. Algunos rasgos se fueron acentuando, pero todos mis sentimientos estaban rebelándose, con un fuerte rechazo hacia mi propia alcurnia. Lo que de niño sentía como miedo, manteniéndolo oculto, pero sin comprenderlo, ahora lo entendía con nitidez, aunque me seguía resultando imposible ver el conjunto y entender su significado. Me estaba resultando un veneno, se dejaba sentir como desprecio y se transformaba en odio con cada

puñalada que me asestaban. De tanto chincharme y dominarme, solo fui alejándome más y más, como ya dije, de mi casa y de los que me querían. Pasaba revista, espiritualmente, a mis antepasados, y también a ellos los odiaba. No se me podía alcanzar, repelía todo y a todos que estuvieran relacionados con ellos. Por mi irradiación tristonera atraía pocos amigos y seguí viviendo en soledad. Todo ello no benefició nuestra relación. Me fui hundiendo cada vez más en mí mismo. Cuanto más severo el trato hacia mí, más me cerraba, hasta que lo intentaron con violencia. También esas medidas estrambóticas las achaqué a mis padres. Era evidente que no podía estudiar como otros, que se entregaban con total amor. No sentía amor por esta materia, me repelía, me era imposible ser de otra manera, por mucho que lo hubiera deseado. Pero tampoco sabía lo que quería en su lugar.

Me mandaban de un educador a otro, pero todos perdían la esperanza de poder enseñarme algo. No daba la talla en nada, salvo cuando se trataba de arte, en eso era uno de los primeros. En la infancia me interesaba la historia, pero ahora ya nada más que el arte, en concreto las artes plásticas. Atribuían esos rasgos a un mal pasado. Me era un misterio cómo los sabios habían llegado a esa idea. Pero mis sentimientos al respecto resultaron ser cambiantes.

A veces los tenía muy presentes dentro de mí, otras veces no me acordaba en días y todo me daba igual. Intentaban desvelar mi verdadero carácter, pero sin éxito. Según se me acercaran con más cariño, más fácil era alcanzarme. Pero la ceguera les impedía ver esa forma de acercamiento. En su lugar, aplicaban medios de fuerza, aunque yo seguía en mis trece. Mi carácter era insondable, no se dejaba intuir, yo mismo era ilocalizable, así que se encontraban ante un misterio.

Solo yo lo conocía, se lo podría haber resuelto, pero no lo hice. A mis padres no les concedía que confiaran en la felicidad ni un instante. Todo me daba asco, incluido yo mismo. Cuanto más se esforzaban por alcanzarme, más profundamente iba hundiéndome en todo ese secretismo. Alrededor de mi personalidad había una espesa niebla. Era díscolo e intratable. Entendía que mi alcurnia me protegía, si no el látigo habría pulverizado mi cuerpo.

Un día mis padres vinieron a deliberar. Otra vez pensaban en una enfermedad, pero se excluyó categóricamente la posibilidad. Me pusieron a prueba de diferentes maneras y los sabios me interrogaron. Todo sin resultado. Seguía implacable, era inalcanzable y no se me podía cambiar. Sentía un vacío, era incapaz de pensar en nada. Solo en un sentido era capaz de sentir y de responderles, de comprender todo: era con el arte. Pero a eso no accedían, porque había nacido para otras cosas, más útiles. Querían convertirme en un autócrata, mis orígenes y mi estirpe así lo exigían. Pero no había manera de cambiarme, aunque mis padres no lo veían así, por lo que consultaron de nuevo a otros sabios. Uno de ellos tenía afinidad con el arte y con él

permanecí año y medio, aprendiendo diversos requisitos para completar mi formación. Regresé a casa cuando estuve a punto de cumplir los dieciocho. El recibimiento fue de lo más triste. Ni mi madre ni mi padre permitieron que les dirigiera la palabra. No sentían nada por mí, de modo que volví a refugiarme en mí mismo.

Muchas cosas habían cambiado. Habían mandado que se marcharan mis educadoras y también los padres de Marianne. Sospechaban que todos ellos habían contribuido a mi perdición y los habían despedido. A mi cuidadora, a la que tanto quería, la habían tratado de forma inhumana. De esto supe en los alrededores, porque aún había gente que confiaba en mí. También el viejo sirviente de mi padre confiaba en mí, pero tuve que prometerle que mantendría todo en secreto, porque de lo contrario también sería el final de él. Un sirviente que cometía un acto de traición lo tendría que pagar con su vida. Seguíamos teniendo un cuarto de torturas para arrancarles secretos, y al comprenderlo, le juré que ni un solo pelo de su vieja cabeza canosa se vería dañado por culpa mía.

Había un ambiente terrible en casa, había que hacer algo, pero ¿qué? Huía de mis padres todo lo que podía. No me atrevía a presentarme en la mesa ni me invitaban a hacerlo. Yo mismo no tenía idea alguna de lo que iba a hacer. Carecía de suficientes conocimientos para hacerme con la administración e iba a ser un fracaso si me introducían como heredero, presentándome a todos los demás nobles. Esa vergüenza no la iban a poder sobrevivir.

Todo ello me lo comentó el sirviente de mi padre; era mi único nexo. Gracias a él aprendí cómo actuar si quería salvarme en este conflicto. Eran capaces de cualquier cosa, abundaban los mercenarios y los verdugos. En realidad, eso me asustaba, mi cuerpo me resultaba demasiado valioso.

¿Estaba siendo cobarde? ¿Es que no valía para nada? Empecé a hacerme preguntas, pero sin obtener respuestas. Durante días enteros vagabundeaba por la zona, solo y abandonado, pensando en los tiempos hermosos, ya pasados. El lugar donde jugaba con Marianne era ahora mi rincón predilecto. A veces me saltaban las lágrimas y me sentía la persona más desgraciada del mundo. Sin embargo, era rico, lo tenía todo, pero solo en lo que suponía la felicidad terrenal. Sin embargo, una felicidad así me resultaba carente de valor; la despreciaba y la odiaba. Ese odio se había hecho más intenso en los últimos días, empezaba a sentirlo como una maldición.

¿Era yo una persona maldita? ¿Por qué no era como deseaban que fuera? ¿De dónde venía esa incomprensible sensación de vacío? ¿Por qué no era como mis antepasados, un verdadero Dumonché? ¿Por qué era diferente de todos los demás que habían llevado el nombre antes que yo? Me surgían muchas preguntas, pero ni una sola obtuvo respuesta, por lo que me sentía muy triste. Cuando me asaltaba esa tristeza y descendía muy en mis profundi-

dades, entonces me parecía que no estaba solo. Pero ese pensamiento duraba poco, al surgir otros que lo volvían a apartar. El sentimiento de mis padres me perseguía. Iba detrás de mí de la mañana a la noche. Por las noches soñaba y deliraba, incapaz de conciliar el sueño. Me sentía inquieto y con miedo, e intentaba averiguar el misterio sin tregua. Se trataba de mí mismo, estaba convencido de ello. Pasaron semanas, pero no se presentó ninguna solución, al contrario: el ambiente estaba cargado. A la larga, esto no podía seguir así, algo tendría que cambiar. Por eso empecé a pensar en mi futuro.

¿Y si me esforzara al máximo y hablara con mis padres para llegar a un acuerdo? Pero acto seguido recaía en mi propio mundo, incapaz de pensar, porque yo no era normal. Pero ¿cómo podría conocerme a mí mismo? ¿De dónde habían venido esas fuerzas a mí? ¿Cómo podría servirme de ellas para cambiar y aprender mejor? A mi alrededor, y dentro de mí, había una niebla misteriosa. Tenía que hablar con ellos, quería saber lo que deseaban de mí ahora, después ya vería lo que tendría que hacer.

Solicité un encuentro, pero no estaban disponibles para hablar conmigo. Por segunda vez se negaban a recibirme. Sentí que el odio volvió a prender en mí y eso no mejoró nuestra relación. Volví a darle vueltas, intentando comparar su situación con la mía. Empecé por el momento en que nació. Su amor por mí, su felicidad y su razón de ser en la tierra los sentía. Intentaba descifrar sus intenciones, sopesando todo desde su punto de vista. Pero me rebelaba. Llegué a la conclusión de que no tenían derecho a negarme su amor paterno. Por no tener los sentimientos, ni la voluntad de mandar ni todas esas características que poseían mis antepasados, ¿por eso tenían que tratarme así? Tenían que aceptarme tal como era, pero pensaban que de mi parte había falta de voluntad. Había un problema que sí que me resultaba claro y de él hablaría con ellos cuando así me lo permitieran. Me quedaban por aclarar esos otros sentimientos que tenían que ver conmigo. Pero siempre me tropezaba con el primer pensamiento que se me ocurría.

Porque, ¿cuál era la razón para menospreciarlos, a ellos y todo lo que les perteneciera? Ya a temprana edad habían surgido esos sentimientos en mí. No habían cambiado; al contrario, se habían intensificado. ¿Por qué? ¿Con qué fin? Me amargaban la vida, y la suya. De niño habían hecho que me rebelara, a ellos les carcomía el corazón y les oscurecía su felicidad. Quería quitarme esto de encima, pero ¿sería yo mismo capaz de acabar con ello? Durante horas pensaba en esta cosa incomprensible. Pero mi sentimiento de cambiar quedaba arrancado de cuajo, mi voluntad de actuar, quebrada. Me sentía incapaz de superarme. Mis fuerzas y mi voluntad eran hasta cierto punto algo calculado, como mis actos y pensamientos, pero cambiar mis sentimientos no era posible, entonces mi voluntad se debilitaba. Seguía sintiendo, pensando y amando en una sola dirección. Aun así, intentaba una y otra vez ver su

estirpe y propiedad desde otro punto de vista, pero encallaba por completo. Me sentía como un extraño, a pesar de andar en terreno familiar. Esta era nuestra propiedad, aquí es donde debía sentirme feliz, pero ¿cómo me sentía ahora y ya en mi juventud? Me oponía a esa sensación, quería cambiar, ser feliz y transformarme por completo, para ser como correspondía a un Dumonché. A mi salud no le pasaba nada. Me sentía fuerte y vigoroso. Durante días permanecía en ese estado. Sin embargo, reaparecía mi desprecio, crecía mi odio por todo y maldecía el momento en que había nacido aquí. Me faltaban fuerzas para oponerme a ese sentimiento, era más fuerte que yo, destruía mi voluntad de llegar a ser como ellos tanto deseaban que fuera.

Una mañana, muy inesperadamente, me mandaron llamar. Me sorprendió. El recibimiento fue frío y distante. Junto a ellos me encontré con dos sabios, eso al menos es lo que sentía que eran. Mi padre me habló de esta manera:

—Queremos un último examen, accede.

Incliné la cabeza y me aproximé. Mi madre me perforaba con la mirada, no sentía yo en ella el más mínimo rastro de amor por mí. A ninguno de los dos les noté cambio alguno. Para ellos era un sujeto inferior, un problema, un individuo que destruía su futuro, felicidad y confianza. Pedí perdón a una fuerza distinta y más elevada por si había albergado sentimientos equivocados. Me sentía en un estado extraño, para nada atraído hacia ellos. En cuanto lo constaté, quedaron reducidos a escombros mis buenos propósitos que había sentido hacia ellos dos durante los últimos días. Reapareció mi desprecio, y mi odio mató mis buenos propósitos. Había un muro entre ellos y yo, y quedamos más distanciados que nunca. Me eran extraños, personas sin sentimientos o amor.

Los sabios entraron a la habitación colindante. Tuve que tumbarme en un lecho de reposo, pero primero me obligaron a desvestirme. Mis padres nos habían seguido. Hice lo que se me pedía, muy resignado, sentía en mí una paz desconocida. Me suministraron algo, por lo que empecé a sentirme mareado. El mareo se transformó en cansancio, y sentí que el sueño se apoderaba de mí, por lo que fui perdiendo la noción de todo. Por la noche me desperté. Era consciente de estar despertándome y me acordé de lo ocurrido. Junto a mi cama vi a una sombra que me sujetaba la mano. Vi que era un ser humano, pero envuelto en una emanación. Era consciente de todo lo que percibía. Después volví a dormirme y comencé a soñar.

Soñaba que vivía en otra ciudad y que era artista. Los honores y la fama estaban a mis pies. Residía en un edificio donde trabajaba en una gran escultura, a la que idolatraba. Sentía un gran amor por mi creación, porque me inundaba una gran felicidad. Podía reconocerme con claridad, pero me había hecho mucho mayor. Sentía que amaba, pero que me faltaba el objeto de ese amor. Ahora veía a un ser humano que irradiaba una luz verdosa; la figura

me daba miedo, por lo que me estremecí. Sentía animadversión hacia mí y resultó ser mi enemigo. También yo lo odiaba, y a pesar de ello permanecía alrededor mío. Era un joven hermoso, un adonis. Estábamos esperando a alguien. Iba a ponerme en comunicación con alguien, pero yo desconocía con quién.

De pronto sentí surgir en mí un terrible odio, salté encima de él de improviso y lo abatí a golpes. Había matado, me había convertido en un asesino. En ese mismo instante me desperté. El miedo me había empapado la frente de sudor. Sabía en qué había soñado, me acordaba de todo, pero me lo quité de encima y lo achaqué al nuevo examen. Seguía siendo todavía tan consciente de todo, que las imágenes, una a una, me fueron volviendo a la retina, sin que lo deseara. Después me dormí de nuevo.

El sol había alcanzado su cénit cuando volví a despertar. Junto a la cama vi a los sabios que habían hecho el examen. Me preguntaron cómo me sentía. Dije que me encontraba muy descansado, pero también les pregunté por los resultados.

—Estamos contentos —dijeron.

Les di las gracias, pero enseguida tuve pensamientos de rebelión, por sentir que no me podían o querían contar la verdad. Tuve que seguir en cama unos días más, después ya recuperé la libertad de movimientos. Pasaron los días sin que pasara nada llamativo. Al día siguiente me hicieron llamar. Entendí por ello que el examen me había beneficiado. Al entrar, mis padres me preguntaron cómo me sentía, lo que me sorprendió muchísimo. El rígido rostro de mi madre mostraba alguna calidez y proximidad, y la noté menos dura.

Les respondí cómo me sentía, por lo demás ya no se dijo palabra alguna, y se fueron. Volví a encontrarme abandonado a mi suerte y estuve divagando por los alrededores para recuperar fuerzas. Mi padre se había ido a cazar y mi madre mataba el tiempo con otras cosas. Cuánto asco me daban sus vidas.

La ruptura

¿En qué pensaban esos dos seres? ¿Eran mis padres? ¿Tenía que llevar la misma vida que ellos? ¿Había nacido para ir de caza, para luchar, robar y matar? Todos envidiaban la propiedad de los demás. El asunto era siempre robar y conquistar otros territorios.

En todo ese tiempo no me había percatado de mi sensibilidad por el arte, pero ahora se me imponía otra vez. Había algo en mí que estaba creciendo y a lo que no lograba resistirme. Era cada vez más intenso, y volvía a pensar en mi futuro. ¿Qué me quedaba por hacer aquí? Decidí hablarlo con mis padres, y a la mañana siguiente consideré que había llegado el momento. A mi padre le pareció ridículo y rompió a reír de forma apasionada, casi animal; me puse rojo de ira cuando también mi madre agravó el ya de por sí tenso ambiente con sus risas insultantes.

Les dije que no podía ser lo que deseaban de mí y que no había nacido para mandar. En esos momentos estaba jugándome la vida, pero había madurado mucho qué tenía que hacer. Lo que me movía venía de dentro, lo sentía con nitidez, y fui a por todas. Así que era consciente de lo que estaba haciendo y desafié el dominio de mis padres. Ya no se me permitió hablar más.

—¿Tú? ¿Artista? Es ridículo —repitió mi padre.

Aun así añadí que yo no era apto para lo que querían de mí y pedí:

—Déjenme hacer.

Pero fue la gota que colmó el vaso. Como un animal salvaje se me echó encima y me lanzó por la habitación. Después se fue, al igual que mi madre. Regresó y dijo:

—Te doy un día para que te lo vuelvas a pensar, más no. —Y volvió a desaparecer.

Me fui para recuperar la paz en la naturaleza. Sin que me diera cuenta, mis pasos me llevaron a mi rincón predilecto del bosque, donde tantas veces había estado con Marianne, y me senté a pensar. Me atravesó una enorme fuerza y mi decisión era tan firme que parecía estar grabada en lo más hondo de mi alma. Como fuera, tenía que irme de aquí lo antes posible, o me costaría la vida. Sentí claramente que tendría que dominarme en todo para evitar que lo sacara de quicio. Me quedé con la mirada perdida, pensativo, pero también la naturaleza había cambiado. Pisaba una tierra que me abrasaba por dentro y que odiaba. Entonces fui viendo pasar mi temprana juventud.

¿Dónde estaba Marianne? ¿Qué habría sido de ella y de sus padres? ¿Volvería a verla algún día? Esa pobre gente, ¿qué mal podría haber hecho? Eran inocentes. Aquí es donde me había cantado, aún oía su entrañable voz.

Qué felices habíamos sido ambos. Ahora me daba fuerza para luchar hasta el final. Luchaba por mi felicidad y por mis sentimientos, luchaba por mí mismo, eso al menos es lo que pensaba, porque, ¿para qué si no estaría viviendo todo esto? Los recuerdos me volvían uno tras otro; rebosaban alegría de vivir. En este sitio mi cuidadora nos había hecho marido y mujer. Qué afilados eran mis pensamientos ya por entonces. Allí entendí que no había cambiado en nada, había sido de esta manera desde niño. Cuando pensaba en mis cumpleaños, aquel otro ser hacía que me enfureciera. Esa felicidad no se la concedería nunca a ellos, no dejaría que me ataran, quería ser dueño y señor de mi propia vida. Hice trizas todas esas leyes y protocolos, porque tenía que intervenir actuando y entendía lo que tenía que hacer. Lo que podía acercarse significaba que mi vida pendía de un hilo. Podían hacer conmigo lo que les placiera. Su poder paternal era ilimitado, y ya me veía en el cuarto de torturas, donde me forzarían. Tenían derecho a hacerlo. Observaba mi pobre cuerpo y ya sentía los tormentos a los que se vería sometido. Un dolor punzante me atravesaba el pecho de solo pensarlo.

Hasta ahora no había rezado mucho, y sin embargo envié pensamientos hacia arriba en busca de ayuda. Mis adversarios eran demasiado poderosos para mí, iba a tener que morder el polvo. En mis pensamientos seguí durante mucho tiempo pidiendo ayuda y me entró una paz reconfortante.

Una leve brisa agitó la maleza, por lo que no pude evitar estremecerme. Lo sentí como una traición, porque ya no me fiaba de nada. Algo estaba cociéndose y el silencio me atemorizaba. La paz que había sentido hace un momento se disolvió y me convertí en el juguete de diferentes sentimientos. En todo lo que me rodeaba había una profunda paz, como a la expectativa de la tormenta que se acercaba. Daba tanto miedo que me parecía sentirla. Vi rayos y oí el crepitar del temporal. El rugido no dejó de aumentar y arrancaba de cuajo los mayores gigantes del bosque. Durante siglos habían resistido a los elementos, pero ahora toda esa belleza estaba quedando arrasada y destruida. Me asusté de mí mismo cuando sentí eso, palpándome para saber si estaba despierto o si soñaba. Estaba despierto, pero una extraña imagen me atravesó como un rayo. Volví a la imagen y tuve que aceptar que mi intuición había sido acertada. Todo a mi alrededor estaba destruido, de mi casa paterna no quedaba ni rastro. Allí donde un día había estado la orgullosa ciudadela de mis antepasados ahora solo había ruinas. Estaba oyendo gritos de auxilio y me precipité al lugar de donde venían. Mis pasos me llevaron a mi casa paterna y vi que todo se encontraba en perfectas condiciones. De golpe volví en mí mismo. ¿Cómo era posible? ¿De dónde vinieron esos sentimientos? ¿No había oído yo la tormenta, ni había visto caerse los gigantes del bosque ni había oído claramente los gritos de auxilio? ¿Es que estaba soñando, sin ser yo mismo? ¿Ya no era plenamente consciente de la vida a mi alrededor?

‘Será que tengo los nervios al borde del colapso’, pensé, ‘debo conseguir tranquilizarme’. Aun así me pareció asombroso, porque realmente había visto lo ocurrido.

Ahora todo estaba tranquilo a mi alrededor y regresé al lugar de donde había venido. También aquí había paz y silencio, mucho silencio incluso. Los pájaros cantaban su hermosa canción, que me hizo bien y que me hizo volver en mí mismo. Ay, qué cansado estaba. Pero ¿por qué no era como los demás niños? ¿Por qué esas cosas extrañas de hace un rato? Porque lo había sentido y me había atravesado, eso había sido muy claro. Allí, en ese árbol vi de repente rastros de mi sol, de mi luz. Ahora supe de golpe por qué lo había hecho. Anhelaba felicidad, luz y calor, pero no se me daba. Mi luz había sido destruida por los elementos. Si hubiera hecho lo que deseaban mis padres, ¿habría sido todo diferente entonces? No, claro que no, porque ya lo había intentado. Este incidente me alteró tanto que no fui capaz de pensar más en él. Ahora veía en todo peligro y destrucción. También mi Dios se había deshecho, Él, a quien se le llamaba Dios y al que se veneraba. No podía rezar y aun así pensaba mucho en Él, ya de niño. ¿Cómo había hablado con Él? Entonces mis pensamientos volvieron a mi luz. Había sido por un chaparrón, lenta pero tortuosamente mi felicidad y luz se habían desparramado. ¿Así era mi vida? ¿Era un símbolo de mí mismo? ¿Cómo llegué a pensar de esa manera? ¿De quién eran esos pensamientos? Me vi sensibilero, me levanté como un resorte y di un buen paseo. Me sentía febril, pero ya no apagado como unos días atrás.

¿Qué me habrían hecho esos sabios? ¿Habrían examinado mi cerebro? Pero ¿cómo? Porque no podían mirar dentro de mi cabeza, ¿no? Se me ocurrieron los siguientes pensamientos con los que me pareció que había descifrado el misterio. Me habían dormido y tal vez me habrían forzado a contarles, en contra de mi voluntad, mis verdaderos sentimientos. Pero ¿era posible eso? ¿Llegaba su sabiduría tan lejos? Uno de ellos me había atravesado con la mirada, lo que solo ahora entendí. Pero rechacé todos esos pensamientos, todo me era indiferente. Sin embargo, durante el paseo regresé a los tiempos en los que había andado aquí con Marianne, su mano en la mía. Había sido una época gloriosa. Habíamos jugado al “enterramiento” y le había hecho su figura. ¿Dónde estaría? Ah, en mi museo. Casi me había olvidado de mis pequeñas figuras. No tardé en llegar al lugar y reconocí el sitio donde estaban escondidas mis miniaturas. Qué feliz sería si Marianne aún viviera y conservara la forma, sin haberse desparramado como mi sol. Con cuidado aparté la tierra y, sí, la primera figura que saqué aún vivía. Tenía a Marianne delante de mí, la saqué de su tumba envuelta en paños, como una momia. Aún vivía y la figura se había endurecido, se había librado de perecer. Mi Marianne, mi querida pequeña amiga, solo a ti te amo. En ti podía confiar.

¿Dónde estás ahora? La apreté contra el pecho y le di un beso en la frente.

El parecido era enorme, los ojitos con los que me miraba brillaban como farolillos. Era como si me hablara, pero por mucho que agudizara el oído, no la entendía. También tenía la sensación de conocerla desde hacía mucho tiempo. Ese sentimiento iba más allá de mis años de juventud, podrían ser hasta cien años. No lograba expresarlo en palabras, porque era tan extraño, pero me parecía que la conocía mejor incluso que a mí mismo. Después vi la imagen de nuestra boda y en ella había igualmente algo curioso. Me sentía elevado, alejándome en sentimiento de la tierra, como si esta unión se celebrara en el cielo. De todas formas, incluso a mí me hizo gracia, porque la imaginación seguramente me estaría jugando una mala pasada. Pero qué entrañable se me había hecho ahora esta pequeña figura. Aunque odiaba la tierra de la que estaba hecha y la despreciaba por ser la de mis padres. A pesar de eso, quería conservar la figura; para mí era un gran tesoro, uno de los muchos recuerdos hermosos de mi temprana juventud.

Estuve un buen rato sumido en mis cavilaciones. ¿Dónde tenía que dejar a mi Marianne? ¿Me la llevaría a mi habitación? Allí corría peligro. No tuve que pensármelo mucho tiempo; la coloqué en el mismo sitio donde se había endurecido. Volví a casa sintiéndome feliz.

El día avanzaba y mañana tendría que responder a la pregunta de mi padre. Estaba dispuesto a llegar hasta el límite y me preparé para lo que me esperaba, por terrible que fuera. A la mañana siguiente hablé primero con mi madre, que me hizo varias preguntas y que se enfureció cuando le comuniqué mi plan.

—¿Cómo se te ocurren esas cosas? Eres una maldición para nuestra estirpe y te mereces ser torturado. Conmigo no cuentes, será tu padre quien tome medidas. Todavía hay tiempo, todavía puedes ponerte de nuestra parte si cambias tu parecer. ¡Artista! —añadió y estalló en carcajadas. Me perforaba con la mirada, pero conservé la calma, porque carecía de sentido hablarle, y esperé la llegada de mi padre. Cuando entró, preguntó de inmediato lo que había decidido. Me volvió esa imponente calma, que no era la mía. Sopesando cada palabra y reflexionándolo mucho le dije cuáles eran mis planes. Mientras me escuchaba enfureció y se puso rojo como un tomate, pero yo seguía intentando explicarle que no era apto para mandar y que quería seguir mis propios sentimientos. Entonces perdió la noción de sí mismo y se me acercó.

—¡Eres un rufián, un desagradecido! ¡Nos maldices y ahora te maldices también a ti mismo!

Mi calma lo fue desquiciando cada vez más y antes de darme cuenta ya había recibido un golpe de sus musculosas manos y me fui al suelo. Me quedé tirado en una esquina de la habitación, el golpe había sido tremendo. Mi madre estuvo observándolo todo sin oponerse. ‘Víbora’, pensé, ‘de esta forma

nunca me alcanzarás'. Mi padre corría de un lado para otro de la habitación y yo sentía que estaba en juego mi vida. Me quedé tumbado, estaba demasiado aturrido para poder levantarme.

¿Eran estos mis padres? ¿Debería amarlos? “Ella”, la que había estado contemplando este terrible juego, me había llevado en su vientre. Ahora estaba conociéndolos como nunca antes los había conocido. En ese instante me di cuenta de que sabía, incluso mejor que antes, lo que debía hacer. Había hecho la elección y la mantendría a costa de mi propia vida. Ya no quería quedarme aquí, porque ya no sería capaz de seguir viviendo. Los veía como seres animales, pero los animales vivían en libertad, mientras que a los seres humanos otros les obligaban a hacer lo que ellos querían. Fuera una equivocación o no, había que obedecer a toda costa. Pero yo no quería obedecer, ¡nunca! Reté sus fuerzas, dejé de sentir algo por él y por mi madre, porque la veía disfrutar ahora que mi vida corría peligro. Pensé que mi padre colapsaría en cualquier momento por cómo jadeaba. ¿Cómo terminaría esto?

De repente se quedó quieto delante de mí y me observó largo tiempo. Tenía los ojos inyectados en sangre, su furia había alcanzado el paroxismo. Me quedé mirando hacia adelante, pero me gritó:

—¡Mírame, desgraciado!

Alcé la mirada y me asusté. ¡Cómo había cambiado! Ya no era un ser humano, era un animal. Pero yo me sentía como un niño recién nacido, con capacidad de pensar, nada me estorbaba. Era como si todo esto no tuviera que ver conmigo. Era la misma sensación que ya había sentido varias veces modelando el barro, lo sentí muy claramente.

—Levántate —gritó—, levántate o te estrangulo.

Intenté levantarme, pero me fue imposible. Estaba demasiado aturrido, se me doblaban las rodillas y volví a caerme. Pensaba que me negaba a ponerme de pie:

—Levántate —gritó otra vez. Pero no podía y seguí tumbado. Entonces me agarró, me levantó muy por encima de su cabeza y me lanzó a varios metros de distancia. Allí me quedé tirado, callado como un muerto. Me manaba sangre de la boca, pero ni así bastó. De nuevo se puso enfrente de mí y me gritó a todo pulmón:

—Habla, vamos, habla, ¿qué quieres hacer?

No podía hablar, porque ya no tenía nada que decir. Me levantó por segunda vez, mi cuerpo volvió a volar por el espacio y me caí al suelo con un golpe seco. Otra vez me pidió que le dijera de dónde había sacado esas ideas. ¿Quién me había insuflado esas cosas diabólicas? ¿Quién me había contagiado y envenenado? Noté un fuerte dolor en el pecho y me sentí como quebrado. Mi madre lo dejó hacer, no dijo nada, consentía el tormento que me estaba afligiendo.

De repente él salió corriendo de la habitación. Mi madre se quedó, pero no abrió la boca. ¡Qué miserable me sentía! Unos minutos más tarde regresó y me arrojó unos documentos a los pies.

—Toma, malnacido, ¡fuera de mi casa! Tu cadáver envenenará este suelo si no consigo hacerte cambiar de idea.

Lo entendí de inmediato. Mi vida estaba a salvo, porque temía mi cadáver. Me recorrió una gran felicidad. Después ambos salieron de la habitación y me quedé solo. Unos instantes más tarde intenté moverme. ¡Ay, cómo me dolía todo! Hice acopio de todas mis fuerzas, porque aquí no podía quedarme tumbado. Enseguida me invadió el miedo, ¿me habría roto algo? No, podía moverme y después de mucho esfuerzo conseguí llegar a mi habitación. Me tumbé en la cama y después de descansar un rato me quité la ropa y me enjuagué con agua fría el pecho y otras partes del cuerpo con heridas. Me sentó bien y me refrescó en el acto. Entonces empecé a pensar, porque tenía que irme de aquí lo antes posible. Aún conservaba la vida, pero mi padre podría cambiar de planes. Entonces me esperaba el cuarto de torturas y eso sería mi final. Él estaba lleno de miedo, temor y superstición, pero yo no tenía nada de todo eso. Había recogido los documentos sin darme cuenta y me los había llevado. Estaba seguro de no haberlo hecho a propósito. ¿Qué clase de documentos eran? Los estudié uno a uno. Mi certificado de nacimiento y de origen los había destruido. Pero había uno que era valioso y que podría canjear. Ahora era mi única posesión de los muchos millones que él tenía. Una limosna, pero estaba satisfecho, no podía pedir más. Aún descansé un poco y después me prepararía para marcharme.

De improviso oí un leve sonido cerca de mí y escuché decir en voz baja “Lantos”. Contesté al susurro para que se acercara y el viejo sirviente de mi padre entró.

—¿Qué desea? —le pregunté.

—¿Puedo ayudarle? —me preguntó.

—¿Cómo se ha atrevido a venir aquí?

—Solo quería decirle que sus padres se han marchado por unos días. —El viejo leal me miró y siguió—: Si Dios mismo se lo pudiera decir, Él le aconsejaría marchar.

—¿De dónde ha sacado estas palabras y por qué me dice esto?

—Ya sabe que lo he conocido cuando era un niño. Cuando yo todavía era joven, y usted aún estaba en la cuna, se me predijo todo esto. Pero nunca dije nada de eso.

—¿Quién se lo predijo? —pregunté con interés.

—Una mujer, pero usted sabe que la colgarán si se enteran sus padres. Me dijo: “Esta casa sucumbirá. Que Dios le dé fuerzas para poder callar, si no su vida correrá peligro”. Y hasta ahora no dije nunca nada.

—Acércate, estimado amigo. —Lo tomé de las manos y las besé.

—¡Lantos, mi Lantos! Tiene el mundo ante usted. Que Dios lo guíe; que Dios lo bendiga.

Le agradecí estas palabras tan sentidas, porque sabía que era muy creyente.

—¿Estamos solos en esta casa?

—Estamos solos, pero tengo que partir.

—Adiós, amigo mío, adiós.

Cerró la puerta y se fue. Se había ido un amigo. Sin embargo, el sol brillaba en este lugar tenebroso gracias al amor y la fe de una sola persona. Era curioso lo que me había contado. Tenía relación con aquello que había percibido hacía unos días. Pero ahora tenía que pensar en mí mismo y actuar. Se habían marchado, a Dios gracias. Comprendí esta partida y me sentí agradecido.

Por la noche ya me sentí mucho mejor, pero aquí, en la casa, era incapaz de reflexionar en profundidad, así que me dispuse a hacer otro paseo. Me sentía bastante bien, no tenía nada roto. Pero ¿a dónde ir? Durante el paseo maduré mi plan y sentí a dónde iría. Probaría suerte en otro país. Quería hacerme artista, artista plástico. Me volvieron los sentimientos por el arte. Volví a sentirme como en la infancia. Iba definiéndose cada vez más conscientemente, con mayor nitidez y claridad. Llegué al sitio donde había ocultado a Marianne y me detuve, pensativo. Quería llevármela. Ella, mi querida amiguita, me inspiraría. Saqué su imagen y estaba perfectamente intacta. Al pensar en esos tiempos sentía que me recorría una corriente, que me parecía la felicidad. Estuve mirando la figura un buen rato. Habían sido las horas más hermosas que había vivido en mi vida. ¡Tal vez podrían volver!

Hasta bien entrada la noche permanecí en la naturaleza, que me aplacaba las heridas y que me reforzaba el espíritu. Aquí volvía en mí.

¿Era un maldito? ¿Pesaba sobre mí una maldición? Seguí dándole vueltas mucho tiempo. ¿Quién iba a maldecirme? Sin embargo, era extraño que hubiera repudiado desde joven nuestra propiedad. ¿Por qué tenía esos sentimientos? ¿Tenía un significado todo eso? ¿Por qué no quería esa riqueza? ¿No era mucho más fácil esa vida? ¿Ahora qué me esperaba? Sabía que lo que me esperaba sería más difícil. La felicidad terrenal la tenía aquí a mis pies. Podía dar órdenes, desahogarme sin preocupaciones, me servían y me llevaban en palmitas. Pero sentía el profundo abismo que me separaba de mis padres, su estirpe y su patrimonio. Todo, sin embargo, me resultaba un misterio y seguiría siendo un problema. ¿Era esto el amor entre padres e hijos? Todo me daba asco. ¿Quién poseía amor? Si había un Dios, ¿era entonces un Padre de Amor? ¿Podía aprobar todo esto? ¿Era esto lo que quería Dios? ¿Curioso que empezara a pensar en un Dios en el momento en que me esperaba una nueva vida! ¿Pesaba sobre la vida de ellos y sobre la mía una maldición? Esa maldición no me dejaba tranquilo; una y otra vez volvía a mis

pensamientos. ¿Volvería aquí todavía? ¿Alguna vez volvería a verlos a los dos? ¿Dónde y cuándo sería? Ya no quería verlos, eran inalcanzables. No quería vivir como ellos, de ninguna manera, no quería nada que formara parte de su patrimonio. Sentí en ese momento que iba a ser una separación larga, muy larga. ¿Sería para esta vida? ¿Existía la pervivencia? ¿Una vida después de la muerte? Si así fuera, ¿cabría la posibilidad de volver a encontrarme con ellos allí? ¿Nos entenderíamos entonces? ¿Era yo quien no los entendía? Ya me lo había preguntado más de una vez, respondiéndome a mí mismo, y aun así volvía a preguntarlo, una y otra vez. Finalmente, sin embargo, me resultó indiferente; me iría, y me iría lo antes posible.

Me hice artista

Llevaba a Marianne apretada contra el pecho como si fuera una niña. La apoyaba en mí y era como si durmiera. Había estado paseándome así durante horas. Quien me hubiera visto así me habría tomado por demente. Llevaba en los brazos al ser humano al que quería. Sin embargo, solo era un pedacito de tierra, pero a esa tierra iban vinculados diferentes sentimientos que me eran entrañables. ¿Era esto amor por el ser humano? ¿Eran pensamientos humanos puros? ¿O eran estos también falsos, ruines y malos, o imaginaciones? ¿Solo me aferraba a ella, buscando apoyo, por no tener a nadie? ¿Es que me merecía poder tener estos sentimientos? En cualquier caso, los aceptaba y me hacían feliz.

Cuando llegué arriba, la envolví en una tela de seda y la guardé.

—Que duermas bien, Marianne, ¡no te olvides que te quiero! No olvidaré nuestra juventud, siempre pensaré en ti, tal vez eso me reconforte.

Después junté lo necesario y salí a trompicones. Mi carruaje ya estaba preparado, me fui a toda velocidad, como si el diablo me estuviera pisando los talones. Conduje toda la noche, hasta la tarde siguiente, cuando hubo que cambiar los caballos. Me puse otra vez en camino. Quería abandonar este país lo antes posible, hasta entonces no encontraría paz. Tenía miedo de que al final sí perdiera la vida, y quería vivir, porque todavía era demasiado joven para morir. Aún no era mayor de edad, y aun así reflexionaba acerca de todo; tan joven como era, ya vivía las cosas más audaces. Ya de niño pensaba igual que los mayores.

¿De dónde venía ese fuerte desarrollo? ¿De mis padres? ¿Era algo que había heredado? Entonces, ¿por qué era tan diferente de ellos? ¿Creaba Dios distintos seres humanos? ¿No eran todos iguales? ¿Sabía Él lo que había creado? Pero entonces, ¿por qué todas esas contradicciones en los caracteres? ¿Por qué chocábamos? ¿Por qué aceptaban ellos su patrimonio y era para mí una maldición, y menospreciaba yo todo? ¿Qué sentido tenía y para qué servía esto? ¿Tenía un significado? ¿Sembraba Dios la discordia entre la gente? ¿Él, el Omnisciente? Me parecía que el hombre tenía más cosas del animal que de alguien con aptitudes intelectuales.

La naturaleza que me rodeaba era preciosa. Era tan perfecta que no se podía dudar de ella. Solo el ser humano no valía. Me iba a un país extranjero y estaba solo en este maldito mundo. Me atraían los lugares grandes, allí donde había vida. Quería ver vida y vivir yo mismo y que la vida me enriqueciera. Lo que tenía a mis espaldas para mí había muerto. Muerto lo estaba todo, solo Marianne vivía aún en mí. Esa noche descansé algo y al día siguiente

continué. Llevaba ya una semana fuera de casa y me alejaba cada vez más. Todos esos pensamientos sobre aquello fueron difuminándose. Sentía surgir en mí fuerzas completamente distintas. Por fin llegué al Sur, donde me quedé. Convertí mis papeles en efectivo, con eso tendría que pagarme todo durante unos meses.

No tardé en ponerme bajo la experta dirección de un gran maestro, que me dio mi primera formación. Yo era un alumno agradecido. Mi amor por el arte iba creciendo, comprendía qué quería decir mi maestro y progresaba rápidamente. El corazón se me desbordaba de alegría, todo iba como quería. El maestro estaba muy satisfecho conmigo. Aprendía casi día y noche, absorbía todo lo que tuviera que ver con el arte, lo asimilaba todo. Las clases más difíciles no me resultaban más que cosa de niños. Mi alma lo absorbía, era artista en cuerpo y alma. Qué feliz me sentía. Así fueron pasando los años, sin preocupaciones.

Allí permanecí más de tres años. De mis padres ya no tuve noticias. Vivía en el vasto mundo, podía ir a donde quería, porque era dueño y señor de mi propia vida. Mucho había cambiado en mí. Mi carácter empezó a desenvolverse, mostrando muchos rasgos, pero el rasgo más grande y bello que yo mismo sentía que poseía era mi gran entusiasmo por mi hermoso arte. Ese sentimiento crecía más allá de mí mismo; me perdía en él y me incitaba a hacer grandes cosas. Mi preceptor me auguró un brillante futuro. Mi arte tenía un estilo propio, que la gente no entendía. Me resultaba un misterio de dónde me venían esos sentimientos. Si continuaba de esta manera tendría que cambiar de maestro. Me recomendó a uno de sus amigos, que había alcanzado una altura imponente y con quien acabaría mis estudios.

Un año después decidí marcharme. Había sido como un padre para mí, lo quería en cuerpo y alma y lloré cuando tuve que partir.

—Tiene que ser así, querido Lantos —dijo—, tiene que ser así, conmigo ya no podrás aprender nada. Tienes que desarrollar tu talento hasta el máximo y para eso necesitas otros preceptores.

No me quedó más remedio que irme. Ahora me podía mover con mayor libertad, pero mi aspiración era una sola meta, un solo punto: alcanzar lo más elevado. Tenía yo ese don; era, como decía mi preceptor, un artista nato. ‘Así que gracias a Dios’, pensé, ‘no nací para mandar’. Ya no pensaba ni un segundo en el pasado, solo cuando me dijo estas palabras. Me establecí en una ciudad donde florecía el arte y acepté una religión, porque se requería.

No voy a describirte ahora la vida en aquella época, solo lo imprescindible. Sigo mi camino interior y prosigo contándote a quiénes me encontré en él y las cosas que viví.

Hay algo que en todos estos siglos no ha cambiado, por lo menos poco, muy poco. Es la vida interior del hombre, que es incapaz todavía de renegar

de su origen animal. El hombre no ha cambiado en nada; al contrario, es como si fuera cuesta abajo, pero en realidad no es el caso. Solo son estados pasajeros. A cada tropiezo hay que volver a intentarlo. Sondeando a un solo hombre se sondea y se siente a todo un pueblo, se sienten continentes enteros. Lo que vive el ser humano individualmente, lo vive un pueblo. Si se tropieza, entonces se tropieza el pueblo entero, tropiezan continentes enteros. Esto se ha establecido en la psicología cósmica; son leyes, es el ciclo del alma. Esa alma prosigue su camino para alcanzar las esferas divinas. La tierra tiene millones de años, al igual que el ser humano, pero este ser intelectual apenas ha sobrepasado al animal. Todavía es posible ver pasearse por la tierra a seres preanimales con aspecto humano. Ándate con cuidado. Evítalos, porque hasta dentro de centenares de años no se les podrá alcanzar.

Me puse a trabajar con el ánimo renovado. Admiraban mis capacidades e hice muchos amigos. Fue cambiando mi personalidad y empezó a sonar mi nombre. Veían en mí un futuro maestro. Pasaron años. Aprendía muchísimo y estaba contento conmigo mismo. Ahora entendía plenamente mi sensibilidad por el arte durante la infancia. Solo me quedaba el misterio de saber de quién había recibido ese don. Mucha gente me preguntaba si lo había recibido de mis antepasados. Podría haberles respondido, pero me callaba mi verdadero origen.

Le daba muchas vueltas a esto, porque, como ya dije, no entendía de quién procedían esas fuerzas. ¿De Dios? ¿De un poder más elevado? No me resultaba claro. Seguía buscando y preguntando y el problema se intensificaba. Era un analítico nato, quería saber de dónde venía yo, para qué servía todo esto. Quería conocer todos esos problemas existenciales. Era incapaz de digerir la dureza de la humanidad. Mis sentimientos fueron madurando conforme me fui haciendo mayor, y descendí al interior de la vida para conocer mejor esa verdad. Siempre estaba pensativo y ya decían que era un soñador. Me halagaba mucho que lo dijeran y me sentía orgulloso de que me vieran así. Sentía que tenía más años que la edad que había alcanzado. Por eso atraía a los compañeros mayores y me invitaban a estar con ellos.

Empezaron a hablar de mí. Quise terminar mis estudios con una gran obra de arte. El tema que elegí fue el de una madre con un niño y los representé a tamaño real. Puse en la obra el sentimiento con el que hubiera querido que mi madre me hubiera amado. La escultura tenía vida y se convirtió en un gran éxito. Puse en ella todo mi amor, mi alegría del alma en estado puro como la sentía y poseía de niño. La obra fue premiada. La sonrisa en el rostro de la madre hacía derretirse a corazones fríos. El niño, con ambas manitas levantadas, miraba a la madre y le suplicaba amor. Ese sentimiento grande y sagrado estaba en ambos seres. Eran dos almas unidas, que sentían, pensaban y amaban como una sola. Así es como había sentido de niño el amor mater-

nal, pero no se me dio; eso se alojó después a mucha profundidad en mí, sin que para ella, para mi madre, volviera a emerger más. Alrededor y dentro de mi creación estaba esta gran fuerza. Mi lucha juvenil, ya a mis espaldas, había hecho madurar y crecer mi sensibilidad por el arte. Iba al encuentro de mi felicidad a paso firme. Solo me interesaba por el cuerpo humano y su belleza. Logré superar las profundidades y así hice muchos amigos, pero también muchos enemigos. La gente no deseaba la felicidad de los demás, mataba por conseguir honores y fama. La vida humana carecía de valor, te quitaban la vida por nimiedades. Todo esto me indignaba y sufría por ello, pero ese sufrimiento no duró mucho.

Sentía que vivía con demasiada seriedad y por eso me lancé al torbellino de la vida desenfadada. Los siguientes años transcurrieron en medio de una borrachera de fama y honores. Iba siendo hora de buscarme la vida yo mismo, algo desconocido me impulsaba a ello. Me desprendí, busqué un alojamiento y tomé un servidor recomendado por uno de mis mejores amigos. Pero el hombre, que hacía todo por mí, no me daba confianza. Había algo que me estorbaba. Lo estuve buscando, pero no lo encontré. No podía sondear su carácter. Volví a preguntarle a mi mejor amigo, llamado Roni, si podía confiar plenamente en él.

—¿Cómo se te ocurre, querido Lantos? Soy tu amigo, ¿no? —dijo.

Ya me arrepentía de desconfiar de él, pero no lograba librarme del sentimiento, lo reprimí con violencia y ya no quise darle más vueltas. Había acordado con mi sirviente que no se le admitiría la entrada a mi taller a absolutamente nadie sin mi conocimiento. Porque no quería que nadie supiera en lo que estaba trabajando. Una y otra vez aparecía con mis nuevas creaciones, sorprendiendo al mundo y apabullando a mis compañeros. A los grandes, que aún estaban por encima de mí, también los alcanzaría. Pronto me convertiría en un maestro. Era hacia donde me enfocaba, a eso me llevaba mi arte. No me libré del odio ni de la envidia. En una de mis reuniones me lo hicieron sentir claramente. Uno de ellos era mi mejor amigo, lo que me causó mucho dolor. Él lo intentaba ocultar detrás de su bello rostro, pero aun así yo lo sentía. Cuando intenté sondear su carácter, no me resultó posible. Su figura era la de un adonis. Le dediqué muchas horas, pero ni así llegué a conocer su verdadero interior. Unas veces rebosaba simpatía y era mi mejor amigo; otras veces, de improviso, veía otra cara suya que me resultaba muy desagradable. Intenté librarme de él, pero eso tampoco resultó posible. Era como si un poder invisible nos mantuviera unidos. Me parecía haberlo conocido antes, pero no lograba acordarme. Sin embargo, su figura no me dejaba en paz. Siempre volvía a pensar en él, pero era y seguía siendo alguien inescrutable para mí. Mis sentimientos se correspondían con lo que había sentido de niño y que me incitaron a desprenderme de mi familia. Esa fuerza había triunfado, me había

ido y me había convertido en lo que quería ser.

¿Eran fuerzas invisibles? ¿Estaba yo sometido a una influencia, actuando bajo su dictado sin quererlo ni saberlo? Ahora sentía esas fuerzas de mi juventud más nítida y conscientemente; era como si estuviera despertando. Me aislé para reflexionar sobre este problema, dando largos paseos como antes. En la naturaleza se me aclararon muchas cosas. Es que sentía que ambas fuerzas eran una sola: una sola voluntad, un solo sentimiento dirigía todo esto. ¿Era Dios? ¿Era una fuerza Todopoderosa, que había creado el cielo y la tierra, al hombre y los animales? ¿Que dirigía y guiaba todo? ¿Había una dirección, o estaba sugestionándome cosas? ¿Qué era? Sentía verdadera amistad por mi amigo y, sin embargo, debía reconocerlo con honestidad, lo odiaba. Pero ¿por qué? ¿Por qué odiarlo? ¿Me había hecho algo?

Me tenía envidia, no me deseaba ni el lugar ni la altura que había alcanzado. Era algo humano, muy común, y no debía molestarme por eso. Pero seguía inquietándome, aunque sin averiguarlo, por muchas vueltas que le diera y por mucho que analizara todos sus rasgos. Mis sentimientos diferían de los suyos y aun así éramos amigos, muy buenos amigos incluso. Sus actos eran espontáneos, pero sin sensibilidad, muy en perjuicio de su arte. Su espontaneidad y afán de honor ahogaban las vibraciones más hondas de su alma, la fuerza para poder sentir en toda su amplitud sus creaciones. Se precipitaba en todo, sin reflexionar. No sentía el silencio de la vida. No era consciente de sí mismo en nada, actuaba en el momento y se entregaba por completo sin pensar. En su océano vital siempre había tormenta, que lo zarandeaba de aquí para allá, y se saturaba viviendo la vida tal como le venía.

Durante un tiempo me dejé guiar por él y vagabundeamos juntos por la vida desenfadada. Pero poco a poco fui buscando un puerto seguro. Esa vida me resultaba demasiado fatigosa, me moría por descansar, por el silencio, por volver en mí. Me pensaba y repensaba todo aquello con lo que me conectaba. Yo era un soñador y un pensador, como me llamaban. Pero él no alcanzaría mi altura si no se las apañaba para asimilar estos rasgos; solo entonces su arte cobraría vida. Yo tenía y sentía un solo objetivo, él tenía muchos. En la pintura, tal como se ejercía en esos tiempos, había alcanzado una gran altura, pero en las artes plásticas no me igualaría.

Yo ahora tenía fama y honores, todos los bienes terrenales estaban a mis pies. Aun así, algunas veces me invadía un estado de ánimo triste y no me sentía satisfecho. Pero cuando estaba así, veía que mi arte crecía y que adquiriría vida. Entonces veía a los hombres y los animales de otra manera y me resultaban más fáciles de alcanzar. Amaba, pero no llegué a conocer el verdadero amor. El amor que se me ofrecía no me daba nada. Era demasiado fácil de adquirir, ese amor era demasiado evidente. Cuando uno abría su corazón, quedaba ocupado por completo. La gente se dejaba seducir una y otra vez por

el deseo ansioso. Pero aprendí a cómo tenía que armarme, no quería que esos sentimientos jugaran conmigo y eso me puso a pensar. Descubrí y entendí su naturaleza. Aunque seguía buscando el verdadero amor, no lo encontraba.

¿Y si este amor no estaba en la tierra? ¿No tenían los demás seres un amor semejante? ¿No estaba en ellos esa fuerza que hace feliz la vida en la tierra? ¿No sabían lo que significaba el amor y no poseían la conciencia de que había que respetar los sentimientos de los demás? ¿No entendían nada de la felicidad verdadera y real, como la pretendía el Omnipoder? Y, sin embargo, como artista, quería a un ser así. Los ojos sonrientes de ella, suplicantes y mimosos, me eran entrañables. Su cuerpo entero era para mí un templo de belleza, gloria y felicidad. Podría dar la vida por este ser, pero entonces ella tendría que amarme verdadera y genuinamente.

Ya albergaba estos sentimientos en mi temprana juventud, pero ahora eran conscientes y estaban desarrollados. Esta felicidad imponente y formidable era la que deseaba poseer. Cómo deseaba mi alma entender, cómo anhelaba yo ese ser único, ese ser dulce y hermoso que me elevaría a lo más elevado y que espiritualizaría mi arte. Las personas que había conocido hasta el momento no poseían nada de esas elevadas fuerzas de los sentimientos. No poseían más que deseos animales, egoísmo y pasiones bastos humanos, que me daban asco. El sonido rítmico, que tenía que hacer cobrar conciencia a las fuerzas del alma más hondas, simplemente no estaba en ellos. Se desfogaban, erraban de una persona a otra. ¿Se había equivocado Dios, el Creador de todo eso tan fabuloso? ¿Conocía Su propia creación? ¿Por qué creaba diferentes especies y tantos sentimientos incomprensibles? ¿Por qué daba a ese ser aquella fuerza sin precedentes? ¿Por qué no había conectado lo femenino con lo masculino? ¿Por qué no les había dado una misma sintonización, para que se entendieran y sintieran un solo amor, viviendo conforme a Su voluntad? ¿No había sido esa la intención de Dios? De eso también hablaban las Sagradas Escrituras, igual que los sacerdotes.

No, no lograba dilucidarlo, no lograba abarcar yo este misterioso problema. Pero sí que me ocupaba y me preguntaba: ¿por qué y para qué? ¿Dónde iba a poder encontrar a este ser envidiable, dotado de una belleza radiante y de esa fuerza que hace feliz, convirtiéndose la vida en un paraíso? ¿Dónde estaba? Mi alma preguntaba por ese ser; yo ansiaba poder admirarlo. Daría la vida por una sonrisa, por un beso en la mano. Lo sentía, esas fuerzas habían cobrado conciencia dentro de mí. Con este estado de ánimo sombrío y anhelante suspiraba por un ser que sintiera como yo, por un oído que supiera escuchar y por un rostro que expresara todos esos sentimientos. Buscaba y buscaba, sondeando a centenares de estos seres, pero sin encontrar lo que quería poseer. No estaban en la tierra; Dios tuvo que haberse equivocado. El hombre no era perfecto; yo no veía ni sentía el amor que poseía Él y que debíamos

tener en nosotros. A Él lo había querido en mi infancia, tenía mi propio Dios, había estado muy cerca de mí; estaba tan lejos ahora, inalcanzable. Hubiera querido hacerle preguntas, miles, a las que Él, el Todopoderoso, me podría contestar. Mi Dios se desintegró durante mi infancia; ahora deshilachaba su Creación hasta no dejar nada de ella. Estos sentimientos también procedían de la misma fuente eterna. Pero entonces no era consciente y deseaba poseer a Dios; llegado ahora a esta edad y empezando a descubrir la vida, sintiendo al hombre, quería correr el velo a ese poder. Mi cuerpo había crecido, mi mente se había desarrollado y, sin embargo, yo seguía igual. Lo que sentía de niño lo poseía también ahora, y al revés. Solo era más consciente, aunque en lo más hondo de mi alma me había dormido, por no entender todo esto. Estaba despierto en una sola cosa de la que era muy consciente: era el amor. Quería poseer ese amor y que me diera calor; solo entonces sería capaz de alcanzar lo más elevado. Veía en ella la inspiración más elevada, ese ser me impulsaría hacia arriba, hasta las posibilidades ilimitadas.

Me vino un curioso pensamiento del pasado, algo entrañable que había poseído un día. ¡Mi Marianne! En todos esos años no había pensado en ella ni un solo segundo. ¿Viviría todavía? ¿Poseería todos esos rasgos? Ese pensamiento se encontraba escondido en mí, como en un espacio cerrado.

Marianne pertenecía al pasado, era lo único que amaba de él. También a ella la hubiera borrado de mis pensamientos si nuestra juventud no hubiera sido tan hermosa. A ella la quería, a ella la amaba, había sido mi vida y mi sol, y seguiría siéndolo hasta que me muriera. Ay, si se me concediera verla en esta vida serían suyos mi corazón y mis más profundos sentimientos del alma. Me entendía, me intuía; no éramos extraños el uno del otro, seríamos hermanos en el verdadero sentido de la palabra. Yo esto lo veía con claridad, lo sentía, mis sentimientos por ella no habían cambiado en nada. Qué extraño no haber pensado antes en ella. Pero mi vida se había llenado, mi trabajo me había ocupado demasiado.

Marianne, ¿dónde estás? Cuando alcanzara mi apogeo, iría en busca de ella. Quería volver a verla antes de morir. Me había consolado y mimado sin darme cuenta. Resolví encontrarla, si es que aún vivía. Me apresuré a casa. El paseo me había devuelto mis recuerdos de juventud, en la plenitud de la vida no se me habrían ocurrido. No tardé en llegar a casa y saqué su figura. Le quité la envoltura, con curiosidad por saber si aún viviría. Completé el trabajo con mucho cuidado y, en efecto, no estaba dañada; al contrario: estaba más firme y radiante. Ahora me parecía ver en ella a una hidalga.

¿Estás viva, Marianne? Dime, ¿dónde estás? Ven a mí, seamos amigos o amantes. ¿Aún estás disponible? Entonces, ven, querida niña mía, cántame; tu voz me inspirará, dame ese amor suave pero puro que es lo más elevado.

El paño de seda en el que la figurita había estado envuelta todo ese tiempo

estaba completamente desvaído, pero, la tierra le hacía conservar su fuerza; mediante ¿qué cosa? Clavé las uñas en ella, pero el material estaba duro como el mármol. Era curioso. Me senté y le hablé durante bastante tiempo.

—¿Eres mi niña querida? Ven a mí, Marianne, no te pasará nada de nada. Dicha de mi infancia, ¿estás satisfecha con esta vida? Anda, riéte y muéstrate alegre, déjame oír tu voz y ven.

¿Estaba empezando a moverse la figura? Así me pareció, pero de inmediato deseché esos sentimientos; no quería ponerme sentimental. Coloqué la figura sobre una base y la observé un buen tiempo. Estaba madurando un plan. Me había entrado miedo de que al final algún día sí que se desintegrara y que me quedara sin nada de aquella época. Iba a hacer de la figura una Marianne a tamaño real, tal como la intuía, veía y amaba en estos momentos. ¿Con qué precisión la había representado en mi infancia! Cuánta precisión en los cálculos. ¿De quién tenía yo ese don? ¿De dónde me había venido esa sensibilidad por el arte? ¿Era innato! Pero en esta vida uno debía hacer suyo todo, aprender siempre, para comprender y poseer algún día. ¿Seguiría siendo este misterio irresoluble? La figura tenía una sensibilidad que ahora me obligaría a esforzarme para poder igualarla. ¿De dónde procedería esa fuerte intuición para el arte? Lo intentaría revelar, pero antes tendría que crear esta obra de arte con la que alcanzaría fama y aún más honores. Estuve profundamente sumido en mis pensamientos durante horas. Me dejé llevar, imaginándome su personalidad e intuyéndola como nunca antes. Qué hermosa y cariñosa sería ahora, si mi intuición resultara acertada. Pero también descubrí rasgos frívolos en ella, lo que me dolió. Su rostro, sin embargo, irradiaba una franqueza que no había visto antes. Y también amor, sin duda era su rasgo más elocuente. Ay, si pudiera considerarla mía, cómo la ceñiría con mi amor.

Se me ocurrían todo tipo de pensamientos, que volvían a diluirse. Tenía ante mí un gran trozo de mármol, enseguida podría comenzar el trabajo, todo estaba preparado. Empecé a sentir el estado de ánimo adecuado para producir algo hermoso. El corazón me latía con más fuerza de lo habitual, pero en mi alma había un sosiego piadoso, que me asombró, dado que en verdad yo no lo era tanto. Jamás rezaba, sería incapaz de hacerlo. Sí que había aprendido algunas oraciones, pero las había olvidado. No sentía la necesidad de rezar, porque estaba en continua rebelión contra Dios.

Juné todos mis utensilios y comencé a trabajar. A un ritmo acelerado, siempre consciente de todo el ser de Marianne, fui trabajando el mármol níveo. A cada golpe crecía mi amistad y amor por ella. No sé cuánto tiempo llevaría ocupado, pero me desperté de un sobresalto por un tremendo golpe. Había estado trabajando como soñando, porque la labor me absorbía por completo.

¿Qué había sucedido? Una vieja estatua se había caído de su pedestal. Los

trozos y pedazos me rodeaban por todos lados. ¿Era un presagio o era una casualidad? Barrí los trozos para poder seguir trabajando.

Qué lástima esa interrupción, había estado tan enfrascado en el trabajo. Daba miedo; me atravesó un escalofrío. Se me había cortado la inspiración y tuve que esperar algún tiempo antes de poder volver a ese envidiable estado. Me sentía intensamente feliz, porque estaba conectado con la época más hermosa de mi vida. Después de unas horas de ardua labor me sentí cansado e intenté dormir un poco.

Me desperté por la mañana y volví a trabajar, lo que aguanté hasta la tarde. ¿Para qué tantas prisas? Albergaba una fuerza impulsora para concluir esta estatua lo antes posible. Me sentía muy apremiado, como nunca antes lo había vivido y tenía un curioso estado de ánimo. Era una fuerza desconocida la que me inspiraba, nunca antes había sentido una tan poderosa. Después de comer algo, di un largo paseo. La naturaleza seguramente me daría renovadas fuerzas y me fortalecería la mente. Finalizado el paseo me encontré con Roni.

—Mi querido Lantos —dijo—, ¿dónde ha estado todo este tiempo? No lo he visto desde hace mucho. ¿Está trabajando en una nueva obra?

Tenía el rostro radiante, y se mostró muy animado y franco.

—Desde hace varios meses tengo un bomboncito —empezó contando, porque era lo único que le interesaba. No reaccioné y dejé que continuara.

—Es muy rica, Lantos, y qué bonito canta, como un ruiseñor.

Los ojos le destellaban e irradiaban luz. ¿Dónde me había encontrado con alguien así? Lo conocía.

Prosiguió:

—Me ama, pero ¡ya sabes!

Entendí lo que me quería decir con eso. Se desharía de ella como de un trapo, y entonces su honor, si es que aún lo conservaba, quedaría mancillado. Su manera de querer de siempre. ‘Eres un canalla’, pensé, y sentí surgir odio, aunque lo oprimí. Respondí:

—¿Por qué me cuenta siempre sus secretos íntimos?

—¿No es usted, Lantos, mi amigo, mi mejor amigo?

Era cierto, pero su vida me estremecía. Yo también había llevado una vida similar, pero en gran parte ya me había curado de ella.

—¿Está ocupado? —preguntó con interés.

—Sí —respondí—, y no estoy para nadie durante unos meses.

—¿Puedo ir a admirar la nueva creación?

—No —dije en tono severo sin querer—, todavía no.

—Vaya —dijo—, ¡qué tajante es usted!

Sentí su envidia, se le nubló el hermoso rostro y en sus labios apareció una expresión cruel. Un instante pensé verlo a través de su máscara, pero se

recompuso y volvió a ser la amabilidad en persona. Después me despedí de él. Me quedé pensando mucho tiempo sobre el encuentro, pero no fui capaz de sondear a Roni. En realidad, ¿de dónde venía? Cualquiera alma anhelante de amor que se quedaba atrapada en su telaraña estaba perdida. Quien lo probara también tendría que soportar todo lo demás, y le esperaba pena y dolor. Él albergaba una fuerza demoníaca; estaba por encima de todos esos seres que le besaban los pies. El adonis jugaba con las almas de las mujeres y rompía corazones. ¡Un juego diabólico! Las aplastaba, las ordeñaba hasta dejarlas vacías, porque así parecían quererlo ellas mismas. No era nada más que pasión. Entre ellas había mujeres ingenuas y esas eran las que me daban lástima. Ya le había comentado que se abstuviera de esas mujeres ingenuas, pero no había manera de convencerlo. Hacía lo que le venía en gana. Era un seductor de la peor calaña, y encima se sentía orgulloso de ello.

Los últimos meses sentía una creciente aversión por él, así que tuve que ver cómo liberarme de su influencia. Pero, al parecer, no era posible y empecé a pensar en poderes invisibles, aunque deseché el pensamiento, por ser yo demasiado pragmático. Me parecía ridículo suponer algo así. Su mundo había sido el mío, y aun así me habría resultado imposible llevar una vida como la suya. Yo tenía otra mentalidad, porque era demasiado sensible para semejante comportamiento. Era como si fuera mi opuesto; sin embargo, ambos amábamos la vida. Yo buscaba a una persona determinada, él no buscaba, sino que tomaba a la que fuera, rica o pobre. En él había un solo deseo: poseer al ser humano, en su totalidad, pero solo en lo material.

Mis pensamientos volvieron a llamarme al trabajo y me apresuré a casa. De inmediato logré el estado de ánimo deseado y me puse a trabajar. Me sentía como anestesiado; era una sensación gloriosa. Solo entonces es cuando un artista se siente feliz, sintiendo a fondo su propia creación.

¡Qué profundamente estaba conociendo ahora a Marianne! Vivía en mí y yo en ella; éramos uno. Por ella daría la vida; ahora lo sentía con claridad. Ojalá estuviera conmigo, así podría hacerla feliz. Me la imaginé profundamente y representé todos sus rasgos en el mármol, plasmándolos en él. La estatua crecía. El trabajo iba muy rápido y me admiré a mí mismo. Mi capacidad me parecía ahora ilimitada, ahora alcanzaría lo más elevado.

Pasaron varias semanas, como un relámpago, y había avanzado que daba gloria. Una dulce sonrisa ceñía su querida boca, su ser entero irradiaba amor. Así debería ser en la actualidad, si vivía todavía. La estaba representando tal como la intuía. Sus rubios rizos dorados le caían encima de los hombros, envueltos en un resplandor aterciopelado, y estaba cobrando vida. Las semanas se me hacían días, no: horas, y me sentía la persona más feliz del mundo. ¿Era mi amor por ella lo que me llevaba a estas alturas? No había otra opción, porque esta creación era de primera categoría. Estaba mirándola desde cierta

distancia. Había silencio dentro y alrededor de la figura, lo que me sosegaba.

Ahí estaba, como una pequeña reina. Su aspecto se correspondía con su interior, había acertado en ambos y me sentía satisfecho.

—¿Dónde estás, Marianne? Anda, dime dónde vives ahora.

De nuevo sentí su sonrisa.

Me puse a pulir. Un rayo de sol recorría toda la figura. Su ser radiaba como un sol, poseía lo que había buscado en ella, no había otra opción. Pronto acabé. La besé en ambas mejillas, dándole las gracias en mi interior por esta hermosa inspiración mientras me saltaban las lágrimas. Por mucho que me resistiera, se me caían por las mejillas. Me sentía estúpido, pero había brotado algo en mí de lo que era imposible renegar. Me sentía triste, muy triste, pero en realidad, ¿por qué? Todo ese tiempo había sido la persona más feliz de la tierra. Nada me incomodaba, todo salía sin esfuerzo, vivía, sentía su amor, su personalidad y eso me brindaba una gran felicidad. Entonces, ¿por qué sentía necesidad de llorar? ¿Por qué?, me preguntaba una y otra vez, pero sin averiguarlo. Me entró rabia, porque me sentía desagradecido, sin querer serlo de ninguna manera. Mi amor era verdadero, me atrevía a reconocerlo. Pensé mucho tiempo, hasta que de repente lo supe. Era mi anhelo de ese amor. Hacía unos momentos había fluido hasta muy dentro de mi alma y fue eso lo que me hizo llorar.

Ay, qué hermosa podía ser esta vida en la tierra, pero se convertía en un martirio cuando uno realmente albergaba un amor puro. “Ay”, clamaba una y otra vez, “¿dónde estás, Marianne, dónde vives?”. Si me atreviera a rezar, le suplicaría a Dios que me indicara el lugar donde vivía ella, pero no creía en milagros.

La estatua quedó lista; muchos me envidiarían. Seguramente que iba a herir a mi amigo Roni hasta dejarlo sangrando. Lo que él alcanzaba en el amor, yo lo alcanzaba en el arte. Prefería eso a su vida maldita. ¿Maldita?

¿No había sido yo también maldito en mi juventud? ¿No pesaba sobre mi vida una maldición? Mis padres me maldijeron y yo los maldije a ellos. Aún oía con claridad sus palabras, aún me azotaban el alma. No debía seguir pensando en ello; eso había terminado. Ahora me encontraba ante mi Marianne, mi inspiración más pura. Mostraría esta creación artística a todos, pero antes quise descansar un poco, porque el trabajo me había conmocionado mucho. Me había consumido toda mi vitalidad, pero la había sacrificado de buen grado. Por ella estaba dispuesto a hacer lo que fuera. Me sentía realmente cansado, pero un poco de distracción me haría bien y me fui a donde se reunían los artistas.

Por el camino me detuve de golpe, quedándome sin aliento. Tenía a Roni enfrente y me sorprendió su actitud. ‘Maldita sea’, pensé, ‘siempre tengo que encontrármelo’. ¿Significaría algo?

—¿Lo asusté, Lantos? —empezó diciendo—. Está muy pálido. ¿Demasiado trabajo? ¿Dónde estuvo últimamente? ¿Estuvo trabajando sin parar?

Lo miré; su cara era como una máscara con una mueca. Estuvimos sondándonos unos segundos, yo lo intuía y él a mí, en ese instante ambos supimos que éramos enemigos y le dije, para dejarlo descolocado:

—Mi nueva obra está lista.

Ahora me tocaba a mí preguntar:

—¿No se encuentra bien? De repente se está quedando pálido, ¿le ocurre algo? ¿Se le acabó la dicha en el amor?

Me quedé mirándolo y lo calé claramente. No me concedía mi arte. Cómo lo odiaba. ‘Canalla’, pensé. Pero se mantuvo de lo más amable y fue cortés en todo.

—¿Hacia dónde está caminando, Lantos?

—Quiero un poco de distracción, me encuentro algo cansado —dije con sinceridad. Sentí que me estaba recobrando y gracias a su cortesía disminuyó mi odio. Era un tipo curioso. Continuamos el camino juntos.

—¿A usted qué le parece su propia obra? —preguntó con interés.

Dije:

—Nunca antes había conseguido algo tan hermoso.

—Bueno, bueno, me está despertando la curiosidad. ¿Podría ir a admirarlo?

—No, todavía no —respondí con frialdad. Lo observé al decirlo, pero su rostro rígido ocultaba sus sentimientos.

—¿Qué significado tiene esta obra? —volvió a preguntar.

Me asusté, pero logré dominarme; no compartiría con él mis sentimientos más sagrados. Esquivé la pregunta diciéndole:

—Luego, más tarde.

—He avanzado, Lantos.

—¿Ha avanzado, dice?

—Sí, con mi nuevo amor.

—Vaya, vaya —dije, pero pensando en mis propias cosas. ¿Ha avanzado? Pero ¿cómo? ¿En qué? ¿Ha avanzado en el amor? ¿No era destruir lo que quería?

—El juego se acabó —dijo—, soy el ganador.

—¿El ganador, dice?

—Aquella de la que le hablé, ya sabe, la tengo a mis pies. Una delicia, Lantos, una belleza, pero un ser tonto. Muy tonto, parece una antigua campesina.

—¿Eso es ridículo!

—Sin embargo, canta que da gloria y es muy guapa; pero veo su pasado.

—¿Su pasado? —pregunté.

—Bueno, la estuve tanteando un poco. Estará soñando con su suerte. Me está esperando. Como me dijo que quería distraerse, ¿quiere acompañarme?

—No —dije—, adelante.

Nos despedimos, pero estaba muy despistado. ¿Por qué me había asustado tanto? Me latía el corazón en la garganta cuando lo vi. ¿Por qué? Volví a darme cuenta de que lo había conocido antes en mi vida. ¿De qué conocía a ese canalla? ¿O solo eran imaginaciones mías? ¿Acaso no era cortés? Tal vez estaba yo un poco con los nervios a flor de piel. Qué tenía que ver yo con sus asuntos amorosos. Pero ¿era yo distinto? Si continuaba así, me quedaría sin ningún amigo. Era caprichoso, estaba insatisfecho y era desconsiderado, y debería ser de otra manera con él. Pero en el fondo, ¿qué es lo que me imaginaba? Ya me arrepentía de haberlo tratado de manera tan hosca. Ya hablaban de mí como de un bicho raro y no quería serlo. Yo era como todos. ¿O es que sí que era diferente? Intentaba conocerme mejor, urgía que lo hiciera. Pero después de un tiempo me extravié en mí mismo y me produjo mucha risa. Tenía ahora la edad de treinta y ocho años, había ascendido mucho y podía volver la mirada con satisfacción. Luego celebraría nuevos triunfos con mi última creación, con mi Marianne.

¿Mi Marianne? Qué extraño que solo ahora se me ocurriera. Siempre hablaba de mi niña, de mi Marianne. ¿Me amaría como yo la amaba a ella? Habría que verlo. De todas maneras, éramos amigos y ya solo eso me hacía feliz. Ahora descansaría un poco, porque a pesar de querer ir a ver a mis amigos, había ido regresando, sin darme cuenta, a casa. Era extraño, pero seguramente se debería a que estaba tan despistado. Esta obra me había dejado exhausto y extenuado por completo. No podía ser de otra manera, la figura era una obra de arte. El trabajo había sido emocional: con solo mirarla un instante se adueñaban de mí esas fuerzas. Volví a insistirle a mi sirviente en que no dejara pasar a nadie, fuera quien fuera, a mi santuario. Había cubierto a Marianne con una tela. Vi cómo se había abierto cada pliegue del vestido. Observé el conjunto, porque seguía sin confiar del todo en mi sirviente. Me consideraba a mí mismo como un amo horrible, pero es que no podía ser de otra manera. Me sentía agitado e inquieto y no lograba concentrar mis pensamientos en una sola cuestión. Sin duda me hacía falta un poco de descanso. Aun así, di un paseo más, pero mis pensamientos volvieron a Roni. Su fanfarronería me molestaba, me parecía un jactancioso. Tarde o temprano también me llegaría a mí la felicidad. La esperaría, porque querer buscarla sería una locura. Cuánto tiempo no llevaba ya buscándola, pero no existían las que portaran el verdadero amor puro, que pudieran amar de verdad. ¿Sería que Roni se volcaba en esta vida para inspirarse? Muchos primero se emborrachaban para luego poder crear algo. A pesar de ello, sus figuras tenían vida y eran admiradas. ¡Menudo mundillo! De las numerosas inspiraciones

que yo había recibido, la última era la más hermosa. ¿Qué era en realidad la inspiración? ¿Era una conexión consciente con algo más elevado? Me sentía incapaz de pensar. Cómo me había conmocionado el trabajo. Me sentía febril, me ardía la frente. El silencio de la naturaleza me haría bien. ¿Estaba enfermo, o a punto de enfermar? Me senté en un entorno hermoso, rodeado de flores y cipreses. Parecía un paraíso, lo único que estorbaba era el ser humano. Sentí que también yo estorbaba. Los pájaros cantaban sus melodías, su trinar me hacía bien. Por todas partes veía vida joven. Todo ello era la creación de Dios, también nosotros. En realidad, ¿por qué vivíamos en esta tierra? ¿Por qué estábamos aquí? ¿Qué ganas tenía de saberlo y de conocer al hombre. ¿Qué profundidad tenía el hombre? ¿Quién lo conocía? ¿De dónde venía? ¿Existía la pervivencia? ¿Había una vida después de esta? ¿O llegaba la vida a su fin con la muerte? Entonces, ¿qué sentido tenía el estar aquí? Unos hacían pedazos a los otros. Solo veía dolor. ¿Había una pervivencia eterna? Si así fuera, tendría yo mucho por enmendar. Estaba en la Biblia, los clérigos hablaban de ello, pero nadie lo sabía a ciencia cierta. Aun así, siempre me mantenía ocupado. Siempre andaba con estas ideas en la cabeza. ¿Por qué? Siempre me hacía esa pregunta. ¿Tenía yo demasiada conciencia? ¿Vivía la vida con demasiada intensidad? ¿No estaba satisfecho? Estaba en busca de algo. ¿Era la felicidad casera? ¿Una esposa, hijos y una vida feliz? ¿No me estaba reservado esto? ¿No era Dios un Padre de Amor? Entonces, ¿por qué no daba felicidad a Sus hijos? Ciertamente, era curioso que ni siquiera ahora me encontrara satisfecho, a pesar de tener fama y poseer todo lo que había deseado en mi juventud. Había algo que me privaba de la felicidad deseada. Miraba como en un hoyo profundo y nunca averiguaría el secreto. ¿Era la misma fuerza que ya me había hecho intratable de niño? Pues había sido imposible domarme, “algo” me alejaba de casa. Ahora lo buscaba y lo sentía con nitidez, eran los mismos sentimientos. ¿Sería esa fuerza mi sino? ¿Estaría poseído por el diablo? ¿O eran fuerzas de la naturaleza, leyes de las que no podía escapar? Si asumía esto, me sentía como si no hubiera vivido, como si hubiera una fuerza que me gobernara y dictara mis actos.

¿Era posible eso? ¿Había fuerzas que me hicieran intratable? ¿En qué medida el hombre era él mismo? ¿Tenía voluntad propia? ¿O es que no nos correspondía querer nada? ¿Vivíamos inconscientes, conscientes de nada? ¿Hasta dónde llegaba la conciencia humana? ¿Estábamos aquí para adquirir conciencia? ¿Experimentaba todo el mundo estas cosas? Nunca oía a Roni, ni a muchos otros, hacer preguntas, solo vivían y eran felices. ¿Me tocaría algún día vivirlo? ¿O era por soñar y ser diferente de ellos? ¿Había gente en la tierra que vivía con conciencia? Si no era así, ¿cuánto nos separaba de ella? ¿Dónde está el comienzo y dónde el final? Podría haber continuado así y hacer mil preguntas, pero ni una sola obtuvo respuesta. Un tupido velo lo cubría todo,

incluida mi propia vida. Me encontraba ante un misterio. Me veía como un problema, por no saber calarme. ¿Algún día llegaría a conocerme? No tenía conciencia de nada, era inconsciente de absolutamente todo. Siempre me rondaba esa cosa misteriosa, esa fuerza desconocida que gobernaba mi vida. Me volvería loco si continuaba así. Déjalo, Lantos, déjalo, pides demasiado. ¡Vive tu vida como hacen Roni y otros, y serás feliz!

Miré hacia arriba. Allí arriba, detrás de ese terso firmamento azul morado se encontraba el secreto. Allí vivía Dios y allí estaba Su cielo. Algún día llegaríamos allí, para ser juzgados, algún día. A mí se me castigaría mucho, ardería y se me condenaría, porque no había vivido como un santo; al contrario, había sido un viva la Virgen. Se conoce que esa no era la intención. Había que rezar, mucho, y yo no lo hacía para nada. Tampoco había dado nada a los pobres, solo vivía para mí mismo. Eran pecados y tendría que expiarlos cuando llegara a vivir de ese lado, si es que eso era cierto, porque aún tenía que verlo. Nadie lo sabía. Se me tildaba de pagano, de no ser creyente, y eso era terrible. Si continuara viviendo, mi cuerpo tendría que soportar ese fuego eterno. Por ese puñado de pecados que había cometido. Era horrible.

Lo llamaban un Dios de Amor, pero ¿era amor condenar a Sus hijos? El Dios que conocían los clérigos y del que se hablaba en la Biblia me hacía temblar. ¿Estaba haciéndome creyente? Al menos, estaba empezando a pensar sobre la religión. Ya no soñaba, sino que analizaba. Algo estaba cambiando en mi interior, día a día, pero sin que llegara a obtener certezas. ¿Tenía que adquirir conciencia de esta manera, pensando? Siempre me lo preguntaba. Más allá, allí estaba eso, allí había vida, allí estaba Dios. ¡Qué inmensidad! Oh, ese enorme espacio; sentía empujarme. Él, el Creador de toda esta vida, del cielo y de la tierra, se había envuelto en una emanación. Permanecía invisible para todo el mundo. Y la gente sentía tantos deseos de conocerlo, yo también. Allí arriba todo me parecía ilimitado, no veía el fin. Allí, detrás, latía el corazón de Dios, para todos Sus hijos. Pero yo no lo oía latir, por mucho que me esforzara. ¿No valía mi oído para Su poderoso sonido? ¿O sintonizaba yo mal? ¿Debía sintonizarme igual que como vivía mi arte? Mucha gente hacía las mismas preguntas que yo: ¿Por qué y para qué esta vida? ¿Para qué esas injusticias, todo ese horror en la tierra? La gente le dirigía sus oraciones sin obtener respuesta. La gente clamaba y gritaba en busca de ayuda y no era escuchada. La pena, el dolor y la miseria, el hambre y el frío marcaban sus vidas y pedían que se les librara de ellos, pero no ocurría. También los que acudían a diario a la iglesia rezaban sin cesar y tampoco las oraciones de ellos eran oídas, y preguntaban, igualmente, por qué y para qué. Su dolor no conocía fin. No intervenía ningún Dios de Amor, ni paraba los pies a los autócratas, les dejaba que siguieran destruyendo vidas humanas. Sin embargo, era un Dios de Amor. Era incomprensible que se le reconociera

como un Dios de Amor y de justicia. No se percibía un firme sí o no a ninguna pregunta. Todo permanecía envuelto en esa emanación invisible, no podía resolverse. ¿Era esto la vida inconsciente? ¿Era Dios algo inconsciente? ¿Lo veía mal? ¿Estaba yo en rebelión? ¿No sentía todo el mundo como yo? ¿No buscaban la vida real y verdadera? ¿O era yo una excepción? ¿Cómo debería encontrar el hombre una salida a este caos?

Había que creer, se decía, entonces se alcanzaba la verdad. Miraba fijamente hacia arriba, y volvía a hacerlo, pero no encontraba a Dios. Allí arriba todo seguía terso, misterioso e intangible. La profundidad del universo me ofrecía una mueca, impenetrable para el hombre. Seguía el azul. Solo por la noche se podía ver allí la vida de las estrellas. Pero tampoco de ellas entendían mucho los sabios. ¿Residía en ellas el secreto de la creación en conjunto? Debería haberme hecho sabio, porque la ciencia me interesaba mucho. El hombre llevaba buscando desde hacía miles de años, preguntándose “por qué y para qué”. ¿Cuánto tiempo habría que seguir preguntando? ¿Cuándo llegaría el momento en que Dios dijera: “Mirad, vivo. Sientas (sentid) cómo amo a todos, cómo dirijo y gobierno todo lo que resulta incomprensible e inabarcable”. Yo ya no lo vería con mis propios ojos, para ello mi vida era demasiado corta. Tal vez mañana ya habría muerto y entonces se habrían acabado todas esas preguntas y súplicas por la verdad. El hombre tenía un tremendo poder y, sin embargo, era un ser fugaz. A quien ayer hubiéramos visto hoy ya no estaba, porque lo había llamado la muerte. Estaba en el cielo o ardería eternamente en el infierno.

Y la muerte, ¿qué era realmente la muerte? Una palabra con un sonido terrible. No entendía la muerte, ni los demás problemas. Yo tenía tres problemas: la muerte, Dios y mi propia vida. Dios me resultaba el mayor misterio de todos. Creaba algo fabuloso y dejaba que se muriera. Cuando yo había creado algo hermoso, lo admiraba durante horas sin cansarme nunca de ello, siempre lo quería estar admirando. Pero ¿qué suponía mi creación en comparación con la de Él? Nada, pues. Qué asombrosa Su creación, el hombre, el animal y toda la demás vida. Pero la criatura más hermosa es el hombre. Este, sin embargo, terminaba muriéndose para convertirse en polvo, en nada. Pero entonces, ¿por qué había creado al hombre? Me era posible ver, oír y sentir e ir a donde quisiera. Todo en el hombre era perfecto y aun así un día tenía que morir. Y, peor aún, ¿después tendría que arder! El hombre encima tenía que expiar los pequeños pecados que cometiera. Me hacía sufrir y la sentencia me parecía excesiva. ¿Podía tener esta vida entonces un fin? Todo esto se me hacía una tortura, algo impenetrable. ¿Cómo podría aceptar la palabra de Dios ahora que sentía esto de esta manera? Me resultaba imposible creer sin entender, aceptar todo a pies juntillas.

Roni era como un adonis, tenía un cuerpo atractivo, pero también él

moriría algún día. Lo lamentaba por él, pero aun así no le deseaba la vida. En su muerte veía y sentía justicia. Unos años más y también habría terminado su belleza. Él sentía envidia por mi arte y mi éxito. ¿Cómo era posible que Dios alojara en él semejante carácter? Un cuerpo perfecto y, sin embargo, una bestia. Porque no cabía duda de que era una bestia. Cualquiera mujer que se topara con él estaba irremediabilmente perdida. Las ordeñaba hasta dejarlas vacías y después se las quitaba de encima. ¿Era esa la voluntad de Dios? ¿Por qué daba tanto poder a semejante animal para destruir y romper? Si él tampoco moría, tal vez me sería posible matarlo. Así no habría pena ni dolor y ya no se romperían corazones inocentes. Pero él también moriría, no cabía duda de ello.

Mira, solo por eso ya podía estarle yo agradecido a Dios. Dios era perfecto y justo solo en esa única cosa. Ni un solo ser, hombre o animal, podía seguir viviendo, conservar la vida. Todo moría y tenía que perecer. Dios no solo había dado a Roni su belleza, sino incluso maravillosos dones, que desperdiciaba. Su arte no resultaba en nada, se desfogaba y no aportaba más que miseria. Así es como era mi amigo Roni y sin embargo era un hombre talentoso.

¿No resulta Dios imposible de entender? ¿Quién podría entenderlo? ¿No iba algo así en contra de toda lógica? A semejante hombre animal como Roni no se le ponía traba alguna, hacía y deshacía a su antojo. ¿Qué injusticia más terrible! Otros sabrían realizar algo hermoso si tuvieran semejante sensibilidad artística. Muchos suspiraban por ella y aun así no recibían ninguno de esos gloriosos rasgos. También eso me resultaba un misterio. Ya en mi juventud se me ocurrían ese tipo de pensamientos: por qué unos recibían tanta felicidad terrenal, mientras otros tenían que padecer hambre y miseria. Sentía que me surgían más preguntas, pero sería de nunca acabar seguir planteando más preguntas.

Ya me sentía un poco más tranquilo y no tan agitado. Me había sosegado reflexionar en la naturaleza pura. Filosofar así me sentaba bien, me mejoraba el estado de ánimo.

Ya había avanzado la tarde cuando regresé a casa. Quería comenzar con una nueva estatua y en breve expondría a Marianne. ¿Qué es lo que iba a representar yo ahora? Algo que me condujera a la inspiración más elevada. Desde lo más hondo de mi ser me brotaban pensamientos estremecedores. Algo así me parecía impensable. ¿Cómo tendría que representarlo a Él? No lo conocía, ni lo sentía ni entendía nada de Él. Y tenía que sentirlo, sentirlo a fondo en todo, si es que quería llegar a algo. Pero, además, me ocupaba el pensamiento de la muerte, ese horror que al hombre le cercenaba la vida, y también la quería representar. Se me ocurrió que la muerte se convertiría en una obra maravillosa, una creación de primera categoría. Pero sentí surgir aún otro plan y ese se me hacía todavía más atractivo. Elaboraría un adonis

y lo dejaría morir. Tendría que representar a Roni, él encarnaba la vida y la muerte. ¿Cómo podría conectarlas entre sí? Estuve reflexionando mucho para poder sentirlo a fondo. Qué hermosos eran estos pensamientos; me veía como un genio del pensamiento. La muerte y Roni, y Dios como Creador de este grupo. Con qué profundidad estaba pensado el conjunto. La gente se arrodillaría con veneración si conseguía llevar a cabo la obra. Yo ya sentía el significado de esta escultura. Para mí era Dios, la vida y la muerte. Imposible hacer algo más hermoso, profundo y perfecto. Regresé al lugar de donde había venido para seguir reflexionando.

La naturaleza tendría que ayudarme, solo así lo conseguiría. Tenía que sentirlo a fondo, sentirlo completamente en mi interior, solo entonces podría experimentarlo. Una vez que llegara a ese punto me encontraría preparado para empezar a trabajar en la representación. En ella todo el mundo reconocería a mi amigo, al que yo odiaba. Volcaría todo mi odio en la obra. Me burlaría de su vida, le mostraría que tenía las horas contadas. Me sentía alegre y feliz porque se me hubieran ocurrido esos pensamientos. ¿Alguna vez habría pensado un artista en ello? ¿De dónde procedían estos pensamientos? ¿Y serían míos? Tenían una profundidad que daba miedo, eran apenas comprensibles para un ser humano. Aun así, tenía que ser posible completar la obra. Todavía era un pensamiento inconsciente, pero sin duda que llegaría a ser consciente. Esto también me estaba quedando claro, porque estaba empezando a sentir algo de lo inconsciente y lo consciente. Cuando pensaba esta escultura a fondo era consciente de que podía crearla. ¿Era este el concepto correcto, la verdadera conciencia, o no era así? Ahora estaba empezando de nuevo. Pero tendría que limitarme a esa única cosa, no pensar en otras, dejar que únicamente me llenara esta cosa grande, para trasladarla a la conciencia. Me sentía feliz, se me había despertado una nueva fuerza. ¿Vivirían todos mis hermanos de profesión sus creaciones como yo?

Se lo preguntaría a algunos que todavía me tenían simpatía. Tal vez podrían ofrecerme nuevas impresiones. Pero no les contaría nada de mi plan, seguiría siendo un secreto mío. Me levanté y me apresuré a verlos, quizá los encontraría todavía. De todas formas, me faltaría el sosiego, debía actuar enseguida. Al mismo tiempo, intentaría calar a mi amigo Roni, porque era necesario, dado que tendría que conocerlo en su totalidad. Daría largos paseos con él, sí que lo dejaría entrar en mi estudio, para que mi amistad pareciera más fuerte. Tenía que verlo más, encontrarlo más veces, porque si no mi creación no llegaría a ser perfecta. Y esta sería el broche de oro de mi obra.

Mi idea era gloriosa, increíblemente hermosa y penetrante. Quería verlo, quería quedarme mirándolo mucho tiempo. Cuando él lo sintiera, le diría que había comenzado una nueva obra y que esta mostraría similitudes con él. Mi actitud le extrañaría, pero ¿no me consideraban un soñador? Ahora eso

me agradaba y lo aprovechaba. Tenía la esperanza de encontrarme también con muchos otros. A todos les sondaría los pensamientos, si es que era posible. Solo ahora empecé a tener interés en mis amigos y a buscar su interior.

Cuando entré, vi que estaba. ¿Estaría borracho? Se me acercó y me dio un animado apretón de manos, diciendo:

—Mi querido amigo Lantos, por fin otra vez juntos. ¡Los días se me hacen demasiado largos!

Me quedé sorprendido, nos habíamos visto por la mañana. Así era siempre con él: beber y divertirse, últimamente su trabajo quedaba en agua de borrajas. Qué contraste: su espléndido cuerpo y su horrible carácter. Empecé a sondarle los sentimientos y lo escruté.

—Voy a representarla, Lantos, voy a hacer algo bonito con mi amada —dijo.

Tuve que esforzarme para no echarme a reír. Iba a hacer algo bonito, pues entonces estaba enamorado y se había roto su poder. Nos sentamos en un apartado. Roni estaba haciendo mucho ruido y le conminé a que se tranquilizara un poco.

—Como quiera, Lantos, me dominaré.

Nunca se olvidaba de ser cortés, aunque el vino le hubiera nublado los sentimientos y desbocado la cabeza.

—Una tarde maravillosa, Lantos, lástima que no me haya acompañado. —Parecía acordarse de nuestro encuentro y dijo—: ¿Podríamos ir a visitarle juntos? Verá a una hermosa pareja y se quedará boquiabierto.

Mejor imposible, y accedí gustosamente.

—Podrá venir a verme mañana —dije—. Si quiere, venga con ella, me gustaría conocerla.

Me agarró ambas manos, estrechándolas efusivamente.

—Ya me imaginaba que accedería. Es usted mi amigo, Lantos, y seguirá siéndolo, ¿verdad?

No respondí y él prosiguió:

—¿A qué hora podría recibirnos?

—A la una —dije; me era indiferente—. Debo comunicarle algo, Lantos.

—Lo escucho —dije, sentía curiosidad por lo que tenía que contarme. Naturalmente, sería sobre su vida y su última conquista.

—Me he excedido, Lantos, debe suceder algo que me resulta muy desagradable.

Al instante entendí lo que quería decir. ‘Canalla’, pensé, ‘encima eso’.

—¿Piensa casarse con ella?

Soltó una carcajada, que me sonó como una risotada diabólica.

—¿Cómo se le ocurre, Lantos? Querido amigo, amo demasiado mi libertad. ¿Qué me aconseja hacer?

—No lo sé, no le puedo ofrecer una respuesta.

—Ella se lo merece, Lantos, es hermosa.

—Entonces, ¿por qué no se casa con ella?

—Como ya le dije, amo demasiado mi libertad. Pero dígame qué debo hacer. No logro desprenderme de ella, esté donde esté ella me encuentra y me pregunta qué debe hacer. Es más fuerte que yo, no permite que se juegue con ella, Lantos. Esta vez he calculado mal, porque hasta ahora no me había encontrado con nadie así. Créame cuando le digo que quisiera liberarme, sacudírmela de encima, pero me resulta imposible. La conozco mejor que a mí mismo. Por favor, dígame, aconséjeme: ¿qué debo hacer?

—¿Quiere hacer una estatua de ella? —pregunté.

—Algo así, pero no sé si lo conseguiré. Debo hacer algo, pero ¿qué? Esto no es más que un medio, entiende, para concederme más tiempo de reflexión. Pero ¡mi libertad, Lantos, mi tan amada libertad!

‘Eres un animal falso’, pensé, ‘qué ruin eres’. Todos mis buenos propósitos se fueron al traste por sus pensamientos diabólicos.

De repente dijo:

—Por cierto, tengo que irme. Vaya, que no se me hubiera ocurrido eso. Tengo que irme, Lantos, hasta mañana, ¿verdad?

Me acercó la mano y se marchó. Un tipo extraño. Borracho hace unos instantes, ahora de golpe sobrio. ¿Cómo era posible? ¿A qué se debía ese repentino cambio? ¿Eran fingidos sus actos, no más que un juego? ¿Estaba dejándome engañar? ¿Estaba jugando conmigo? Qué va, estaba viendo fantasmas, tenía que creerlo y confiar más en él.

Pasaron las horas y seguía reflexionando en el mismo sitio. Por fin, me levanté y me marché. No había sondado a mis colegas, no había podido preguntarles nada, los presentes aún tenían que despertar. Carecían de ese sentimiento, estaban huecos y eran inconscientes. Y “yo”, ¿sí era consciente? Siempre esa vida consciente e inconsciente en todo. Me había llegado al alma todo lo que me había contado. ¡Ay del ser humano al que le tocara este dolor! Primero la llamaba campesina, después una belleza, y ahora esto. Si ella tenía una personalidad diferente a la de él me interesaba encontrarme con ese ser, y conocerlo. A mí me resultaba imposible ver a través de la máscara de Roni, ¿sería capaz ella de hacerlo? Pero las mujeres no eran como los hombres, veían con más nitidez y sentían más hondamente cuando todo estaba en juego. Sentía mucha curiosidad, no solo por verla, sino también por conocerla. Quizá eso me serviría para mi nueva obra. Tal vez fuera ella un milagro, dotada de fuerzas diferentes a las mías, para mí desconocidas. ¿Era en todo su superior? Era casi imposible. Entonces ella tenía que ser una diabla. En él también veía yo un diablo con aspecto humano. ¡Menuda pareja! Era divertido encontrarse con dos diablos, pero también daba miedo conocer a

semejante pareja. Ya tenía ganas de que fuera mañana. Lástima no haberlos invitado para esta noche o madrugada, pero ya no era posible. Así que tuve que esperar hasta el día siguiente y dejar de impacientarme.

Maté

Me repuse e intentaría volver a sentirme inspirado. Eso era más útil que todas las historias de su vida. Me volcaría por completo en mi nueva obra. Sería aún más grandiosa que la de Marianne. En estos momentos sentía más profundamente que cuando estuve ocupado con su estatua.

Mi sirviente estaba esperándome. Lo escruté. Había algo en él que me atraía al tiempo que me repelía. Jamás podría fiarme de él, y aun así no lo despedí, simplemente era incapaz de dar el paso. Sentía que me observaba, algo que me molestaba. Andaba como un depredador. Siempre sigilosamente, y en el momento menos esperado lo tenía enfrente. Cuando me parecía que estaba y quería saberlo, quedaba patente lo contrario. También a él lo conocía solo a medias, porque tenía una máscara. Sin embargo, hacía su trabajo como era debido, en eso no podía reprocharle nada.

—¿Por qué me sigue? —pregunté de improviso.

—¿Yo, patrón? Pensé que podría ayudarle, serle útil en algo, patrón.

Ya me arrepentía de haberle hablado con demasiada severidad.

—Váyase a descansar —dije—, no lo necesito.

Cuando me quedé solo me senté en el diván. Tenía a Marianne delante de mí, como a una reina. ¿Lo veía bien? Sentía algo diferente en la estatua, lo que me inquietó. Los pliegues de la tela que la cubrían caían de otra manera; sentí y vi que se sucedían de otra manera. Así no la había dejado al irme. ¿Quién más había estado aquí? Quise llamar al sirviente, pero cambié de idea. ¿Serían solo fantasías? Intenté volver a imaginar cómo había dejado colgada la tela, pero ya no fui capaz de acordarme bien. Debería haberlo hecho de otra manera, esto era demasiado sencillo. La debería haber dejado encerrada por completo, incluso hasta sellada, esto era insuficiente. Mi sirviente movería la cabeza en señal de no comprender lo que yo pretendía. Pero quería que me obedeciera, si no sería mejor que se fuera. No me gustaban las intrigas, yo mismo era honrado y sincero, y lo mismo esperaba de él. ¿Sería que sí que me había equivocado?

Me eché a dormir, pero había algo en torno a Marianne que me inquietaba. Le quité la tela y regresé al diván para admirar la estatua desde allí. ¿Qué era lo que me mantenía ocupado y me atemorizaba? La estatua me parecía apagada, sentía algo misterioso, y su brillo e irradiación ahora estaban envueltos en una densa emanación. ¿A qué se debía y por qué la veía ahora distinta? Cuando estuve trabajando en la estatua, me sentía en un estado envidiable. Pero ahora estaba siendo yo mismo. ¿Era por eso que ahora la vería distinta a entonces? ¿Se habría quedado dormida? ¿La habría visto y sentido

despierta entonces? La diferencia era demasiado grande. ¿Se habría dormido la que tenía yo delante, a pesar de todo? Era extraño, muy extraño. Me quedé mirando fijamente mi propio arte durante mucho tiempo. Me rodeaba el silencio, un silencio que daba miedo. ¿En qué estado me encontraba realmente? ¿Viviría algo especial? Porque yo no creía en los milagros. Pero esto sí que era un fenómeno extraño. Me pareció que estaba despertándose. Vaya, Lantos, la estás despertando. Haberla dejado dormir. Ahora la sentía como antes, lo que me dio mucha alegría. Me habría decepcionado mucho, quizá me habría quitado el valor de emprender algo nuevo. No tener confianza es sucumbir. Pero había vuelto a confiar en mis propios sentimientos, porque volvía a sentir más profundamente, pero solo en el arte. No, mi Marianne era una creación artística de primera categoría. La volví a tapar y me fui dormir. Pero no lograba conciliar el sueño, me mantenían despierto sueños desagradables y aterradores. Meforcé a dormir, lo que conseguí después de concentrarme prolongadamente. A la mañana siguiente me desperté cabizbajo. El sol ya había salido y mandaba su luz y calor a la tierra y a la humanidad. Yo mismo recogí el estudio, para recibir a mis huéspedes: dos “diablos”. Sin querer me entró la risa. Cuanto más tiempo pasaba, más inquieto me sentía. No me entendía a mí mismo. En realidad, ¿por qué estaba tan inquieto y agitado? ¿Por Roni? Por fin comenzó la tarde y llamé al sirviente para darle órdenes. Mientras tanto, me puse a trabajar para cambiar algunas cosas antes de su llegada, porque quería mostrarle a Roni a *Marianne* y observarlo detenidamente para poder sentir sus pensamientos íntimos. Pero ¿por qué tardaba tanto mi sirviente? A eso no me tenía acostumbrado. Volví a llamar, pero no hubo respuesta. Fui a mirar dónde andaba, pero no estaba en casa.

¿Qué significaba todo esto? Nunca antes había pasado. Me pareció extraño. A lo mejor se había ido para traer provisiones, pero nunca se iba sin avisarme. Me vi obligado a abrir yo mismo.

Roni llegó justo a la hora.

—¿Solo? —pregunté.

—Ya vendrá, Lantos, ya sabe, las mujeres son así. Ya vendrá, sin duda.

Se sentó enfrente de mí, así lo había dispuesto de antemano.

Miró a Marianne y preguntó:

—¿Puedo ver la estatua?

—Después —dije—, un poco de paciencia todavía.

Le pregunté cómo conseguía la inspiración y cómo la sentía.

—Vaya pregunta, Lantos, qué extraña, la de un soñador.

—¿Un soñador, dice?

—Pues se entiende —dijo—, que no puedo responder a esa pregunta, ¿no?

—¿Que no puede responderla? —repetí. ¿Es que mi pregunta era tan antinatural? ¿De verdad que no lo sabía? Nuestra conversión cambió de sentido

cuando dijo:

—Enseguida llegará, dígame cómo la siente, Lantos, me haría un gran favor.

Lo sondé y creí sentir su verdadero ser con mayor profundidad que de costumbre. ‘Hice bien’, pensé, ‘haciéndole venir a verme; le pediría que volviera a visitarme’. Entretanto, pasaba el tiempo. Por fin oí el sonido de que llegaba visita y me fui a la entrada para dejarla pasar, porque mi sirviente seguía sin volver, lo que me desagradó mucho.

Tenía ante mí a un hermoso ser, pero en el mismo instante pensaba que me moría, mi corazón se resistía, un calambre lo contraía y era incapaz de decir nada. Pensaba estar viendo un milagro, y el milagro era... Marianne.

¿Eran figuraciones mías? ¿Estaba despierto o soñaba? Ella también me miraba una y otra vez, hasta que apretó los labios, quedándose pálida como una muerta. Intenté recuperarme con todas mis fuerzas, consiguiéndolo enseguida.

‘Marianne’, pensé, ‘¿eres tú o eres su vivo retrato?’. ¿Y esto era un diablo? Nos acercamos a Roni y a ella le ofrecí un sitio cerca de mí, para poder verla bien. La conversación sí fluyó, a pesar de mis sentimientos encontrados. Tenía el cabello dorado, mi estatua era como esta aparición de carne y hueso, se parecía. ¡Era como mi creación! Todas las conversaciones con Roni, lo malo que él me había contado de ella, me cruzaban la mente como relámpagos. Ya no me cabían dudas, era ella, mi Marianne.

‘Canalla, diablo con aspecto humano, granuja’, pensé, ‘cómo puedes hacerme daño de esta manera’. Mis pensamientos se detuvieron, se me partió el corazón y un dolor punzante me atravesó la cabeza.

Si allí estaba sentada Marianne, entonces estaba viviendo un milagro. De golpe se me ocurrió una idea, que me permitiría saber si aun así me estaba equivocando. Le pregunté:

—¿Podría hacerme un favor?

Se sonrió y dijo, mirando a Roni, pero dominándose por completo:

—Por supuesto.

Yo veía como Roni despedía una luz verdosa. Alguna vez en mi vida había visto algo así. Pero ¿dónde? Por Dios, ¿dónde? Y la miré a ella, que estaba esperando mi ruego.

—¿Podría cantarme algo? Me han dicho que canta de maravilla; ¿podría hacerlo?

—Con mucho gusto —dijo, preparándose. Roni estaba allí como un misterio.

—Acérquese bien a mí, escuchemos juntos, mi querido Roni —le dije. Hizo lo que le había pedido y se sentó a mi lado. Me quedé expectante y lo sondé para saber dónde me lo había encontrado antes y de qué lo conocía.

Entonces mi alma se estremeció por el sonido de la voz de Marianne. Y supe que era ella, mi querida amigueta. Qué llanto sentía por dentro por tener que volver a vernos de esta manera. El rufián que tenía a mi lado nos pisoteaba. Marianne cantaba la canción de su juventud que ya había interpretado para mí tantas veces. Entendí la canción y su intención de inmediato. Quería darme a entender que me había reconocido y que era mi amor juvenil. Cantaba con la hermosura de un ruiseñor. De pronto vi que le corrían lágrimas por las mejillas, pero aun así continuó cantando. Pensé que me estaba volviendo loco. Cuando terminó la canción, me acerqué de un salto hasta ella para darle las gracias.

—No sé cómo agradecerse lo —logré decir a duras penas, y de golpe me sobrevino un terrible sentimiento. Miré a Roni, que simulaba no darse cuenta de este teatro, como si todo esto no fuera con él. En el mismo instante emergió algo de las profundidades de mi alma y supe quién era.

¡Mi sueño! ¡Mi sueño! ¡Cómo diablos era posible esto? ¿De modo que este ser iba a destruir mi vida? Di un salto hasta la estatua, eché abajo la tela y le grité alocadamente:

—¡Aquí lo tiene, Roni, diablo con aspecto humano, esta es mi estatua, mi Marianne esculpida en mármol, y allí está la Marianne de carne y hueso!

Roni estaba temblando y se disponía a saltarme encima. Pero me adelanté, agarré un pedazo de mármol que tenía a mi alcance y antes de que se diera cuenta ya le había dado en la cabeza. Le hizo trizas el cráneo y se dio un batacazo, con la sangre manando de la herida. Un grito horroroso me hizo volver en mí. Marianne se derrumbó y yacía inconsciente junto a su estatua de piedra, a mis pies. La coloqué en el diván. Qué horror, ¿y ahora qué? Le brotaba sangre de la boca, ¿también estaría muerta? Le puse la mano en la frente, y después de unos minutos abrió los ojos y me miró. No había muerto, gracias a Dios. Quería hablar con ella, pero volvió a hundirse en las profundidades y se desvaneció de nuevo. ¡Qué drama! Observé al que había tramado todo esto. Ahora entendía la razón de todos sus actos. Qué villano. Ahí estaba tirado todavía, con vida, porque del pecho le salía un sonido ronco.

De golpe se incorporó, me miró y soltó una risotada diabólica, que me sonó horrorosa. Después volvió a derrumbarse. Estaba muerto y yo era su asesino. Había librado al mundo de un monstruo. Ningún ser volvería a sufrir por causa de él. No sentía remordimiento alguno, incluso me sentía tranquilo. Pero ¿qué debía hacer? Marianne seguía inconsciente. Ahora entendí todo. Mi sirviente había estado compinchado con él. Quería eliminarme, pero lo había tenido que pagar con su propia vida. Vaya granuja que fuiste, qué odio tan profundo debiste tenerme. Me parecía que lo odiaba, pero en comparación con su odio, lo amaba. A ella la había mancillado y a mí no me había deseado mi felicidad. Así que fue él quien había estado aquí, no

me había equivocado un ápice. Ay, por qué no me di cuenta antes, habría actuado de otra manera. Quizá aún viviría entonces. Estuve pensando, pero sin poder decidir nada.

Yo era un asesino y así se me había augurado en el sueño, pero ¿por quién? ¿Por Satanás? Me senté junto a Marianne y me quedé esperando hasta que recuperara la conciencia. Respiraba tranquilamente. Cuántas cosas se me pasaban por la cabeza.

Empecé a pensar de nuevo. Me acordaba de todo con nitidez, y me asusté cuando me di cuenta de lo ocurrido. ¿Quién me hacía soñar? Gritaba quién, quién y pensaba volverme loco. No había respuesta. Nunca recibía una respuesta, ahora tampoco. ¿Huiría con ella, regresando a nuestro propio país? ¿Para empezar una nueva vida, feliz? Me sentía enfermo, muy enfermo.

—Marianne, despierta, por favor despierta, no me dejes solo tanto tiempo. Tengo que hablar contigo, siento que no queda tiempo. Corremos peligro, despierta, Marianne —le dije. Me puse a llorar. Nunca antes había llorado así. Por fin paré, me había vuelto a serenar. Entonces Marianne abrió los ojos y me miró.

—Lantos —me dijo susurrando—, Lantos.

—Vuelve a decírmelo, Marianne, dímelo otra vez.

—Lantos, qué manera de reencontrarnos.

—Marianne, ¿me amas? ¿Puedes amar a un asesino?

—Te amo, Lantos, pero no merezco tu amor.

Le tapé la boca con la mano y la impedí que siguiera hablando.

—¿Por qué no huimos, lejos de aquí, para empezar una nueva vida?

—Quisiera —dijo—, mucho, pero te desilusionaré.

—No hables así.

—No conoces mi vida, no sabes nada de mi vida, Lantos.

—Te amo, mi niña, dime tú también que me amas. Te daré mi vida.

—Te amo, Lantos, pero...—Y no pudo decir más. Un estrépito interfirió en nuestras palabras y me precipité a la entrada. Entonces comprendí de golpe el ruido. Me habían traicionado. Varios hombres entraron y me esposaron. No me resistí y los dejé actuar, solo pregunté:

—¿Quién me ha traicionado?

—Su sirviente —respondieron fríamente.

—¿Ya lo saben todo? —pregunté.

—Ahórrese las molestias.

Marianne parecía muerta, pero estaba viva, porque de repente se me echó encima y ya no me soltó. Era un espectáculo desgarrador.

—Lantos, Lantos —suplicaba—, ¿a dónde vas? No me dejes sola.

Le pedí que me escuchara.

—Escucha bien; mira, Marianne. Todo esto es para ti. No es mucho, pero

aun así quiero que aceptes esta estatua como un recuerdo sagrado. ¿Lo aceptas? Cuéntales lo ocurrido a mis padres. —Pero me lo pensé—. No, no lo hagas.

—Eso ya lo haremos nosotros por usted —oí que decían a mi lado—, si es posible.

—Regresa, Marianne, vuelve a tus padres, vuelve en ti.

Me miró y me susurró que era imposible volver.

—Es necesario, es necesario. —De pronto pensé en su estado—. ¿Es verdad todo? —dije. Bajó la mirada, y comprendí.

—Adiós, Marianne, adiós, búscame, ven a verme, tengo que hablar contigo. Antes de que llegue la hora debo hablar contigo.

—Si no puede ser de otra manera, moriré, pero esto nunca lo quise.

—Marianne, eres mi alma, eres lo que soy, algún día serás mía. Si existe la pervivencia, otra vida, allí nos encontraremos... Si existe una eternidad —clamé todavía en su dirección mientras me llevaban.

Todavía la oí sollozar, se me partió el corazón. ¿También se le habría partido a ella?

En mi calabozo

Me llevaron y me encerraron en el calabozo. Allí me derrumbé, con el alma y el cuerpo rotos. Después de un rato me desperté. ¿Había dormido? Estaba rodeado de una espesa oscuridad, me atormentaba una terrible sed y sentía un dolor punzante en el pecho. Me dolía todo, parecía que tuviera todos los miembros paralizados, pues no podía moverme. Sentía a mi alrededor el silencio de la muerte acercándose; me estremecí. Me sentía como un trapo, me escocían los ojos y tenía la lengua pegada al paladar. Me sentía aplastado: ¿sería esto mi final? En el calabozo, mi fama se había borrado como en un fogonazo. No podía imaginármelo, era inaceptable. En mi océano vital había habido temporal, mi pequeño barquito endeble había ido a pique y yo había sido arrojado a la costa como un miserable bulto. Pero probablemente eso no bastaría, también perdería la razón. Porque no sería capaz de aguantar esto, tendría que acabar pronto. La sed me atormentaba mucho. Entonces sentí que me hundía en las profundidades y me desvanecí.

Cuando recuperé la conciencia por segunda vez me sentí algo mejor. Ahora había luz a mi alrededor. ¿Había dejado de ser noche y era de día? Ya fui capaz de pensar algo mejor y de mover un poco el cuerpo. Sentí que el sueño me había hecho bien, pero, ay, ¡esa sed! Si solo pudiera beber algo para humedecer los labios, con eso ya me bastaría. No había vivido jamás algo así. Es lo que deseaba, no quería nada más.

Oí señales de vida, ¿serían personas? La gente ahora solo me daría miedo, no quería ver a nadie. ¡Solo beber, beber! Me encontraba en una celda, pero ¿dónde? No habían considerado necesario esposarme, podía moverme libremente. A mi lado vi unas cadenas con las que podría inmovilizarse a un tremendo monstruo. Era imposible liberarse, los eslabones eran demasiado gruesos, demasiado compactos. Volví a oír señales de vida y quise pedir a gritos que me trajeran algo de beber, pero fui incapaz de producir sonido alguno, tenía la garganta obstruida.

Estábamos en pleno verano y me sentía envuelto en un cargante calor, en el que creía asfixiarme. Quise levantarme, pero era imposible, estaba como paralizado. Este drama me había conmocionado y me había impactado en los nervios. Pero no dejé de intentarlo, retorciéndome de mil maneras hasta alcanzar la puerta. Allí volví a derrumbarme y no supe más. Desconocía el tiempo que habría yacido allí, pero de golpe me despertó un estrépito y sentí que se me empujaba contra la pared de la celda. El hombre que entró se asustó de mí, al parecer. ¿Tanto había cambiado yo? Alcé la vista hacia él y entendí lo que venía a hacer. Me alcanzó un cántaro, que agarré con ansiedad

y que vacié hasta la última gota. Qué gloria, ahora podría respirar un poco mejor. Era una bendición y se la agradecí de corazón. Sin dirigirme palabra alguna se fue y cerró la puerta. No me importaba, prefería estar solo, porque quería pensar, pensar, porque se me ocurrían muchos pensamientos. Poco a poco fui sintiendo como me volvían las fuerzas y quería intentar regresar a mi lugar de antes en la esquina. ¿Cómo era posible que uno perdiera, así, tan de pronto, todas las fuerzas? No fue tan sencillo levantarme, pero llegué hasta donde me había propuesto, aunque me costó mucho. Todavía me quedaba la fuerza de voluntad.

Ahora estaba intentando hacerme una buena composición de lugar y empecé a pensar sobre todas las cosas. Ese granuja, ese canalla era el culpable de mi situación. ¿Dónde estaba Marianne? ¿También estaría rota ella? Pobre hija, qué vida la nuestra, qué reencuentro el nuestro. ¿Es nuestro destino? Soy un asesino, un asesino. Repetí la palabra varias veces para poder escuchar su sonido. Tenía un sonido extraño y horroroso, significaba la muerte. ¿La muerte? Sí, Roni estaba muerto y yo no. Quizá ahora él supiera más que yo. No sentía remordimientos, solo me sentía un ser desesperanzado.

¡Mi sirviente estaba compinchado con él! Ay, ojalá hubiera hecho caso de mis sentimientos, porque no me fiaba de él. ¿Fue inevitable que esto ocurriera? ¿No podría haberme librado de esto? El destino me había seguido hasta el último momento. Había hecho trizas su cráneo. No me arrepentía, al contrario, se lo había merecido.

Marianne se había convertido en artista, igual que yo. Todo esto me parecía un milagro. ¡Que justo ella tuviera que toparse con él, con mi amigo, un diablo con aspecto humano, que la mancilló, a Marianne, a quien yo amaba, a quien conocía desde la juventud! No, todo esto era diabólico. Se me hacía incomprensible y apenas me atrevía a pensar en ello. Se había ido de casa y me había seguido. Cuánto misterio. La había querido buscar por el vasto mundo y vivía al lado mío, cerca de mí, muy cerca de mí. Se me hacía aún más horroroso que mi asesinato y que todo lo demás que me tocaría vivir. Nuestros caminos se separaron cuando éramos niños, volvimos a juntarnos siendo adultos, pero, ¡de qué manera! ¡Qué final! ¿Dónde estaba ella ahora? ¿Estaría enferma? Entendí que su interior se había quebrado, como el mío. No podía ser de otra manera. ¿Qué haría ella ahora?

¿Qué le había ocurrido a Roni para que envidiara mi arte? ¿Por qué? Me parecía una gloria que su hermoso cuerpo, con el que había causado tanta pena y dolor, ya no perteneciera a los vivos. Su terrible envidia y odio ya no dañarían a nadie más. Ahora también lo entendía a él en persona, mis sentimientos terroríficos y desagradables sueños, mi inquietud y agitación, y a mi sirviente, ahora que ya era demasiado tarde. Ya lo había sentido unos días antes. De ahí siempre ese temor mío de encontrármelo. ¿Era todo ello por co-

incidencia, una causa o una ley? ¿Un poder invisible? No logré averiguarlo ni probablemente nunca lo conseguiría, pero era terrible. No lograba desprenderme de él, por mucho que lo deseara. ¿Y él? Tal vez él tampoco. Siempre nos atraíamos y, sin embargo, él me odiaba, y yo a él. Se me haría asombroso si no fuera porque era tan triste, tan intensamente triste. En cualquier caso, a él le había costado la vida y yo me encontraba entre rejas, esperando mi final.

Roni, Marianne y yo: qué influencia tan poderosa nos unía a los tres. ¿A los tres? Sí, porque se nos había juntado, pero ¿quién nos había juntado? ¿Satanás? ¿Se metía el diablo con los asuntos humanos? No podía ser Dios, Dios era Amor. En cualquier caso, eran poderes invisibles o era el destino y la fuerza que primero nos había unido y luego destruido, era diabólica. Lo acepté irremediamente, no se me hacía posible ninguna otra solución y, sin embargo, ¿qué tenía que ver el diablo con nosotros, con los insignificantes seres humanos? ¿No tenía otras cosas que hacer, no tenía nada mejor que hacer? Pero si no era él, ¿quién entonces destruía nuestra joven vida? Era un misterio, no lograba resolverlo. Pero había vuelto a preguntarme “por qué y para qué”, como siempre. Tampoco este rasgo se me había quitado después de todo esto. Si solo viniera a visitarme Marianne, si se nos concediera. Tal vez supiera más que yo. Ella lo había llegado a conocer, yo estaba ciego, del todo. Qué terribles habían sido mis pensamientos sobre ella. Hubiera deseado retirar todo, porque ella no era ningún diablo. No, eso no, eso ya sería lo último de todo, lo más triste de todo. Quizá se me concediera verla todavía antes de morir. De todas formas, lo pediría, no, lo suplicaría, porque sea como fuere tenía que hablar con ella antes de morir.

Hubo unos golpeteos en la entrada y entró un alto personaje. Me hizo varias preguntas, contesté a todas. Después pregunté:

—¿Podría recibir a alguien? ¿Todavía no ha venido nadie?

—No —respondió escueta y fríamente.

—Si viniera alguien por mí, ¿sería posible entonces?

Hizo un gesto con la mano y entendí que todavía no era muy seguro. Era un pobre consuelo. Era mi único deseo antes de morir. Qué duras eran las personas. Me asaltó una profunda tristeza y me sentí muerto de cansancio. Volvió a venir alguien que me trajo otra vez un poco de agua. Cuánto se lo agradecí. Bebí del agua, pero quería guardar algo, quizá me harían esperar más, así al menos tendría todavía un poco. Me dolía la cabeza y me sentía debilitado, ya no era capaz de pensar en nada. Ya había pensado demasiado, me había extenuado, por lo que me quedé dormido. Me dejé llevar, en ese estado no me hacía falta pensar ni sentía nada de mi miseria. Ahora hubiera deseado dormir hasta morirme. El sueño no tardó en apiadarse de mí.

Cuando volví a despertar, me sentí profundamente infeliz. El día parecía estar despuntando, y eso me sirvió para calcular el tiempo que había dormi-

do. Pero estaba tan aturdido, que me quedé varias horas en la misma posición con la mirada perdida. La intensidad del sentimiento, muy dentro de mí, hacía que me sintiera vacío. ¿Cómo sería mi final? ¿Ahorcado, decapitado o torturado hasta morir? Me daba igual todo, si solo me dejaran hablar con Marianne. Estaba dispuesto a padecer lo que fuera, dar mi vida por ella, pero tenía que saber para qué lo hacía. Quería verla y hablar con ella. Fueron pasando los días. Fui haciendo marcas en la pared, contando el transcurso de los días. Ya llevaba encerrado casi dos semanas y Marianne todavía no había venido a verme. Empecé a temer que también a ella le hubiera ocurrido algo. Cuando una tarde se me concedió al fin esa felicidad, estallé a llorar. Corrieron los cerrojos de mi celda y entró Marianne. Se me echó a los brazos, llorando en mi pecho, y ambos estábamos rotos. Empecé a pensar como un relámpago.

—Vamos —dije—, no pierdas ni un segundo, anda, habla. —Sentí que éramos uno en alma y espíritu—. Cómo te amo, Marianne, ya desde que era joven. Vamos, mi niña, cuéntame todo lo que sabes de Roni, porque he de morir. Así me será más fácil irme.

Estaba profundamente emocionada y no podía decir nada. Le hacía preguntas y poco a poco fui dándome cuenta de que tampoco ella sabía apenas nada de Roni. También ella se sentía atraída por él, había un lazo, una terrible fuerza que la impulsaba hacia él. Pero seguía sin saber más cosas, porque yo había vivido la misma situación. Había empezado con el arte unos años después que yo. Más no supo decirme, ella tampoco entendía nada de este incomprensible problema. La abracé más fuerte, porque realmente la amaba. Podía haberme dado lo más elevado, pero ya no hacía falta, mi vida había quedado destruida, igual que la suya. Entonces empezó a hablar.

—Mi arte ha sido mi perdición, Lantos. No preguntes por mi vida, porque me echarás.

—¿Me amas, Marianne?

Me miró con sus ojos llorosos y la entendí a la perfección. Éramos uno, uno en sentimiento, un solo pensamiento, una sola vida y en breve eso quedaría desgarrado. ¿Por cuánto tiempo? Me sangraba el corazón y tuve que juntar todas mis fuerzas para mantenerme firme. Quería vivir estos instantes, vivirlos a fondo. Ante mí veía un camino, infinito, infinitamente largo, sin que pudiera avistar el final. ¿Qué significaba? Volví a la realidad y la abracé aún más fuerte.

—Mi niña, mi Marianne, ¿no me olvidarás nunca? Si existe la eternidad, ¿nos vemos entonces allí? Dime lo que piensas de eso.

—Viviremos, Lantos, tú vivirás, es la voluntad de Dios.

—Pero ¿es que entonces no existe la muerte? ¿Sabes de eso más que yo?

—No, pero ¿no es eso lo que se nos enseña?

—Vaya, ¿aprendes y aceptas? Que así sea. Confíemos en que nos reencontraremos. Sea donde sea, seguiré amándote, por los siglos de los siglos, hasta el infinito. ¿Tú también sientes algo así, Marianne?

—Sí, Lantos, ahora sé lo que quiere decir amar de verdad y con pureza. Yo no amaba, no era capaz de amar, pero ahora siento de otra manera. No preguntes por mi vida, pero te amo, muy, muy profundamente.

Me besó y sentí cómo se iba hundiendo, pero la mantuve abrazada, y le dije:

—¡Marianne, sigue consciente, no pierdas esos segundos, dame este precioso tiempo, no te pierdas a ti misma, sigue despierta, sigue despierta!

Volvió a abrir los ojos y me miró. Gracias a Dios, no quería perderme ni un solo segundo.

—Deséame cuando ya no esté, ¿lo harás?

Me abrazó aún más fuerte y lloraba. Ya no podía pensar y, sin embargo, tenía todavía tanto que preguntar, pero me sentía vacío.

‘Desea, desea’, solo se me ocurría ese pensamiento, ‘desear, siempre desear, hasta no poder más. Si hay un Dios, si de verdad amas a Tus hijos, concéctanos entonces después de la muerte. ¡Deseáme, desea el amor! Marianne, ¿desearás? ¿Seguirás deseándome siempre? ¿Seguirás esperando, esperando siempre, hasta que Él, que se hace llamar Dios, nos lo dé? Si hay un Padre en los Cielos, entonces te suplico, no destruyas esto tan bello, este amor, déjanos conservar esta única cosa, esta cosa sagrada’. Seguí hablando, suplicando siempre que no se destruyera nuestro amor. Yo, que no creía en Él, sin embargo estaba suplicando. No era consciente de lo que Él podía hacer, y, sin embargo, pedía y suplicaba, no podía hacer otra cosa ahora. Me embargaba un sosiego desconocido. Pero entonces volvía a sentirme vacío, incapaz de seguir pensando, y me asaltaban mareos. Me resistía con violencia, pero era en vano. No era Marianne la que se derrumbaba, sino yo. Aún la sentía cerca de mí, sus labios pegados a los míos, a mis ojos y mejillas, pero iba hundíendome en las profundidades, muy profundamente, en una profundidad infinita.

Me desperté de noche. Me rodeaba la oscuridad, pero yo la amaba, más que el día, más que la luz, porque me permitía pensar. Me acordé de todo y se me hacía horrible ya no poder vivirlo. Tampoco eso se me concedía. Cómo deseaba la muerte. Y ahora a morir lo antes posible, así todo cesará, también esta miseria. Para dejar atrás la vida, la tierra, los hombres y animales. Solo entonces me libraría de esta maldita vida. Estaba suspirando por el silencio del sepulcro. La muerte, ese horrible monstruo, es lo que yo deseaba.

Se hacía de día y después de noche. Los días y las noches se sucedían, en línea recta hacia mi final. Pero ¿por qué iba tan lento el tiempo? Tenía que morir de todas formas, así que cuanto antes mejor. Por fin llegó el momento

en que me condenarían. ¿Todavía vería a Marianne? Una mañana vinieron a buscarme y me condujeron al tribunal. Miré a mi alrededor, pero Marianne no estaba. Oí que estaba enferma. No me condenaron a muerte, sino que me encerrarían de por vida en el calabozo. Pedí la muerte, pero no accedieron, la sentencia estaba dictada.

Encerrado de por vida en un calabozo, era terrible, la mera idea ya era horrible. Con qué ganas habría puesto la cabeza en el cadalso. Amaba todo, pero esto era horrible. Me llevaron a otro sitio. Me llevaron con los ojos vendados y sentí que me encerraron en una isla. No volví a oír nada ni de mis padres ni de Marianne. Era un muerto en vida.

Meditaciones

Ahora tenía tiempo para reflexionar. Mi celda medía algunos metros cuadrados. Tenía por única iluminación una tenue luz que entraba por un pequeño tragaluz. Cuando se ponía el sol, también yo me quedaba o oscuras. No disponía de ninguna otra iluminación. Al comienzo de mi estancia aquí estuve buscando posibilidades de escaparme. Pero pronto tuve que desechar esa idea, resultaba imposible. No sabía si vivía al nivel de suelo, o debajo de él. Tenía que ser encima, porque si no, no habría tenido luz. Pero al entrar, conté los peldaños por los que habíamos descendido, y eran treinta y dos. Los muros de mi celda tenían un grosor de varios metros. ¿Qué podía hacer? Nada, claro. Así que pronto me di por vencido y me abandoné a mi suerte. Ahora estaba durante horas boca arriba, mirando fijamente hacia el techo. Así transcurrieron los primeros días.

Me sobraba tiempo para todo, no tenía que apresurarme para nada. Fui repasando toda mi vida terrenal. Pensaba en mi juventud, en lo despreocupada que había sido. En cuánto me habían querido mis padres, pero eran traicioneros y ruines. ¡Cuántas cosas había descubierto sobre ellos! Pero las gloriosas horas con Marianne habían sido las más hermosas de mi vida, los momentos más sagrados. Después en ese otro entorno, con diferentes educadores, que no me habían enseñado nada. Y aun así me había convertido en un gran artista. Me habitaba una fuerza que tenía un propósito y que era útil. Ya no preguntaba cómo había conseguido mi sensibilidad por el arte, de todas formas no se me respondería. Si me hubiera quedado en casa esto no habría ocurrido. Pero no tuve más remedio. Una fuerza que me era desconocida me había expulsado de esa tierra abrasadora y me fui, y este era el resultado. Sentí venganza durante toda mi vida, venganza y nada más que venganza.

¿Había un Dios vengativo? ¿Estarían al corriente mis padres de este final? Todavía había abrigado la esperanza de que me liberarían. Pero no. ¿Serían capaces de dormir en paz si estaban al corriente? ¿Se lo contaría Marianne? Eso tampoco ocurriría, porque yo se lo había prohibido. ¿Estaría con vida todavía? ¿No habría sucumbido bajo el peso de todos esos acontecimientos tan dramáticos? Si mis padres llegaran a saberlo, les amargaría aún más su felicidad y los dejaría en la oscuridad. Su Dios era ahora un Dios de la venganza, de eso no me cabía duda. Pero yo tenía que dejar de pensar en todas esas cosas. Los primeros días me había sentido miserable por mi vida fracasada, pero estaba sobreponiéndome poco a poco, ya que tampoco podía cambiar nada. El mal estaba hecho y ahora tenía que pagar el castigo con mi vida. Sin embargo, me sentía feliz de haber destruido a mi estirpe a través de

mí mismo. Ya no habría más herederos; yo, el único, estaba encerrado en un calabozo. Aquí, en esta jaula, estaba esperando mi final. Ni siquiera quisiera tener descendientes, pero no sabía por qué no. Aun así, me hizo bien que ese sol no hubiera salido para ellos. También ellos estaban a oscuras, yo había destruido su esperanza, su luz, su cometido. Sentía ahora lo equivocados que eran sus pensamientos. Ya había pensado sobre eso en mi juventud, pero sin entenderlo suficientemente, solo ahora lo sentía. Su Dios pensaba ahora de otra manera sobre ellos. ¿Todavía serían capaces de amarlo, después de tantas desgracias? Había sido la única baza que pude jugar para destruir su felicidad. Y había quedado destruida. Me había librado de sus torturas, pero también ahora se me torturaba. Ojalá que mi padre me hubiera apaleado hasta matarme, hubiera sido preferible. Pero en el fondo tampoco, porque no le deseaba esa felicidad. ¿Si se hubiera prestado? Ah, seguro, lo conocía de sobra. En nuestra estirpe había semejantes seres, en los que habitaban la destrucción y la violencia. Antes, muy en el pasado, ya habían ocurrido otras cosas. De niño ya supe de ellas, pero no logré averiguar la verdad. Preguntaba a mi madre si era verdad, pero era demasiado joven, me decía, y no lo comprendería. Me interesaba mucho la historia, pero se me ocultaba la nuestra propia. Eso, al menos, es lo que pensaba. Veía y sentía tanta violencia que era injustificable. Nada de lo acaecido en el pasado tenía que ver con los vivos. No debía husmear demasiado en lo que ya había pasado, me decía mi madre. Cuando se lo comenté a mi padre, se encogió de hombros, sin que se me aclarara nada. Me veía ahora estorbado en mis pensamientos por acordarme de Marianne, porque el amor me estaba consumiendo, y me entró mucha tristeza. Pero no quería estar triste, no podía cambiarse nada, qué se le iba a hacer. Pero sí había sido curioso que cuando Marianne me vino a ver a mi celda, sentí que no era yo mismo quien hablaba así. No habría sido capaz de haber hablado de semejante manera. Me brotaba de lo más hondo de mi ser, que yo mismo ni conocía ni entendía. Pero extraño sí que era. Ahora había dejado de desear, ya solo esperaba a la muerte, porque de todas formas, de aquí ya no saldría. Así que procuraba mantener alejados todos esos pensamientos, pero volvían una y otra vez, y me ponía a desear. Mi amor era profundo, al parecer amaba demasiado. ¿Estaría Marianne pensando en mí? Si era así, la sentía claramente y me daba calor por dentro.

Los días iban sucediéndose. Ya no anotaba los días o las semanas que transcurrían, porque eso solo me desquiciaba, y quería estar lo más sosegado posible. También sentía que se acercaba el invierno, porque iba haciendo cada vez más frío. Cuando el viento silbaba en el único postigo sobre mi cabeza, me entraba miedo. Era un sentimiento mortificante cuando los elementos entraban en rebelión. ¿Cómo era posible creer en un Dios de Amor? Aquí estaba yo con otros centenares que lo maldecían. Todos esos tipos lo pasaban fatal,

pero nunca los veía, porque no salía de la celda. Aquí es donde vivía, este era mi mundo, y el de ellos. Si gritara muy fuerte, ni siquiera me oirían. ¿Por qué lo consentía Dios? ¿Era yo uno de aquellos a los que se destruía? Dios era el Padre de todos nosotros, Él podría liberarme a mí y a todos los demás. Pero no sucedía.

La comida era mala e insuficiente, al igual que el agua que me daban de beber. Mi pobre cuerpo se encogía de dolor y, sin embargo, me la bebía, porque otra no me daban. No me quedaba más remedio que bebérmela, tan terrible era la sed que tenía. Pero a cada trago sentía unos dolores punzantes en el estómago.

¿Estaban torturándome de esta manera hasta matarme? Entonces, ¿por qué no de una vez? ¿Por qué mortificarme de esta manera? De eso solo eran capaces los hombres, un animal no hacía eso, sus sentimientos no se habían desarrollado tanto, no era tan bestial. El hombre, en cambio, poseía un talento intelectual, lo que lo ayudaba a inventar mejores tormentos. Pero ¿le daba Dios estos talentos para esto? ¿Eran los hombres divinos por eso, como decía la Biblia? Yo era un asesino, tenía que pagar, pero realmente era incapaz de llegar a hacer algo así. Hacer algo así me parecía horrible, aún más cruel que mi acto, era aún peor y más ruin. Había actuado en un arrebato de ira, pero aquí nos mortificaban, a mí y a esos otros pobres, torturándonos lentamente. Teníamos que morir, pero ¿cuánto nos faltaba? Prefería el cadalso a este lento ocaso. A eso se añadía mi tristeza interior, ese estar encerrado, pensando, siempre pensando, algo que es indescriptible. Todo ese dolor me hacía desear la muerte; cuanto antes llegara, mejor. Ojalá no hubiera nacido. ¿Sería este el motivo de haber llegado a la tierra? Maldije el momento en que nací. ¿O era mi propia culpa que estuviera encerrado aquí? ¿Quién podía responderme a eso? Cómo odiaba a mis padres, ahora incluso más que antes. A cada pena que sentía aumentaba mi odio. ¿Cuánto tiempo más habría de seguir esto? Quizá diez, veinte o treinta años. Me haría perder la razón. Me pasaba horas con la mirada perdida, las manos bajo la cabeza. Era como un muerto en vida. Sin embargo, me latía el corazón como a cualquier ser humano y sentía deseos de un poco de sol, algo de amor y humanidad. Suspiraba por ello; el hombre en posesión de su libertad era inconsciente de lo bien que estaba. Ese sentimiento no me abandonaba y me carcomía el corazón. Pero cuando todo esto lo sentía hasta el fondo, mis pensamientos volvían de todas formas a ese Dios incomprensible, y le suplicaba que pusiera fin a esta miseria. Él, el Todopoderoso, podía hacerlo. Pero yo lo hacía por dentro, ni hombres ni animales deberían oírlo. No me atrevía a rogar o rezar en voz alta, si rezar era eso. Los animalitos que me rodeaban sentirían compasión por mí, si se daban cuenta. Ellos representaban la única forma de vida que aquí veía y sentía. Su presencia me hacía bien, así no era el único encarcelado aquí. Era bastante as-

ombroso, pero gracias a ellos soportaba mejor mi dolor, porque durante el día lo seguía en todo lo que hacían, y así volaba el tiempo, pasaban los días y se acercaba mi final. Cada día que pasaba suponía para las personas libres vejez, pero para mí debilidad y pérdida de fuerzas. Esta comida hacía irremediable que me muriera, no había más remedio que mi pobre cuerpo decayera, era inevitable. Por eso no paraba de pensar, también en Dios. Pero los días y las semanas pasaban volando, y aún vivía. Dios no me oía. ¿Tenía que ponerme a pedir ayuda a gritos, muy fuerte? Todavía no lo tenía claro y dudaba de que Dios me fuera a oír. En las iglesias se cantaba tan alto que se oía hasta en la calle, pero tampoco allí las oraciones eran oídas. Así fui enflaqueciendo, mi pobre cuerpo padecía reuma, frío y pobreza, y mi rostro fue quedándose anguloso. Pero lo peor de todo eran las noches, me parecían durar un año. Me volvieron los deseos. Mi corazón pedía todas esas cosas terrenales que hacían agradable la vida en la tierra. Suspiraba por el sol, por comer y beber, por algo de espacio y por muchas otras cosas. Mi corazón pedía y mi alma suplicaba. Ambos estaban tristes, estaban muriéndose. Si todas las personas en la tierra pudieran vivir esto, valorarían mejor lo que tenían. No eran conscientes de lo que supone tener libertad, comida y bebida y todo lo demás. Los más infelices de la tierra son ricos en comparación conmigo y todos aquellos otros. El trino de los pájaros, los ladridos de un perro, poder hablar con un ser humano, oh, qué feliz me haría. Como ya dije, suspiraba por todas estas cosas, por toda esa felicidad terrenal. Durante toda mi vida siempre lo había valorado, pero ahora no tenía nada de todo eso. Poder ver el firmamento, la noche y el día en la tierra, poder desahogarme en mi arte, ay, de todo eso ya no me quedaba nada. En mi otra celda no quería ver a nadie, ahora lo estaba deseando. Daría mi vida por un vaso de agua, por una fruta, por esas cosas pequeñas y nimias. Mi cuerpo pedía todas estas cosas porque aún estaba con vida. Pero aquí hacía frío, un frío horrible y estaba acurrucado, en lucha conmigo mismo.

Ser humano, valora lo que tiene. Qué desagradecida es tanta gente. Refunfuñas, te quejas, estás insatisfecho, y aun así lo tienes todo. No valoras la luz del sol que te ilumina. Enciérrate y aprenderás a valorar. Yo también era un desagradecido, pero no lo entendía. Aun así, vivía con la naturaleza, me daba paz y alegría. Ahora estaba aquí en la profunda oscuridad, siempre con la mirada perdida, hasta que me escocían y dolían los ojos, hasta cansarme de tanto mirar sin ver, de tanto pensar y desear, derrumbándome con el deseo de no volver a despertar. Pero siempre volvía a despertarme y volvía a desear y a preguntar: ¿por qué, para qué todo esto? He pecado, sí, soy un asesino, pero ¿tú que habrías hecho? ¿Nunca habrías perdido el dominio sobre ti mismo? Ya me lo había preguntado muchas veces, pero no lograba hallar una respuesta. Pagaré, soportaré todo, pero sentía que entre ustedes

(vosotros) pocos habrían actuado de otra manera. Esas fuerzas no habitan en uno cuando se ama, cuando se ama de verdad. Mi amor por Marianne me llevó hasta allí, solo por amor. ¿Tenía que quedarme de brazos cruzados hasta que Roni terminara su juego diabólico? ¿Quedarme viendo cómo la mancillaba? Todos estos pensamientos, junto con el terrible silencio, casi me volvían demente. Sin embargo, me fui acostumbrando, pero sentía que algo iba a cambiar en mí.

Así que de esa manera fui siguiendo todos mis sentimientos, mientras iban pasando los días, las semanas, los meses y los años.

En contacto con el mundo invisible

Iba cambiando por dentro continuamente, y eso me mantenía ocupado, me permitía pensar y sentir y, además, asimilar. Así iba aprendiendo, descubriendo los numerosos rasgos que llevaba por dentro y aprendiendo a reprimir todos esos deseos, lo que al mismo tiempo me permitía aceptar. El silencio era estremecedor, era como si la muerte me estuviera haciendo muecas. Podría recibir en breve mi cuerpo, aunque para entonces ya no quedara mucho de él. La sentía, estaba esperándome y tarde o temprano vendría por mí. Entonces me rendiría, porque sentía cariño por ella, mucho cariño. Había ido creciendo ese cariño. Sonará extraño, pero aun así digo la verdad. Me entraba miedo cuando me envolvía la oscuridad. La noche pasada me pareció que ya no estaba solo. Pensé ver sombras, que planeaban a mi alrededor, subiendo y bajando. Las miraba y después cerraba los ojos, pero seguía viéndolas. Abrí los ojos después de mucho tiempo y ya no estaban, y se me quitó el miedo. Cuando entraba la oscuridad y se hacía de noche, me estremecía. Así me volvería loco, y eso me parecía algo terrible, porque no lo quería. Quería seguir consciente hasta la última hora. La noche siguiente volví a verlas.

¡Se parecían incluso a personas! Pero me negué a aceptarlo, porque yo aquí estaba solo, así que no quise dejarme sugestionar. Pero ya no era posible seguir negándolo, las veía con los contornos cada vez más nítidos, sin saber cómo resistirme o cerrarme a ellas, por lo que ansiaba la llegada del día. Las noches me resultaban ahora auténticos tormentos, porque nunca antes había vivido algo semejante. Era inevitable que me minara las fuerzas del cuerpo, porque no estaba preparado para resistir eso, lo sentía ahora claramente. Cuando lo percibía así era como si me llorara el alma. Allí estaba yo, sentado, muy callado, sin moverme, lo que ni siquiera me hubiera atrevido a hacer. Volvían cada noche, ¿qué debía hacer? Me retorció de mil maneras, cerraba los ojos, pensaba en otras cosas, pero aun así se me echaban encima, amargándome el descanso que tanta falta me hacía. De día siempre pensaba que me lo había imaginado, pero de noche se demostraba lo contrario. Cada noche se me hacía una eternidad. No se acababan nunca y me desesperaba. Eran como personas, tenían cuerpo como tú y yo, pero aun así parecían animales, porque les rodeaba una crueldad, un miedo y una destrucción indescriptibles. No me imaginaba nada, sería incapaz, tenía demasiado sentido común para eso y había buscado demasiado durante mi vida, pero allí estaban. Aún desconocía el significado, pero no me aportarían muchas cosas buenas. Podían ir a donde querían, las veía desaparecer y volver a través de los gruesos muros. Ellas al menos eran libres. Estaban por todas partes, porque cada vez veía más: por

encima de mí, por debajo, a mi lado y hasta me atravesaban. Jamás había oído hablar de algo así. ¿Qué clase de seres eran, si es que se trataba de seres? Los veía con más y más nitidez, hasta veía sus manos, que se parecían a garras. ¿Eran seres humanos o animales? ¿Vivían en este mundo, o en otro? Me preguntaba cuál podía ser la intención de todo esto. Una noche vi sus ojos que radiaban como el fuego, y entonces empecé a creer que eran personas. Pero no entendía de dónde venían. De día, suplicaba ayuda, porque pensaba que me volverían loco. ¿Es que no había un Dios? ¿Tenía que vivir yo todo esto? De día no veía nada, porque entonces dormía. Pero no quería dormir, tenía que mantenerme despierto y dormir de noche para no seguir viéndolos. Pero no lo conseguía, y así el día se me había convertido en noche, y la noche en día. Un estado extraño, cada tormento era aún más terrible que el anterior, y ahora tenía muchos. Pedía clemencia, pero no vi cambio alguno. Mis gritos de auxilio no servían de nada, Dios estaba sordo para mí, si es que había un Dios. Empecé a dudar todavía más, ya no había nada en mí que siguiera creyendo en algo. Un Dios no podía aprobar esto, porque era insoportable. A veces daba gritos, no contenidos, sino fuertes, pero nada, nada, ninguna ayuda. Por fin me di por vencido. No había un Dios, la gente simplemente se lo imaginaba. Mientras tanto, esos seres seguían convirtiendo mi vida en un infierno, no les detenía nada, tampoco mis súplicas.

En cuanto empezaba a anochecer me rodeaba la oscuridad. Entonces me quedaba esperando, muy acurrucado. Mi sufrimiento era insoportable, con tanta oscuridad mi visión era nula. Tiritaba y temblaba, de tan dominado que estaba por los nervios. Qué resistente es el cuerpo humano y sin embargo en la vida se soportaban muy pocas cosas.

Mis pensamientos al entrar aquí fueron que no aguantaría mucho tiempo, pero los días iban pasando sin que llegara la muerte redentora, a pesar de no ser yo más que un esqueleto. Pero el hombre puede aguantar muchísimo, porque en mi anterior celda me derrumbé cuando todavía no había vivido nada.

A mi alrededor había una oscuridad estremecedora. Sentí que vendrían y ya estaba viendo movimiento. A veces pasaban horas sin que percibiera nada, y entonces trataba de dormir, sin poder conciliar el sueño. Quería dejar de tener tanto miedo y resistirme a ello, entonces quizá las cosas cambiarían. Empecé a ver unos seres junto a mí, y me recorrió una corriente de aire gélida. ¿Y ahora qué era eso? Pero se fueron y me quedé un poco más tranquilo. Sin embargo, debí de quedarme dormido, porque cuando me desperté ya era de día. A Dios gracias, la noche me había dado tregua. Cuánta felicidad sentía, cuánta gratitud por haber podido dormir y no haber visto esos seres. No tenía ganas de comer ni sed, también eso era curioso. Estaba empezando a hacer más frío y tenía que intentar sobreponerme a eso. Estaba dispuesto a

soportar cualquier cosa con tal de que esos hombres animales o lo que fueran no reaparecieran. Mi temor a la noche no hacía más que aumentar. Si solo supiera cuándo llegaría el final.

De pronto volví a pensar en Marianne, desde hacía mucho que no lo había hecho. Estaba demasiado ocupado, porque aquí pasaban infinidad de cosas que mi mente tenía que asimilar. Pero las últimas noches había dejado de ver sombras, por lo que sin darme cuenta pude empezar a pensar en otras cosas. Ya estaba pensando que me había equivocado, que la oscuridad me jugaba malas pasadas.

¡Pobre Marianne! ¿Cómo estaría? Cuando pensaba en su maternidad me enfadaba. ¿Por qué tenía que volver a verla de esta manera? Pero, claro, ella no sabía nada de mi vida, ni siquiera que estaba con vida. ¿Estaba obligada a enmendar lo que había hecho? Yo ya estaba pagando, y luego me iría al Infierno. No bastaba todavía; cuando pensaba en ello y en mi final que se acercaba me encogía de dolor. Todos estos horrores, ¿y encima la maldición? Mi alma temblaba con la sola idea.

A Marianne le perdonaba todo y la seguiría amando. No podía pensar en su vida, así me lo había pedido, y sin embargo me gustaba tanto hacerlo, porque así mataba el tiempo. Volví a sentir cómo despertaba mi amor por ella, y era porque suspiraba por calor. Cuanto más sufría yo, más crecía mi amor. Para mí era una bendición, me acariciaba por dentro. Pero solo era hacia ella, no sentía amor por ningún Dios ni por ninguna otra persona. A veces me parecía oírla rezar. ¿Sería posible? Pero ahuyenté esos pensamientos, porque no quería meterme ideas en la cabeza.

Él, el Creador del cielo y de la tierra podía redimirme. ¿Cómo es posible que siempre vuelva a Dios?, pensé. No creía en Él, pero había algo en mí que siempre me hacía volver a pensar en Él. Se me hacía muy extraño, igual que todo lo que había ocurrido e igual que toda mi vida. Me brotaba de lo más hondo de mi ser. ¿Es que entonces sí que tenía que ver yo con Dios? ¿Vivía algo de Él en mí? ¿Por qué siempre tanto preguntar, y por qué tenía que pensar siempre en eso, una y otra vez? Pareciera que era parte de Él, no lograba liberarme de eso, mis pensamientos siempre volvían a Él.

Cuando pensaba en Marianne y sentía su amor, después volvía a pensar en Dios. ¿Por qué tanto hostigamiento? ¿Era insuficiente mi dolor? ¿Estaba imponiéndome Dios Su amor? Cómo quisiera amarte, a ti, Dios de Amor, pero mira cuántas imprecaciones, cuánta injusticia. Reprimí con violencia todos estos sentimientos hacia Dios y Marianne. Pero aun así me volvían los deseos de amor, suspiraba por ese calor, no, lo suplicaba. La demás miseria ya ni la sentía, solo esto. Pero me alteraba la serenidad del alma, me torturaba con tanta ferocidad que pareciera que estaba en el potro espiritual. ¿Era amor esto? ¿O solo eran imaginaciones mías? Oh, poder recibir una sonrisa suya,

poder tenerla delante de mí, a ella que fue solo mía, qué grande sería entonces mi felicidad, sería inabarcable e inexpressable en palabras. Un pensamiento me llevaba a otro. Mi cerebro se quedó enredado, lo sentí por mi manera de pensar. Dios, Marianne, el amor, la comida y bebida, aquellos seres y mi vida entera me estaban volviendo loco. Aun así, por extraño que fuera, empecé a echar de menos a aquellas sombras, por temor a volverme loco. Eso al menos me distraía, hacía volar el tiempo y así me mantenía ocupado. Pero sí sentía que estaba convirtiéndome en un juguete de mis propios pensamientos, me zarandeaban hacia todas partes, de un lado para otro, pero prefería estrellarme la cabeza contra la pared antes que volverme demente. Eso me parecía insoportable del todo. Los pensamientos amorosos que me habitaban dolían, pero también me daban calor. Siendo libre no había sentido así el calor del amor, pero ahora era como si ese amor fuera más grandioso, más amplio y más cierto. Cómo podría amar ahora. No deseaba otra cosa que poder dar amor, poder cuidar a mi amor, sonreírle y protegerla; entonces me sentiría como en un paraíso.

No quería amar como la gente piensa que se ama, no, así no, sino que quería ser uno en sentimiento, uno en entendimiento y uno en pensamiento. Así vería en ella a Dios, podría sentir en ella a Dios. Como artista no era todavía capaz de hacerlo y por eso entendí que la pena y el dolor que ahora recibía y vivía hacían madurar, tenían que hacer madurar, el amor del ser humano, porque estaba empezando a valorar lo que un día tuve y ahora añoraba. Pues eso es en lo que pensaba, lo sentía en mi interior, ardía en mi alma y dejé que siguiera ardiendo, porque con tanto frío me hacía bien. Mi corazón y mi ser entero clamaban y lloraban por ello. Así volvieron a pasar los días y las noches.

Durante bastante tiempo no había vuelto a ver las sombras por ningún sitio. Estaba deseando que volvieran, porque también estos pensamientos estaban haciéndose insoportables. Ya me daba igual que fuera noche o día. Todo me daba igual, porque se me habían agotado los pensamientos. Ya no tenía deseos ni anhelos por algo amoroso. Solo me sentía vacío y cansado, porque todo me parecía injusto y despiadado.

Me habían dado algo de ropa contra el frío y me sentía muy feliz por ello. Ahora iba a poder resistir ese largo invierno si fuera necesario y la muerte no hubiera venido a buscarme antes. Había vuelto a mi rincón, porque de tanto andar en círculos por la celda me quedaba mareado, y así me quedé esperando lo que se me presentara.

Puse fin a mi vida y la entrada en el mundo espiritual

Todo lo que aquí vivía era emocional, pero ahora sí que estaba empezando a desear mucho la muerte. Todos mis deseos habían dado paso a ese único pensamiento: la muerte. Roni era más feliz que yo; ojalá me hubiera aplastado el cráneo a mí, en lugar de yo a él, porque este sufrimiento era insoportable.

El día estaba terminando y se acercaba la noche. Quería intentar dormir un poco. El viento volvió a silbar contra el postigo, pero eso ya no me daba miedo, me había acostumbrado. Ya solo deseaba poder morir, nada más. Por dentro me sentía un poco más tranquilo, pero aun así no pude conciliar el sueño, por lo que sin querer empecé a mirar de nuevo a mi alrededor. Sí, allí estaba viendo otra vez algo que se movía, así que estaban por llegar. En mucho tiempo no las había vuelto a ver. De modo que no me había imaginado cosas. Seguía sin saber si eran seres humanos o animales. Seguí todos sus movimientos y me asombró que hubiera dejado de sentir el miedo de antes. Fueron adquiriendo más nitidez, pero seguían envueltas como en una emanación. Las seguí en todo. ‘Ciertamente’, pensé, ‘son seres humanos’. Pero ¿de dónde vienen estas personas? Ahora escuchaba un sonido susurrante e intenté captar su significado. Pero era demasiado tenue. De improviso pregunté:

—¿Son personas? ¿Son seres vivos?

Me quedé esperando, pero no oía nada, aunque había cada vez más vida a mi alrededor. De forma inesperada sentí que me brotaba algo incomprendible. Era como si me estuvieran hablando. Volví a preguntar si había seres humanos. Otra vez oí voces, pero no las entendía y pregunté:

—¿Realmente es usted una persona?

De pronto oí decir muy claramente:

—Igual que usted.

¿Cómo yo? Pero si eso no era posible. Yo estaba aquí encerrado y solo. Pregunté:

—Entonces, ¿qué fuerzas tiene usted?

—Las tuyas. —Oí que se dijo.

—¿Las mías? —repetí.

—Las tuyas —Volví a oír.

—¿Es usted un ser humano o un animal? —pregunté.

—Un ser humano, como usted.

—Y, ¿dónde vive?

—Aquí, cerca de usted, alrededor de usted y dentro de usted.

No entendía nada. ¿Dentro de mí? ¿Estaba conectado con un mundo invis-

ible? ¿Con el más allá? ¿Sí existiría entonces la pervivencia? Volví a preguntar:

—¿Ha muerto usted?

—No —oí—, porque vivimos.

Ahora seguía sin saber nada. Junto a mí, vi diversos seres. Podía percibir sus cuerpos y vi que eran seres humanos. De modo que decían la verdad. Me miraban y me sonreían. Repetí la pregunta, pero no obtuve respuesta. Entonces pregunté:

—¿Son de la tierra?

—Sí —oí que dijeron—, pero en otro mundo. Entre la tierra y el más allá.

Tampoco comprendí nada de eso. Me pareció que me estaban tomando el pelo, ¿o era algo que estaba sugestionándome yo mismo? Pero en el mismo instante oí decir:

—Digo la verdad, ¿o es que no nos está viendo?

—Sí, los veo.

—Pues acérquese a nosotros. —Oí que se dijo, lo que me estremeció sin querer.

—¿A ustedes? —pregunté.

—Aquí no sufrirá ningún tormento. Aquí hay vida y puede divertirse.

Esto me ofuscó, porque sabían lo que yo ansiaba. Entonces tenían que ser personas, porque pensaban como yo. Pero ¿por qué no daban una respuesta directa a mi pregunta de si habían muerto en la tierra?

—¿Han muerto? —pregunté. Entonces me pareció oír unas risotadas diabólicas. ¿Eran diablos?—. ¿Me dicen quiénes son? —volví a preguntar.

—Imposible. —Oí.

—¿Por qué? —pregunté, y oí:

—¿Usted le dice a todo el mundo quién es?

Esa respuesta era clara, así solo sabían hablar y pensar los seres humanos. Después pregunté:

—¿Saben pensar como yo?

—Igual que usted.

Durante bastante tiempo ya no oí nada, pero los veía claramente. Primero quería asimilar esto, porque seguía sin entender nada. Aun así, hice varias preguntas más, pero ya sin obtener respuesta. Fue pasando la noche y se acercaba el día, pero aún no había averiguado la verdad. Durante todo el día me quedé dándole vueltas, deseando que llegara la oscuridad, porque vivía cosas de las que no había oído en la vida. Una cosa me había quedado clara: eran terribles esos seres. Eran siluetas, seres humanos, pero más bien diablos. De día, cuando había luz, no los veía ni los oía nunca. Por lo visto no soportaban la luz del día. Sin embargo, suspiraba por que llegara la noche, porque me despojaba de mis otros sentimientos, de mi dolor, hambre, sed y deseos. Ahora eran los días los que se me hacían años. Ya no sabía cuánto

tiempo llevaba aquí. Pero por las estaciones, cuando el calor daba paso al frío, sabía que había transcurrido otro año más. Seguía sin entender cómo era capaz de resistir mi pobre cuerpo. El frío casi me congelaba y el verano a veces me asfixiaba. Pero ninguna de las dos cosas ocurría, seguía vivo, por miserable que estuviera. Podía distinguir todos esos diferentes sentimientos que me habían atravesado. Lo que más me había hecho sufrir eran todos aquellos sentimientos de temor, al igual que mis deseos. Ahora se acercaba una nueva ocupación y con ella me divertiría, la deseaba, de modo que ahora se me hacían eternos los días. Quizá solo ahora descubriría la verdad y se resolverían numerosos misterios. Todo cambiaría en mí, con tal de que primero supiera todo de sus vidas. Por fuera ya no hacía falta que cambiara. Si me presentara ante mis amigos tal como era ahora, ya no me reconocerían. Tenía una larga barba y el pelo me había crecido hasta los hombros, blanco como la nieve. Tenía aspecto de sabio, como un ser humano honorable, y sin embargo era un asesino. Por dentro y por fuera había sufrido un gran cambio.

Como de costumbre me senté en mi rinconcito y me quedé esperando la noche. Según iba oscureciendo iba viendo cómo se acercaban. Todavía estaban envueltos en una emanación, pero ya sabía cuándo podría hablarles para que me respondieran. A su alrededor vi ahora una luz rojiza, pero atravesada de destellos verdes, e involuntariamente tuve que pensar en una calamidad inminente que se me venía encima con ellos. Pero cuando se acercaron más ya solo pensé en mí mismo y en las preguntas que podría hacerles. ¿Lo veía bien? Sin duda, estaba viendo a una mujer. ¿De dónde venía?

—¿Hay mujeres aquí? —pregunté.

Ninguna respuesta. Pero había visto claramente los contornos femeninos, eso lo ve un artista. El ojo de un artista ve mejor que el de un ser humano corriente. Volví a ver mujeres, no una, sino decenas. Veía como se movían sus cuerpos, elevándose y descendiendo, como si estuvieran haciendo un juego, al igual que harían miles de mosquitos. Planeaban con garbo hacia arriba, pasándome de cerca. Eran tangibles, pero no me atrevía a moverme. ¿Estaba soñando o estaba despierto? Me palpé, di un puñetazo contra la pared, me pellizqué las escuálidas mejillas y comprobé que estaba despierto. Sí, eran mujeres, ahora las veía claramente. Intenté oír las y vi que estaban abrazándose. Era extraño, pero estaba muy tranquilo, observando.

De pronto oí una voz que no tardé en reconocer, y al mismo tiempo me quedé convencido de estar oyéndola en mi interior.

—¿Quiere hacer preguntas? —Oí decir.

—Ah —respondí—, por favor, desde luego. —Y pregunté—: ¿Lo veo bien? ¿Son mujeres?

—Lo está viendo bien —dijo la voz, y me sentí feliz.

—Dígame, ¿de dónde vienen estas mujeres?

—De la tierra —dijo la voz. Me pareció una respuesta clara.

Después oí decir:

—¿Me ve?

—No —dije—, todavía no. —Pero me di cuenta de que algo se hacía más denso muy cerca de mí—. Sí, ahora la veo —exclamé muy contento. Me miraban unos ojos que irradiaban una luz verde y que me observaban de forma penetrante.

Después oí decir:

—¿Soy un ser humano?

—Sí, usted es como yo, un ser humano, le doy gracias.

Después se retiró y pregunté:

—¿Hay diversión allí?

—Aquí hay de todo. Vivimos como queremos nosotras mismas.

—Fenomenal —dije. La conversación despegó, iba como por sí sola—.

¿Qué debo hacer para llegar hasta ustedes?

Entonces oí muy claramente:

—Ponga fin a su vida, no se quede en el calabozo, venga con nosotras.

—¿Lo dice en serio? —pregunté.

—Sí, sí, lo digo en serio.

—Pero, dígame primero: ¿ha muerto usted?

El ser parecía tener que pensárselo y después de un rato oí:

—Todos hemos muerto.

—Vaya —dije, y añadí—: O sea, ¿existe el más allá?

—Algo así.

—¿Así que no hay muerte?

—No. —Oí que se dijo, pero me sonó duro.

—Qué gloria —dije—, ¿de modo que viven al otro lado de la tumba?

—Sí. —Oí, pero la respuesta había tardado en llegar.

—¿Hay algo que nos esté molestando?

—Sí —dijo la voz.

—Ya me parecía —dije—. Pero ¿viven en el infierno?

—No —dijo—, aquí se está en la gloria.

Entonces oí risas, pero no entendí por qué la pregunta les producía risa; es que yo hablaba en serio.

—No se están riendo de usted —oí—, están divirtiéndose.

—¿Divirtiéndose? —repetí. Y yo que me aburría como una ostra. Allí estaban teniendo diversión, estaban juntas y yo siempre estaba solo. Entonces oí decir mis pensamientos:

—¿Por qué no vienes donde nosotras?

—Lo meditaré a fondo —contesté. Después pregunté aquello a lo que más vueltas estaba dando—: Dígame, querida amiga, ¿existe Dios allí? —Oí

unas tremendas risas y sentí que mi pregunta estaba mal planteada. Sus risas me sonaban satánicas. A pesar de ello, pregunté—: ¿Se están riendo de mí?

—No —dijo.

—¿Es que entonces conoce a un Dios?

—Yo no ni nadie de nosotras. —Oí que dijo.

Esa era una respuesta clara, tampoco conocían a Dios.

—Dígame, estimada amiga, pero responda claramente: ¿Es usted una maldita?

Escuché con atención y oí que dijo:

—Ninguna de nosotras sabe nada de eso.

—Así que allí, donde ustedes, ¿no existe la maldición?

—Aquí no.

Si era así, quería irme a ese mundo.

—Otra pregunta más, a la que me tiene que dar una respuesta clara.

—Pregunte cuanto quiera. —Oí.

—Gracias, muchas gracias. ¿Hay fuego ardiendo donde ustedes?

—¿Fuego, dice?

—Sí, fuego. ¿No hay fuego ardiendo en el infierno?

—Aquí no hay fuego.

‘Eso tampoco? ¿Será entonces que los clérigos en la tierra están dementes, o lo estoy yo?’, pensé.

—Están dementes —oí que dijo, y repitió—: Aquí no hay fuego.

—Qué feliz me hace usted, querida amiga, qué feliz me siento.

Se me escapó un profundo suspiro. Si eso era así, podía volver a sentir amor por Dios. Me quedé pensando un largo rato, sin que me dijera nada, como si supiera que tenía que hacerlo. Después de mucho tiempo pregunté:

—¿Es que todos aquellos clérigos, y eso que hay muchos, están mal informados?

—Sí —oí—, debe de ser así.

—¿Y el Santo Padre?

—Él también.

—Qué terrible —dije. Entonces se estaba engañando a millones de personas. Si no lo sabían ellos, entonces, ¿quién? ¿No eran los representantes de Dios? Ay, qué Dios tan incomprendible. Todos esos sabios, que conocían a Dios, iban mal encaminados, no sabían nada de Dios, como yo. Quedé muy agradecido a mi amiga, pero el problema iba complicándose cada vez más, ahora ya sí que no entendía nada. ¡Qué misterio!

—Ven con nosotros —lo oí decir—, y su pena y dolor habrán terminado. Todo quedará anulado, venga, venga rápido, queda poco tiempo.

—¿Estaré con ustedes?

—No lo dude.

—¿Existen la noche y el día donde ustedes? —pregunté—. ¿No me ha oído? —volví a preguntar, porque la respuesta se estaba haciendo esperar.

—Sí, sí —dijo después de un rato—, pero no se lo puedo explicar.

—Pero ¿tan difícil es mi pregunta?

—Eso no, pero no se olvide de que estamos en otro mundo.

Era cierto y se me había olvidado. Aun así, se me hacía extraño. Mi pregunta no era profunda, sino humana. Incluso los niños más pequeños conocían el día y la noche. ¿Será tan incomprensible ese mundo? Debía de ser así, porque nadie en la tierra sabía nada de aquello, ni siquiera los clérigos más altos, como decían.

—Dígame —le dije—, ¿tienen suficiente comida y bebida?

—Tenemos todo lo que se le antoje.

—Qué felices son allí, yo no tengo nada de nada.

—Venga, pues, y no espere más.

Ahora volví a preguntar:

—¿Así que sí murieron?

—Sí —dijo.

—Gracias, ahora me ha quedado claro. ¿En la tierra?

—En la tierra. —Oí.

—¿Puede contarme más cosas?

—Solo lo que me pregunte.

Me quedé pensativo, pero no se me ocurrieron preguntas. Sin embargo, tenía miles en mí. Después de un tiempo volví a preguntarle:

—¿Sabe que estoy esperando aquí mi muerte?

—Sí —oí—, ya me lo ha dicho.

Igual hasta me volvía loco, porque mezclaba todo.

—¿De modo que está muerto y vive? —pregunté, y me alegró mi aguda pregunta.

—Sí —oí—, estamos muertos y vivimos.

Ahora ya sabía lo que tenía que saber. O sea, no había muerte. Vivían en otro mundo y yo entraría en él. Entonces la muerte era una cosa gloriosa y no había razones para que tuviera miedo. Pregunté:

—¿Usted también puso fin a esta vida terrenal?

—Yo no, pero muchos aquí, sí.

—Qué gloria, iré pronto, pero primero tengo que meditarlo bien —dije.

Me parecía un gran paso, pero así me libraría de toda la miseria.

—¿Qué piensa hacer? —Volví a oír.

—Primero pensaré y se lo diré mañana por la noche.

Después oí algo parecido a un gruñido, pero pensé que no sería para mí y que lo que me había llegado lo habría hecho algún tipo de ser. A continuación oí:

—Le recomiendo que se decida pronto, no queda tiempo.

Era la segunda vez que se me decía esto, y respondí:

—Me daré prisa.

—Bien —oí—, muy bien, porque todavía posee las fuerzas para hacerlo. Después su cuerpo famélico ya no lo podrá hacer.

—Claro, no había pensado en eso —dije. Tenía razón, pronto ya no tendría esas fuerzas. Le di las gracias, pero aún me apresuré a hacerle otra pregunta, porque ya estaba empezando a clarear:

—¿Están ayudando a otros presos aquí?

—Sí, a otro más.

—¿Y los demás? —pregunté.

—Esos ni nos oyen ni nos ven.

—¿Así que soy un privilegiado?

—Lo es —contestó—. Usted tiene dones —añadió.

Era cierto; qué respuesta tan clara.

—¿Sabe usted que soy artista? —pregunté todavía.

—Lo sé.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Lo veo y lo siento.

—Fenomenal —dije—, conoce la naturaleza humana. El otro al que están ayudando, ¿también tiene dones?

—No. Usted es más sensible que él. —Oí decir. Eso también lo entendí y me alegró. Todavía oí:

—Ahora me voy, piénselo bien; hasta la noche.

—Hasta la noche, y muchas, muchas gracias —dije.

Los seres se disolvieron delante de mí, porque la noche estaba dando paso al día. Ahora tenía muchos problemas para reflexionar. ¿Me decidiría a hacerlo? Todo me parecía curioso. Era muy interesante. Lo que más me alegraba era que los clérigos de la tierra no supieran nada de todos estos problemas. ¡Cómo presumían de sus conocimientos! ¡Qué sabias eran todas esas personas! Eran los elegidos y, sin embargo, no sabían nada de nada de esta vida. Me sentía muy feliz y había olvidado todas mis miserias. Estuve pensando durante todo el día. Dios no maldecía, no había fuego, de modo que ya tenía la respuesta a dos grandes problemas. Allí había comida y bebida, se vivía y cada uno podía ir donde quisiera. No podía ser más hermoso. Acabaría con mi vida, sin duda. Pero ¿cómo lo haría? ¿Colgado de las rejas? Era el único lugar que se prestaba a ello. Lanzarme de cabeza contra la pared no era tan seguro. Aquí no quería quedarme más tiempo, porque deseaba rodearme de gente, de fiestas, de comida y bebida, de amor y de felicidad. Allí se juntaban hombres y mujeres, no podía ser más glorioso y todo me dejaba contento. Aquí no poseía nada y podría pasar mucho tiempo todavía antes de

morir. No quería vivir de nuevo esas terribles noches que me habían tocado al comienzo, me volvería demente. Ahora aún poseía las fuerzas, dentro de algún tiempo ya no, porque iba debilitándome. ¿Tendría que estar tumbado aquí, enfermo? No, estaba determinado a acabar con mi vida, y ya deseaba que fuera de noche para poder decírselo. No me apetecía nada que todos esos bichos me fueran comiendo.

¿Estaba Roni también en ese mundo? Entonces no lo habría matado, sino que solo le habría quitado su vida terrenal. Me embargó una sensación de alivio. Así que Roni vivía y sabía ahora más que yo; incluso volvería a verlo. ¡Y también a Marianne! Entonces seguiríamos juntos, tomados de la mano, y podríamos amarnos. Oh, qué felicidad me esperaba allí. Si ella ya estaba, tal vez la vería de inmediato. Pero si todavía viviera, esperararía. En cualquier caso, yo vivía, ella vivía, no había fuego y allí se desconocía la maldición. Me esperaban muchas cosas hermosas. Pronto podrían ir a enterrar mi cadáver. Ya me gustaría ver sus caras. Si me fuera posible escribir aquí, dejaría una sabrosa notita, agradeciéndoles todas las cosas de las que había podido disfrutar en todo este tiempo. El sol estaba poniéndose y en breve sería de noche. Pensé en todas las preguntas que me quedaban por hacer, quería estar preparado. Tenía que intentar pensar de modo puro. La pasada noche casi me había sido fatal. Me había hecho un lío en la cabeza, pero aun así había recordado las principales preguntas. Eran las preguntas por las que suspiraba mi alma entera.

Me senté como de costumbre y me quedé esperando. Ya empezaba a ver movimiento a mi izquierda. Enseguida hice una pregunta, pero no obtuve respuesta. Tendría que esperar más. Pero mirara donde mirara veía vida, en todas partes. Emergían desde las profundidades, lo cual realmente era divertido. De pronto oí decir:

—Buenas noches, amigo mío.

—Buenas noches —contesté—, me alegro de que hayan venido tan pronto. ¿Saben que es de noche? —pregunté.

—Se lo oí decir —contestó.

—¿Es que no lo sabe usted mismo?

Me quedé escuchando, sin oír nada. Después, unos minutos más tarde, dijo:

—Qué tonterías.

—¿Qué tonterías? —repetí su frase. Sí, me dije, es que son tonterías. Como si no tuviera otras preguntas que hacer—. Querido amigo mío, ¿me oye?

—Lo oigo y lo escucho.

—Gracias, y escúcheme bien ahora, le tengo que decir algo. Voy a poner fin a mi vida.

—Muy bien, pero no tarde.

—¿Me ayudará?

—Sí —oí—, lo ayudaré.

—¿Me hará usted feliz?

Me asusté mucho, porque sonaron unas risotadas satánicas. ‘¿Serán diablos?’, me pregunté. Por debajo de todas esas risotadas me pareció oír unos chillidos horribles. ¿Dónde los había escuchado ya? Ah, sí, cuando murió Roni. Se me había olvidado la pregunta que quería hacer.

—¿En qué está pensando, querido amigo? —Oí que dijo.

—¿Por qué se ríe de mi pregunta?

—¿Cómo se le ha ocurrido eso? No me reí.

—¿Es desconfianza mía?

—Sí —dijo—, esto no es asunto suyo.

—Entonces, ¿por qué se reían?

—Se divierten.

—Ah, eso cambia la cosa.

Ahora veía a muchos seres juntos que estaban alborozados. Había algo que me repelía, que me daba asco, pero me lo quité de encima. Sus intenciones para conmigo eran buenas y no debía ser ingrato. Sin embargo, volví a sentir ese asco y me dio miedo. Por eso le pregunté:

—¿Qué es lo que me está dando miedo, lo sabe?

Su respuesta fue tajante y oí:

—Su conciencia.

—¿Mi conciencia?

Pero tuve que asentir, el hombre decía la verdad. Yo era un asesino, había matado.

—¿Tiene alguna pregunta más?

Me quedé pensando, pero no se me ocurrió ninguna más.

—Tengo poco tiempo. —Oí.

—Vaya, qué lástima.

—Lo ayudaré.

—Muy bien —dije—, qué gloria.

—¿Así que mañana?

—Mañana —dije. Sí, mañana lo haría. Me fui quedando aturdido, su mundo se me iba volviendo invisible y me quedé dormido. Ya era de día cuando me desperté, me sentía gloriosamente descansado. ‘Eso es algo que ellos me han dado’, pensé. Me sentía fuerte y enseguida me dispondría a irme de aquí. Dejé de lado los alimentos que me trajeron como siempre. Ahora ya no me hacían falta, recibiría otros, solo tenía que unirme a ellos. No sometería mi cuerpo famélico a nuevas cargas, ya había sufrido lo suyo. Me dirigí a mi pobre cuerpo y le dije que iba a recibir otros alimentos y muchas otras cosas, pero de repente me quedé trabado en el razonamiento. Cuando

este cuerpo muriera, ya no le harían falta alimentos, ¿no? ¿Qué problema me estaba surgiendo? Mis pensamientos eran curiosos.

¿Que no se me hubiera ocurrido antes! ¿De dónde venían esos pensamientos tan repentinamente? Empecé a sentirme mareado. Se me fue nublando la vista. ¿Me estaría quedando ciego? Me incorporé de un salto y me puse a andar de un lado para otro. Poco a poco fui recuperando la vista. Iba quedándome débil, muy débil, se estaba agotando el tiempo para poner fin a mi vida. En breve prepararía todo. Con la paja haría un palo largo para fijar una cuerda detrás de las rejas. Pero me faltaba la cuerda. Pues entonces rasgaría la manta. Me puse a trabajar tranquilamente en el palo de paja, pero me quedé pensando en ese problema, en el de morir y los alimentos, porque no entendía bien su significado. Ah, por qué no habría pensado en eso antes. El espíritu, claro, ya no necesitaba alimentos. Aunque tampoco de eso sabía nada, no me sonaba de nada, pero suponía que así sería. ¡El espíritu, el espíritu!, repetí.

—El espíritu. —Oí decir de pronto en mi interior.

¿Quién me hablaba? Se estaba hablando en mi interior.

—El espíritu vive, el espíritu sigue viviendo.

Me entró miedo, esto me estaba ofuscando, ya no era yo mismo. Maldije mis propios pensamientos. Locuras, nada más que locuras. Tenía que apresurarme, ya me lo había advertido. Rápido, Lantos, adelante, estás enloqueciendo, estás quedándote ciego y muchas más cosas. Enseguida moriría, entonces ya no me haría falta pensar.

—En esto no, sino en otras miles de cosas. —Oí.

—¿Es usted? —pregunté—. ¿Puede llegar a mí de día? Qué gloria. Enseguida estoy —dije. Até todos esos estrechos jirones, los até al extremo superior de mi palo de paja e intenté pasarlos por detrás de las rejas. Mientras lo estaba intentando, me empezó a latir el corazón tan fuerte que pensé que me derrumbaría y que la muerte se haría cargo de mí por su propia cuenta. Y ahora, ¿qué significaba esto? Sentí que me atravesaba una fuerza que no era la mía. Tuve que apoyarme en algo para no caerme. También se me debilitó la vista, por lo que tuve que renunciar momentáneamente a mi plan para recuperar el aliento. ‘Solo falta que me quede ciego’, pensé. ‘Ya va siendo hora, ya basta de tanto hablar’. Pero había pensado que sería más fácil. Parecía que me estuvieran obstruyendo en lo que hacía y dejaba de hacer. Mientras estaba allí descansando, de repente oí que tocaban a la puerta de la celda. Eso nunca había pasado. ¿Estaban haciéndose corteses los guardianes? Lo volví a oír. ‘Bueno, bueno, te quedarás loco de remate si no vas allí a la de ya’, pensé. Pero primero tenía que recuperar un poco el aliento. La vista se me iba debilitando cada vez más, porque veía lo que me rodeaba como envuelto en una emanación. Pero empecé a ver movimiento en esa emanación. ¿Eran mis

amigos? La emanación se fue haciendo cada vez más densa, y ahora vi una aparición, que fue tomando cuerpo igual que lo habían hecho ellos siempre. Solo que ahora veía luz, alrededor de este ser radiaba una intensa luz. Pude ver con claridad sus formas. La aparición tenía un hermoso rostro. ¿Qué es lo que me tocaría vivir esta vez? Oí que me hablaban.

—Escuche, amigo mío, escuche, hermano. —Su voz tenía otro sonido, jamás lo había escuchado—. No ponga fin a su vida. El sufrimiento que ya ha vivido no tiene ni punto de comparación con lo que recibirá entonces.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Soy un espíritu de la luz.

—¿Por qué no se acerca un poco más?

—No es posible. Repito, vengo a avisarle.

—¿A mí?

—A usted. Padecerá terribles sufrimientos y soledad, así que no ponga fin a su vida. No puede destruir su vida, porque el espíritu sigue viviendo en la eternidad.

—¿Tiene conocimiento de una eternidad?

—Vivo en la eternidad, amigo mío.

—Ya lo sé —dije—, sus hermanos ya me lo dijeron.

—Son mis hermanos, pero diablos del infierno, que lo destruirán.

—¿Que me destruirán, dice? —Observé el ser y pregunté—: ¿Ha venido para amargarme mis últimas horas?

—No, para ayudarlo. Ya le hablé anteriormente, pero me repelió. Soy el espíritu que le habló hace unos instantes, y quiero impedirle que se mate.

—¿Fue usted? ¿Ni siquiera me desea mi propia muerte? ¿Quiere mortificarme más tiempo?

—Guarde silencio, hermano —dijo, retomando la palabra—, estese un poco callado, tranquilícese.

Me estuvo observando y una poderosa corriente hizo que me tranquilizara.

—¿Qué desea? —pregunté.

—Piense, estimado hermano, que Dios le dio la vida. Nuestro Padre que está en el cielo, el Padre que es suyo y mío, le dio la vida, y usted no puede destruir esta vida. Es la voluntad de Dios que esto no suceda. Dios es amor, hijo mío, nunca lo olvide. Cuando haya cumplido su castigo, empezará otra vida.

Pensé: ‘Dios es amor. ¿Dios?’

—¿Quiere decirme que Dios es amor? —No pude controlarme y empecé a reírme—. ¿Dios es amor? ¿Sabe usted cuánto he sufrido y suplicado? —dije—. ¿Sabe usted por qué estoy aquí? ¿Sabe usted, estimado amigo, cómo me han tratado? ¿Sabe usted que aquí me están devorando los bichos, que hay algo que me corroe por dentro y que esa soledad me está volviendo demente? Me habla de soledad, pero ¿no cree que basta ya de estar solo aquí? Le pre-

gunto: ¿No me desea mi muerte, mi felicidad? Allí sí que tendré felicidad, allí me espera comida y bebida. Allí me esperan la diversión y amigos, mujeres, hombres. Aquí sucumbo, física y mentalmente. Largo de aquí, espíritu luminoso. Váyase por donde ha venido, ya no escucharé más su voz consoladora. Váyase, le digo, rápido. Déjeme en paz, no me moleste en mi trabajo, déjeme hacer lo que quiero, no necesito sus consejos, ni ahora ni nunca, ¡váyase, ya! —Cómo me enfurecía este ser humano—. Usted es diabólico. Un clérigo de la tierra. ¿No será que lo envía su amo? —Pensé morirme de la risa cuando se me ocurrieron estos pensamientos. Mis amigos ya me lo habían contado, y comprendí. Tenía delante de mí a uno de esos seres—. ¡Regrese de donde vino! —dije. Allí seguía y no me quitaba la mirada de encima—. Si dispusiera de herramientas y piedra, lo representaría —dije. Pero no se iba y sentí que me estaba entrando un enorme sosiego. Era alguien curioso—. ¿No quiere marcharse? —pregunté.

—Una cosa más, amigo mío. Ahora usted resulta inalcanzable, pero llegará el día en que necesite ayuda. Cuando lo asalte la soledad, cuando el silencio lo entristezca, entonces es posible que necesite ayuda. Si me resulta posible llegar a usted, lo ayudaré. Invoque mi nombre, me llamo Emschor. ¿Me oye? Emschor. Volveremos a vernos, algún día, algún día. Se cree que estoy desvariando, pero todo esto lo vivirá. La sed y el hambre lo atormentarán. Usted maldice a Dios, pero maldice su propia vida. Irá cada vez más lejos, porque esto no acaba. Entrará en otra vida y será en la vida del espíritu, allí donde vivo yo. Me voy, pero antes de hacerlo, querido amigo, quiero añadir lo siguiente: vine para ayudarlo, pero usted no quiere que se le ayude, no quiere ayuda. También yo puse fin a mi vida terrenal, muchos siglos atrás. Pensé que me destruiría, pero seguí viviendo y tuve que pagar por ello al otro lado de la tumba. Por eso le digo: esta miseria no tiene ni punto de comparación con lo que le espera allí. Sepa que soy un hermano y que le digo la verdad. Adiós, hijo mío, piense lo que vaya a hacer. Que Dios lo acompañe —dijo.

El espíritu desapareció ante mis ojos. La emanación en la que había venido fue desvaneciéndose y volví a estar solo. Había sido un acontecimiento curioso. Tenía el palo de paja en las manos y me quedé sin palabras. ¿Dónde estaba? Lo llamé por su nombre, esperé mucho tiempo, pero no oía nada. Volví a llamarlo, sin respuesta. ¿Estaba volviéndome loco? ¿Me había acercado al punto en que perdería el juicio?

—Dónde está, si quiere ayudarme, venga entonces y dígame algo —grité. No, no me llegó sonido alguno, nada, nada. Aporreé la puerta, me palpé todo el cuerpo, di puñetazos contra la pared, recorrí la celda un par de veces, me hablé a mí mismo y regresé al lugar donde me sentaba. Conservaba la cordura, porque sabía y entendía lo que hacía. Y después, ¿qué? ¿Mis ojos? ¿Estaba quedándome ciego? Solo serían imaginaciones mías, pues ¿por qué

no lo veía ahora? No hacía más que entretenerme. Pondría fin a mi vida sin perder más tiempo, porque me estaba quedando ciego, ya no veía bien, así que había llegado la hora. No quería volver a la soledad, quería ver a gente y verme rodeado de vida. Aquí me ponía enfermo. Aún conservaba las fuerzas para hacerlo; más tarde, ya ciego, sería demasiado tarde. Me incorporé de un salto y levanté el palo. Sí, ahora lo conseguí. Tiré del cordel e hice una horca por donde meterme. Miré a mi alrededor, pero no había ningún ser. Primero probé si era bastante fuerte para aguantarme. Sí, por fortuna aguantaba, pero me estremecía a cada acto. Empecé a sentirme febril, me latía el corazón en la garganta y se me doblaban las rodillas. ¿Qué es lo que me tocaría vivir esta vez? Sentía como que la sangre se me iba del cuerpo. ¿Es que era tan difícil morir? Ahora junté todas mis fuerzas, metí la cabeza y me dejé bajar. El cordel me cortaba la carne, del pecho me salía un sonido ronco y sentía que me asfixiaba. La cabeza me estallaba del esfuerzo, los ojos se me salían de las órbitas y el pecho se me henchía.

De repente pensé en Marianne. Entonces mi vida terrenal se me fue pasando por el espíritu, como en un fogonazo, y sentí un acontecimiento horrible. Sentía cómo iba desgarrándome, como si me estuvieran haciendo jirones. Después hubo algo que me alzó y oí risotadas satánicas a mi alrededor que me estremecieron el alma. Sonaron falsas y ruines. ¿Dónde estaba? ¿Vivía? Oía hablar, pero lejos, muy lejos de mí. Sin embargo, entendía cada palabra. Oí:

—Ahora está usted aquí, con nosotros. Verá vida, mucha vida, muchísima. La vida animal le corroerá el alma. ¡Venganza! Por fin llegó mi hora, la venganza es dulce, Lantos Dumonché. La venganza es dulce, ¿entiende? Ahora se separarán nuestros caminos. Que sepa que una vez me torturó, me robó y me hundió. ¡Maldita sea su vida! Malditos sean usted y los suyos. Adiós, ha pagado su deuda. ¡Venganza! ¡Venganza! ¡Que se lo lleve el diablo!

¡Qué monstruo tan horroroso!

—Los gusanos encontrarán su morada en su alma. A mí ya no me volverá a ver. Venganza, venganza. —Oí muy lejos, y entonces se hizo el silencio. ¡Pero vivía! ¿Me encontraba donde los muertos? ¿Qué demonios le pasaba a ese ser? Era la voz que siempre me había estado hablando. ¿Le había hecho algo malo? ¿Había sucumbido yo? ¿Aún vivía en la tierra? Pero ¿dónde vivía? Podía ver y oír y sin embargo me rodeaba la oscuridad. ¿Dónde están ahora todos esos seres? Qué chocante, qué terrible. ¿Había muerto? Apenas conseguía respirar. Una tira me ceñía la garganta, tenía la cabeza tensada. Miré a mi alrededor, ¿qué era eso? A mi lado colgaba mi cuerpo material y vi que era yo mismo. Mi cuerpo material colgaba allí de las rejas y yo colgaba junto a él. Intenté apartarme, pero algo seguía sujetándome y volvía a tirarme hacia la vestidura material. Aun así, quería alejarme de ese cadáver, pero había una fuerza superior

a mí, y de golpe me vi arrojado de nuevo en mi cuerpo material. Era horripilante. Vivía en el espíritu pero no podía ir a donde quería. ¿Estaba soñando o estaba loco? Ahora sentía un intenso frío. Pero ¿dónde estaban? ¿Por qué ahora me dejaban solo? ¿Estaba en la eternidad y había dicho la verdad esa figura luminosa? Esos otros, ¿eran demonios? ¿No había sufrido bastante ya? Había sido engañado y estallé a llorar. Fue mi primera decepción, pero ¡una que era horrible! Me habían arrojado nuevas miserias. Miserias que tendría que descubrir y de las que sentía que serían aún más terribles que las que ya había vivido. Odio y nada más que odio es lo que me esperaba de este lado.

“Venganza”, me había gritado el ser, “la venganza es dulce”. ¿Le había causado algún mal? Ni siquiera lo conocía, no sabía de nada. ¿Lo había destruido, engañado y torturado? Estuve llorando mucho tiempo, porque me encontraba soliviantado y profundamente conmovido. Todo esto daba miedo y su odio me estremecía. Quería saber lo que me retenía, pero primero tenía que recuperar la calma, mucha calma. Vi un cordón que salía de mi cuerpo y que me conectaba con mi cuerpo material. El cordón era elástico. Rodeaba mi vestidura material entera y me era imposible romperlo.

—Dios mío, pero ¿qué he hecho? ¿Cómo es posible que esto te parezca bien? Ojalá hubiera hecho caso a aquel espíritu luminoso, ese había dicho la verdad —grité desesperado. Me sentía aún más miserable que en mi celda. Qué falsos eran, qué ruines para desearme esto. ¿Estaba en el infierno? No veía fuego, así que en eso no me habían engañado. Volví a intentar soltarme dando tirones, pero me fallaron las fuerzas y tuve que desistir. Se me cerraba la garganta cuando me resistía a mis ataduras. Ya me había dado cuenta de que cuando me quedaba tranquilo, era soportable y podía respirar. Pero a la más mínima que me resistiera me volvía todo el horror y sufría terriblemente. ¿Pesaba una maldición sobre mí? No lo entendía. Pero una cosa sí sabía: que no había muerte y que ahora vivía en la eternidad. Ahora me mantuve tan tranquilo como pude, porque quería reflexionar. Por fin había descubierto que no había muerte, pero estaba solo, muy solo. Era un mundo vacío en el que vivía. Intenté comprender mi situación.

¿Era esto el más allá? Me acosté para ir a dormir, pero sentí que esto tampoco lo iba a conseguir. Sentía un fuerte empuje en mi interior que me mantenía despierto. ‘Qué he hecho’, pensé, ‘qué tonto has sido’. Sentía, oía y pensaba como en la tierra, no había cambiado en nada. Sentía cómo me latía el corazón, tenía hambre y sed, pero no poseía nada, ni comida ni bebida, y eso que suspiraba por ellas. Me empeñé en volver a intentar liberarme de mi cuerpo material. Me embutí por completo en mi vestidura material e intenté moverme. No, no era posible, la atravesaba. Estaba muerta, allí colgaba mi cadáver, había vivido en él, esa vestidura me había mantenido y servido hasta el momento en que puse fin a mi vida. Yo, este de aquí, era Lantos Dumon-

ché y eso de allí no era más que algo accesorio, una obra de arte de la fuerza creadora, que sin embargo carecía de valor en esta vida. Luego enterrarían esta vestidura y yo seguiría viviendo, quizá hasta en el infinito. Pero era curioso, porque cuando pensaba en otras cosas, ya no sentía mi miseria con tanta intensidad. Pronto entendí que esta ya no me atormentaba tanto si me entregaba por completo a esos pensamientos. Esas fuerzas, ¿perteneían a esta vida? Me fijaría bien en todo e intentaría asimilarlo, tal vez me aliviaría el dolor y aquellas cosas que todavía me tocarían vivir. Esta vida, lo sentía muy claramente, era tan diferente a la terrenal. En esta vida pensaba y de inmediato estaba entregado a esos pensamientos. En la tierra había que pensar antes de actuar. Aquí ya había sucedido, lo que me había llamado la atención poderosamente. Estaba descubriendo ahora un terrible problema. Ya conocía la muerte y la vida eterna, aunque supiera tan poco de ellas. ¿Descubriría a Dios también? Cómo lo estaba deseando, y sin embargo temblaba al pensar en Él. Pero me quedaría a la espera, tomaría buena nota de todo para asimilarlo. Tenía la sensación de estar planeando entre el cielo y la tierra, porque como ya dije, este mundo estaba vacío y no sentía suelo bajo los pies.

¿Puedes imaginarte algo así? Estaba empezando a sentir más cosas todavía, y ahora sabía que yo mismo había concluido mi vida terrenal, que había querido destruir lo que era imposible destruir. El espíritu Emschor había dicho la sagrada verdad y me acordaría de su nombre, quizá algún día iba a necesitarlo.

Él estaba rodeado de luz y de esa forma reconcí la verdad. Si lo hubiera aceptado estaría todavía en mi cuerpo material. Pero todo ese dolor y todos esos problemas, toda esa miseria y tanto estar sentado en soledad me habían traído hasta aquí. Cómo me había olvidado de mí mismo. Pero no tenía ni idea.

Sin embargo, también aquí había soledad, frío y profunda oscuridad. El silencio que sentía aquí era aterrador. De nuevo seguí el cordón, porque seguía sin poder aceptarlo. Pero cuando sentí mi estado, me embargó una profunda pena, porque me parecía estar comprendiendo esta cosa horrible. No, no era posible, no podía asimilarlo, porque me destruiría por completo. Ahora comprendí que primero tendría que haberse descompuesto mi cuerpo material, antes de poder apartarme. El proceso durante el que se consumiría lo tendría que presenciar yo mismo.

Se me encogió el alma cuando lo sentí. Ahora entendí sus palabras, que los gusanos encontrarían su morada en mi alma. Ay, qué horrible era esta verdad. Por eso sentí ese empuje en mi interior, toda esa vida incomprensible. Era indudable, esa verdad tenía que aceptarla, porque lo veía y sentía en mí mismo. Me quedé completamente ofuscado, era una verdad aplastante. Ninguna tortura, ninguna miseria en la tierra, por cruel que fuera, era comparable con

este horror. Ojalá que mi padre me hubiera apaleado hasta matarme, con cuánto gusto me habría entregado a él. Lo que sentía y percibía me daba asco, porque el proceso ya había comenzado. ¿Cuánto tiempo duraría? Iba a ocurrir algo inhumano y me tocaba vivirlo. Me entró un olor horrible, y también eso lo entendí. Había conservado en esta vida hasta los órganos olfativos. Mis dolores terrenales y toda esa pena en el calabozo eran nimiedades en comparación con este nuevo dolor espiritual. Si al final sí hay un Dios, un Padre de Amor, si hay justicia y misericordia, si existe la compasión que sienten los hombres y animales, si hay un Padre Todopoderoso en el cielo que cuida de todos Sus hijos, entonces me pregunto: ¿Cómo es que puedes aprobar todo esto? Tenía que estar en el infierno. Aunque no viera fuego, esto era peor. Ay, Dios mío, después de tanto dolor, encima esto. Era algo completamente desconocido en la tierra. Qué profundos son estos problemas, qué terrible es el dolor espiritual.

Oh, hombre, no pongas fin a tu vida terrenal. No te cierres a la luz del día, acepta, acepta todo, de lo contrario te encontrarás, de este lado, ante tu vida fracasada.

¡Cómo quisiera gritárselo a la gente en la tierra, a pleno pulmón! Pase lo que pase, vivas lo que vivas, por terrible que sea tu dolor en la tierra, no lo hagas, aguanta hasta el final, porque todo llega a su fin. Tienes luz, ves a gente, puedes ir a donde quieras, tienes tu voluntad propia, lo tienes todo.

Pero yo estaba aquí atrapado, tenía que vivir cómo se consumía mi cuerpo, sintiéndolo todo, porque sucedía en mi interior. ¿Qué es un amor roto, qué es perder a un ser querido, perder tus posesiones, tu dinero y otras miles de cosas, cuando sabes que hay una pervivencia? Muchos ponen fin a su vida terrenal por tristeza o por otras cosas, pero entonces les tocará vivir esto, este horror, el proceso durante el que se consume su propia vestidura. Aquí llegaba a reflexionar, descubrí estos problemas en el silencio de mi propia tumba. Oh, ojalá pudiera contárselo a la humanidad, ojalá fuera posible que un día se me permitiera. Si existían esas leyes y fuerzas, depositaría en ellas mis fuerzas del alma y describiría toda mi miseria para salvaguardar a la gente en la tierra de este terrible proceso. Quizá sería posible. Ya había descubierto tantas leyes y tantos problemas, tal vez esto también sería posible.

Sentí que tenía que centrarme en descansar, porque si no este dolor sería inabarcable e insoportable. Ya sentía que cuando conservaba la calma, no me dolía tanto la garganta y que podía respirar. Pero me resultaba imposible sentarme tranquilamente. Siempre quería moverme, tenía que estar en movimiento, porque así no sentía el empuje al que estaba sometido mi cuerpo. Tampoco podía rebelarme, tenía que estar tranquilo y pensar, así descubría todos estos estados. Empecé a sentir cada vez con mayor nitidez la vida que habitaba en mi vestidura material. Cuando intentaba irme de él, todo volvía

a mí en toda su gravedad, pero aun así lo intentaba sin cesar, porque pensaba que sería capaz, de cualquier forma. Pero era imposible, estaba atado, sin remedio. Estaba viviendo la ley de causa y efecto. Pequeñas causas tienen grandes consecuencias, y me pareció que esta era la consecuencia más grande, y última. No podría haberme causado mayor desgracia. Sentía que esta era la miseria más profunda. Había violado una ley que es inviolable. Ahora entendía lo que había querido decir el espíritu luminoso.

Sentía y veía esa ley, no, la vivía en cuerpo y alma. Cuando esto hubiera terminado, ¿podría irme entonces a donde quisiera? ¿O se me volvería a echar encima pena y dolor? ¿Cuánto tiempo llevaba de este lado? Me pareció sentir un movimiento. A mi lado vi sombras, eran como quienes me habían tendido la trampa de venir aquí. Sentí cómo me llevaban de este lugar, y también eso lo entendí. Iban a enterrar mi cadáver. No podía ver a la gente ni oírlos hablar, y aun así sabía a dónde iba yo, lo que me estaba sucediendo. Me esforcé por oír, pero no, no oía nada, no me llegaba ni un rumor. Estaba cerrado a ese mundo y eso lo había provocado yo mismo. Sentí cómo iba descendiendo y me calmé, pero no veía el ataúd en el que sin embargo debía encontrarme. Lo que pertenecía a la materia me era invisible. Todo era invisible, menos mi cuerpo, porque vivía en él, estaba atado a él. Mi cuerpo y yo éramos uno por ese maldito cordón. Cuando hubiera transcurrido mi hora, ¿se rompería entonces ese cordón? Estaba volviendo a hacer preguntas. Cuando mueren los hombres, ¿se dividirían entonces estos cuerpos, entrando unos a la tierra y perviviendo los otros? No parecía haber manera, porque lo estaba viviendo aquí. Yo era espíritu y este pervivía hasta en el infinito. Así me lo dijo el espíritu de luz que me había advertido. Menudo recorrido que me tocaría hacer, pues.

¿Dónde estaba Dios? ¿Aquí? Pero esto no podía ser Su cielo, ¿no?, porque era de lo más triste. Se fueron las sombras que acababa de ver. Mi vestidura material estaba ahora en la tumba, pero yo mismo vivía al lado, teniendo que vivirlo todo. Tenía que volver en mí en este terrible silencio, y así es como me puse a pensar en toda mi vida terrenal. Volví a ver pasar todo lo que había hecho, hasta en los detalles más pequeños, todos mis pensamientos y actos. Entonces llegué hasta Roni, a él lo había matado. Roni, amigo mío, ¿dónde estás? ¿Vives en este mundo, o tienes uno diferente al mío? ¿Tú también estás tan triste, y has recibido también tanto dolor como yo? Ay, Roni, ¿podrías perdonarme? Seguí pensando largo rato en él y no lograba deshacerme de estos pensamientos. No dejaba de pensar en el asesinato y en él, en mi amigo, cuya vida yo había destrozado. Qué terrible es un asesinato, despojar a un ser humano de su felicidad, de su luz y todo lo que sea. No tenía yo derecho a ello. Qué acto tan insultante y contrario a todas las leyes. Cuánto mal había hecho. Ay, le supliqué con toda mi alma que me perdonara. Ahora que yo

mismo vivía todo esto y me regresaban las ansias de vivir, ahora que sentía la gloria de poder vivir en la tierra, de poder hacer algo, lo que fuera, ahora era cuando estaba tomando conciencia de mi crimen. Roni, amigo mío, gritaba yo, le pediré perdón. ¿Dónde está? Ven a mí, se lo suplico; quítame esto, perdóneme y lo enmendaré, pagaré por todo. Daré mi vida si quiere perdonarme.

Horas, no, semanas en tiempo terrenal pensaba en él. No podía hacer otra cosa, lo único que me ocupaba era él. Me preguntaba: '¿Por qué tengo que pensar tanto en él?'. Algunas veces mi pensamiento se debilitaba, pero entonces todo se me venía encima y comparaba estos problemas con su vida, que yo destruí.

De pronto pensé ver más luz, ¿o solo me lo imaginaba? Había recuperado la serenidad, pero seguía pensando en mi amigo, esos pensamientos y sentimientos no me abandonaban.

¿Lo oí bien? Escuché con atención, pareciera que oía algo. ¿Una voz? ¿Un sonido suave? Volví a escuchar y sí, oí una voz suave, capté un susurro. Me llegaba como de la lejanía y me pareció que esa voz la conocía. Adquirió más nitidez y oí en mi interior y a mi alrededor que se decía:

—¿Me despierta?

—No me diga, ¿es usted?

No osé pronunciar su nombre, pero tenía que hacerlo y pregunté:

—¿Es usted, Roni?

—Sí, soy yo, me despertó.

—¿Yo? —pregunté.

—Sí, usted, Lantos, nadie más. Pero son otras fuerzas las que le dan la fuerza para despertarme. Ay, cuánto sueño tengo, qué profundo es, qué profundamente me quedé dormido.

—¿Dónde está, Roni?

—No lo sé.

—¿Podrá perdonarme, Roni?

—No. —Oí que dijo.

—¿No? —repetí—. ¿Cómo puede ser tan duro? Lo suplico, Roni, se lo suplico, perdóneme. He sufrido tanto.

—También yo, porque se me cercenó la vida y eso lo hizo usted, Lantos.

—Perdóneme, Roni, vamos, perdóneme.

—Ya me gustaría, Lantos, pero no es posible.

—¿No es posible, dice?

—No es posible. Su acto sigue siendo un acto suyo.

—¿Cómo tiene ese conocimiento?

—Lo sé, porque lo tengo dentro, entiende, muy dentro. Es una fuerza más fuerte que yo mismo. Esa fuerza lo dice, es la que se me impone. Tengo que

escucharla, porque es esa la que me lleva a este estado.

—Qué despiadado es usted, qué duro es.

—No soy duro, Lantos, quiero perdonarlo, pero no es posible. Solo lo será cuando todo esto se disuelva y esas leyes hayan recuperado la armonía. Hemos perturbado esas leyes, usted y yo. Nosotros dos, Lantos, tendremos que enmendar todo esto, antes es imposible que lo perdone. Pero ¿por qué me despertó?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—No soy consciente de ello. ¿Dónde ha obtenido esta sabiduría, Roni?

—La llevo dentro, así lo siento. Es como si estuviera soñando y le hablara desde mi sueño. ¿Quién me da la fuerza para hablar con usted? ¿Lo sabe? ¿Sabría responderme? Vamos, Lantos, respóndame.

—No lo sé, no puedo responderle. Primero tiene que resolverse todo, ¿dice usted?

—Así siento que será.

—¿Qué está haciendo ahora, Roni?

—Tengo que dormir, pero viviré.

—¿Sabe algo de Marianne?

—No, pero la veré, me encontraré con ella.

—¿Usted?

—Sí, Lantos, yo, porque tiene que ser así, ya que lo percibo.

—¿Me sigue haciendo rabiar en esta vida? ¿Se atreve a odiarme todavía, canalla? ¡Es un granuja! Usted con Marianne, ¿y yo aquí? ¿Cómo se atreve a decirme eso todavía? Qué cruel es usted, qué diabólico, escúcheme: diabólico. Su odio es diabólico. Usted... —Sentía que me iba hundiendo, pero después de un instante regresé a mi estado anterior—. Roni, ¿me lo dice en serio? —le grité. Escuché, pero no oía nada.

Pero poco después oí que dijo:

—¿Por qué está llamándome de nuevo? Me roba mi descanso, déjeme dormir.

—Dígame, Roni, si está diciendo todo esto en serio.

—Lo llevo dentro que viviré y que volveré a ver Marianne. Pero ¿por qué despierta esto en mí? ¿Quién le da ese derecho?

—No lo vuelvo a llamar, Roni —dije, y pregunté—: ¿Me ve, Roni?

—No —oí que dijo—, pero lo siento, solo puedo sentirlo. Está usted aquí conmigo.

—No es verdad —dije—, yo estoy aquí.

—Sea como sea —dijo—, lo siento y oigo cómo me habla.

—También yo lo oigo y siento —le dije.

—Me quedé dormido, pero cuando me despierto siento que viviré.

—¿Cree usted, Roni, que es a través de otras fuerzas que vivimos esto?

—Me parece que así es, porque lo odio, ¿me oye?, lo odio.

—Qué duro es usted.

—¿Quién ha puesto en mi interior esos pensamientos llenos de amor por usted? Lo repito, Lantos: lo odio.

La voz me llegaba de lejos, sentí cómo él, Roni, regresaba a su mundo. Pero ¿dónde es que vivía? Otra vez un problema nuevo. Él iba a ver a Marianne, ¿y yo no? ¿Por qué él? ¿Y esto qué tendría que significar? Ay, ¡qué rufián! Me odiaba hasta después de la tumba. ¿Lo había despertado? ¿Es que entonces estaba dormido y tenía que dormir? Volvía a ser muy extraño. ¿Quién lo iba a ayudar? ¿Y a mí? Había sentido yo algo, vi más luz, pero habían vuelto las profundas tinieblas. ¿Habría sido aquella figura luminosa? ¿Emschor? ¿Era él? Tenía que serlo, parecía. Se le despertaba a Roni, hablaba conmigo como en un sueño y yo sentía que había algo que lo hacía posible. Roni me parecía duro, por seguir odiándome. Pero yo le había pedido perdón y ahora me sentía aliviado. Ahora él ya sabía lo que tenía que hacer. Me arrepentía de haber vuelto a enfadarme, pero él había sido como un diablo y aún no había cambiado en nada. Yo quería enmendar todos los pecados, pero él no, él quería vivir, odiaba y seguía haciéndolo. ¿Quería vivir de nuevo? ¿O tenía que ser así? ¿Era una ley? ¿Él y Marianne? Pero yo a ella no la sentía. ¿Por qué él sí y yo no? ¿Tenía derecho a ella? ¿A razón de qué? Ay, ese diablo, me hacía rabiar, se imaginaba que incluso aquí podría mortificarme todavía. Pero me obligué a pensar otras cosas e intenté volver en mí.

De tanto pensar me había cansado y quería probar si conseguía dormir. Pero tuve que abandonar, el proceso de descomposición me mantenía despierto. Ya había perdido la noción del tiempo, porque había dejado de anotar los días en mi celda y aquí no podría hacerlo. Mis sentimientos me decían que habían pasado meses, pero lo mismo eran años. Seguí pensando y pensando y cada vez intentaba librarme. Pero ya pude alejarme algo más de mi vestidura material, por lo que entendí que algún día llegaría el fin, aunque pudiera faltar mucho todavía. En mi interior sentía muchos otros sentimientos, que me llegaban directamente de mi cuerpo material. No podía detener esos dolores ni ese sentimiento, esa vida proseguía, tenía que proseguir, si no seguiría estando aquí para la eternidad. Cuanto más rápido se completara este proceso, mejor me resultaba.

Como ya dije, obtuve cierto alivio de mi pensamiento, porque así hacía la transición a aquello en lo que pensaba. Así comprendí que si era capaz de sintonizar con otras cosas no sentiría tan intensamente mis dolores ni todos los tormentos que estaba viviendo ahora. Aquí todo es concentración, y aprendí a asimilar todas esas sintonizaciones de los sentimientos. De repente me sentí traspasado por una fuerte sacudida. Me pregunté lo que significaría.

Procedía de mi vestidura material. Me concentré y entendí el significado de este acontecimiento, lo sentí y vi con nitidez. Mi vestidura material había iniciado el segundo estadio de descomposición, ya había sentido una vez semejante sacudida. Debido a que lo sentí y percibí, entendí este problema, grande y poderoso, por terrible que fuera. Empezaría a vivir esta miseria cada vez con mayor intensidad, hasta que se descompusiera mi vestidura material. Tenía que atravesar esto, asimilar todo hasta el final. Fue un proceso terrible. ¡Inhumano! Pero una vez que quedara libre, podría ir a donde quisiera, y me darían buena comida y bebida y podría divertirme. ¿O también eran mentiras y engaños?

El proceso de descomposición no dejaba de molestar mis pensamientos y el estadio en que se hallaba mi cuerpo me recordaba que seguía sin poder avanzar. Esto me llevó hacia otros pensamientos. Así empecé a conocerme a mí mismo. Entendí de esta manera que en mi vida terrenal yo mismo había estado al mando de todo, que “yo” dirigía mi cuerpo y que lo había hecho actuar. Si yo mismo no lo hubiera querido, mi mano no habría agarrado ese trozo de mármol, Roni seguiría en vida y me habría librado de toda esta miseria y de lo que ya había vivido. Yo era Lantos Dumonché, el artista, mi vestimenta era mi vehículo, pero el espíritu también era el cuerpo sintiente que pervivía tras la muerte. Yo mismo era el ser antinatural e incomprensible, en la tierra no me había comprendido a mí mismo. Qué insondable era yo. Pero ¿cuál era mi final, el de este cuerpo? ¿Continuaría siempre lo que yo era en estos momentos? ¿Siempre hacia estados aún más incomprensibles y lugares más extraños? ¿Nunca más volvería a la tierra? ¿Qué objetivo tenía el Creador? Porque entendía y aceptaba de buen grado que debía haber habido alguien que habría creado esto y que sabía de antemano cuál sería el principio y cuál el fin. De lo contrario, la creación entera no tendría valor alguno y si yo tuviera que seguir viviendo aquí sería un estado miserable. Entonces no era un creador, sino un destructor. Sea como fuere, me quedaba muy claro que de haberme controlado a mí mismo en la tierra, todo habría ido de otra manera. De qué manera tan perfecta se compenetraban estos cuerpos, de qué manera tan natural trabajaban en la vida material, qué sencillos eran, pero qué profundamente misteriosos para el hombre en la tierra, que no lograba mirar a través de ellos. Si le fuera posible, entonces el hombre en la tierra estaría ante posibilidades ilimitadas. Entonces su capacidad sería ilimitada, los clérigos de la tierra sabrían que nadie terminaría maldito y así podrían quitarle al hombre sus miedos. Entonces ya ningún ser humano pondría fin a su vida terrenal, porque sabría que era imposible y que en ese caso le esperaba más miseria, aún más animal e inhumana. Me alegró entender todo esto y me suavizó el sufrimiento. De nuevo intenté alejarme y noté que ahora conseguía avanzar unos metros. También me pareció estar percibiendo

algo nuevo. Era muy peculiar: cuando me miraba el cuerpo material veía tinieblas, pero por encima de mí había algo más de luz. ¿Estaría allí arriba el espacio? Di vueltas a gatas, pero no sentí nada. Solo veía esas tinieblas y aquella luz, no era posible palpar nada. Pero quería saberlo y reflexioné sobre ello. De manera inesperada sentí lo que significaba. De pronto me vino ese pensamiento. Aquellas tinieblas, donde yacía mi cadáver, allí estaba la tierra, y aquí, encima de mí, estaba el espacio. De modo que al sentir con nitidez me encontraba en el borde de mi propia tumba. El cordón iba estirándose al descomponerse mi cuerpo. El mundo material estaba entre las tinieblas, y el universo se separaba, podía verlo claramente. Aun así, era tan etéreo que yo seguía y seguía atravesando la materia.

¿Alguna vez se haría esto más denso y me permitiría moverme como en la tierra? Con qué lentitud se desarrollaba este proceso, y sin embargo tendría que llegar el “final”. Me quedaba esperando con muda resignación y cuando ya no era capaz de controlarme, volvía a pensar. Siempre tenía que volver a intentar otra cosa, porque de lo contrario no lo soportaría. De nuevo sentí y vi pasar ante mis ojos mi vida en la tierra. Ya había seguido varias veces todo, pero después empezaba a pensar otra vez del principio al fin. No quería olvidarme de ningún pensamiento. Seguía una y otra vez mis errores y cada acto, por muy insignificantes y pequeños que fueran; lograba acordarme de todo. Pero una sola cosa de mi juventud no la entendía: hubo una fuerza en mí que me había apartado de mi casa, incitándome a romper con mis padres. ¿Había sido también en eso yo mismo, o eran otras fuerzas, para mí desconocidas, que habían incidido en mí? ¿Eran ellas las que me habían atraído con engaños hasta este mundo? ¿O sería el que me había estado esperando y al que yo habría destruido? Ves, eso no lo entendía y aun así sentía que también esto significaba algo. Y había algo más que no comprendía, pero que debía ser una sola fuerza. Es que quería separarme de Roni, pero me era imposible, de cualquier forma que lo intentara. Estaba encadenado a él y se me obligó a irme de la casa de mis padres. ¿Quién me apartó de mi casa? ¿Por qué no lograba separarme de Roni? ¿Eran leyes, fuerzas de la naturaleza? Ya en la tierra me lo preguntaba y seguía sin averiguarlo. Me di por vencido porque me mareaba. Volví a sentir una de esas repentinas sacudidas y entendí que tenía que ver con mi cuerpo. Mi pobre vestimenta aún no se había deshecho. Ay, y si la hubiera cuidado, ¿cuánto tiempo habría tomado en ese caso? Me sentía feliz de que no hubiera sido así. El sueño que sentí había desaparecido ahora y bajé a las tinieblas para ver si se aproximaba el fin de este proceso. Al comienzo era una densa emanación, que me envolvía la vestimenta entera y me unía como un cordón a mi cuerpo, pero ahora era traslúcida. Me alegró mucho, porque significaba que faltaba poco para que recuperara la libertad.

Volví a descubrir otras leyes y fuerzas. Si quería ir hacia arriba, dejando mi

tumba, tenía que desearlo y solo entonces podía moverme. Aquí todo es lo que tú mismo quieres, según me parecía, si no, no pasa nada y sigues donde estás. Así aprendí a sintonizarme y esa sintonización suponía hacer la transición a otra cosa. Pude avanzar de nuevo, y eso me hizo feliz. Ya podía alejarme una decena de metros. Estaba volviendo a sentir esa somnolencia, pero aún desconocía su significado. Por mucho que buscara e intentara sentirlo, no lo averiguaba, pero el silencio se hacía más intenso y mi sueño más claro. Estos fenómenos solo empecé a sentirlos después de esa última sacudida. Ya me había acostumbrado algo a ese silencio y empecé a pensar en otras mil cosas que haría luego. Con tal de estar libre, luego ya vería qué hacer, entonces ya habría pasado mi dolor y podría ir a donde quisiera. Ahora no tenía que perder el ánimo, tenía que ser fuerte y valiente y aguantar todo. Sentía que se acercaba el final, porque el sueño estaba haciéndose más profundo y me penetraba ese silencio. Estos dos sentimientos siguieron atormentándome, pero dado que el final estaba próximo supe controlarme. La naturaleza casi había completado su trabajo, quedando descompuesta mi vestimenta material, y yo, liberado.

Cómo se cuidaba esta vestimenta en la tierra, cuánto se la quería. Pero fue ahora cuando entendí lo poco que significaba en esta vida. Aquí solo tenía valor el cuerpo espiritual. Aquí lo esencial era lo espiritual, que vive y debe vivir. En esa vestimenta se pensaba muy poco y sin embargo era lo más hermoso y poderoso en que podía convertirse el hombre como vida que siente, piensa y trabaja. En la tierra mi cuerpo material tenía valor y significado, aquí quedaba reducido a la nada. En la tierra la vestimenta material se envolvía en seda y terciopelo, pero debajo latía una profunda tristeza, porque el cuerpo espiritual iba en andrajos. El hombre era pobre, porque no se conocía a sí mismo. De qué manera tan diferente sentía y veía yo ahora la vida terrenal. Si se me concediera todavía vivir algún día en la tierra, me haría creyente, porque ahora sabía más. Viví cosas terribles, y sin embargo aprendí y asimilé una sabiduría que no se conocía en la tierra ni jamás se podría aprender o experimentar allí, porque era parte de la vida espiritual. Toda esa sabiduría me dio el valor y la fuerza de no bajar los brazos, sino de asimilar todo, por triste que fuera.

Regresé otra vez a mi vestimenta material y quise saber cuánto había avanzado. El hedor me dio náuseas, pero la emanación ya no me era visible. No obstante, vi todavía mi vestimenta, pero en otro estadio, iban apareciendo los huesos. Me alegré de sentir que el cordón estaba perdiendo fuerza y que podía alejarme cada vez más. Pero al mismo tiempo sentía que el silencio y el sueño se hacían más intensos en mí. Seguí avanzando a trompicones, fui alejándome más y más de mi cuerpo material, pero el sueño me forzó a descansar. Sentía cómo iba hundiéndome, cada vez más profundamente,

hasta que me caí, quedándome dormido. Aún estaba en sentimientos junto a mi vestimenta terrenal, pero predominaban el sueño y el silencio, y perdí la noción de todo.

Al mundo astral

Cuando me desperté me pregunté dónde estaría. Tras un rato pensando, me acordé de lo que había vivido. Era libre, podía ir a donde quisiera y por fin vería a seres humanos. Me levanté de un salto del lugar donde me había dormido y comencé mi viaje. Pronto los vería. Oh, qué feliz me sentía. Quería ir al mundo habitado, donde vivían “ellos” que habían conseguido que yo terminara aquí. Pero no quería tener nada que ver con ellos, solo quería saber quién me había hundido en esta miseria y lo diabólicos que serían. Ya había sentido y vivido sus fuerzas, ahora además los iba a conocer. Seguí avanzando por el camino, pero no parecía tener fin. ¿Cuánto me habría desviado del mundo habitado? El mundo en que me encontraba todavía seguía siendo ese mundo vacío. Ni un animal ni planta ni ser humano, solo el silencio de la muerte. Pero llegaría, sin duda. Así que seguí caminando y en sentimientos me parecía que no había andado horas sino semanas. ¿Acaso no acabaría nunca? ¿Qué es lo que me tocaría vivir ahora? Seguí avanzando, a pesar de todo, siempre más. Más tarde vería a gente y me divertiría. Era algo que ansiaba. ¿Cuánto tiempo había estado en soledad? Primero en mi celda y después en este horror. Pero ahora podía seguir, ya nada me detenía. Más allá, siempre más allá, pronto llegaría.

Aun así, empecé a sentirme cada vez más triste porque tardara tanto y estuviera tan lejos. Pero reuní todas mis fuerzas y seguí marchando hacia el país con sus muchos habitantes y su diversión. Pero todo parecía seguir igual. ¿Acaso no era libre todavía? ¿Me esperaba un nuevo horror? ¿No había sufrido bastante ya? ¿No había un final? ¿También me habían engañado en eso? Vivía, podía moverme y aun así no lograba alcanzar lo que quería poseer. Volví a hacerme mil preguntas y me enfadé. No, aún faltaba, tenía que avanzar más todavía, seguía sin llegar al final. Después de descansar un poco me puse otra vez en marcha, miraba a mi izquierda y derecha, por encima y debajo de mí, pero todo seguía igual. Me quedé a solas con ese desagradable silencio sepulcral que había sentido junto a mi tumba. Ahora estaba en este mundo vacío, pero quería salir, como fuera. Irme lo antes posible, a la gente y donde hubiera movimiento. Así todavía me volvería loco, si es que no llegaba el fin. Después de andar mucho volví a sentarme para descansar. Ay, ay, qué terrible es esta vida, qué incomprensible e inhumana, todo esto me dejaba anonadado. ¿Cómo le puede parecer bien a un Dios? Ya había sentido respeto por Él, pero ahora mis buenos propósitos volvían a sofocarse. Estaba empezando a odiar y maldecir de nuevo. ¿Es que no hay clemencia? Dios no condena, pero ¿no era esto una condena? ¿No se me está condenando ahora?

Es lo que me decía, pero al instante me obligué a tranquilizarme. Tenía que esperar, estar tranquilo y seguir. Pero sin duda que había andado ya durante semanas y todavía no se veía el final. Ya había descansado tres o cuatro veces y seguía en este mundo vacío. Con las últimas fuerzas que me quedaban emprendí otra vez el camino. Ahora aceleré el paso y me puse a correr hacia lo desconocido, pero no hubo cambios y terminé desplomándome agotado, durmiéndome por enésima vez. Desconocía el tiempo que habría estado durmiendo, pero aun así me acordé de mi estado. De nuevo me puse en camino, porque ahora me sentía descansado. Pero parecía que no había final. Busqué medios para librarme de este horror, pero ¿cuáles? No pude encontrar nada y me puse a echar pestes y a lanzar imprecaciones como un loco. De pronto me sentí exhausto. Se me cerró la garganta y me atormentaban el hambre y la sed y muchas otras cosas. Mordiéndome los labios por este horrible sufrimiento decidí, sin embargo, retomar el camino, pero después de unos pasos volví a desplomarme y me desmayé.

Volví a despertarme y de nuevo me puse en camino. Después de andar un tiempo empecé a dudar nuevamente. Me puse a buscar mi vestimenta material, porque pensé que tenía que buscar el error en mí mismo. Sin duda que me había ido sin tener aún permiso. Pero por mucho que buscara, sintiera y palpara, era imposible encontrar mi vestimenta terrenal. Qué remedio entonces que continuar, pero ahora intentaría conservar la serenidad y la calma. Entretanto, ya llevaba una eternidad de camino, y seguía sin haber cambios. Entonces junté las manos para ver si podía estrangularme; así me volvería loco. Pero ni siquiera eso me fue posible, porque cuando pensaba en mí mismo, mis manos no obedecían y rebotaban sobre mí. No podía alcanzarme. Así experimenté que no podía destruirme. Me unía telepáticamente con aquello en lo que pensara, pero contra mí mismo no podía hacer nada. Yo era vida y esa vida era indestructible. Solo sentía un leve mareo. Era porque me instalaba en la disarmonía. Y ahora, ¿qué tenía que hacer? ¿Estaría soñando? ¿Realmente estaba viviendo en la eternidad? ¿Dónde estaba? ¿Tenía que permanecer en este espacio vacío? ¿Dónde estaba el final? ¿Quién podría ayudarme? Aquí no había personas ni animales, solo estaba yo y no obtenía respuesta a ninguna pregunta. Aun así, después de mucho reflexionar, me puse en marcha otra vez. En mis sentimientos me parecía como si ya hubieran pasado años. Después de caminar un tiempo me senté de nuevo a descansar. Tuve que haberme quedado dormido, porque después me sentí refrescado y animado. Sí era peculiar que siempre me sintiera tan fresco después de ese sueño. Retomé el camino y después de andar un tiempo me pareció sentir una leve brisa, ¿o es que me la estaba imaginando? Sin embargo, la sentía. Sí, parecía que por fin algo estaba cambiando, así que seguí, pero ya sin prisas, porque quería concentrarme en todo. Esa leve brisa se convirtió en un mur-

mullo y ahora la sentía claramente. Me pareció ver vida a mi alrededor. Estaba encima y debajo de mí, por donde mirara, y me entró una gran alegría de que por fin fuera a ver vida. No entendía por qué había tomado tanto tiempo, pero se lo preguntaría al primer ser humano con que me encontrara. Quería saber el significado de todo lo que había vivido. Ahora sentía que iba por buen camino y continué. Veía sombras delante, al lado y encima de mí, pero abajo había cada vez más oscuridad. El suave viento que había sentido se fue intensificando y pasó a ser una tormenta, el zumbido se había transformado en un fuerte aullido. La vida que me rodeaba iba cambiando a cada paso. De qué manera tan natural sucedía esto. Debajo de mí iba habiendo más densidad y me sentía como en la tierra. ¿Sería la tierra? ¿Estaba en el mundo habitado? Las sombras fueron adoptando formas, todo se hacía más denso y era como si estuviera entrando en otro mundo. Me latía el corazón en la garganta y sentí que me entró miedo. Había estado solo demasiado tiempo. Ahora estaba viendo vida y después vería a seres humanos. Por delante de mí iba habiendo más densidad y más nitidez, y sentía que regresaba a la tierra.

¿Estaría aquí entonces en la realidad, en la vida espiritual? Iba volando hacia la vida, no me cansaba. Empecé a oír la violencia de un huracán y parecía que se acababan el cielo y la tierra. ¿Era esto el infierno? Pero seguí, porque me sonreía, lo deseaba. Ya no sentía ni miedo ni nerviosidad. Conforme se iba haciendo más salvaje, mejor se me hacía. Pero no era tan sencillo avanzar, porque me enfrentaba a vientos huracanados que me agotaban. Pero a medida que progresaba, iba haciendo la transición a esta nueva vida, y una vez llegado a este punto ya no lo sentía tanto. Aun así me pareció que algo me retenía, y me opuse a esa fuerza, porque quería ver a gente lo antes posible. Pero esa fuerza opuesta me cansaba tanto que decidí descansar algo. Sería que aún no era capaz de resistir esto, o que me faltaban fuerzas, y que tendría que habituarme.

Allá, delante, había una ciudad, así que habría gente viviendo en ella, pero lo que me rodeaba era oscuridad. No obstante, podía percibir. Mientras estaba pensando aquí, me pareció oír una voz. Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie. De nuevo oí hablar y pregunté:

—¿Hay alguien?

Oí:

—Sí.

—¿Dónde está?

—Aquí, junto a usted, pero soy invisible para usted.

—¿Es invisible? —repetí—. Entonces, ¿por qué no se acerca más?

—Escuche, amigo mío, tengo algo que decirle.

—¿Tiene algo que decirme?

—Sí, si es que me quiere escuchar.

—¿Podría decirme de dónde he venido?

—Se lo aclararé.

Escuché poniendo toda mi atención y ya entendí quién me hablaba. Le oí decir:

—Estuvo caminando y caminando, siempre más allá, sin que hubiera fin. Sin embargo, el fin ha llegado. Después de su redención, tuvo que experimentar el tiempo que habría vivido en la tierra en condiciones normales. ¿Le quedó claro?

Me quedé pensando y dije:

—No, no lo entiendo.

—Entonces escuche. Usted puso fin a su vida terrenal. ¿Lo sabe?

—Sí, lo sé.

—Pues bien, habría seguido viviendo en la tierra, y ese tiempo no podía agotarlo viviendo antes de liberarse de su cuerpo material.

Ahora entendí lo que quería decir la voz.

—¿Qué piensa hacer?

—Quiero ver gente.

—Escúcheme. Tiene ante usted al mundo astral, lo que oye es pasión y violencia. Pero mire allí, allí hay otro camino. Este lo llevará al silencio, pero a uno que es diferente al que ha sentido. Es el camino a las esferas de luz, a la vida elevada. Aún no es consciente y existen otras fuerzas que pueden destruirlo. Pero si continúa buscando lo elevado, lo asistiré en su intento y lo apoyaré en todo.

—¿Soy inconsciente?

—Así es —se me respondió.

—¿Es esa la tierra, allí delante de mí?

—Es la tierra, hijo mío.

—¿Y dónde está el infierno?

—Este es su infierno.

—¿Mi infierno?

—Su infierno. —Oí que se dijo claramente—. El infierno es la réplica de su vida interior.

—¿No hay fuego?

—No, pero sí el fuego de la pasión.

Me quedé pensando mucho tiempo y entonces oí de nuevo que se me hablaba:

—¿Qué desea hacer?

—Quiero ver vida y encontrarme con la vida. ¿Qué me aconseja?

—Actúe según sus propios sentimientos y siga la voz de su corazón. Cuan-

do me necesite y haya problemas que requieran una aclaración, cuando sienta que quiere descubrir la vida, la nuestra, y empiece a intuir la importancia de su vida, cuando vaya entendiendo la pena en la tierra y quiera seguir ese otro camino, llámeme entonces y acudiré a usted.

—¿Es usted Emschor?

—Sí, soy Emschor, su espíritu guía.

—Los sentimientos que sentía yo en el silencio, ¿eran los suyos?

—Eran los míos, hijo mío. Lo sigo en todo y continuaré siguiéndolo.

—¿Fue usted quien despertó a mi amigo Roni?

—Yo fui.

—¿Por qué? ¿Y dónde vive él?

—Más tarde. Algún día sabrá por qué, algún día nos volveremos a ver. Siga su camino y busque lo elevado. Adiós, Lantos Dumonché, adiós, que Dios bendiga sus caminos. Sepa que Él es un Padre de Amor.

La voz se fue, las últimas palabras que pronunció me llegaron de lejos. Pero yo quería ver gente y vida, nada más que vida. Ante mí estaba el mundo astral, allí vivían seres humanos, y continué hacia lo desconocido.

Fin de la parte 1

Parte 2: La vida espiritual

Prefacio a la parte 2

Estimado lector, estimada lectora:

Ya te hablé en la primera parte de este libro de mi vida terrenal y material, de mis sufrimientos y luchas, de mis preguntas “por qué” y “para qué” y de mi salida astral del mundo material. Ahora voy a hablarte desde mi vida de este lado sobre cómo la descubrí y acepté, sobre cómo fueron respondidas todas mis preguntas y sobre cómo se me convenció de (la existencia de) un Dios de Amor. Por muy incomprensible que te resulte todo, es la sagrada verdad, es mi ciclo terrenal, y el tuyo. Con que solo uno de ustedes (vosotros) abra los ojos y acepte la vida eterna, entonces esta obra y mi sufrimiento no habrán sido en vano.

Lantos

El mundo astral

Tenía ante mí el mundo astral. Aun así, no podía irme. Llevaba ya tiempo aquí para pensar sobre esto. Me había seguido un espectador invisible, un ser humano, porque había oído su voz con claridad, dado que me había hablado. Allá, ante mí, había una ciudad, y a mi izquierda vi un camino que ascendía hacia lo desconocido. Cuando recorría ese camino, me esperaba el silencio, pero diferente al que ya conocía. Sin embargo, deseaba gente, quería ver vida. Por tormentoso que fuera, todo me parecía bien, porque había estado demasiado tiempo solo. Aún sentía en mi interior ese silencio aterrador. No, hacia allá no quería ir. El camino que seguiría sería este, por tortuoso que fuera. Me había quedado claro que la fuerza contraria que yo había sentido era la suya. Esa fuerza me impedía continuar. Qué grandes eran las fuerzas del ser humano muerto en la tierra para poder detener el avance de otro ser. Me parecía muy asombroso y me alegraba de que se me hubiera concedido vivirlo, aunque no lo entendiera para nada. Me acordaba de cada palabra que me había dicho. Me parecía que ese silencio jamás acabaría, y sin embargo me encontraba ahora en otro mundo. Qué milagrosa era esta vida. Ahora entendía que aquellos años que habría vivido en la tierra los tuve que terminar de vivir en ese mundo vacío, y que cuando ese tiempo concluyó, había empezado a hacer lentamente la transición a este mundo.

Este, pues, era mi infierno. Pero no ardía fuego alguno. De qué manera tan natural se disolvía todo. Una imponente justicia me había excluido del mundo habitable. Quise quebrantar una ley que era inquebrantable, y había vivido las consecuencias. En eso sentía la ley de causa y efecto. Yo mismo había sido la causa y tuve que pagar las consecuencias. Allá, en aquel silencio, había vivido todo eso, y de ello formaba parte el proceso de descomposición, que era lo más repugnante de este acontecimiento. Había descubierto esa ley, porque a través de mi sufrimiento había vuelto a estar en armonía con esas leyes de la naturaleza. Tenía que ser así, porque lo sentía. Me parecía curiosa esa forma de hacerse más densa la tierra y la vida a mi alrededor. Quizá habrían nacido de esa manera el ser humano y toda la demás vida que Dios había creado. Se hacía más denso bajo mis pies, iba en aumento arriba de mí, a mi izquierda y derecha, hasta que este mundo se me fue haciendo visible. El leve zumbido fue convirtiéndose en un tremendo huracán, y eso era, como decía aquel espíritu, la pasión y la violencia. Era un infierno y allí vivían personas que eran pasionales y quizá diabólicas. Qué terrible me parecía. Un ser humano que aún viviera en la tierra no sabría comprenderlo, había que vivirlo. Aun así, me gustaría volver a vivirlo una vez más, pero ahora como

espectador. Entonces entendería esta vida mejor y descubriría todas esas fuerzas que de muy buen grado quisiera asimilar.

Estaba volviendo a vivir en la tierra a pesar de estar muerto. Pero la tierra, allá delante de mí, era el mundo astral. Allí vivían juntos seres humanos y espirituales, y yo era uno de los que se habían despojado de su cuerpo material. Yo era ahora el ser humano astral y estaba en el mundo donde vivía el espíritu. Cómo lo había deseado en la tierra, y cuántas ganas había tenido de conocerlo. Ahora estaba en el más allá y ya había vivido muchas cosas. Aun así, todavía no sabía nada de esta vida y estaba muy curioso por saber lo que me esperaba. Ahora vería a seres humanos, y me encontraría con ellos, según mis deseos. De modo que me puse a descender, de camino a lo desconocido. El viento ululaba, como si fuera el fin del cielo y la tierra. Pero no sentía miedo, porque ya me había acostumbrado a esos aullidos salvajes. A más vida y ruido que oía, más me gustaba.

Y ya hice un nuevo descubrimiento, porque cuando pensaba en otras cosas, apenas ya oía esta violencia. Entonces sentía que hacía una completa transición a aquello en lo que pensaba, por lo que lo anterior se disolvía, aceptando yo lo otro. Era igual que cuando estaba encadenado a mi cuerpo material. Por pensar en otras cosas yo mismo hacía la transición a ellas y disminuían los dolores y todo lo que tuviera que ver con ese estado. Así podía aliviar ese terrible sufrimiento mío. También ahora vivía ese mismo acontecimiento y en él se disolvía esta violencia. Era curiosa esa transición. Iba avanzando paso a paso, tenía tiempo porque vivía en la eternidad. Pero a cada paso que daba, sentía cómo me entraba esa nueva vida, y me hacía suspirar profundamente, porque me dejaba sin aire. Esa era la violencia a la que regresé. Pero sentía que recuperaba la serenidad. Esa transición la intenté varias veces, y así aprendí a sintonizarme y conectarme espiritualmente. Me resultaba glorioso y me sentía feliz de estar asimilándolo. No había cambiado yo en nada, al contrario, me sentía más vital. Era porque vivía en otro mundo y por haber aprendido algo de eso. Era sabiduría, posesión espiritual, de las que no sabía nada en la tierra, o no había entendido nada. Allí me había planteado miles de preguntas, sin haber obtenido respuesta a ni una sola. Ahora entendí que todas mis preguntas se disolverían en mí mismo, con tal de que me fijara en todas esas fuerzas y mantuviera los ojos bien abiertos. Siempre había tenido curiosidad y seguiría teniéndola. Sentía cómo me entraba ahora un curioso silencio, a pesar de estar en un infierno. ¿Acaso no habría tanta oscuridad en mí? Me sentía cambiar. Estaba cambiando por dentro, porque antes de entrar aquí odiaba. Ahora, sin embargo, no sentía odio. En aquel silencio estaba en rebelión, y ahora había en mí serenidad. ‘Qué asombroso’, pensé, ‘qué ser tan extraño eres’.

Me sentía como si aún siguiera viviendo en la tierra, antes de que ocurriera

lo terrible. ¿Habría regresado a esa misma sintonización de los sentimientos? Yo era la misma personalidad, solo que había perdido mi cuerpo terrenal. No me atrevía a decir que lo hubiera depuesto, porque lo había destruido. No sentía odio por nada, tampoco por mis padres. Era extraña esta sensación, y no entendía cómo era posible. A Roni lo odiaba y él, a mí, y sin embargo, ahora que me había tocado pagar por todo ello y vivirlo, era como si no lo hubiera conocido. Estaba muy alejado de mí. En la vida terrenal no conseguía desprenderme de él, y ahora que quería acercarme a él, sentía que no era posible. Una fuerza invisible nos había desgajado el uno del otro. Así es como yo lo sentía, pero no estaba seguro de que ese fuera su significado. Tal como yo era ahora, así me sentía con mi primer preceptor. Por entonces era muy feliz, igual que ahora, a pesar de estar viviendo en las tinieblas. Aquí sí había un poco más de luz que allá en aquel silencio, pero tampoco era muy distinto. También habían disminuido todos aquellos tormentos que había sentido en el silencio, como ese estrangulamiento de la garganta; no tenía sed ni hambre más que cuando pensaba en ellas. Por eso me pareció que mi infierno no era para tanto, podría aguantar esto, porque no era tan inhumano, aunque no poseyera yo la luz de la que me había hablado Emschor.

Pero ¿qué error había cometido yo realmente? No había engañado a la gente ni torturado, ni habría sabido hacerlo, y sin embargo vivía en el infierno. Había matado y purgado mi castigo. Mi castigo en la tierra había sido terrible y aún peor de este lado. No se me había castigado una vez, sino dos. ¿Todavía no era suficiente? ¿No sabría Dios perdonarme todos esos pequeños pecados? ¿Tenía que pagar por algo más? Me parecía sentir este problema. Había ido a parar a un infierno que sintonizaba con mi interior, porque el infierno, según dijo el espíritu, es la vida interior de cada cual. En ese caso, no era muy hermoso lo que había hecho con mi vida en la tierra. Aunque no hubiera matado ni puesto fin a mi vida, habría entrado aquí de todas formas. Así era, no podía ser de otra manera. Lo entendí plenamente y lo acepté. Había sido curiosa mi conversación con Roni. ¿Que yo lo habría despertado? Solo había ocurrido por haber pensado en él. No podía perdonarme, por mucho que él lo deseara, pero después me dijo que me odiaba. Eso también era extraño. Me daba la sensación de que otro poder hubiera paralizado su sentimiento malicioso hacia mí, solo para que yo pudiera vivirlo. Él vivía y estaba en alguna parte, pero se había quedado dormido por su necesidad de dormir. Yo también me había quedado dormido y me pareció que había sido hace un siglo, así al menos me sentía cuando me desperté. Todo seguía siendo un misterio y por el momento seguramente que tampoco lo averiguaría. El espíritu me había conectado con Roni, pero aun así todo me resultaba incomprensible. Aunque tampoco tenía yo gana alguna de volver a empezar a preguntar por qué y para qué. Eso no hacía más que alterarme, y quería

estar tranquilo. Mi infierno, sin embargo, era especial, porque luego me encontraría con personas y podría hablar con ellas. ¿O serían nuevas mentiras? No podía confiar en esos demonios, de modo que me quedaría expectante.

Me sorprendía una y otra vez sentirme tan diferente a antes. ¿Era por haber sufrido tanto? ¿Había cambiado por eso mi vida interior? ¿O era por estar ahora en esta vida y haber depuesto mi cuerpo terrenal? Me sentía gloriosamente tranquilo. Otra vez preguntas, siempre. Tenía que pensar con más cautela y evitar esos problemas al máximo. Allá, en la lejanía, me pareció ver los contornos de una ciudad. A pesar de las tinieblas, conseguía ver lo que tenía delante, lo que ya era un milagro de por sí. Aquí no vivía más que milagros y problemas. Me parecía casi increíble y, sin embargo, veía una ciudad con muchas torres y edificios. Se estuviera donde se estuviera y por mucha oscuridad que hubiera, aun así era posible percibir de este lado. Cuando en la tierra se estaba a oscuras no se veía a tres en un burro. Pero en esta vida todo era diferente, incluso yo. Pero tampoco tanto, porque pensaba como en la tierra y me sentía exactamente como allí. Tenía brazos y piernas, podía oír y ver, y sentir todo claramente. Pero yo era un privilegiado en algo: en algo que era más nítido que en la tierra, más vivo: y era cómo sentía. Aquí había que sentir todo y cuando lo hacía, lo sabía y entendía plenamente. Incluso en las tinieblas de mi propia tumba había sentido y también visto claramente el empuje de mi cuerpo material. Ese empuje regresaba a mi cuerpo espiritual. Yo mismo tenía que asimilarlo y ese asimilar era sentir. Sentir las cosas a fondo equivalía en esta vida a vivirlas. Cuando pensaba en algo, empezaba a sentirlo y hacía la transición a aquello en que pensaba. Así no había vivido nunca en la tierra, solo cuando me encontraba muy inspirado, de lo contrario, no. La mayoría de las cosas las hacía del todo inconscientemente. ¿Estaba mal eso? Aquí tenía que ser completamente yo mismo, porque si no, me instalaría en la disarmonía y me volverían todos esos tormentos terrenales. Aquí uno podía pensar solo en una cosa a la vez, eso también ya me había llamado la atención.

Continuaría de esta manera, porque creía estar entendiéndolo. ¡Oh, si hubiera sabido todo esto en la tierra! Cuánto más sencilla habría sido mi vida allí, no me la habría complicado tanto. Pero ¿se sabía allí algo de un cielo e infierno? Claro que no. ¿Y dónde es que estaba el cielo y dónde estaba Dios? Pensé que tendría que comparecer ante el trono de Dios, pero eso también eran mentiras. No se me había acercado ningún Dios a hacerme preguntas, pero era eso lo que se nos enseñaba. En la tierra no había escuchado a los clérigos, pero aun así no se me había hecho todavía pregunta alguna. No había visto ningún espíritu, ni a ningún ser humano ni Dios. Ahora vivía en el infierno, pero allí no había ni diablo. Vaya tonterías, pues, que proclamaban los clérigos en la tierra. No tenían ni idea, pero a pesar de eso hacían

como si fueran dueños de la verdad. Los cristianos que no aceptaban su religión eran herrados, torturados y asesinados. ¡Eso se hacía a causa de todas esas mentiras! Qué estúpido, que terriblemente estúpido es el hombre. Lo llegué a comprender en esta vida. Por los disparates de ellos se aniquilaba a tanta gente. Era triste. Pero tenía que aceptar esta verdad, porque no veía ni Dios ni espíritu ni diablo. Tampoco había fuego ni condena. Nada más que mentiras y tonterías las que proclamaban. Pero era curioso que fueran justo los demonios de allí los que habían dicho la verdad al respecto. Quizá a ellos también les parecía terrible. Me constaba que eran diablos, porque me habían tendido una trampa y causado mucha pena y dolor. Aquel diablo de allí parecía tener mucho interés en mi perdición, porque cuando se produjo, se fue, sin hacer otra cosa que gritar que la venganza era dulce, lo cual no entendí. También me conocía, porque me llamó por mi nombre.

Me alegré de que no hubiera condena ni fuego, y solo eso ya me bastaba para amar a Dios. Este era un Dios muy diferente al que conocían en la tierra. Este era más suave, poseía más amor y Él mismo era Amor, como me dijo el espíritu Emschor. Pero Sergius (el que entonces era jefe de la iglesia) predicaba la condena, el fuego eterno y la destrucción total. Ay, necios, loros, ustedes no saben nada. Ustedes le meten miedo al hombre. Piensan ustedes que hacen el bien, pero hacen el mal. Ese no es el camino. Ustedes están ciegos, espiritualmente ciegos, y sus corazones son fríos e insensibles. Era algo que ya había aprendido en el poco tiempo que llevaba aquí. ¿Dónde viviría esta gente cuando también muriera algún día en la tierra? ¿En el cielo? ¿Junto a Dios? ¿Por haber estado proclamando toda su vida falsedades? Es lo que faltaba, sería una gran injusticia. Eso Dios no lo consentiría ni podría consentirlo. Dios es justo, según se decía, y esto era injusto. En ese caso, Dios sería falso y deshonesto con toda la gente. Si todos esos falsos predicadores de la religión llegaban al cielo, entonces yo también debería estar allí, pero no lo estaba, porque me encontraba en el infierno. Cuando uno no creía lo echaban al calabozo y lo torturaban. Pues eso me parecía la mayor injusticia que existía. En la tierra había tenido que aceptar una religión, o me habrían matado también a mí, aunque no quería más que trabajar tranquilamente en mi arte.

De lo contrario no lo habría hecho de ninguna manera, porque ya allí sentía esa contradicción. Fue una gran pena que mi vida llegara tan pronto a su fin. Mi última creación artística no la había podido concluir. Cuando me ponía a comparar mi estado con toda aquella gente, sentía que yo no era bueno, pero tampoco malo. Me encontraba entre el bien y el mal. Por eso mi infierno no era tan inhumano. Si cada ser humano portaba en su interior su propio cielo e infierno, entonces aquí había millones de infiernos y cielos. Porque, ¿dónde estaba toda esa gente que había muerto en la tierra? Aquí,

¿no es así? Y sin embargo estaba solo, muy solo. ¿No estaba yo despierto, no era consciente? ¿Seguía todavía en lo inconsciente? ¿Eran Roni y Marianne peores que yo? ¿O era justo al revés? ¿A dónde habría ido Marianne? No dejaba de pensar nunca en aquellos dos. ¿Y mis padres? ¿Vivirían todavía? ¿Se habría llevado Marianne mi estatua a su casa? ¿Se habría muerto también? ¿Estaba muerta, como yo? La amaba de verdad, ¿sería Dios entonces capaz de destruir mi amor?

¿Se opondría Dios a que la amara? ¿Habría recibido otro cielo o un infierno diferente al mío? Creía que me encontraría con ella, pero no había ocurrido. ¿Cómo la amaba! ¿Llegaría a ser mía? ¿Llegaría a amarme como yo la amaba a ella? ¿Me pertenecía y éramos uno? Volví a hacerme preguntas y ni siquiera sabía si ya estaría muerta. Y sin embargo me surgía ese sentimiento y era el que más sentía. Si tuviera que sopesar esos sentimientos de la vida y la muerte, entonces era la muerte la que más pesaba. Porque era el que sentía con más claridad. ‘Pero qué incomprensible es esta vida’, pensé. Ya no me atrevía a pensar como antes, y sin embargo Dios me parecía extraño, muy extraño. Ahora lo conocía aún menos que en la tierra, porque aquí todo era diferente. Pero aun así sentía respeto, ya solamente porque habían sucedido cosas que contenían verdad. Porque el espíritu que me había advertido con antelación de que no pusiera fin a mi vida, puesto que entonces me tocaría sufrir mucho, había dicho la verdad. O sea, que sabía más de esta vida que yo, y de ese modo tuve que aceptar que Dios era Amor. Ese mismo espíritu, que estaba en alguna parte, que me había seguido y cuya voz había oído, ese espíritu proclamaba la verdad y me animaba a pensar con un poco más de cautela sobre Dios. No sentía yo ahora ninguna gana de precipitarme conscientemente en la desgracia. En cualquier caso, este Dios era diferente al Dios de mis padres. Su Dios era un autócrata, un Dios que solo los amaba a ellos y su estirpe. Pero semejante Dios no me decía nada, no le tenía respeto. Cuando me ponía a comparar mi propio interior con el Dios de ellos, me veía más elevado que el suyo y con otra mentalidad. Todo se me estaba pasando por la cabeza ahora que había entrado en este mundo. El mayor problema se me había resuelto y era Dios. No es que lo conociera, pero lo que me tocaba vivir me daba fuerzas para pensar de otra manera. El Dios de mis padres era terrible. Era uno que torturaba y que me quería convertir en autócrata. Ya de niño eso me daba asco, y me sentía muy agradecido de haber estado protegido contra eso.

Hace nada había vuelto a aprender algo nuevo y me resultaba muy asombroso. Cuando pensaba en Dios miraba hacia arriba sin darme cuenta, miraba con mucha intensidad el cielo, porque allí se suponía que vivía Dios. Y mientras pensaba en eso, deseando que se me concediera ver más allá, me sentí de repente aupado, y estuve planeando algunos metros por encima

de la tierra. Fue un acontecimiento curioso. Había quedado suspendida la gravedad para mí. 'Qué asombroso', me dije, '¿qué es lo que tocaría vivir ahora?'. Después lo intenté muchas veces, elevándome más y más, pero la oscuridad seguía. También descubrí otras fuerzas, porque cuando pensaba rápido y quería elevarme rápido, me concentraba en ello y entonces subía velozmente. Me preguntaba si serían fuerzas del espíritu o del diablo. El mero pensamiento de que fuera a asimilar artes diabólicas me estremecía, porque no lo quería. Quería avanzar, elevarme espiritualmente, pero no descender a mayores profundidades. Para eso prefería seguir caminando, siempre caminar, antes que precipitarme en la desgracia con esas artes. No obstante, volví a hacerlo, porque me divertía. No logré elevarme tanto como para que se disolvieran estas tinieblas, por lo que no dejaron de envolverme. Formaba parte de las muchas otras peculiaridades que descubriría.

Seguí andando y pronto llegaría al mundo habitado. Avanzaba incluso con más rapidez que hace unos instantes, porque constaté que esas fuerzas también las podía aprovechar caminando. Planeaba más de lo que andaba. Dejé de sentir la tierra. Eso también era curioso. No habría sabido hacerlo en la tierra. Allí nos servíamos del caballo y el noble animal hacía lo que quería el hombre.

También repetí algunas veces esta manera de avanzar y progresaba cada vez con mayor rapidez. Pasaba de una sorpresa a otra.

A cierta distancia vi a un ser humano que iba en la misma dirección que yo. Sentí mucha curiosidad por saber si era un ser humano de la tierra, o si era el hombre astral. Al acercarme un poco, vi que era una mujer. ¿Habría muerto o aún vivía en la tierra? Me había acercado mucho y decidí toser un poco, pero no me oyó. Nada la alteraba y siguió caminando, sin interrupción. Ya fuera espíritu o persona material, era un ser humano. Pero aun así quise que me percibiera, quizá podría hacerle algunas preguntas. Cuando me encontré caminando a su lado me dirigí a ella, pero siguió sorda y por lo visto ciega también, porque ni me oía ni me veía. Siguió andando absorta e hizo como si yo no estuviera. 'Extraña aparición', pensé. Ahora intenté aproximarme a ella desde el otro lado, entonces tendría que verme sin que pudiera ignorarme. Cuando hube avanzado unos pasos regresé, pero tampoco ahora me vio.

¿Viviría todavía en la tierra? Entonces comprendería que no pudiera percibirme, porque los espíritus eran invisibles para el hombre que viviera en el cuerpo material. Algunos habían visto espíritus en la tierra, pero yo no era uno de ellos. También ella era ciega, igual que tantas otras personas. Seguí andando pegado a ella, yo, ser humano muerto, mientras ella aún poseía su vestimenta material. Me pareció muy interesante ver a un ser humano de la tierra y solo ahora entendí lo escondida que estaba la vida espiritual detrás de ese velo. La emanación que escondía este mundo les era impenetrable. Cuán-

to había estado buscando yo todos esos problemas. Desde los primeros rayos del día hasta muy entrada la noche, y aun así no los había averiguado. De modo que no era nada extraño que no me viera. Me había adentrado ahora en esa vida incomprensible. Tarde o temprano vendrían todos hasta aquí y les parecería tan asombroso como a mí.

Pero este ser humano no dejaba de avanzar y yo seguí andando a su lado, porque quería saber a dónde iba. Llevaba una vestimenta preciosa, igual que la que solía vestir mi madre. Por eso entendí que pertenecía a los primeros círculos, porque ese traje era muy costoso. ¿Era de día o de noche en la tierra? De la manera en que se comportaba deduje que era de día. Así no podría avanzar por la noche ni de madrugada. Las puertas de la ciudad tenían su horario de cierre y quien no llegara a tiempo tenía que quedarse fuera o tener los papeles necesarios. ¿Era una forastera? ¡Me parecía tan peculiar! Me estaban ocurriendo otra vez cosas nuevas. No dejamos de avanzar. Pronto atravesaríamos las puertas de la ciudad. Aun así intenté hablar otra vez con ella y le pregunté:

—¿Es usted de la tierra?

Pero continuó sorda y ciega. Todavía pasó bastante tiempo antes de que alcanzara su objetivo. Todavía seguimos caminando, uno al lado del otro, pero el paseo no parecía tener fin. Empecé a aburrirme de tanto avanzar. ¿A dónde se dirigía? Llevábamos ya horas de camino. ¿Significaría algo? Cuanto más avanzábamos, más se me acercaba la ciudad. Sin embargo, esta imagen era diferente a la que había percibido antes. ¿Y ahora esto qué significaba? Yo quería ver el mundo habitado pero no hacía más que avanzar, por lo que el paseo era interminable. También para ella. Sentía que me encontraba ante un nuevo problema.

Mira, se me ocurrió algo: estaba pensando sin pureza. Pensaba en todo y nada, salvo en la tierra, no en lo que debía pensar. Así no llegaría nunca, porque se me desperdigaban los pensamientos. Estaba de camino y no lo estaba. Pero ¿y ella? ¿No era ella un ser humano de la tierra, no era un ser material? Volví a mirarla y me asusté. Mostraba un rostro teñido de profunda tristeza. Tenía los ojos vacíos y sin embargo veían, porque continuaba andando, siempre más, pero caminaba con la cabeza inclinada hacia la tierra, sumida en pensamientos. ¿Veían esos ojos o era sonámbula? Me encontraba en un estado muy extraño. Ella daba la impresión de mirar a través de la tierra. ¿Y si no estaba yo conectado con la tierra? Empecé a dudar de mí mismo. ¿Quién era ella y qué clase de persona era? ¿Un espíritu, un problema? De pronto pensé sentir este misterio. Intenté seguir sus pensamientos y en efecto, lo sentí claramente. Ella había muerto en la tierra, porque me entraba la muerte. Ahora entendí este milagro. Se había suicidado y vivía en el silencio. Me había encontrado con alguien que había puesto fin a su propia vida.

Por no haberme sintonizado bastante, lo vivía de forma errónea. Ahora me sintonicé con la tierra y de inmediato este mundo se hizo más denso, por lo que vi la tierra frente a mí. Cuando volví a sintonizarme con ella, pero sin perder la conexión con la tierra, vi que la envolvía una emanación. Ahora era para mí una sombra, como los demonios que había percibido en mi calabozo. Era asombroso este acontecimiento. ¡Un ser humano que había puesto fin a su vida, una mujer! Ay, no había quien la ayudara, porque ahora entendía su estado general. Podría seguir avanzando durante años, pero sin acabar nunca. Solo me cabía esperar que en la tierra no hubiera llegado a los cien años, porque si no, su dolor sería inabarcable. Yo también había estado caminando así, de modo que conocía su dolor. Tenía que experimentar la vida, porque así agotaba su vida terrenal. No, no podía oírme ni verme. Pero algún día, este mundo en el que me encontraba ahora se haría visible. Por triste que me resultara, aun así este mundo me parecía asombroso. El ser humano que se quitaba la vida se cerraba para todo lo que vivía en el universo. Esa mujer vivía ahora en un espacio vacío, como yo. Nada, no había nada, solo ella y sus pensamientos. La mujer pensaba y siempre seguía andando, un año tras otro. ¡Y sin embargo llegaría el final! En ella vi pasar de nuevo ante mí todo mi propio dolor y toda mi miseria. Ahora que lo percibí, entendí por fin con claridad mi propia vida. ¡Qué imponente! Todo lo que hasta ahora me había tocado vivir era imponente y asombroso.

Ella había optado por el veneno y yo por la soga. Cuando pensé en eso me volvió a entrar un dolor punzante. Por pensar en ello, me volvían aquellos dolores, y pensando otra vez en cosas distintas, se me iban de nuevo. Siempre era curiosa esa manera de intuir, pero yo quería seguir de esta manera. Este estado me había enseñado a conectarme de diferentes formas. Lo que me interesaba, eso lo sentía. Me entraban las cosas más asombrosas. Me entró su vida en cuanto quisiera pensar en ella. Fui repasando todo claramente, porque todo esto tenía que servirme de enseñanza. Lo que yo vivía era triste, pero así eran las cosas.

Allí caminaban el dolor y la profunda miseria, ¡una ruina humana! Estaba muerta, pero aun así vivía. Sin embargo, incluso en su vida no tenía conciencia de nada de lo que la rodeaba. Estaba ciega y sorda, sola y abandonada, no era nada. Me senté y me quedé mirándola. Nunca dejaba de andar. Allí caminaba un problema humano, que solo yo conocía y que no era más que miseria. No me era posible expresar en palabras cómo la veía. Caminaba en el silencio de su propia tumba, no había nada que la pudiera detener. También ella sabía qué significaba el proceso de putrefacción. Había vivido que su cuerpo maternal y divino se había descompuesto.

Ay, ser humano, ¿por qué diste ese paso? ¿Por amor? ¿Te partieron el corazón? ¿Te destruyó la vida en la tierra? Podía ser tan bella allí, pero la vida

de unos la destruían otros. Yo había matado, pero me habían obligado a hacerlo. Lo más preciado que tenía estaba siendo mancillado. ¿Quién se habría podido dominar? Y a pesar de todo, ahora lo sabía, es lo que debería haber hecho. No debería haberme dejado llevar. Roni estaba muerto y a mí me tocó toda esa miseria. Pero era mejor no darle más vueltas, había pasado y yo había librado mi batalla. También aquella pobre mujer estaba pagando por sus pecados. Pero después, ¿dónde entraría? ¿Se adentraría aún más en aquellas tinieblas? También eso me quedaba claro ahora. Cuando hubiera depuesto todo eso, primero iría a su sintonización directa. Iría a parar a un infierno o a un cielo. Solo entonces comenzaría para ella esta vida, solo entonces se uniría telepáticamente con esta vida, la real. Era sorprendente lo bien que todo engrazaba. Esas leyes eran las leyes de Dios, no era posible modificarlas en algo.

Mira cómo va allí, ¡la pobre! No dejaba de verla, pero cuando me dedicaba a pensar en otras cosas dejaba de ser visible para mí. Sin embargo, allí seguía, avanzando, siempre más allá, aunque ese infierno me resultara invisible. De ese mismo modo a lo mejor habría innumerables infiernos invisibles, que yo quería conocer más tarde. Merecía la pena saberlo todo sobre esta vida, cómo se organizaba todo esto, cómo era la gente que vivía en ella y lo que había hecho para llegar hasta ella. Sí entendí que todos eran pecadores. Los seres con una sintonización elevada vivían en el cielo. Estaba yo muy lejos de él. ¿Habría tantos cielos como infiernos? Todo eso lo averiguaría alguna vez. Qué fabuloso era apenas creer y, sin embargo, ahora que veía todo esto, no me quedaba más remedio que aceptarlo. Llevaba su vestimenta terrenal, pero ¿cómo podía ser? ¿Acaso no vivía en la eternidad? ¡Otra vez un problema nuevo!

Ahora me miré a mí mismo. Qué curioso que no me hubiera fijado antes. También yo llevaba la misma vestimenta que en la tierra. No había cambiado en absoluto. ¿Cómo era posible? ¡Qué milagro! Me había muerto y a pesar de eso llevaba mi túnica terrenal. Pertenecía a la vida terrenal. No había reparado en ello ni un instante. Pero también eso me había quedado claro, porque solo viviría aquello en lo que pensaba. Pero eso no quitaba que perteneciera a la tierra. No iba desnudo, llevaba ropa, me sentía como en la tierra, pero aun así era espíritu. ‘Todo esto era milagroso’, pensé, ‘qué poderoso es Dios para proveer al hombre de todo’, y empecé a sentir cada vez más respeto por ese Omnipoder. ¿Era esto también una ley?

Me recorrió un sentimiento curioso, ahora que sabía todo eso después de comprobarlo. Eran milagros que solo podían vivirse en esta vida. Era concentración, exclusivamente pensar y sentir. Tenía que fijarme en mil cosas. Quién habría pensado en eso, porque de no haberme encontrado con ella jamás se me habría ocurrido. Aun así, era tan natural, y justamente por eso uno no lo pensaba ni le llamaba la atención. Era tan asombroso: cuando uno

se despertaba aquí llevaba su túnica terrenal. Pero aún no entendía cómo era posible eso. Estaba admirándome a mí mismo y me veía como un problema. Cuántos milagros y problemas había vivido ya, a pesar de llevar tan poco tiempo aquí. A cada paso que avanzaba vivía otro milagro, por lo que no terminaba de darle vueltas. Ahora volví a concentrarme en esa mujer y la vi al instante. Estaba muy lejos de mí, pero la veía con nitidez. En ese silencio también yo había llevado esa túnica. Pero no me había fijado en ello ni me había sorprendido. Tendría que tenerlo muy en cuenta a partir de ahora, porque viviría aquello en lo que pensaba; lo que deseaba ver, encontrar u oír sucedía. Me sentía feliz, porque ahora estaba preparado para las cosas que aún viviría. Desde aquí vi cómo se mordía los labios y era horrible como avanzaba. Ahora que me concentraba con aún más intensidad sentía incluso sus pensamientos. Sintiéndola, porque así es como era, la comprendía completamente. Primero sentía y después asimilaba sus sentimientos que me entraban como pensamientos. Estos eran suyos, era su vida, de modo que yo hacía la transición a otra vida. Eso no se hacía en la tierra. Allí solo se veía al ser humano tal como era, o sea por fuera, pero por dentro no era posible descender en el hombre. Aquí, lo sentía muy claramente, ya no había secretos y el hombre no podía esconderse. Veía y sentía en su vida, y este ver y sentir ya de por sí era un milagro. También entendí que el hombre en la tierra no se conoce a sí mismo. ¡Cuántos secretos había en el ser humano! Ya solo por eso había que estarle agradecido a Dios. El hombre tenía muchas propiedades, pero las que yo estaba viviendo ahora no se conocían en la tierra. En la vida en la tierra el hombre era un gran problema, igual que aquí, pero en esta vida había una unión telepática con esos problemas; es más, uno los vivía. ¡El hombre era un milagro y un problema!

El hombre en la tierra visto desde esta vida

Volví a concentrarme en la tierra y de inmediato se me hizo visible el mundo material. Ya no quería seguir más a esa pobre mujer, solo la molestaría. “¡Adiós”, le dije, “adiós, infeliz! Quizá nos volvamos a ver algún día”. Pero la eternidad es una gran extensión, así que también ese reencuentro sería un milagro.

Tenía delante de mí una ciudad y estaba viendo a gente, por todas partes había gente terrenal. Había vida, mirara donde mirara. Por fin había regresado al mundo habitado y pronto quedé inmerso en el bullicio. Qué distinta veía la tierra a cuando todavía vivía en mi cuerpo material. Todo parecía envuelto en una emanación, pero veía con nitidez a la gente y los edificios y lo que era parte de la tierra. Deambulé por las calles, pero no me era posible concentrarme en un solo punto, esa transición era demasiado intensa. Veía demasiadas cosas y primero tenía que dejar que esta vida me traspasara. Ahora que había entrado aquí, entendí que aquella mujer ya no tendría que quedarse durante mucho tiempo en esa soledad. Ya estaba haciendo la transición a esta vida, y pronto se le haría visible. También ella no estaría más que asombrada. Me parecía conocer esta ciudad, porque vi cosas que también había conocido antes. Aunque muchas cosas hubieran cambiado, reconocí todo. Si me había sintonizado bien, me encontraba en la ciudad donde había vivido. Mis pensamientos me habían llevado de vuelta a este sitio. Vi a gente que todavía vivía en la tierra y también a personas astrales. Atravesaba a unos y me chocaba con otros cuando pensaba en ellas. Todas esas personas astrales iban vestidas a la manera terrenal, así que había resuelto este misterio. Esta era la verdad y no estaba imaginándome nada. Era capaz de distinguir claramente al hombre terrenal del astral. El hombre terrenal tenía mayor densidad y el astral estaba más difuminado. Pero eran como si aún vivieran en la tierra. Se me hacía incomprendible que se supiera tan poco de esta vida, porque no dejaban de ser muy visibles. El hombre terrenal me traspasaba andando sin sentirlo ni verlo en absoluto. Yo me situaba dentro de él y sin embargo no me sentía. El hombre carecía de cualquier conciencia de otra vida. El hombre terrenal estaba envuelto en una espesa emanación, que lo mantenía preso como dentro de un muro espiritual. Aún no me quedaba claro lo que significaba, pero en eso era en lo que reconocía al hombre material. Después vi a personas terrenales como sombras y a otras las vi muy bastas. Eran las que mejor percibía, igual que eran las más fáciles de alcanzar. Sentía que podía hacer la transición a sus vidas con solo pensar en ellas. Pero tenía que sintonizarme con ellas de forma pura, de lo contrario no ocurría nada.

Era un milagro bastante imponente haber regresado al lugar donde había vivido. Quería saberlo todo de esta vida y conseguir asimilarlo. Por eso decidí quedarme solo y no ocuparme de nadie más. También resultaba curioso ver cómo cada uno seguía su propio camino. Las personas terrenales y astrales vivían juntas y eso era la muerte y la vida eterna. La vida y la muerte eran dos problemas para el hombre terrenal, pero ahora vi y sentí que no significaba más que vida. ¡La muerte no existía!

Los seres humanos muertos espiaban y perseguían a las personas terrenales. No sabía yo si hacían el bien o el mal. Pero sumido en pleno silencio, lo cual yo sentía y percibía con nitidez, el hombre astral elaboraba un plan que vivía junto al hombre en la tierra. Lo sentía por verlos así juntos.

Era muy asombroso verlo desde este lado. Cuando me sintonizaba con más intensidad volvía a oír ese ruido ululante que significaba pasión y violencia. Cuando volvía a concentrarme en el hombre, era como si sintiera la traición y como si esta me entrara. Aquí acechaba el peligro, aquí había que estar alerta. La vida que percibía incidía en mí, y me atemorizaba y angustiaba. Entendí que la tierra era un infierno.

Sin darse cuenta de ello, el ser humano terrenal vivía en un infierno espiritual. Me parecía muy claro, ese infierno estaba en ellos y alrededor suyo, porque en su interior reinaban las tinieblas. Ahora que había visto aquellas sombras entendí que quienes estaban en ellas se encontraban en otro infierno que el hombre más basto. Me irradiaban miedo y horror quienes resultaban tan desagradablemente visibles para mí. Estaba empezando a comprender ese miedo, porque había que prevenirse contra esos seres. También había visto ya a personas astrales que se parecían más a animales que a seres humanos. Daba miedo verlos avanzar de aquella manera. Habían dejado de ser personas. No les correspondía ya esa denominación, habían depuesto lo humano. ¿Habían hecho estas personas la transición a lo animal? Sería así, porque eran horribles. Me parecía ver demonios en ellas, dado que les envolvía una luz verde destellante. Procedía de su interior, lo veía claramente. Esa luz verdosa era igual que la de quienes me habían tendido la trampa para venir aquí. Las vigilaría con mucho cuidado, sin quitarles ojo. No quería tener nada que ver con esas personas. Cuando las seguía, sentía mentiras, pasión y engaño. Pero lo más asombroso de todo era que yo les resultara invisible. No me sentían y les era imposible verme. Cuando viví eso, me atreví a acercarme más. Pero, ay, qué bestial era esta gente, no sabría describirla. Eran como monstruos pre-animales, sus manos cual garras y ese tipo de seres humanos bestiales vivían en la tierra. Dejé de seguir ese animal, porque sentí que en la tierra había que ser muy cauto. Tenía que fijarme en diversas cosas. Desconocía el peligro que me amenazaba, pero lo que sentía no prometía.

Por eso seguí mi propio camino. Alguna vez llegaría el día en que asimi-

laría aquello, en que quisiera conocer a esas personas, pero ahora me ocupaban otros pensamientos. Sentía mi propia vida y quería saberlo todo al respecto, y hacer tranquilamente la transición a ella. Muchos estados emocionales todavía no sería capaz de asimilar ahora. Sí era llamativo que mis propios pensamientos y sentimientos me impulsaran en esa dirección. Había algo que me enviaba hacia allá, de modo que seguiría la voz de mi corazón. Había algo dentro y alrededor de mí que sentía con mucha intensidad, pero que aun así me era invisible.

¿Se me estaba enviando en una dirección concreta? Me quedaría a la espera, muy atento a todo.

En este momento sentía que me volvían todas las preguntas que me había hecho en la tierra. Entonces es que hace unos instantes había sentido bien y con nitidez. Eso me impulsaba y a ello me entregué por entero. Intentaría resolver todas esas preguntas terrenales conmigo mismo y a través de mí mismo. Llevaba pensando largo rato sobre todo ello cuando sentí algo especial.

Ahora que había regresado aquí, me sentía como en aquel tiempo en que aún vivía en la tierra. Estos sentimientos estaban relacionados, por tanto, con todas mis preguntas. También por aquel entonces vivía apartado y ahora me volvían esas ansias. Era el mismo, completamente el mismo, en todo. Qué asombrosa es esta vida, me decía una y otra vez. Cuanto más pensaba en esto, más me regresaban todas mis propiedades de antes. También entendí que esto en lo que vivía ahora era mi infierno. Ya no había tanta oscuridad y veía más luz que cuando entré en este mundo. No había perdido nada, pero tampoco recibido nada, yo era como vivía por entonces en la tierra. Tampoco en este tiempo había tenido necesidad de encontrarme con la gente, lo cual me sorprendía mucho. Antes de entrar aquí deseaba ver a gente y encontrarme con ella, divertirme, pero esos deseos habían desaparecido de golpe. Estando en mi celda sentía un ardiente deseo de ver vida. Ahora la veía, viviendo en ella, había gente a mi alrededor, pero no me decía nada. Entendí lo natural que era esta vida, porque la sentía y la veía. Aquí no se podía ser de otra manera que como uno fuera y sintiera por dentro. En su día había pasado por un estado antinatural, pero ahora había vuelto a ser natural. Me había llevado a mí mismo a la disarmonía, pero esos sentimientos faltos de armonía se disolvían, según había experimentado, y así regresaba a mi propia vida. Pero qué milagrosa que es esta vida. Siempre me lo repetía, porque eran milagros. Era imponente, dado que mi propia vida me devolvía la armonía. Pero aun así estaba en disarmonía con el conjunto, con lo imponente, con Dios, porque yo vivía en un infierno y eso significaba disarmonía. Sentía un profundo respeto por el Creador de todo esto. Él, que en todos esos infiernos podía mantener la armonía, me parecía poderoso. Aquí todo se regulaba por su propia cuenta. Por ser yo vida y significar vida, esta podía manifestarse en

mí y me veía sometido a todo esto, mientras todos aquellos milagros y problemas me traspasaban y se disolvían en mí. Empecé a sentirme agradecido hacia Él, hacia ese Dios incomprensible.

Las casas, los edificios y templos estaban envueltos en una emanación, pero las veía con nitidez. Atravesaba esos muros, nada me lo podía impedir, entraba y salía, porque aquí ya nada estaba cerrado para mí. También eso era un milagro en sí, y fui repitiendo esas entradas y salidas porque me divertían. Me encontraba en las personas y junto a ellas, aunque no me veían ni me oían. Las oía hablar con otra gente y entendía cada palabra. Pero de nuevo hice otro descubrimiento. Con algunas personas parecía como si estuvieran muy lejos de mí, y sin embargo estaban cerca. No las podía seguir bien y me pareció entender lo que significaba eso. Su figura me era invisible, otras eran sombras, y algunas muy bastas: a estas últimas las oía mejor que a ninguna otra. Eso también me había quedado claro en la calle. Veía a esas sombras delante de mí y conversaban, una peculiar conversación de ser humano a ser humano. Tenía que conectarme justamente con el ser humano al que percibiera mejor si quería poder seguir su conversación. El significado que sentía era este: algunos tenían otra mentalidad que yo, estaban por encima de mí. Los demás eran peor o no tenían posesiones. Sea como fuere, sentía que allí estaba el significado de este acontecimiento.

Ya dije que entraba por una casa y salía por otra, pero dejé de hacerlo porque quería seguir mi propia vida. Llegado a la calle —dado que sentía la tierra como cuando vivía allí— oí un estruendo mezclado con llantos. Cuando me concentré sentí lo que ocurría. En una esquina de una calle mucha gente huía de estampida. Estaban sufriendo un ataque. Vi que llevaban cruces y figuras de santos y entendí lo que todo esto significaba. Los estaban espantando los paganos. La sangre de los cristianos corría por la calle y eran ellos quienes habían empezado a llorar de esa manera terrorífica que yo oía. ‘Como de costumbre’, pensé, ‘el hombre no cambia en nada’. Ahora que empezaba a entender mi propia vida y se me aclaraba la vida eterna, este acontecimiento me resultaba aún más terrible que cuando vivía allí. Pero ¡si esto no tenía por qué ser así! Los jinetes se abalanzaban sobre los cristianos, dispersándolos. Estos también se defendían, había muertos a diestro y siniestro.

Vi ante mí una escena asombrosa. No entendí de dónde habían salido tan pronto esas personas astrales, pero vi espíritus que se llevaban a las personas desprendidas que habían entrado aquí de golpe. Me resultaba un acontecimiento curioso. Cuando me di buena cuenta de lo ocurrido había regresado el silencio. Los cristianos y paganos habían ido cada uno por su propio camino. Había sido una pugna breve e intensa, con algunos muertos y heridos como resultado. Todo ello ocurría por la fe. Las personas astrales se disolvieron ante mis ojos. Lo único que había quedado de ellos era la calle manchada

de sangre cristiana, porque se había destruido a gente. Se mataba por la fe, para eso se abatía a estas personas. Paganos frente a creyentes y ni unos ni otros eran conscientes de lo que hacían.

¿Y por qué ese odio? ¿Por qué le parecía bien al jefe de la iglesia? Man provozierte die Heiden und nun waren sie in Feuer und Flamme. Pero no le di muchas más vueltas y decidí que era mejor seguir.

Cuando me conecté con otras personas oí que comentaban lo sucedido. Cada uno pensaba una cosa diferente. Unos estaban a favor, otros en contra. Pero cuando seguí escuchando su conversación, constaté que había habido importantes acontecimientos desde mi muerte. Los oí decir:

—Es seguidor de Sergius.

‘Sergius’, pensé, ‘ese era el jefe de la iglesia en mi época’. ¿Había otro ahora? Me quedé a la expectativa para escuchar qué más dirían. Pero su conversación dio un giro y me fui. Aun así, deseaba conectarme con otras personas, porque quería saber lo que esto significaba. Cuando llegué a otra calle me topé de nuevo con un desfile. Y los jinetes se abalanzaban otra vez sobre la gente, aplastándola. Sus quejidos me alcanzaban hasta en este mundo y quizá se elevarían cada vez más, hasta llegar a Dios. Desconocía lo que Dios pensaría de esto, pero a mí me parecía espantoso.

—Muerte a Honorius. —Oí que gritaban por todas partes—. Muerte a Honorius y maldito sea su Dios. Maldito sea. —Oí de nuevo. Me conecté con las personas terrenales y sentí en qué tiempo vivían. ¿Cómo era posible? ¿Estaría sintiendo con nitidez? ¿Habría transcurrido un siglo? Era casi imposible y sin embargo lo sentía claramente.

Cuando yo era niño, se hablaba de Benedictus, Juan y Leo, y ahora de Honorius. Volví a intentar conectarme intensamente con ellos. No cabía otra opción, había pasado un siglo. Pero ¿cómo era posible? ¿Pues qué me había sucedido? Había estado encerrado en un calabozo, había puesto fin a mi vida, había vivido el proceso de putrefacción y después me había dormido. Tras mi despertar había vivido mucho tiempo en silencio. ¿Había sido un siglo? ¿Me separaba un siglo del pasado? No podía aceptarlo, pero aun así, cuando volví a conectarme, haciendo la transición a sus vidas, no me quedaba otra. Pero lo que es entender, no lo entendí, y decidí quedarme a la espera. Nuevamente había vivido una cosa extraña, porque no podía llamarla asombrosa. Pero algún día lo averiguaría, sentía que aquí todo se me quedaba envuelto en tinieblas. Tenía que intentar encontrarlo en mi propia vida. Guardaba relación conmigo y de este lado el misterio podía resolverse. Pertenecía a la vida espiritual, aunque aquel acontecimiento, a la terrenal. Me entristecía que el hombre se destruyera a sí mismo, y eso por la fe, por Dios. ¿Sería esa la intención de Dios? Se me hacía increíble.

Proseguí mi camino e intentaría volver a encontrar mi propia vivienda,

quería saber lo que habría quedado de ella. Pero si tenía que aceptar todo aquello que había percibido hace unos instantes, entonces Marianne vivía de este lado, entonces también ella estaba muerta y habían sido nítidos y correctos esos primeros sentimientos. Pero ¿y dónde estaba ella? Me entró mucha curiosidad y quise saber todo desde mi juventud, si es que era posible. Fuera a donde fuera, había luchas por todas partes. Nunca había participado en ninguna, porque en la tierra solo vivía para mi arte. Pero había tenido que aceptar una fe, porque de lo contrario me habrían encerrado también a mí, tarde o temprano. Ya en la más lejana antigüedad se luchaba y el hombre todavía no había cambiado nada.

Seguí la voz de mi corazón y seguí avanzando hacia donde antes había vivido. Realmente reconocí muchas cosas que antes también había habido. Había vivido cerca de las murallas de Roma, en una de las partes más hermosas de la ciudad. Mis propios pensamientos me devolvieron a ese lugar. Vi muchas cosas cambiadas, pero aún lograba orientarme. Cuanto más me acercaba a mi casa, más intensamente sentía los latidos de mi corazón. Era como si me estuviera esperando algo extraño. Por fin había llegado al lugar donde había vivido. Aquí es donde había matado a Roni y conocido a mi Marianne.

Pero ¿qué era eso? Mi casa había sido arrasada completamente, no quedaba nada. Me quedé muy decepcionado, porque en eso no había pensado. ¿Me habría equivocado de lugar? Me concentré en mi anterior posesión, pero no, no me equivocaba, aquí es donde había vivido. Sin embargo, no entendí nada y me senté a reflexionar sobre todas estas cosas. Pareciera que a todo el entorno le hubieran dado la vuelta, hasta la naturaleza había cambiado. Por la decepción sentí un dolor punzante en el corazón y me quedé muy triste, ahora que tenía aceptar todo esto.

¿Dónde estaba Marianne? Vivía de este lado y sin embargo no había venido a mi encuentro. Marianne, hija mía, ¿estás muerta? ¿Vives en otro infierno o eres de los felices? ¿Llegaste a un cielo? ¿Poseería un cielo? ¿Estaría tan alejada de mí? Me parecía demasiado increíble, demasiado antinatural. Sin embargo, estaba muerta, porque no habría llegado a tan mayor.

¿Por qué no viniste? ¿No me amas? ¿No logras encontrar el camino a mí? Me fueron surgiendo todas esas preguntas. No, con esto no había contado, ya no quedaba nada de mi vida terrenal, mi vida allí había sido en balde. ¿Sabría Emschor dónde estaba Marianne ahora? ¿Quién podría resolverme este misterio? Era un problema imponente que no conseguía resolver, que se me hacía incomprendible, porque sentía que entraba en colisión con leyes que no conocía ni entendía. Aun así, quería seguir siendo yo mismo, por triste que me sintiera, no iba a perder la cabeza. Pero se encontrara donde se encontrara Marianne, aunque estuviera en el infierno más profundo, iría a buscarla para quedarme con ella y no dejarla sola nunca más. Me habitaba ese amor, y

yo estaba dispuesto a ir hasta ella, porque la amaba, realmente la amaba. No podría amar a ningún otro ser.

Mientras estaba con estos pensamientos sentí surgir en mí otra fuerza. Era más poderosa que yo mismo, hacía la transición a mis sentimientos, porque al instante sentía los cambios que se manifestaban en mí. Sentí cómo me entraba cansancio y somnolencia; algo me estaba ocurriendo. ¿Qué era? La tierra desapareció ante mi vista y sentí que se me conectaba con otro mundo. Allí, debajo de mí, empezó a haber movimiento, algo estaba tomando forma. ¿Lo estaba viendo bien? ¿Era eso mi taller? ¿Estaba viendo el pasado? De mi casa y de todo lo que en la tierra había podido llamar lo mío ya no quedaba rastro. Pero ahora estaba empezando a percibir el pasado. Me veía a mí mismo, y también vi que había empezado a trabajar en la estatua de Marianne. Era en el momento en que la estatua vieja se había quedado hecha añicos, perturbándome la inspiración. Aún me acordaba muy bien de todo, y con eso fui conectado ahora. Se me estaba manifestando el pasado. Pero ¿qué significaba todo esto? ¿Estaba despierto o soñando? Me palpé, pero no, estaba completamente despierto, aunque aquí sucedía algo asombroso que todavía no entendía. Veía el momento en que estuve recogiendo todos esos trozos rotos para poder retomar la obra y moverme con libertad. Era milagroso lo que percibía ahora. También ahora sentí esa tremenda sacudida, y con la sacudida se cayó la estatua en mil pedazos. Pero ¡veía más cosas!

De los trozos y pedazos me llegaba una luz verde destellante, que había visto durante mi vida en la tierra en el momento en que aplasté a Roni. ¿Habría estado rodeado en esa época de poderes tenebrosos que me habrían estado influenciando? Ahora tenía que esforzarme con todas mis fuerzas para poder controlarme. Fui tranquilizándome un poco. También en eso se me ayudaba, porque era formidable lo que iba a percibir. La fuerza que me mostraba todo esto también me preservó de que me hundiera. Esa fuerza —lo sentía claramente— era la que dirigía todo esto, y a mí.

¿A través de quién estaba yo viviendo esto? ¿Quién poseía la fuerza para conectarme con el pasado? ¿Era Emschor? Sentía ahora que aquellas horribles influencias de hace poco habían destruido mi propio pensamiento y que yo habría sucumbido si la otra fuerza no me hubiera ayudado.

Por cierto, ¿quién me había traído esa estatua y hecho el encargo? Sí, cierto, había sido un joven delgado, un egipcio. Al pensarlo, cambió la visión y tuve otra. Reviví el instante en el que aquel forastero me había traído esa estatua, lo reconocí claramente. Esa visión también pasó. Me pareció reconocer en esa luz verde destellante una fuerza procedente de mi calabozo. En esa luz se me habían manifestado los demonios y también eso lo entendí ahora plenamente. Así sentí que se habían seguido mis caminos y que todo esto ocurriría. La muerte de mi amigo era parte de eso, igual que muchas otras cosas y

acontecimientos que aún no me resultaban claros. Formaban también parte de eso el miedo y la fiebre que había sentido entonces. Iban acumulándose nuevos problemas, pero muchos los estaba reviviendo. Quizá todo me sería aclarado. Ese demonio me había destruido, ya entonces había estado conectado con él. Me había quedado convencido de ello y tenía que aceptarlo. Las influencias de esos terribles seres aún estaban pegadas a esos trozos y pedazos. Esta luz, que era diabólica, y aquella de mi calabozo eran una misma influencia. Pero tenía que conservar la calma ahora, de lo contrario no llegaría hasta allí. Qué falsas eran esas fuerzas, qué viles que pudieran hacer esto. ¿O tenía otro significado? Pero sentía que todo estaba relacionado con esos demonios.

La estatua era de uno de sus familiares, muerto hacía mucho tiempo. El estilo era egipcio y helénico. Sentía cada vez más, los sentimientos iban encadenándose. Pero lo que me surgió ahora era casi increíble. Porque sentí que yo tenía que ver algo con esa estatua, dado que me vi hacer la transición a ella. Me sentía a mí mismo en ese estilo antiguo. Mis primeros preceptores tuvieron que quitarme la costumbre de ese estilo y no entendían dónde me había hecho con él. Pero si esto contuviera verdad, tal vez entonces se me resolvería el misterio de dónde procedía mi aptitud por el arte que ya tenía en mi juventud. Me encontraba ahora ante un gran problema humano, que aún no entendía, pero que me había mantenido ocupado durante toda mi vida anterior. Oh, si algún día se me resolviera ese misterio sería muy feliz. También se me hacía un misterio cómo aquel egipcio me la había traído hasta aquí. ¿Cómo había conseguido ese arte antiguo? Mi aptitud por el arte, ese estilo antiguo y esta estatua, en que me veía y sentía a mí mismo, eran una sola cosa. Algo, una fuerza incomprensible, un poder o lo que fuera, los unía, pero ¿qué era? ¿Realmente sería Emschor? ¿Podía mostrarme todo esto? ¿Poseía esa fuerza? Ahora sentía que regresaba a mí mismo y que una densa emanación mantenía todo esto oculto. Era una lástima, porque iba avanzando tan gloriosamente hacia la revelación de todos esos secretos. Pero me encontraba impotente.

Acababa de vivir cosas milagrosas. ¿Sería que aún no se me concedía conocer la verdad entera? Entonces ya esperaría, pensé, y sentí que debía seguir avanzando. Pero ¿hacia dónde?

Seguiría por este camino y acudiría a mi calabozo. Había sido allí donde Marianne había ido a visitarme, quizá podría percibir algo también en ese lugar. Seguí la voz de mi corazón, la que me había mostrado todo esto, y mis sentimientos y pensamientos me condujeron al sitio donde había estado encarcelado.

A mi calabozo

Vi ante mí un edificio que conocía de mi época anterior. ‘Vaya’, pensé, ‘¿estuvo aquí mi primera celda?’. Había estado encarcelado en una antigua arena. Accedí por el portón, pero en el mismo instante que entré oí unos llantos terribles y gente que se lamentaba. Ya había visto una escena igual en la calle y entendí de inmediato lo que ocurría. Vi muertos y heridos, estaban tirados a diestro y siniestro y oí las maldiciones de personas terrenales.

Así es como se maltrataba a los creyentes. Pero en este momento todo esto no me interesaba. Estaba demasiado sintonizado con mi propia vida, de modo que no quise ocuparme de ello. No me concernía, porque vivía en la eternidad. Que lo resolvieran a palos los de la tierra. Pero no era una escena cristiana, porque llovían maldiciones y golpes. No tardé en llegar a mi celda. Allí había estado encarcelado, esperando mi sentencia. Había ahora otros en mi lugar. Conté siete, aunque el espacio fuera para uno solo. Podía ver claramente a tres de estas personas terrenales, pero las demás eran sombras para mí. Las paredes de mi celda me eran ahora transparentes, por lo que pude ver que las otras celdas también estaban ocupadas. El hombre de la tierra estaba rebelándose. A los creyentes se los destruía. Tendrían que morir muchos, porque cuando los encarcelaban les esperaba la muerte. Aquí es donde yo había cumplido mi pena. Después me habían trasladado a otro lugar y allí había muerto. Aquí fue donde hablé con Marianne. Me daba pena haber perdido entonces la conciencia. Pero ahora no veía ni sentía ninguna influencia extraña. Seguía siendo yo mismo y no me sucedía nada. Me quedé esperando, pero no ocurría nada. Ahora que no podía percibir nada de mí mismo me puse a mirar a la gente que me rodeaba. Alrededor de uno de los presos vi un espíritu, que podría ser su madre. Cuando me sintonicé sentí que así era. ¿Sentía y sabía que a su hijo le iba a ocurrir algo terrible? ¿Cómo lo sabía? ¿De dónde le venía ese conocimiento? Volvían a ser nuevos misterios para mí. Pero no me enfraqué demasiado, sino que me atuve a mi propia vida. Aquí no conseguía aclarar gran cosa, por lo que decidí ir a mi otro calabozo. Me concentré mucho en el pasado, y vi y sentí que abandonaba la ciudad.

Ahora iba planeando por encima de la tierra y sentí que llegaba a un entorno donde jamás había estado durante mi vida en la tierra. ¿Era un lugar para los presos? Tenía delante de mí un gran lago con una isla. Alrededor del lago había montañas. De allí nunca habría conseguido escaparme. Se parecía más a una caverna subterránea o a las catacumbas que conocía. Sentí con mucha nitidez que me encontraba en el lugar donde había estado encarcelado y donde había muerto. Fui planeando por encima del agua hasta la isla. Se

me hacía curioso este planear que no cesaba.

Allí, en ese edificio horrendo, había muerto, allí había estado conectado con diablos. Fui adentro, vi dónde me encontraba y que tenía que bajar. Los peldaños habían sido cavados en la roca y me acordé de que los había contado. Volví a hacerlo también ahora. Ciertamente eran treinta y dos. Después llegué a una plazoleta, pero delante de mí vi un sendero que ascendía serpenteando y que me condujo a las celdas más altas. No, desde aquí no pude haberme escapado. Primero quería ir a mi propia celda, después visitaría las demás. Esta debía de ser la isla de los muertos, de la que había oído hablar.

Por fin accedí a mi celda. Me había sustituido otro en esta chabola medio cuadrada. Qué cuchitril tan miserable. Qué terrible era el destino de este ser humano, porque estaba esperando su fin. Era un hombre joven y flaco, yacía justo donde yo también lo había hecho siempre y donde había entrado en conexión con los demonios. Es donde descansaba, pensando como yo: '¿Cuándo llegará mi fin?'. ¿Estaría conectado también? Ya estaba completamente agotado y no podría tardar mucho más. Entonces vendría a buscarlo la muerte, la muerte que no era muerte, sino que significaba vida. Yo mismo era la muerte y aquí estaba delante de él, sin que él supiera nada. ¡Pobre hombre!

Me senté cerca de él, pero no me sintió. Después lo atravesé, pero eso tampoco lo sintió. La persona invisible podía acercarse mucho a la persona terrenal, influirle, hacer lo que quisiera y sin embargo esta última no sentía ni sabía nada de ello. Uno tendría que ser muy sensible para poder verlo, oírlo y sentirlo. Qué sencillo había sido para esos diablos venir a mí. En esta vida se podía ir a donde uno mismo quisiera y hacer lo que le interesara. Tenía que intentar asimilar esta conexión. En concreto quisiera saber cómo se podría alcanzar al hombre en la tierra, porque entonces lo preservaría de su propia transición si quisiera poner fin a su vida terrenal.

Por encima de mí vi una sombra, una sombra que poseía más luz que yo. Era el hombre astral. El hombre astral tenía una luz muy diferente, fue lo que me permitió ver que lo era. ¿Estaría este ser velando por él? La luz que yo percibía era muy tenue y aun así supe que era un hombre más elevado que yo. ¿Estaba este ser aquí para influir en él? Sentía que me percibía. Era una figura femenina, lo vi por los contornos de su silueta. Sentía con aún más claridad, dado que me entraba con nitidez, por qué había ido hasta él. Era un espíritu protector, un ser humano que velaba por el bien de un familiar, quizá él fuera además hijo suyo. Esto, sin embargo, no lo sabía a ciencia cierta, pero en cualquier caso, ella había venido con buenas intenciones. Ella lo protegería de los demonios y entonces sobraba mi ayuda. Además, ella sabía más de esta vida que yo y podría alcanzarlo de otra manera aún del todo desconocida para mí. Entendí por qué sentía y comprendía yo todo esto tan pronto, porque de nuevo estaba sintiendo aquella otra incidencia. Era como si

se depositara en mí. Fue así como sentí y reconocí a mi propio espíritu guía, y entendí que tal vez me serían aclaradas otras verdades. ¿Me había seguido hasta aquí? ¿Era Emschor? Pero no obtuve respuesta a mis pensamientos, así que me quedé a la espera. Sin embargo, entendí que en esta vida se aprendía a través de otros. Esta vida era intuir, conectar y proteger. Ella, allí por encima de mí, me inspiraba respeto, igual que lo hacían los sentimientos que me habían llegado. Ella seguía allí, y sentí cómo bajaba su mirada hacia mí. Volví a conocer otras fuerzas, diferentes a las que ya había vivido. Pero ¿qué había venido a hacer yo aquí? Aquí me había conectado con los demonios. ¿Dónde estaban ahora? ¿No eran capaces de alcanzarlo a él? ¿Había venido esa aparición hasta aquí para mí? Porque sentía que me miraba. Si fuera posible ver en otra vida y sentirla, entonces ella sabría que yo estaba aquí para conocer mi propia vida. Me había abierto completamente a ella. Yo veía en la vida de otro y ella, que a fin de cuentas era más elevada que yo, sabría hacerlo sin duda alguna.

Me puse a pensar en la época en que estuve aquí. ¿Cuánto tiempo había estado encerrado? Casi había llegado a la edad de treinta y ocho años cuando me encerraron. Me concentré en esa época y sentí que había estado aquí durante cuatro años y medio antes de poner fin a mi vida. ¿Cómo fui capaz de aguantar todo ese tiempo?

Volví en pensamientos a quien había ocupado mi sitio, quería saber por qué estaba aquí. Al conectarme, me sentí atravesado por una intensa influencia y entendí esa fuerza. ¿Se me estaba ayudando con esto? Él también había matado. Le mandé el mensaje de que no acabara con su vida, que así solo recibiría más dolor y pena que los ya padecidos hasta el momento. Todo esto aún era soportable, pero aquello otro era mucho más terrible. Al pensarlo, la aparición por encima de mí desapareció. ¿A dónde iba este espíritu? ¿Sentía peligro? No me parecía que hubiera peligro alguno, porque me encontraba a solas con él. De nuevo me sintonicé con él. Ahora hice completamente la transición a él. Me metí como pude en su cuerpo, igual que había intentado con mi propia vestidura material cuando me encontraba colgando junto al mismo. Quería ver y vivir si me sentía. Tendría que ser alcanzable, a fin de cuentas era un ser humano. Lo obligué a que se levantara, lo que hizo, pero después ya no lo tuve en mi poder y se fue a una esquina de la celda, donde ya había anotado los días, las semanas, los meses y los años. Lo seguí en pensamientos e hice un cálculo con todas esas cifras. Ya habían pasado siete años. Qué inhumano era su sufrimiento. ¡Siete años de soledad, del todo solo en este horror! Me parecía muy milagroso poder adoptar todo esto de él. Me puse a enviarle lo que ya sabía de esta vida, pero tampoco esto resultó necesario, porque él, por ser una persona creyente, sabía de una pervivencia eterna. Entendí que no se le podía alcanzar para que él mismo acabara con su

vida. Era cristiano y llevaba su cruz con resignación. Tenía una fe poderosa, que me parecía admirable. De pronto hizo algo que me tomó por sorpresa. Se arrodilló y empezó a rezar.

Cómo me avergonzaba ahora que lo estaba viviendo. Ni en mi vida ni aquí había rezado jamás. Pero seguí siendo uno con él y así es como me atravesó una gran felicidad. ¿Era posible que un ser humano fuera tan feliz por rezar? Qué sentimiento tan hermoso me estaba entrando. ¿Sería la fuerza de su oración? Entonces yo era un hombre pobre. Qué feliz era él, a pesar de estar viviendo aquí en este infierno. Era lo más horrendo que un ser humano pudiera recibir en la tierra. ¿Y esta criatura piadosa había matado? Cómo pudo matar, porque cuando se cree no se mata. Entonces vi por qué había matado. Quiso proteger a su propia hermana. Un pagano quiso mancillar su cuerpo y él lo evitó abatiéndolo.

¿Quién me ofrecía esta visión? Él pensaba en todo eso y pedía perdón a su Dios. Rezaba así: ‘De buen grado quiero expiar mi pecado, Dios mío, pero protege a mi hermana. No es fuerte, es tan débil y no puede protegerse a sí misma de esa fuerza. Apóyala, Dios mío, y estaré encantado de expiar mi pecado’.

Ya entendí todo. Pobre hombre, usted se sacrificó. Y ahora está usted encarcelado, teniendo que morir aquí. Pero qué fe tan poderosa posee usted, tan joven todavía.

“Protégela”, oí que decía, “ahora que mamá ya tampoco vive”. De modo que la aparición había sido su madre, yo la había sentido bien. ¿Estaría su padre ya de este lado? Aquí, en todo caso, no estaba. Qué diferentes éramos los dos. Yo buscaba conectarme con la vida, con demonios, dejaba que me mintieran y engañaran, y él buscaba, acercándose a su Dios. Interiormente, estaba muy por encima de mí.

Había vuelto a conocer otro tipo de ser humano. Pero ¿para qué quedarme durante más tiempo aquí? Quería irme, pero sentí que se me retenía. Había sentido esa misma fuerza al entrar en este mundo, cuando hice la transición al mundo astral desde el silencio. También ahora sentí esa fuerza y por eso volví a concentrarme en el preso. ¿Me retenía? No, y sin embargo había sentido claramente la incidencia, era imposible que me equivocara. ¿Tendría que rezar yo también? Sentía respeto por este infeliz, pero todavía era incapaz de rezar como él. No sabría rezar así, porque mi interior se negaba. No obstante, mucho me gustaría poder hacerlo, porque sentía respeto por todo lo que había vivido hasta el momento, también por Dios. Pero ponerme a rezar como él, no, eso era imposible, para eso había sufrido demasiado. Sentía respeto y para mí eso ya era muchísimo. ¿Tenía que ponerme a creer en Dios? ¿Quería esa fuerza invisible que me arrodillara? ¿Sería eso lo que deseaba el ser que me había hablado? Sería incapaz todavía, aunque sentía que debía

asimilarlo. Al vivir la vida me elevaría, empezaría a amar. Pero ¿es que yo no amaba? Cuánto no amaba a Marianne, ¿no era eso amar? Quise irme de nuevo y por segunda vez se me detuvo.

El preso había regresado a su rincón. Pero ¿qué es lo que se quería de mí? Volví a mirar al hombre que tenía sentado allí delante de mí y lo sentí sumido en una profunda oración. Allí estaba, con los ojos cerrados. Lo veía como a un santo.

Empecé a sentirme inquieto y era por su oración. Me consideraba a mí mismo basto e insensible. Con su oración él me metía en otro mundo, en el de la fe, el amor y la entrega. Ese mundo aún me era desconocido. Aquí, en mi celda, conocí otra vida. Una vida de felicidad, de sacrificio y de amor puro. Él estaba aquí por haberse sacrificado por su hermana.

Yo también habría podido hacerlo. Podría dar mi vida por quien fuera, con tan solo saber si conseguía algo con eso. Porque no había una muerte, uno continuaba eternamente.

Me quedé mirándolo mucho tiempo, y al estar viviendo todo esto, llegué a otros pensamientos. Si esta era la intención, entonces algo se había conseguido, pensaría en ello, y seguiría haciéndolo. Intentaría convertirme en un cristiano como él. En medio de su batalla, de pena y dolor y mucha otra miseria, quería expiar su pecado, y aún pedía a Dios fuerza para otros. Así es como me descubrí a mí mismo. Había lanzado imprecaciones y maldiciones. Había tildado a Dios de ser injusto. Aquí aprendí cómo se debe vivir y también descubrí otros infiernos y cielos. Aquella que acababa de irse vivía en su propio cielo y el cielo que él poseía era de una gran confianza y fe. El mío eran las tinieblas en las que vivía. Vivía entre esos dos estados y quería ver cómo asimilar mi propio cielo. Me sentía muy feliz de que se me hubiera concedido vivir esto. Quería irme de nuevo, porque aquí ya no tenía nada que hacer. Quise irme entonces a las otras celdas, pero se me detuvo una tercera vez. Pero no vi ningún ser, nada de esa fuerza que me impedía marcharme. El preso tenía la mirada perdida y había dejado de rezar. Allí estaba, como si estuviera muerto, no parecía estar respirando. Pero cuando lo hacía le silbaba el pecho, tanto que yo lo oía hasta en mi mundo.

De pronto volvió a incorporarse, dio unas vueltas por su celda y regresó a su sitio. Yo había hecho lo mismo, pensando que me volvía loco. Entonces me conecté con él y quise tranquilizarlo, pero hizo lo que él quería y sentí que no me era posible alcanzarlo. Cuando se incorporó de mi primera concentración fue porque él mismo lo quiso. Así es como aprendí que el hombre en la tierra se cerraba para protegerse contra otros estados extraños, que le eran desconocidos. Dios depositaba en el hombre una voluntad propia y según su sintonización, y el hombre material era influenciado en su sintonización, sentimiento y personalidad. Pero empecé a intuir que el hombre sí era dirigido

por Dios, sin que aquel pudiera remediarlo.

Entonces pensé en Emschor. Si era él quien me hacía vivir esto, entonces quería agradecérselo con toda mi alma. Si era él quien me dirigía, entonces quería pedirle que tuviera paciencia conmigo, porque me esforzaría por asimilar todo esto. Para mí este acontecimiento era sabiduría vital. Así descubrí la vida en la que vivía ahora y aprendí a aceptar la mía propia.

Volví a sentarme junto al preso, obligado a hacerlo por otra fuerza. Apenas me había sentado cuando me pareció ver delante de mí una emanación luminosa. Era el mismo acontecimiento que cuando estuve encarcelado aquí. Ahora vi movimiento en esa emanación, que iba adoptando formas. Vi claramente que en su interior ya iba formándose algo que ganaba en claridad y densidad, hasta que pude distinguir a un ser humano. Pero el hombre a mi lado no se daba cuenta de nada.

¿Era esto solo para mí? Ciertamente, lo había visto bien. ‘Emschor’, dije en pensamientos, ‘es Emschor’. El espíritu que me había hablado un siglo antes estaba regresando a mí. Me miraba un rostro radiante y me inundó una fuerza elevada.

—Lantos —oí que dijo—, Lantos Dumonché.

—¿Me conoce? —pregunté.

—Ya oye que lo conozco, pero ahora escuche. Vengo a usted para decirle algunas cosas y le agradezco mucho los hermosos pensamientos que me envió hace unos instantes.

—¿Lo sabe? —pregunté.

—Ya oye que lo sé.

‘Qué curioso’, pensé, ‘hay que ver las fuerzas que posee este hombre’.

—Hace unos instantes le impedí que se fuera y lo conecté con quien está sentado a su lado, y con muchos otros estados aún incomprensibles para usted. Escúcheme: desde aquí se le conectará con la vida. Hace muchos años le hablé aquí y le aconsejé que no pusiera fin a su vida terrenal. Ahora vengo hasta usted para convencerlo de nuestra vida. Lo sigo en todo, Lantos, y soy la conexión con seres aún más elevados que lo dirigen a usted y a mí. A mí se me concede conectarlo a usted con el pasado, pero esta no es mi voluntad, sino la de quienes viven en las esferas más elevadas y que consideran que han despertado al cosmos. Por eso lo sigo por todos sus caminos, porque ambos formamos dos eslabones de una formidable cadena que nos conecta con esta vida, con el pasado y con el universo. Usted seguirá su camino paso a paso y yo lo ayudaré. Por eso vivirá milagros y todas sus preguntas sobre el por qué y para qué serán respondidas. De esa manera entrará en esta vida, aceptándola como una posesión. Usted salvará abismos y asimilará las fuerzas necesarias para hacerlo.

Ya se habrá fijado usted en que cada uno sigue su propio camino, tanto en

la tierra, como de este lado. Pues bien, todos están de camino para ir a ayudar a la humanidad y enmendar para sí mismos lo que tengan que enmendar. Todos están al servicio de una fuerza más elevada y están listos para procesar lo más duro que encuentren por su camino. Están al servicio de la vida, trabajan en su sintonización interior y hacen la transición a esta vida. Su camino es el de usted, es el mío y de quienes ya han alcanzado la sintonización más elevada. Algún día estará conmigo en las esferas de luz. Allí le espera trabajo. De modo que debe aceptar todo, por milagroso que sea. Debido a que está viviendo estos milagros, aceptará después milagros aún mayores, por tener relación con su vida en la tierra y con sus vidas anteriores.

Todo esto pertenece al ciclo de la tierra. Es el ciclo del alma que prosigue su camino hacia lo más elevado. Usted va a terminar su propio ciclo, debe seguir por eso la voz de su corazón. Lo llevará al lugar donde se le disolverán estos milagros y problemas. Cada pensamiento y acontecimiento le hará conectarse con la verdadera realidad. Así que le asistiré en todo y solo más tarde podrá entender bien por qué sucede. Esto se me ha encomendado, es su cometido y el mío.

Tengo cosas extrañas que contarle, siga escuchándome, Lantos. Ambos pertenecemos a la misma estirpe. Yo llevé en el pasado su nombre, el que usted lleva ahora. Se lo explicaré en el lugar donde nació. Pero han transcurrido muchos siglos desde que yo vivía en la tierra. Estuve esperando siglos y siglos este momento de conexión. Hace un siglo le dije que también yo acabé con mi vida. Usted lo hizo por su incapacidad de esperar a su propio final, porque le enloquecía esa soledad. Su curiosidad por conocer esta vida lo condujo a este estado. Pero yo lo hice por remordimiento, por robar a otros lo que poseían. Eso lo tuve que volver a enmendar en otra vida. Tuve que pagarlo con mi propia vida. Aun así, pude liberarme de las tinieblas, por buscar el bien, por querer seguirlo, por haber sido convencido de mi propia vida. Usted también tiene abierto este camino. Por esta razón le aconsejo que busque lo más elevado, porque es una pervivencia y le esperan hermosas regiones. Allí poseerá luz y felicidad. Ya le dije que me asisten seres más elevados para explicarle los problemas más profundos, y que trabajaremos para ellos. Todo esto sirve para convencer al hombre en la tierra de nuestra vida. Yo le sirvo, usted a mí: todos servimos. Ahora puede hacerme preguntas.

De inmediato pregunté:

—¿Es usted de mi estirpe?

—Pertenece a ella, por eso lo conozco a usted y llevé su nombre.

—¿Podría contarme algo más sobre eso?

—No, aún no es el momento, más tarde, en el lugar donde nació.

—¿Fue suya esa incidencia en mi taller?

—Mía fue.

—¿Qué significaba la luz verde destellante que percibí?
 —Lo que percibió fue su conexión con los demonios.
 —¿Entonces sí que sentí bien?
 —Sí, pero eran mis pensamientos, se los hice sentir.
 —Gracias —dije, y pregunté—: ¿Por qué me envió él aquí?
 —Usted tenía cosas que enmendar ante él, lo perseguía a usted. Él lo ayudó para que se quitara la vida.
 —Y no lo conocía.
 —Ni siquiera hace falta, pero todo esto ya se lo explicaré más tarde. Es parte de la ley de causa y efecto.
 Se me hacía extraño todo esto y pregunté:
 —Esa estatua que cayó en mil pedazos, ¿fue obra de esos demonios?
 —Sus fuerzas son en realidad tan intensas que son capaces de hacerlo.
 —¿Tengo que ver con esa estatua?
 —También eso se lo aclararé, pero en otro lugar: allí donde vivió algún día. Es parte del pasado.
 Volví a pensar en quien me había enviado aquí y pregunté:
 —¿Conoce a ese demonio?
 —Sí, Lantos, es alguien de su familia.
 —¿De mi familia? No lo conocía, no tenía familia y yo era el único de nuestra estirpe. ¿Cómo es posible?
 —Y sin embargo es así, lo conocerá.
 ‘Todo esto es asombroso’, pensé, y seguí preguntando:
 —¿Sabe usted dónde está mi amada?
 —Sí, vive de este lado.
 —¿Puedo ir a donde está?
 —No, vive en el mundo de lo inconsciente. De eso también le hablaré cuando haya llegado el momento.
 —¿No puede venir a donde estoy yo?
 —No, no es posible.
 —Qué lastima —dije—, pero le estoy muy agradecido.
 —De nada, estoy dispuesto a ayudarle en todo.
 —¿Marianne no es consciente?
 —Se lo explicaré luego, siga por su camino.
 —Una pregunta más: ¿Por qué sigue usted en su estado, en su cielo?
 —Porque a usted le toca vivir su propia vida.
 —Ah, ahora le entiendo.
 —Me voy, Lantos, pero continuaré siguiéndolo. Adiós, busque el bien. Su Emschor.

El espíritu se disolvió ante mí y volví a quedarme a solas con mil pensamientos. Pero no lograba pensar, porque esto me había tomado por sorpresa. El

hombre a mi lado se había quedado dormido. Me tumbé a su lado, porque no tenía fuerzas para marcharme. Sabía más que antes y sin embargo todo estaba en tinieblas. ¡Seguiría custodiándome! Marianne estaba en esta vida y a pesar de eso era invisible para mí. Sentía mucho y a él lo entendía, pero no sentía nada de todos esos problemas y milagros. Pero tenía que seguir, aquí no podía quedarme. Si seguía avanzando se manifestarían todos esos milagros y conocería esta vida. Quería trabajar en mí mismo y conocer mejor el secreto de mi vida y el de Marianne, y el de tantas otras cosas. Reuní todas mis fuerzas y de un salto me incorporé del sitio donde estaba sentado. Fuera de aquí, lejos de esta miseria.

—Adiós, que su Dios le permita que pronto le llegue su hora. ¡Pobre hombre, pobre! —dije. Después me fui.

Ahora fui pasando de una celda a otra. Estaban encerrados por encima y debajo de mí. Vi gente mayor y joven. Este era un lugar de la muerte, aquí vivían la muerte y la vida. El ser humano deponía su vestimenta material y a cambio recibía otra. Esa vida estaba en ellos, pero ni la sentían ni la conocían. Era la vida en la que yo vivía y a la que también entrarían ellos.

Ya había visitado muchas celdas y contemplado escenas horribles. Muchos destruían su cuerpo terrenal y el espiritual, y sucumbían por completo. ‘Gracias a Dios’, pensé, ‘que esos pensamientos jamás se me hubieran ocurrido’. ¿Acaso tenía yo entonces otra mentalidad que ellos? ¿Me había liberado de ella? Pues tenía que ser así, porque no atentaría contra mí mismo. Era algo aún peor que matar a alguien. Estos estaban mentalmente locos y torturaban la vestidura material. No pude procesarlo y me fui.

El mundo de lo inconsciente

Estas personas ya no eran sí mismas. Todo lo que percibía era triste, profundamente triste. Unos se buscaban a sí mismos, otros la vida, y aun otros a Dios, mientras que otros miles no sabían ni por dónde empezar. Pero todo ser humano busca, y seguiré haciéndolo hasta que lo sepa. Yo también era un buscador, porque quería descubrir la vida, mi vida en la tierra y las vidas de las que habló Emschor. Ay, tantas preguntas por hacer pero tantas cosas olvidadas. Podría haberme aclarado de dónde me venía mi sensibilidad por el arte. Pero se lo preguntaría a Emschor cuando volviera a mí. Aquí, en este terrible paraje, vivía que la gente en la tierra iba descendiendo cada vez más y que no había progreso alguno. Ahora quería seguir, pero ¿a dónde iría? Sentía que debía regresar y seguí ese empuje interior, por lo que volví a mi propia celda. Aquí es donde daría comienzo mi investigación y sentí que esa era la intención.

Por encima de mí estaban las rejas, allí había estado colgado. Sentí sumergirme entonces en otro mundo. Me dejé llevar, viendo que la tierra y lo demás desaparecían, pero seguí consciente de todo. ¿Qué era eso? ¿Lo veía bien? Allí, colgada de las rejas, estaba mi vestidura, y yo al lado. Fui conectado con el pasado y de repente entendí lo que él había querido decir con seguir avanzando y continuar por ese camino. La serenidad y el silencio de ese mundo descendieron hasta mi interior y vi que se llevaban mi cuerpo. Ahora vi también a la gente que me había enterrado. Era asombroso lo que percibí. Se me abrió el pasado, volvía a hacerse realidad. Todo esto había sucedido algún día. Seguí mi propio cadáver afuera. Descendimos por el estrecho pasillo y subimos por los peldaños. Llegados al exterior vi a más gente que nos precedía. Delante de mí vi mi tumba, en la que me estaban depositando. Era milagroso ver mi tumba desde el espíritu. Las personas que me habían cargado se fueron, otras dos la taparon y Lantos Dumonché ya había caído en el olvido.

Me senté en el borde de mi propia tumba y di gracias a ese poder invisible por esta escena de un siglo atrás. ‘Son fenomenales’, pensé, ‘las fuerzas del hombre que han entrado a las esferas más elevadas, de las que él habló’. Incliné la cabeza, porque en ese momento me sentí muy insignificante. Esas fuerzas las quería asimilar, tenía que poseerlas. Miré en mi propia vida, pero a través de quien poseía esta fuerza. Él era la conexión con incluso otros seres. Entendí que para eso se requerían grandes fuerzas, todavía mucho mayores que las que él y yo poseíamos. Era un milagro y un problema. Aun así, ahora que sabía cómo sucedía, lo acepté, y de muy buen grado. Había vuelto de

nuevo al silencio de mi tumba. Aquí estaba reflexionando otra vez, sintiendo de nuevo. “Todo lo que se me ha concedido percibir, querido líder espiritual”, dije en voz muy alta, “es fenomenal. Le doy las gracias, de todo corazón”. Esto había que vivirlo para poder aceptar, porque había ocurrido hace mucho. Hace mucho, muchísimo tiempo, y sin embargo estaba tan cerca. No terminaba nunca de reflexionar sobre eso. Bien me gustaría quedarme aquí, para volver a pensarlo una y otra vez de tan asombroso que se me hacía este acontecimiento. Nada podía destruirse, las cosas ocurridas podían ser invocadas de nuevo y ser despertadas. Aquí había librado una horrible lucha. Aquí había sentido un miedo y un horror desconocidos en la tierra. Aquí me habían desgarrado y hecho jirones. Aquí me había llevado a mí mismo por haber hecho algo a otros que ni siquiera sabía qué era. Qué profundo era todo. Aquí había hablado con Roni, lo que también ya había sido tan extraño. ¿Podría volver a hablar con él? ¿De dónde venía? ¿Venía de esa profundidad, de este silencio? Se le había despertado, pero ¿cómo? Miré de nuevo mi vestidura. Allí estaba mi esqueleto, un día me perteneció. Qué insignificante es esa vestidura terrenal y qué poderosa la espiritual. Yo mismo era un gran milagro. Este milagro miraba a aquello insignificante, allí, debajo de mí. Ni me entendía ni me conocía a mí mismo. Pero eso de allí se había descompuesto, no quedaba nada. Qué grande es Dios, que sabía todo esto de antemano. Aquí había algo —lo sentía claramente— que adormecía al hombre que viviera aquí. Si yo descendiera a mayor profundidad, ese sueño se adueñaría de mí. También sentía que no sucedería, y sin embargo ese sueño ya estaba en mí. Me quedaría dormido con solo dar un paso más. ¡Qué sentimiento tan extraño! La vida de este lado era una vida milagrosa. Aquí había muchos secretos y cada secreto era aún más profundo que el anterior. Entendí ahora que solo Emschor me lo podría aclarar, pero esperaría.

Cada vez había más silencio en mí. ¿Sentía bien? Me parecía estar sintiendo la voz de mi maestro. Aún estaba lejos, pero el sonido de su voz estaba acercándose más y más. También este acercamiento era asombroso, pero lo entendía completamente. Era la sintonización del maestro. Ahora se me conectaba con él y entonces me serían aclaradas nuevas cosas.

Cuando la voz se hizo muy clara, oí que se decía:

—Vengo hasta usted en el borde de su propia tumba, Lantos. Ahora vive usted en el mundo de lo inconsciente. A más profundidad se quedará dormido. Quien hace esa transición regresará por fuerza a la tierra. Escuche bien ahora, se lo voy a aclarar. Accedió a este lugar y aquí vivió el proceso de descomposición de su vestidura material. Desde entonces transcurrió más de un siglo. Cuando terminó de vivir ese proceso, se quedó dormido. Ese sueño le llegó por haber puesto fin a su propia vida. Pero cualquiera que entre a nuestra vida desde la tierra dormirá. A unos ese sueño les dura mucho, a otros

poco, depende de la vida interior de cada uno. Quienes hayan vivido una vida espiritual dormirán brevemente, porque interiormente están despiertos y llevan amor. Pero otros que no sepan nada de esta vida se quedan dormidos hasta que regresen a sí mismos, y volverán a dormirse una y otra vez para entrar algún día a las esferas espirituales. Por eso justamente fue tan profundo el sueño de usted, porque no amaba ni una fe ni a un Dios. Todo esto debió aprenderlo. Se lo aclaro porque no tiene que pensar que sean otros quienes se lo hayan impuesto. Así que su sueño fue un sueño espiritual y significa pobreza espiritual. No poseía usted nada que pudiera despertarlo y ha tenido que vivir esto. Por eso estuvo solo, nadie podía ayudarlo. A esa mujer con quien se encontró durante su viaje —usted ya lo sintió y vivió—, esa suicida, no había quien pudiera ayudarla. Yo hice que usted viviera eso, lo conecté con ella, haciéndolo sentir así cómo es esta vida y de este modo usted aceptó su propio dolor y toda su lucha. Usted tomó su propia cruz, porque sabía que tenía que llevarla. Ya le dije que todos los que entran aquí se quedan dormidos. Pero aquellos que ponen fin a su vida quieren romper una ley natural, que sin embargo no es posible romper, porque esa ley significa la vida y no es posible destruir la vida, porque la vida es Dios. Esas vibraciones carentes de armonía provocan ese sueño. Quienes mueren de forma natural también dormirán. Ningún ser se libra de eso, porque ni uno tiene tanta conciencia de esta vida como para que en el mismo instante de su muerte en la tierra esté despierto y siga estándolo. Pero el cuerpo espiritual tiene que procesar esta transición y ese es usted mismo. Es el ser humano, es la vida. Ahora le hablaré del mundo de lo inconsciente. Intente seguirme.

Hace unos instantes sintió que se adueñó de usted el sueño. Fui descendiendo más con usted, porque quería que usted lo sintiera. Allí, en ese mundo, vive su amigo Roni. Los maestros lo despertaron y así fue como usted pudo hablar con él. Este despertar tiene un significado, porque algún día regresaremos aquí. Entonces vivirá otros milagros. Hace unos momentos pudo observar su propia vida y vio que fue llevado hasta este lugar. Eso es el pasado y la conversación con su amigo también perteneció al pasado. Pero eso se encuentra oculto en esta vida, a más profundidad, y solo los maestros pueden conectarse con ese estado. Pues esta esfera, este mundo, tiene sintonización con la tierra. Es el mundo de conexión en el que vive el ser humano, el alma, que regresará a la tierra. O sea que desde aquí regresa el alma al cuerpo material y es “la vida” lo que anima a la materia. Eso es lo que es nacer en la tierra. Ahora bien, el alma que haya entrado aquí esperará siglos para ser atraído a la tierra. Esa es la voluntad de Dios y esas son las leyes sagradas de Dios, que ni el hombre ni el espíritu pueden modificar o influenciar. Aquí han entrado millones de seres, pero todos esos seres, que son almas y por tanto seres humanos, nacieron y murieron en la tierra. Entran aquí después de su muerte

y tienen que regresar por la fuerza hasta que hayan completado su ciclo de la tierra. Todos regresaron a la tierra con un objetivo fijo.

De modo que le habrá quedado claro que la vida, que anima el cuerpo material, viene del universo y en concreto de esta esfera. Por eso, este es el mundo de lo inconsciente. El alma que regresa a la tierra no es consciente de su vida anterior. Podría llamar esta esfera también el mundo del embrión, porque es de donde se le anima. Todo esto usted lo vivirá algún día, cuando regresemos aquí y haya alcanzado las esferas de luz. Da lo mismo dónde se encuentre el hombre en la tierra, solo lo pueden sondar quienes han alcanzado las esferas de luz más elevadas. La mayoría puede sintonizar con esa vida, como ya vivió usted con su amigo. Usted también vivirá ese despertar. El hombre que regresa a la tierra sigue la ley de causa y efecto. O sea, causas y efectos, nacer en la tierra y regresar a este mundo. Cuando el alma completa su ciclo de la tierra, seguirá en esta vida e intentará alcanzar las esferas más elevadas de todas. Pero todo esto es para más tarde, cuando posea las fuerzas para ello; solo entonces se lo podré aclarar. Ahora puede hacerme preguntas.

Había estado escuchando con atención, y pregunté:

—¿Debo regresar a la tierra?

—Vivirá el proceso material.

—¿Para qué sirve todo esto?

—Para convencer de nuestra vida al hombre en la tierra y dar a conocer todo esto.

—Pero, entonces naceré, ¿no?

—No, volverá antes.

‘Qué asombroso’, pensé, y después oí:

—Conocerá esos milagros, porque forman parte de nuestro trabajo. Es tarea mía y suya, lo cual le quedará claro más tarde. Todavía le espera una gran felicidad.

—¿Regresará mi amigo Roni?

—Debe regresar a la tierra y allí es donde vivirá.

—¿Para qué?

—Eso también lo sabrá.

—Él me dijo que volverá a ver a Marianne, ¿sabe usted algo de eso?

—Lo sé y sucederá. Es una ley.

‘Él, y no yo’, pensé.

—Ambos —oí decir— tienen que enmendar cosas, que baste esto.

—¿Así que Marianne ya vive en este mundo?

—Entró aquí.

—Pero ¿es que entonces la perdí?

—No, al contrario, ella es y seguirá siendo suya.

—¿Tan seguro está de eso?

—Lo sé, Lantos, acéptelo. Ustedes son uno y lo seguirán siendo, pero la causa de este suceso solo se la podré aclarar más tarde.

—¿Soy un privilegiado porque se me conceda vivir todo esto?

—No, quien entra aquí será convencido de su vida y ciclo. Aquí tengo trabajo que hacer y ya le dije que quiero convencerle de esta vida. Le ayudaré y apoyaré, pero a cambio usted confiará en mí y se conformará con todo. De modo que es parte de mi trabajo.

—¿Cada ser humano tiene su espíritu protector?

—Cada uno encuentra en esta vida a aquel o aquella que apoya al ser humano, por lo que quien haya hecho la transición conocerá su propia vida de este lado. Solo así es posible que uno se libere de su vida terrenal. A mí también me ayudaron de esta manera, y siempre lo agradeceré. Sepa que nos conocemos, que nuestras almas están conectadas y que lo seguirán estando. Nosotros somos uno, otros son uno, y por eso trabajamos juntos para un solo fin, y ese es que cada uno se desprenda de sus pensamientos terrenales. Usted sigue su camino, yo lo sigo y hago un trabajo inmenso ayudándolo, pero usted también me ayuda a mí, porque algún día podrá transmitirlo en la tierra.

—¿Es posible eso? —pregunté.

—Lo vivirá.

—Qué fenomenal es.

—Es la voluntad de Dios, Lantos, que esto suceda.

—¿Mis padres entraron aquí?

—Sí, y también ellos regresarán.

‘Dios mío’, pensé, ‘¿quién Te conocerá?’. A lo que Emschor respondió:

—Algún día conocerá usted a Dios como un Padre de Amor. Aún no lo siente, pero llegará. En la vida que intuirá reside la fuerza y hacia ella hará la transición. Solo entonces, cuando haya entrado a las esferas de luz y Su Amor sagrado lo haga feliz, sentirá gratitud y un sagrado respeto por Él, que es el Padre de todos nosotros.

—¿Qué me aconseja hacer ahora?

—Continúe, lo seguiré.

—¿Cree usted —volví a preguntar— que conoceré a Dios?

—Eso sucederá, porque usted busca el bien. Pero primero deberá entender la profundidad de su propia vida, para después despertar a un amor aún más elevado. Siempre seguirá avanzando para volver a arrodillarse y dar gracias. Ahora voy a dejarlo. Busque siempre lo elevado.

—¿Se me concederá volver a verlo?

—No, solo en las esferas de luz. Ahora permaneceré invisible para usted, pero ya sabe que estoy cerca y que lo sigo en todo. Adiós, que Dios lo acompañe.

Volví a estar solo; había ganado en sabiduría aunque solo había recorrido

un breve tramo de mi camino. Marianne y Roni volverían, igual que mis padres.

Hombre, conócete a ti mismo, hombre. Se me ocurrieron estas palabras. El hombre era profundo, incomprensiblemente profundo. ¿Cómo podría conocer uno al hombre en la tierra? Ni siquiera sabía allí que vivía eternamente y aún menos que era posible regresar. Los clérigos de la tierra pensaban conocer a Dios, pero ni uno de ellos sabía nada de la vida eterna ni de Dios. En la tierra no había entendidos en Dios. En la tierra solo vivían hombres que ni siquiera eran hombres. Un hombre debía conocerse, solo entonces era hombre. Pero ¿quién podría asegurar eso de sí mismo en la tierra? Ni yo ni millones de otros. Cómo me estremecía toda esa sabiduría. El mundo del embrión, del alma, del hombre, ¡eran milagros! Qué agradecido estaba yo al Creador de toda esta vida, y sentía respeto, un profundo respeto por Dios.

¿Estaría despertándome? ¿Iría a cambiar algo en mí? Debía ser así, ¿qué si no? Qué apabullante era el Creador del cielo y la tierra. ¿Y era yo divino, igual que todos los seres humanos? Era imposible entenderlo, sentirlo. A Roni se le había despertado para que yo lo viviera. No me habría resultado posible aceptarlo si no hubiera sucedido. Había oído y reconocido su voz, y por eso no me quedaba más remedio que creer. Pero Marianne era mi alma y seguiría siendo mía. ¿Sería esta la gran felicidad poderosa que me esperaba? Me haría tan feliz, estaba completamente seguro. Algún día volveríamos a vernos, entonces seríamos uno para la eternidad. Muy dentro de mí estaba esa gran felicidad poderosa, mi amor por ella, mi alma gemela. Dios era justo y ya sabría para qué tenía que regresar ella a la tierra. Quizá a mí también se me concedería saberlo algún día. Pero seguiría pensando en ella, aunque pasaran siglos.

Gracias a que se me concediera vivir todo esto fui conociéndome. Me esforzaría para asimilar esas fuerzas.

El pasado

Mis padres regresaron a la tierra y yo lo entendía. Ya los oía vociferar allí: ¿Por qué y para qué puede Dios aprobar esto? A mí ya me había quedado claro. Todas esas otras preguntas y acontecimientos los dejaría descansando de momento en las profundidades de mi interior. Fueron resolviéndose uno tras otro. Continuaría hasta quedarme vacío y ya no hubiera más preguntas en mí. Y después ya vería. Podría seguir pensando siglos, pero tenía que continuar, siempre más allá.

Me concentré en mi propia vida. ¿A dónde, Lantos? Hasta aquí has llegado, ¡ahora a seguir! Me concentré entonces en el mundo astral y después de un breve instante entré allí. Seguí la voz de mi corazón, y esa voz me llevó al lugar donde había nacido. Quería saberlo todo de mi juventud. Ya había aprendido a orientarme de distintas maneras, así que fue como por sí solo. Planeaba por encima de la tierra y sentía que abandonaba este país. No sentía obstáculo alguno en nada, atravesaba todo. Sabía que llegaría al lugar donde había vivido mi juventud. Estas fuerzas eran infalibles. Sentía curiosidad por cómo sería todo allí. Mis padres vivían de este lado y naturalmente sus propiedades habían pasado a otras manos. Pero ¿a qué manos? ¿Cómo había sido el final de ellos en la tierra? ¿Habían muerto de manera normal? ¿Y Marianne? Eso también lo quería saber; en resumidas cuentas: todo cuanto pertenecía a su vida y a la mía, si es que era posible. Mirara por donde mirara, había vida por doquier. Cuando avanzaba a toda velocidad no veía ni sentía nada de ninguna cosa. Pero a ritmo lento veía al hombre astral, que se movía como yo cuando teníamos una sola sintonización. De lo contrario no era posible. Cada cual seguía su propio camino. Unos para ayudar, otros para destruir la vida. Y aun otros para hacerse conscientes, como yo. Porque no lo era, todavía era un muerto en vida. La concienciación, sí, eso era lo que quería asimilar. Ahora sentí que se acercaba el final y entré de inmediato en la propiedad de mis padres. Había fijado mis pensamientos en ello y así es como había llegado hasta allí.

Al instante fui a la casa de mis padres, allí me sería desvelado mi pasado. Así me lo había prometido Emschor y mantendría su palabra, no me cabía duda. Volví a pasearme por mis propiedades, por la tierra que me ardía bajo las suelas y que abandoné hace tiempo. Pero ahora todo estaba cambiado.

Donde una vez se encontraba mi casa familiar, ahora había una ruina. ¿Era posible eso? ¿Me encontraba en el lugar correcto? El viejo castillo era un montón de escombros. Pero aun así sentía que era la casa de mis padres, donde viví algún día. ¿Que había sucedido aquí? Quería irme, pero sentí

surgir en mí la fuerza acostumbrada. Quédese, oí, enseguida estoy con usted.

Ciertamente, ya lo había visto alguna vez y pensé en la época en que había vivido esa visión. Fue cuando me fui y ahora vi que mi visión era la verdad. Pero ¿qué había destruido nuestra casa? ¿Los elementos? La vi una vez, había vuelto a la casa, pero había comprobado que todo seguía igual. Ahora solo restaban los cimientos de lo que un día fue un soberbio castillo. Sentí entonces cómo me entraba la fuerza de mi maestro y le dije en pensamientos:

—Bienvenido, maestro, le estoy muy agradecido.

Después oí decir:

—Lantos, soy yo, Emschor.

Pregunté:

—¿Me he confundido de lugar, maestro?

—No —fue su respuesta—, ha acertado. Aquí vivió, desde aquí se fue al ancho mundo. La voz de su corazón nunca lo engañará de este lado si continúa siguiéndola, solo tiene que escuchar.

—¿Puedo hacerle preguntas?

—Pregunte cuanto quiera, estoy listo.

Sentía por dónde tenía que empezar, porque veía delante de mí toda mi vida. Mi primera pregunta fue:

—¿Por qué sentí en mi juventud esa repentina aversión a todo lo que fuera riqueza, a esos niños y aquellas fiestas? ¿De dónde venían esos sentimientos? ¿Podría responderme a eso?

—Le responderé; escuche e intente comprenderme. ¡Fui yo, Lantos!

—¿Usted? ¿Por qué lo hizo?

—Esos sentimientos estaban en usted, pero yo los desperté. Esas fuerzas incomprensibles pertenecían al pasado. En esta vida haría la transición a otra: la vida en la que vivió y que ya depuso. Quiero decir, por tanto, su última vida en la tierra. No hice más que hacer conscientes esas fuerzas. Yo incidía en usted y usted actuaba de acuerdo a mi incidencia. El hombre viene a la tierra para un fin determinado, para enmendar, como ya le dije. En usted estaba esa fuerza, de modo que era su voluntad aceptar otra vida. Usted llegó a esa sintonización espiritual, pero en la vida anterior, no en la vida en la que usted se liberó de su vida material. Pero yo me quedo junto a su última vida, luego podrá percibir todas esas otras vidas de las que acabo de hablarle y podrá conectarle de forma consciente. Pregúnteme si lo que acabo de decirle no está claro, le responderé.

—Si le entiendo bien —dije—, ¿llegué a esa vida en la tierra para desprenderme de ella y huir de nuestras propiedades?

—Así es, lo ha sentido bien claro.

—¿Es una ley?

—Es la ley de causa y efecto.

—Gracias —dije—. ¿Me ayudó usted en todo?

—Sí, en todo.

—¿También en el arte?

—En eso también.

—Entonces tengo muchas preguntas que hacerle.

—Siga, Lantos, estoy a su disposición.

—Dígame, maestro, ¿fui artista en una vida anterior?

—Sí, en el Antiguo Egipto.

—¿Cómo dice?

—En el Antiguo Egipto.

—Qué asombroso y curioso lo que me dice.

—Son milagros para usted, pero todos esos milagros y problemas son verdades de la vida que el alma ha vivido.

—¿Sabe usted dónde es que asimilé esas aptitudes por el arte?

—También eso lo vivirá.

—Gracias —dije—, ¿ya puede contarme algo de eso?

—No, en el lugar donde vivió, así que luego.

—¿Sucede del mismo modo que ya viví?

—Sí, allí puedo conectarlo con el pasado, aquí es difícil.

—¿Puede explicarme por qué fui así en mi juventud? Quiero decir: ¿Qué me protegía y de dónde venía el desprecio por mi estirpe?

—Esto guarda relación con su primera pregunta. En usted estaba el sentimiento de irse. Usted quería soltarse, pero en su juventud no pudo intuirlo. Todo era demasiado profundo, ni siquiera ahora sabrá sondar la profundidad de estos sentimientos.

—No —dije—, no puedo, pero siento lo que quiere decir. Gracias, maestro. ¿O sea que también en esto me despertó?

—Sí, dando conciencia a estos sentimientos usted sintió cómo proceder. El desprecio por nuestra estirpe se manifestó porque usted quería buscar lo más elevado. ¿Lo entiende?

—Sí, le comprendo. Pero si estos sentimientos no hubieran estado en mí, ¿entonces qué?

—Pues habrían pasado muchos siglos. Aun así, habría llegado a este estado de fuerza espiritual. Es inevitable. De modo que esos sentimientos los asimilé en otras vidas. Todo ser humano llegará a estar, tarde o temprano, en una misma sintonización de los sentimientos. Lo vivirá de otra manera, pero al final todo viene a ser que a fin de cuentas él mismo, de forma inconsciente, lo quiera interiormente. Por eso el hombre es profundo y esto le resulta un problema. Pero como ya dije, todos esos problemas tienen un significado, a saber: que es la transición a una sintonización más elevada que el hombre asimiló en otras vidas. Forma parte del ciclo de la tierra. Lo que en una vida

el hombre haya robado a otro hombre lo tendrá que enmendar en otro estado.

—Pero ¿acaso les he robado a otros esta posesión que no quería?

—Usted no, sino yo.

—Pero ¿qué es lo que yo tengo que ver con todo esto?

—Usted fue mi hijo.

—¿Cómo dice? ¿Fui su hijo, vástago suyo?

—Mi hijo, Lantos. Usted es mi muchacho, pero de siglos atrás.

—Va usted profundizando más y más. Me cuenta milagros, nada más que milagros y problemas. ¿Yo, su hijo?

—Mi muchacho, mi hijo, Lantos.

‘Problemas’, pensé, ‘con los que jamás pude soñar’.

—¿Acaso el hombre no es un milagro? ¿No es un problema? Luego se lo aclararé. Siga, así podrá entenderlo todo mejor.

—Dice usted que todas las personas viven esto. ¿También se les guía?

—A todas, porque el ser humano está conectado con otros miles de personas y toda esa gente está relacionada. Pero desde este lado se le influye al hombre, o sea al alma, en la tierra. Al menos cuando sea posible. Así que han entrado en esta sintonización elevada, sino no es posible.

—A veces tenía pensamientos que eran más veloces que yo mismo. ¿Puede explicármelo?

—Era mi intensa concentración que hablaba a través de usted.

—Gracias, maestro, le entiendo perfectamente. Logró alcanzarme.

—Exacto, como ahora, dado que esta incidencia es la misma. Usted sabe ahora cómo se conecta de este lado con los hombres en la tierra.

—Así que por eso mi sensibilidad por el arte se hizo más consciente.

—Muy bien sentido, solo por eso.

—Es curioso todo, grandioso y profundo.

—Vive milagros y solo puede vivirlos porque yo me conecto con usted. Una sintonización más elevada puede conectarse con quienes viven por debajo de su propia sintonización vital. Ya lo habrá entendido. Haciendo la transición y conectándose: así se hace consciente. Descubrirá esas fuerzas. Solo entonces entrará en una vida diferente y más elevada, donde le espera una gran felicidad. No lo olvide nunca.

Seguía viéndome a mí mismo. Era milagroso lo que estaba viviendo. Entonces oí:

—Está viendo por mi voluntad y fuerzas.

Pregunté:

—Siempre sabe en lo que pienso, ¿tan sencillo es?

—¿No lo hizo usted con otros?

—Sí, esto ya lo viví, pero volver a vivirlo una y otra vez es justamente lo asombroso y sobre eso nunca termino de pensar.

—Ya ve, Lantos, lo hermosas que son estas fuerzas.

—Quiero asimilarlas, maestro.

—Siga así y busque el bien, entonces cambiará por dentro. Al cambiar, empezará usted a intuir la vida, inclinará la cabeza ante Él, que dirige todo esto.

—Es como en un sueño, esta vivencia. ¿Está bien sentido así?

—Su vida ante usted, o sea su juventud, la ve en un estado visionario. Tiene usted lucidez mental, pero a través de mis fuerzas. No sería capaz a través de sus propias fuerzas. Solo queriendo el bien las asimilará. Vuelvo siempre a ello porque es la única posibilidad de elevarse.

—No tiene ante usted a un desagradecido, maestro. Quiero, estoy convenido de ello. Usted es Amor, maestro, y ama, más que yo.

—¿Cómo no iba a asistir a mi propio hijo con amor? ¿Usted haría otra cosa? Si los padres supieran y conocieran todos estos milagros y problemas, ¿no actuarían como yo? ¿Acaso no es el amor la fuerza que nos conecta, que mueve montañas y que nos hace vivir todo lo que vive? ¿Que nos conecta con lo más elevado de todo lo que hay, con nuestro Padre que está en los cielos? Hacia allá es donde va nuestro camino.

—Soy pobre en amor, maestro, aún soy pobre —Dicho lo cual oí:

—Pero está conquistando este amor. Quiere que se le ayude, eso ya es una gran posesión. Eso dice que está dispuesto a llevar su cruz, y al llevarla se inclina ante poderes más elevados. Ese es el camino, el único camino, hijo mío.

—¿O sea que todavía soy inconsciente?

—Lamentablemente, es usted un muerto en vida.

—Es duro —dije—, tener que oírlo.

—De esa dureza se va a despojar usted. Viviendo la vida, usted cambiará. Haga siempre el bien, de lo contrario es imposible.

—¿Así que las personas en la tierra no son conscientes?

—No, ni una. Entre todos esos millones de seres que ahora viven en la tierra no hay ni uno espiritualmente consciente. El hombre solo adquiere conciencia cuando de este lado entra en la primera sintonización espiritual. Esa conciencia es el amor que poseen; haciendo el bien y viviendo por los demás han llegado hasta allí.

—Aún no he hecho nada por los demás —dije.

—Ese tiempo también se aproxima. Luego empezará a hacer cosas por los demás, solo tenga paciencia. Aquí solo puede hacer aquello que lleve en su interior, lo que sienta, lo que viva en usted, y esa fuerza es el amor. Sentir amor por todo lo que vive le hará despertar.

—En mi juventud fabriqué mi Dios, ¿por qué hice eso? ¿Puede explicármelo?

—Ya en su juventud llevaba dentro el deseo de felicidad y de lo elevado. O sea, deseos que se manifestaban de esa manera. Quería conocer la vida, igual

que a Dios. Sin embargo, usted no entendió esos sentimientos, pero ese es el significado que tienen.

—¿También me ayudó en eso?

—Sí, lo espoleé a buscar la vida elevada y cada pensamiento que albergaba en ese sentido le despertaba y le obligaba a seguir ese camino.

—Gracias, maestro, lo entiendo, tampoco ahora he cambiado.

—Así es. Usted es consciente ahora, pero en esa época actuaba de forma inconsciente.

—Dice usted que ahora soy consciente y hace un momento dijo que era un muerto viviente, ¿qué conclusión debo sacar?

—¿No ve en su juventud?

—Sí, ante mí se desarrolla todo esto, la veo y la siento.

—Pues bien, usted tiene conciencia de ella, pero a través de mis fuerzas. Ve, oye y siente, pero ese ver, oír y sentir no es conciencia espiritual. Sigue sin tener posesiones. De lo contrario estaría en otra esfera, es decir, en las esferas de luz. Pero sigue habiendo tinieblas alrededor suyo y por eso no es consciente espiritualmente. Así que esta conciencia surge al conectarlo yo a usted. Por eso sabemos que el hombre en la tierra no es consciente. Allí solo son materialmente conscientes, aman materialmente y esa es, por tanto, otra conciencia. Cuando hablo de conciencia espiritual me refiero a su sintonización eterna. Todavía siente de forma terrenal, o sea materialmente. Nosotros conocemos la vida material, o sea la conciencia material, la espiritual y la cósmica. Usted sigue viviendo en su vida material y ahora va a desprenderse de esa vida. Está intentando asimilar otra conciencia. ¿Le quedó claro?

—Sí, siento lo que quiere decir, gracias. Cuando yo era mí mismo en mi juventud —porque me acuerdo de esos sentimientos—, ¿usted se retiraba entonces?

—Sí, entonces era usted mismo. No se olvide de que el hombre tiene voluntad propia y que el espíritu elevado no influirá en la vida de usted, ni podrá hacerlo, porque lo sabe. Deberá actuar usted mismo, solo podemos protegerlo y dirigirlo. Así que nosotros no podemos cambiar nada de su interior. Ningún espíritu puede llevar las cargas del hombre. Cada hombre lleva su propia cruz. Pero sí podemos ayudar dirigiéndolo a usted en esa dirección. De modo que no está en mi poder hacerle vivir completamente como yo quisiera. No es posible y por eso sentía dos sentimientos contradictorios, que sin embargo tenían que ver el uno con el otro. Cuando yo sentía y veía que iba a tomar el camino equivocado, le ayudaba, incitándole a tomar el otro camino. Incidía en usted en silencio, lo cual usted sentía claramente.

—Fabricaba sol y nubes, ¿por qué lo hacía?

—Usted buscaba, deseaba felicidad espiritual.

—¿Guarda relación con mi manera de actuar en muchas otras cosas?

—Con su juventud entera, ese anhelo estaba en todos sus sentimientos.

—Miraba durante horas el cielo, ¿también era parte de eso?

—Sí, el deseo de saber, de conocer a Dios, de poseer felicidad espiritual le llevó a este estado.

—Cuando mi sol se disolvió bajo la lluvia sentía que tenía que ver con mi vida; por pocos años que tuviera, aun así lo sentía. ¿Era esta la verdad?

—Usted ya lo vivió, sabe que su vida estaba siendo destruida. Pero se lo hice sentir en su juventud.

—¿Ya lo sabía muy de antemano?

—Sí, veía en su vida.

—Es curioso, veía con mucha antelación.

—Ya le aclaré que el hombre es sondable, pero solo cuando uno mismo posee esas fuerzas. Como está percibiendo ahora, estuve viendo en su vida.

—O sea, ¿no podía intervenir usted? Quiero decir, ¿no podría haber cambiado mi vida? ¿Tenía que suceder?

—Sí, todo está fijado, es una ley divina. En su estado anterior, en el mundo de lo inconsciente, ya se lo aclaré. De modo que regresó con un objetivo fijo a la tierra y eso no puede cambiarse. Ni un espíritu u hombre pueden hacerlo, aunque hayan llegado a mucha altura.

—Si lo intuyo bien, mi transición, cuando puse fin a mi propia vida, ¿carece de significado y cae fuera de esa ley?

—No, usted habría muerto a su hora.

—¿O sea que actué yo mismo, no bajo influencia cósmica?

—Lo ha sentido muy claramente, así es.

—¿Así que todo ese sufrimiento ha sido en vano?

—No, eso no, lo sacudió hasta despertarlo.

—Sí, he aprendido, por terrible que haya sido. Pero ¿de qué me conocía el que me espoleó a hacerlo?

—De otra vida.

—Pero ¿es que él era consciente de eso?

—Sí. Escuche bien, se lo voy a aclarar. ¿Era consciente de su sensibilidad artística?

—Sí, lo era.

—Pues bien, entonces ¿por qué él no? En él había odio, odio por algún ser humano. Ese hombre era usted. Él lo odiaba, podía odiarlo, porque usted, muy atrás en el tiempo, lo atormentó, lo torturó. Esas fuerzas y sentimientos solo se disuelven, dejan de existir, cuando todo se ha enmendado. Usted se iba a encontrar con él en su vida terrenal y así sucedió. O sea todo causas y efectos, Lantos mío. Usted vivió el efecto de una sola causa. Él sabía lo que le esperaba a usted y por eso, solo por eso, usted estuvo en conexión con él. Usted lo torturó en el pasado —enseguida lo verá— y por eso usted tenía

que enmendar algo.

—Pero si no hubiera puesto fin a mi vida terrenal, entonces ¿qué?

—Entonces habría vivido que los demonios lo habrían esperado de este lado. Lo habrían atacado y lo habrían arrastrado, torturado y golpeado. Pero incluso entonces también habría sentido la causa de este acontecimiento. Y después se fue, algo había cambiado en él y en usted. En eso se disolvió el pasado, igual que la ley de causa y efecto, que el ser humano, que el alma que lo viviría, y que tenía que enmendar cosas. Fue atraído hacia usted de manera inconsciente, pero más tarde se hizo consciente de todo y este sentimiento pasó a la conciencia. Porque, ¿no se hizo usted artista? ¿Acaso no eran sus deseos? ¿No ocurrió? O sea, sentimientos, pero causas y efectos, nada más y nada menos.

—¿Sabré por qué y cómo sucedió en el pasado?

—Más tarde, cuando pueda conectarlo con el pasado. Se alegrará entonces de que esto ya se haya llevado a cabo, que usted lo haya enmendado.

—¿Así que mi muerte y transición habrían llegado entonces unos años después?

—Muy bien, lo ha sentido bien, así es.

—Ahora me ha quedado muy claro, maestro, y le doy las gracias. ¿Incidió usted también en mis padres?

—No, vivieron su propia vida. No eran alcanzables y harán la transición a otros seres para entrar en ese estadio de sentimiento, de amor. Tendrán que aprender todavía muchas cosas. En lo que entran ahora significa que tendrán que trabajar duro por su existencia. Esto lo necesitan ellos y otros miles más, lo cual solo es posible en la tierra.

—Pero ¿por qué tuve que vivir todo esto y ellos no? Son de nuestra estirpe, ¿no es así?

—Usted está de mi lado, más tarde le quedará claro. Usted es y fue el último de nuestra estirpe.

—Vaya, empiezo a entenderlo. Cuando siento esto, usted es la causa y yo el efecto.

—Ambos somos uno, Lantos, estamos conectados, igual que la ley de causa y efecto tiene un mismo significado. Una causa se enmendará y eso ha sucedido ahora. Usted lo ha vivido.

—De modo que, por mucho que mis padres así lo desearan, ¿no podría haber dado sucesores a nuestra estirpe?

—También esto está muy bien sentido. No, mire, el ciclo de la tierra de usted acabó. Fui yo quien determinó todo esto. Usted fue mi hijo, o sea que ambos nos enmendaremos. Sus padres vivieron de nuestra propiedad que yo quité un día a otro. Pero hace siglos. Sin embargo, en la última vida terrenal de usted, este pasado se revelaría y esto rige para cada hombre. Todos vivirán

cosas, regresarán y se enmendarán, de eso no se libra nadie. Todo es lucha, dolor y pena. Usted lo vivió. En usted estaba esa lucha, pero yo lo apoyé en todo para ir y aceptar, para hacer lo que sintiera por dentro. Le pregunto: ¿querría la propiedad de otros, sabiendo que les ha sido robada?

—No —dije—, no la querría.

—Pues bien, usted se iría y dejaría todo esto atrás, porque interiormente ha llegado hasta allí. De lo contrario se habría convertido en un autócrata. ¿Le ha quedado claro?

—Sí, maestro.

—Sus padres vivieron todo ese tiempo de bienes robados, de la propiedad de otros, pero un día son despojados de ellos y todo se disuelve.

—¿Así que sobre nuestra propiedad pesaba una maldición?

—Sí, la maldición del pasado.

—Entonces esto también me ha quedado claro, lo he sentido. Ahora que sé esto entiendo mi partida. Quería irme, algo me alejaba de mi casa y eso significaba que me iba a liberar del pasado. Qué poderoso es todo, maestro, qué asombroso y natural.

—Son leyes, hijo mío, leyes de la naturaleza, es la dirección sagrada de Dios.

—Otros regresan y donan sus bienes a otros, ¿es ese el mismo estado que el mío?

—A veces, no siempre, pero suele ser una misma fuerza, no hay otro significado.

—Pero entonces, eso no es hacer el bien, ¿es enmendar?

—Así es, aunque el hombre no es consciente de eso, cree estar haciendo el bien, pero está pagando sus deudas.

‘Qué profundo, muy profundo’, pensé. Esto no era ni bueno ni malo, él solo cumplía con una ley y enmendaba lo que un día hizo mal. Era algo poderoso lo que se me estaba dejando claro ahora y se lo agradecí muy profundamente al maestro.

—¿Lo hacen porque otros los obligan? —pregunté.

—Sí, otros los espolean a hacerlo y se relacionan por sí solos con ellos.

—Cómo encaja todo, Emschor.

—Así es la vida. Una cosa está conectada con otra, hace la transición a la anterior. Son leyes, las leyes sagradas de Dios, estados, conexiones y sintonizaciones en el espíritu, o sea, causas y efectos. Ya sentirá que todo es voluntad de Dios, Él conoce a todos Sus hijos y sabe lo que harán en la vida sobre la tierra. Sea lo que sea, sea el estado en que allí nazcan, pobres o ricos, todo está determinado y sucederá. Y ese suceso es la voluntad sagrada de Dios, que conduce y dirige todo. Dios sabe lo que vivirá el alma en la tierra, porque el hombre regresa allí para recibir, ya sea el bien o el mal, felicidad

o pobreza, lucha o miseria. A eso se han llevado ellos mismos en un estado anterior. Yo lo viví, usted también y otros miles todavía tendrán que vivirlo. Aún otros están en la tierra y sirven y se entregan completamente a los demás. Le quedará claro más adelante, lo verá y lo vivirá. Ya lo oye: vivirlo una y otra vez, hasta que haya asimilado el amor espiritual y entre a las esferas de luz.

—¿Conoce a Marianne?

—Sí, la conozco. Aquí jugó con ella, yo le seguía en todo.

—¿Sabe usted cómo fue su transición? ¿Puede decirme algo?

—Sí, pero más tarde, cuando hayamos llegado allí, así que tenga todavía un poco de paciencia.

—¿Por qué, si me permite que se lo pregunte, actuaba ella tan raro? Quiero decir, en mi juventud.

—En ella había los mismos sentimientos que en usted, es decir: la conexión con usted, pero ella tampoco era consciente de eso. Tampoco cuando vuelva a nacer. Pero llegará el día en que ella sabrá que es suya. Usted ya lo sabe, pero ella hará la transición a ese sentimiento. Pero ambos tienen que enmendarse todavía: ella en la tierra, usted de este lado. Por eso, también ella actuó por un impulso interior. Aun así, tendrá que vivir su propia vida, igual que usted. Así que le habrá quedado claro que lo que el hombre no entiende durante su vida terrenal, y sin embargo siente, pertenece al pasado. Pero un día eso se hará consciente, es decir, de este lado. De modo que allí, allí en la tierra, no es posible. Uno no ve detrás del velo ni siente la profundidad de su propia vida, es incapaz de ver a través de todos esos siglos. Ya le dije que de esto solo son capaces quienes poseen las fuerzas para ello y que son los que han despertado al cosmos, los maestros que han alcanzado las esferas más elevadas, que nos ayudan, a mí y a usted, a convencer a la humanidad en la tierra de su pervivencia eterna y del ciclo del alma. Y también de que están allí para enmendarse y aprender a amar, lo cual es la vida de Dios. Ese es el camino por el que han transitado y por el que transitaremos usted y yo y millones más. Ella, Marianne, actuó conforme a sus sentimientos interiores, muy ocultos en su interior. Ambos son almas gemelas, son uno en todo, en sentimiento, entendimiento y amor. Pero esta conexión solo la recibirán de este lado. Solo más tarde, Lantos mío, porque usted se lo está ganando, ¿me oye?, está ganándose. Ahora usted ya no puede amar a otra. Esa unión de sentimientos transita entre ambos. Allí usted se siente a sí mismo, se conoce a sí mismo, allí siente el Amor sagrado de Dios. Este amor es poderoso y por serlo, usted deberá ganarse esa gran fuerza que significa felicidad y gloria. Usted de este lado, Marianne en la tierra. Ella tendrá que enmendar ahora el mal que un día infligió al amigo de usted, a Roni. También eso se lo mostraré, pero luego.

—¿Sentí bien entonces, cuando me paseaba por aquí llevando en brazos

su estatua?

—Sí, pero eran míos los sentimientos. Deposité esta verdad en usted, y la sintió, aunque sin entenderla. Ahora todo le ha quedado claro y le aconsejo que lo acepte.

—¿Ya me la había encontrado en la tierra?

—Sí, la conocía y ella a usted de muchos siglos antes, pero ambos han destruido su felicidad. El ser humano destruirá lo que no conoce y sin embargo es parte suya, de su vida interior. Pero usted aún no había llegado allí. Por eso todos son inconscientes todavía, aún les falta para poder recibir este gran amor sagrado. Creen que poseen ese amor, pero son pensamientos y deseos propios que carecen de verdad espiritual. No tienen noción del amor espiritual ni de la unión y el entendimiento espirituales. Lo que sienten pertenece a la vida material y son sentimientos terrenales, o sea materiales. Este sentimiento está muy alejado de la felicidad espiritual. Todos, sean quienes sean, tendrán que desarrollarse. Sin embargo, eso requiere lucha, pena y dolor, pero solo así se puede apoderar uno de esa gran felicidad poderosa. En esto, en la vida del espíritu, es en lo que todos los seres humanos serán conectados.

—¿De modo que en la tierra nadie recibe este amor?

—Desde luego que sí. En la tierra también vive gente que ya ha llegado hasta allí, pero todos esos seres son parte de los agraciados, porque son uno en todo. Pero con que haya un solo pensamiento que uno envíe a otro sin que sea entendido, entonces esa conexión no tendrá relevancia espiritual y será una conexión terrenal. Esta solo será espiritual cuando los seres humanos, o sea hombre y mujer, posean este amor y lo lleven dentro. Pero entonces pertenecerán a nuestro mundo y serán niños en el espíritu; niños, ¿entiende? El amor gemelo al que usted está esperando y que está ganándose es la conexión más sagrada que conocemos de este lado, es la felicidad más elevada que Dios puede regalar a Sus hijos. Este amor da, es servicial; ella hace la transición a él, y al revés, viven a través de sus sentimientos, en la oración y en la fe, y trabajan por un solo objetivo, para hacer feliz al ser humano y toda la demás vida que Dios ha creado.

—Entonces no preciso que me diga nada más. Entonces aún me falta.

—Gracias; es una gloria que empiece a entenderme. Siga de este modo, así le podré aclarar muchos milagros, y así haré.

—Por tanto, encontrándome una y otra vez con ella, ¿he ido cobrando conciencia en su amor?

—Sí, así es.

—¿Así que teníamos que separarnos?

—Era necesario, y tampoco lo era. Usted lo habría podido vencer luchando, aceptando una vida infernal, por lo que habría empezado a amar. ¿Quién lo quiere en la tierra? Y sin embargo este es el camino. Así que el ser, el alma,

se encontrará con el ser que cósmicamente le corresponda. De nuevo la voluntad de Dios y una ley de las que ningún humano puede cambiar nada. Pero el hombre no acepta, se va y busca, y busca tanto tiempo hasta que cree haber alcanzado el objetivo previsto, y ve en él su amor. Por eso regresará el ser humano, el alma, a la tierra, se encontrarán las personas, siempre de nuevo, porque son una, viven la misma vida, lo que significa su ciclo de la tierra y la vida del alma. Para eso, mi Lantos, está la tierra, el planeta al que pertenecemos. La tierra y nuestra vida sirven como esferas de purificación. Una vez completadas estas, el alma se prepara para entrar al cuarto grado de sintonización universal. Hay siete grados, y ya sentirá que pasarán miles de años antes de que lleguemos allí.

—¿Ya recibió usted esto tan grande?

—Sí, Lantos, esto grande se me concedió.

—¿Y está solo?

—No, ya nunca más podré estar solo, porque esta posesión está en mí. ¿Siente el profundo significado de esto?

—Sí, lo siento, porque usted hizo la transición a la posesión.

—Así es. Ya no hay divorcio posible, porque vivo en esa sintonización. Es mi posesión.

—¿También de ella?

—Somos uno, Lantos, seguiremos siéndolo, también a distancia. En nuestra vida ya no existe la distancia cuando las almas son una, cuando sienten un solo amor. Lo que vivo y siento lo vive ella. ¿Entiende lo profunda pero sagrada que es esta conexión?

—Aún me queda muy lejos.

—No, si usted continúa buscando el bien, recibirá esto tan poderoso en unos siglos.

—¿Siglos, dice?

—Siglos, Lantos. Pero ¿qué significa eso viviendo en la eternidad, como usted? ¿Qué es un siglo? ¿Qué es la edad terrenal? Pues nada. Usted se hará digno de recibir esos tesoros espirituales. Algún día rezará a Dios para que se le conceda esperar todavía un poco. Le exclamará que aún no está listo y que tiene miedo de que vuelva a no entender este amor. ¿Siente lo poderoso que es esa posesión, la fuerza y la felicidad de sentir este amor? ¿Poder sentir en otro ser el mismo amor que uno es y posee? Insisto, ¿qué son siglos? Que sea necesario y dure tanto se lo puedo aclarar con una breve historia. Escuche:

En la tierra nace una criatura y alcanza la edad masculina o femenina. Entonces empieza a ser ella misma. Hace conscientemente, al menos para la tierra, la transición a esa vida. Siga ahora esa vida, y mire: no asciende, sino que desciende, va hundiéndose más y más para después morir. Pasaron setenta años, y más. Este ser humano no asimiló nada. ¿Me oye, verdad? Setenta

años, casi un siglo. ¿Tiene usted claro lo que significa un siglo de este lado? ¿Cuántos siglos harán falta entonces para poder recibir lo más sagrado?

—Acepto, maestro, no puedo hacer otra cosa. Esperaré, se lo prometo. En mis años juveniles soñaba que me haría artista, ¿eran suyos también esos sentimientos?

—Míos eran, Lantos. Puse ese sueño en usted y le hice soñar cosas que algún día sucederían. Así que yo preveía, pero estaba en usted.

—¿También el sueño de que mataría?

—Ese también, porque usted iba a olvidarse de sí mismo. Le sirvió de aprendizaje y aprendió a controlarse en adelante.

—¿No habría sido posible evitarlo?

—Insisto, usted tiene que vivir su propia vida, ni a través de mí ni a través de otros.

—¿Y el mal? Ellos me trajeron aquí. No debían haberlo hecho, pero ¿no es esa fuerza igual?

—Le pregunto, Lantos: ¿está bien hacer el mal?

—No —dije—, eso no es.

—Pues bien, ellos lo hicieron y tendrán que enmendarlo. Usted ha pagado, pero él continuó destruyendo a más gente. Pero algún día eso también acabará y buscará el bien. Si algún día se lo encuentra y él le pide ayuda, ¿qué hará usted entonces?

—¡Ayudar!

—Así debe ser, Lantos. Él también poseerá alguna vez esas fuerzas y solo entonces serán hermanos en el espíritu. Pero tendrá que enmendar hasta el último acto aquello en lo que perjudicó a otros. Usted, sin embargo, está al comienzo de su vida eterna, pero tendrá que desarrollarse espiritualmente.

Seguí preguntando:

—La serenidad que me entró cuando me hablaban mis padres con tanta brutalidad, sobre todo mi padre, ¿era de usted esa serenidad?

—Sí, mía era. Era mi voluntad.

—Me pegó y me dio patadas, ¿tiene que enmendarlo?

—Lo enmendará, de eso no puede librarse y algún día lo hará de buen grado.

—La felicidad que yo sentía era la de usted, ¿verdad?

—Sí, Lantos, me sentía feliz de que usted continuara por este camino, a pesar de todo.

—¿No habría podido dominarme?

—No, entonces las consecuencias habrían sido imprevisibles.

—Gracias, maestro, lo entiendo completamente. Esta propiedad, ¿pasó ahora a otras manos?

—Sí. Los propietarios legítimos la han recuperado, porque la propiedad

era suya. Hace muchos siglos se la robé. Pero, ya lo ve, algún día el propietario legítimo recuperará su propiedad. Usted vivió todo esto en su anterior vida terrenal, otros solo toman conciencia de ello siglos después. Sepa usted que Dios no conoce de autócratas y que Dios solo es Amor. Los pensamientos de sus padres, por tanto, eran erróneos. Pero no tenían ni idea de eso y solo lo aceptarán en otro estado, cuando se conozcan a sí mismos y la vida. De modo que ellos siguen el camino de usted y también ellos han de desarrollarse espiritualmente. Esperemos que en la próxima vida en la tierra alcancen a hacerlo. Usted fue el último, como ya dije, y se iría. Pero en esta vida todo se le revelaría y esto lo vive cualquiera.

‘Qué poderoso’, pensé, ‘el hombre no puede cambiar nada de eso e incluso lo desconoce por completo’. Seguí preguntando y dije:

—¿Quién destruyó este edificio?

—Los elementos.

‘Entonces sentí bien’, pensé, pero oí:

—Dejé que lo percibiera por mi voluntad y mis fuerzas.

—¿Dónde estaban entonces mis padres?

—En casa, fueron aplastados. Aquí yacen dos personas: su padre y su madre.

—¿Están enterrados en este lugar?

—No, en un lugar del bosque, fue su deseo.

—¿Fue voluntad de Dios que se derrumbara?

—No, eso tampoco, no tiene nada que ver con la voluntad de Dios, aunque pertenezca a este empuje. Su transición estaba determinada.

—O sea, ¿una casualidad?

—No, empuje, o sea: acontecer, pero solo el final de ellos, no este derrumbamiento. Más tarde conocerá estas leyes, ahora no me es posible aclarárselas.

—Usted me hizo vivir todo esto y verlo de antemano, ¿a qué fin?

—Para convencerlo ahora de su ciclo de la tierra. De lo contrario no podría aceptarlo. Pero como ve, todos esos acontecimientos están conectados y encajan.

—Usted es poderoso, maestro Emschor.

—No vuelva a decir eso, ya que no soy más que un niño en el espíritu. Solo Dios es poderoso. Ahora también aceptará usted que no hay milagros ni problemas y que ambos se disuelven en cuanto empezamos a conocerlos. O sea, una ley espiritual fue conectada con un acontecimiento terrenal —en este caso los elementos, que destruyeron su propiedad— y esto significó su transición. Eso quiere decir que la materia y el espíritu son uno. ¿Siente lo que quiero decir?

Me quedé pensando mucho y dije:

—Si sufro un accidente, ¿no está necesariamente determinado?

—Exacto, eso quiero decir. Cuando un accidente ocurre por una imprudencia no es un acontecimiento cósmico. Sin embargo, tiene a su vez un significado espiritual, pero ya se lo dije, es demasiado profundo para hablar ahora de eso.

—¿Cómo fue la vida terrenal de usted? ¿Y cómo fue mi vida cuando yo vivía a su lado?

—Se lo mostraré.

La tierra se hundió delante de mí y todo lo vivo desapareció ante mis ojos. Pero yo permanecí en el lugar donde estaba. El viejo castillo delante de mí fue adoptando formas, todo cambió y parecía vivir otra vez. Lo vi claramente delante de mí. Después vi otra imagen. En una de las habitaciones de este precioso castillo vi un ser, y lo reconocí de inmediato. ‘Emschor’, dije en pensamientos, porque era él. Llevaba una extraña túnica, pero reconocí el atuendo, porque mi padre y yo también habíamos llevado algo parecido.

—Lo que va a ver ahora pertenece a una época en que esto todavía no lo podía llamar propiedad mía.

Entonces esta imagen se difuminó y se me hizo visible otra. Vi a Emschor a caballo, pero era un mercenario. Llevaba una túnica como la que llevaba la gente en esa época. Se estaba librando una batalla; él y otros muchos rodeaban la propiedad de otro, conquistándola. Triunfaba, pero engañando a su maestro. Muchos fueron asesinados, entre ellos su señor. Lo vi todo claramente. Esta imagen también se difuminó y volví a verlo en una de las habitaciones del castillo, donde estaba en cama. En una de las esquinas de la habitación estaba tomando forma un ser, en el que me reconocí a mí mismo. Allí estaba, grande y delgado. Sentía que algo no estaba en orden y fui conectado en sentimiento conmigo mismo, por lo que entendí el significado de esta imagen. Mi padre estaba enfermo y quería que me fuera y legar la propiedad a otros. Era un plan diabólico. Lo entendí por completo, debido a que Emschor me lo había mostrado por adelantado. Pero no accedí a su petición y seguí negándome. No iba a permitir que me echaran de mi propiedad. Me habló e insistió en que accediera a su petición. Seguí negándome y me pareció un enfermo mental. Entendía claramente cada palabra que se decía en esa época. Después mantuve una conversación con él y sí logré convencerlo.

Después de esta imagen vi otra. Ante mí vi algunos seres, yo también estaba cerca. Me había sentado en la misma mesa donde estaba mi padre. Vi que se levantó mientras me miraba y le oí decir estas palabras:

—Quiero que él, que lleva el nombre de Lantos Dumonché, asuma esta propiedad y cuide de tal... y tal... ¿Accedes a ello?

La pregunta era para mí. Se fijó un importe y se anotaron los nombres. Respondí afirmativamente y entonces se redactaron y sellaron documentos. Esa imagen también volvió a difuminarse y vi otra que me hizo temblar. Ante

mí vi a mi padre, se había quitado la vida. Sabía por qué y entendí todo. De nuevo vi otra imagen. Delante de mí vi otros seres y entre ellos estaba yo. Se redactó otro documento y se rompió el primero. En él constaba: “Quiero que quien lleva el nombre de Lantos Dumonché asuma la propiedad cuando sea mayor de edad y se haga valer como autócrata”. El auténtico se había falsificado. Después me vi a mí mismo con algunos niños y mi consorte. Me dio dos niños y una niña.

A esta imagen la siguió otra y me vi a caballo. Estaba listo para ir a la batalla y tenía el mando sobre centenares de personas que me seguían. A lo lejos vi el objetivo de mi expedición. Avanzábamos veloces como el viento y conquistamos la propiedad de otro, aunque muchos murieron allí. Pero a mi adversario lo conocía. Era el hombre del calabozo, ese demonio. Entonces vi otra imagen, que me asustó. Estábamos en nuestro cuarto de torturas y lo obligábamos a renunciar a su propiedad. Su rostro era como el de un diablo y me maldecía. Lo que le había infligido ahora me quedaba claro. Pero él también era un bandido y un asesino. También su propiedad era un bien robado. La imagen volvió a difuminarse y viví mi final, pero de manera natural. Mi hijo me sucedió y después una generación a la siguiente. Entre ellos mis padres. Era asombroso cómo encajaba todo y tuve que aceptarlo. ‘El pasado es poderoso’, pensé.

—Ya ve, Lantos: luchas, saqueos y violencia. Pero la violencia ha sido destruida. Las personas cuya propiedad robé la recuperaron. Sus padres fueron los últimos que vivieron aquí. Usted se fue y puso fin a su propia vida con sus propias manos. Así podría seguir contándole y aclararle y mostrarle más estados y acontecimientos, pero eso nos llevaría demasiado lejos. Quiero que esto sea suficiente y usted aceptará. Ha enmendado usted mucho, yo también. Ve que cuando el padre ha robado su propiedad, los hijos volverán a cederlo todo. Usted ha de vivir su propia vida, yo la mía, y ambos hemos sufrido.

—¿Dónde está mi madre, la consorte de usted?

—Está de este lado, pero posee una sintonización más elevada que yo.

—¿Es ella su felicidad?

—No, ella no, es de otro.

—¿Dónde están mi mujer e hijos?

—Hay unos ahora en la tierra y hay otros que ya viven en las esferas de luz. Una generación fue sucediendo a la siguiente, Lantos. De modo que usted regresó aquí y se fue. Por eso regresé a la tierra. Solo por eso estamos conectados y ambos nos enmendaremos. Sentirá usted igualmente que no me fue posible enmendarlo en esa época, por ser usted mi hijo. Usted me obligó a consentirlo, pero yo no podía permitirlo y puse fin a mi vida. No hizo usted lo que le pedí, usted falsificó los documentos y mandó redactar nuevos. Pero mi acto permaneció, no podía ser destruido, todo pesaba sobre mí. Todavía

no era suficiente mi transición. Pero usted continuó destruyendo. Doy gracias a Dios, sin embargo, de que todo esto sucediera. Se me perdonaron mis pecados. Lo pagué con mi vida y lo volví a enmendar de este lado, así como en la tierra, o sea: en otras vidas.

—¿Cuántas vidas se completaron? —pregunté.

—Muchas —oí que se dijo—, pero en esta vida estuvimos juntos. Usted y yo hicimos la transición a otras vidas, para finalmente regresar a esta propiedad. ¿Siente ahora lo profundo que es el hombre, el alma, que conduce y dirige a la materia? Todo esto no puede sondarse, hijo mío, o sea que baste así. Ahora también ve que los lazos de amor no pueden romperse. Para bien o para mal, algún día estaremos uno frente al otro y enmendaremos o recibiremos. Todos maldecimos, todos hemos destrozado corazones y hemos robado y torturado. Los que han alcanzado las esferas de luz saben todo esto. Nadie se conoce a sí mismo en la tierra. Nadie tiene derecho a maldecir a otro. Los que viven en la tierra deberán despojarse de lo terrenal. También los que viven en las tinieblas tienen que enmendarse, porque todos seguimos un solo camino, el camino del desarrollo espiritual. Algún día estaremos todos juntos. Algún día volveremos la vista al pasado y seremos hermanos y hermanas en el espíritu, avanzando siempre. De modo que quienes en la tierra posean mucha felicidad material volverán a perderla si sus antepasados la robaron. Todo en la tierra está sujeto a la perdición. Todo cambiará y ha de cambiar, nadie puede parar eso. Nadie en la tierra posee la fuerza para abarcarlo. Son leyes, nada más que leyes, Lantos. ¿Puede estar agradecido de haberse ido en su juventud? ¿Puede decirlo desde lo más hondo de su corazón? ¿Siente necesidad de estar agradecido a Dios? ¿Sabe usted que es una gracia contemplar todo esto?

Se me concedió mostrarle todo esto, pero el significado del pasado lo sentirá y comprenderá ahora. Y todo esto se lo daremos a conocer a la humanidad. Lo esperaré, hasta que haya entrado en las esferas de luz. Podría continuar mostrándole imágenes de mi juventud y muchas otras, pero ya le dije que sería excesivo. Para mí solo se trata de aclararle que todo tiene que volver a ser enmendado. Cuando el padre roba y los hijos viven de lo robado, el padre volverá de todas formas alguna vez a la tierra, para sintonizar con ellos, ayudarlos y apoyarlos, pero de la manera en que lo estoy haciendo yo. Pero padre, madre e hijos han de vivir su propia vida y lo que hagan con ella es su propia voluntad.

Mis pecados me fueron perdonados, en estos momentos están disolviéndose mi pasado y el suyo, y hacemos la transición a esta vida. Las esferas más elevadas están abiertas para mí, pero aun así me quedo con usted y lo apoyaré en todo. Usted continuará para trabajar en sí mismo y yo lo seguiré en todo (—dijo).

A continuación sentí que me recorría una poderosa corriente y en mi hombro se posó una mano amorosamente. Sabía de quién era esa fuerza y esa mano. Se me saltaron las lágrimas. Lloré por primera vez y sentí el calor de aquel que me quería. Me quedé en silencio, pensando mucho tiempo. Todo era de una hondura increíble, pero lo aceptaba, porque lo había visto. No podría haber aceptado si no se me hubiera aclarado esto. A él, que me había destruido, a él podía perdonarlo y estarle agradecido ahora.

¡Cómo había cambiado yo en este instante, en tan poco tiempo! Las verdades cambiaban al hombre en un solo segundo. Estas eran verdades, que sentía en mí. Aquí se me había mostrado, e incliné la cabeza. Gracias, padre mío. Aun así seguiré llamándolo maestro. Mi padre de siglos atrás era mi líder espiritual y maestro. Cómo era posible, qué profundo, qué increíble.

‘Pero hay que aceptar, aceptar una y otra vez, Lantos’, así me decía a mí mismo. ‘No puedes hacer otra cosa ni tampoco librarte de ello’. Todo lo que había vivido hasta ahora era poderoso. Entendía ahora que Dios no creaba tipos de hombres, sino que el hombre hacía de sí mismo un tipo extraño. Hay que ver lo animal que era el hombre en sus vidas, desde hacía siglos ya. Todavía no me sentía feliz ni pertenecía a quienes vivían en las esferas luminosas.

Volví a dar las gracias a mi padre y pregunté:

—¿Sabían mis padres que vivían de dinero robado?

—Sí, lo sabían y usted también habría llegado a saberlo.

—¿Tienen que pasar hambre en la tierra?

—No, eso sería excesivo, pero tendrán que trabajar duro para ganarse el pan.

—Pero, cuénteme, maestro, ¿cómo es que el pasado yace oculto en el alma del hombre sin que este lo sepa para nada?

—Porque el cuerpo material no lo puede procesar. Pero lo que el hombre tendrá que vivir, eso lo sentirá conscientemente. Por ejemplo, el arte de usted.

—Sí, le siento y entiendo.

—Todas esas otras experiencias vitales se disuelven en esa vida terrenal, porque en esa vida no se puede aceptar ni se querrá. Muchos ni siquiera creen que exista una pervivencia, otros, en cambio, sí, pero solo habrá unos pocos que puedan aceptar el pasado. Aun así yace en el hombre, profundamente oculto en su ser. ¿Tiene más preguntas que hacerme?

—Puede ser, pero ahora ya no sé qué más preguntarle.

—Pues bien, muchacho, entonces sigamos, tengo más cosas que mostrarle. Voy a conectarlo ahora con su antepenúltima vida. Vuelve al lugar donde vivió. Desde allí seguiremos otra vez (—dijo).

Volví en mí y la tierra se me había hecho visible de nuevo. Miré una última vez todo y me fui.

—Regrese a su taller, allí empieza nuestra investigación. —Oí que se decía. Pronto llegué al lugar y de inmediato sentí la incidencia que ya me era familiar. En el mismo instante se hizo visible mi taller y volví a ver esos trozos y pedazos de aquella vieja estatua. Pero ahora sentí que se me conectaba con su irradiación. Después se me elevó, y adelante, hacia lo desconocido. De nuevo planeé por encima de la tierra y aprendí a conectarme a gran velocidad.

Cada vez a mayor velocidad, hasta que sentí que fueron disminuyendo las fuerzas que me propulsaban, y oí que mi líder espiritual decía:

—Estamos donde quería estar. Aquí, Lantos, asimiló su sensibilidad por el arte. Estamos ahora en el Antiguo Egipto. La ciudad en la que nos encontramos se llama Menfis. Hace siglos aquí florecía el arte. Usted fue uno de aquellos maestros. Llegó a grandes alturas y se entregó por completo a las bellas artes. Todavía se conserva su arte. Sus estatuas se guardan en palacios y templos. Marianne también vivió aquí. Aquí es donde la conoció, era su amada. Pero usted causó pena y dolor, robándole a otro su felicidad. Ahora ha pagado por ello y se ha enmendado. Enseguida lo conectaré con su arte, del que también forma parte lo que se derrumbó en su propia vivienda. Usted se ha preguntado cómo le llegó esta estatua. Pues bien, todo eso ha sido mi trabajo, yo lo quise y me conecté con otra vida. Cuando hacemos trabajos para poderes más elevados, también se nos ayuda en todo. Fue sencillo lo que hice. Puse mi voluntad en aquel que iría a Roma para que me trajera una de las estatuas de usted. Lo desperté a este antiguo arte, lo que conseguí por completo. Después le inspiré para que se la llevara. Lo que sucedió después ya lo sabe. Iba a hacer otra estatua, pero la vieja se desmoronó. Yo sabía que pasaría. Pero mi intención solo era conectarlo con este arte creado por usted en el pasado. Más tarde conocerá todas estas fuerzas y aceptará lo sencillo que es montar y llevar esto a cabo. Para usted son milagros y sin embargo todo esto no es más que concentración. Pero voy a hablarle de otro milagro. No se asuste si le digo que quien le llevó esta estatua era su propio hijo. Su hijo, pues, de esta época, de esta vida en la que vivió usted.

—¿Cómo dice?

—Su propio hijo, me entendió bien.

—¿De Marianne? —me apresuré a preguntar.

—No, no de ella. Usted abandonó a la madre de su hijo.

—¿Y a Marianne?

—A ella también.

—¿Por qué, si se me permite preguntarlo?

—Porque usted era un seductor y ella una frívola. Ella no le dio ningún hijo. Ella carecía del sentimiento para recibir esa cosa pura y poderosa. Ninguno de los dos amaba. El amor que creían poseer no era más que pasión. A ella también la abandonó, pero usted volvió más tarde. Siguió buscando

hasta en su última vida en la tierra. Pero ahora usted sabe que ella es suya.

—¿Y después?

—Después usted irrumpió en su vida y destruyó la felicidad de ella y de otro.

—¿La felicidad de quién?

—De Roni.

‘Dios mío’, pensé, ‘qué milagros me toca vivir’.

—¿Cómo sabe todo esto? —pregunté.

—Ya lo estuve siguiendo muchos siglos.

—¿Vivía usted aquí?

—Sí, pero tuve que seguirlo desde este lado y proseguí con este trabajo.

—¿Fallecí aquí?

—Sí.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Eso también lo sabe?

—En las esferas de luz. Ahora es su hermano en el espíritu.

—¿Volveré a verlo?

—Eso también sucederá, y a muchos otros.

—¿Pero cuál es entonces la intención de todas estas vidas?

—Viviendo todas esas vidas, conocerá el verdadero amor. Lo que ha de aprender es el amor fraternal. Todos a quienes conocemos y conocimos son nuestras hermanas y hermanos en el espíritu. Porque no puede ser de otra manera.

—¿Regresará mi hijo?

—No, continuará, como todos los demás que ya llegaron a aquel lugar.

—Mi maestro y padre, sea quien sea usted, lo acepto todo, pero ¿cómo lo podrá aceptar el hombre en la tierra?

—Tienen que sentirlo, sentirlo a fondo, solo así es posible. Pero alcanzaremos a muchos, a muchísimos. Es la voluntad de Dios que así sea.

—Me entregaré a usted, porque entiendo y acepto todo, y veo que es verdad. Le estoy muy agradecido, profundamente, y le prometo por lo más sagrado que me entregaré por completo.

—Gracias, Lantos. Que sepa que le muestro y aclaro la sagrada verdad. Si usted no pudiera aceptar todo esto, tendría que detenerme y esperar hasta que hubiera avanzado lo suficiente, hasta que estuviera dispuesto a seguirme de nuevo y escucharme.

—No —dije—, no es el caso, quédese conmigo, estoy listo.

—Estupendo, entonces continuamos y alcanzaremos nuestro objetivo.

—Si Marianne está en la tierra, ¿podemos ir a verla entonces?

—Volverá a verla, pero más tarde, cuando haya llegado el momento. ¿Tiene más preguntas que hacer?

—No.

—Pues bien, entonces nos conectaremos (—dijo).

Sentí a continuación que hice una completa transición y que paseaba por las calles de Menfis. Era asombroso, porque me sentía como si jamás me hubiera ido y aún viviera allí. Me volvió mi vida anterior, hice conscientemente la transición a ella. ¡Qué grandes eran las fuerzas espirituales! Entré a un precioso palacio. Vi ante mí arte hermoso, ¿podría considerarlo como mío? Tenía que aceptarlo, porque estaba conectado con él y me sentía a mí mismo en esas estatuas de piedra. Nada podría demostrarme más claramente que en verdad yo tenía que ver con eso. ¡Qué profundo era todo! Mi arte era asombrosamente hermoso. En Roma no pude alcanzar esa altura. Solo lo supe ahora, dado que lo sentía y percibía. En aquella vida —lo entendí— me había desfogado. Entonces me arrodillé y di gracias a Dios por todo lo recibido hasta el momento. Elevé con sencillez infantil mi primera oración a Dios. Seguí dando gracias a Dios mucho tiempo. Aquí había vivido y asimilado mi arte. El hombre era profundo, muy profundo. Fui descendiendo cada vez más profundamente en mi propia vida y aun así no podría percibir los secretos del alma más profundos, porque entonces no habría un final. También entendí que esto bastaba para poder aceptar. Pregunté al maestro:

—¿Quién fue mi preceptor, lo sabe?

—Tuvo muchos.

—¿Dónde vivió Marianne?

—¿Quiere ir allí?

—Me gustaría —dije—, si es posible.

—También eso es posible, sígame.

Continué percibiendo a Emschor como envuelto en una emanación, y sin embargo sabía que era él quien me dirigía. De pronto me paró y dijo:

—¿Ve ese río delante de usted?

—Sí —dije.

—Es el Nilo. Pero nosotros vamos un poco más allá, vamos, sígame.

Continuamos un buen rato andando. De nuevo se detuvo y dijo:

—¿Ve ese edificio delante de usted?

—Sí —dije—, claramente.

—Usted ve lo que yo veo, siente lo que yo siento, pero todo se vivió alguna vez, o sea es realidad. Este edificio data de hace muchos siglos.

Vi un precioso edificio delante de mí. El conjunto estaba decorado con estatuas únicas y a la izquierda y derecha veía la esfinge. Un ser accedió en el mismo instante por el portón y se dirigió a la entrada del edificio. Conocía esos andares, igual que toda la aparición. ¿Lo veía bien? ¿Lo sentía claramente? ¿Era Marianne a quien percibía y sentía? Entonces oí que mi maestro me dijo:

—Es ella, es Marianne.

Dios mío, qué poderosa es esta imagen. ¡Verla a ella en otro cuerpo! Pero sentí cómo me entraba toda su personalidad. Era milagroso. Así la había sentido en mi calabozo. Sí, era ella. Mi sentimiento no me engañaba. Daría mi vida por esto. Me brotaban lágrimas, pero me dominé. Mi amor por ella era profundo, porque ahora mi sentimiento era consciente. Amar conscientemente, oh, qué tesoro más grande, qué felicidad. En esta vida era una personalidad completamente diferente, y sin embargo en algo notaba yo que era ella. Su amor, ese sentimiento no podía negarse, por eso la conocí. ¡Qué hermosa era su silueta!

La seguí al interior. La esperaban algunos sirvientes. Entonces entró a una amplia pieza donde la recibió otro ser. Sentí que me iba hundiendo más y entendí ese sentimiento, porque el maestro iba a conectarme aún más profundamente. Reconocí de inmediato el ser que la esperaba. Era Roni, mi amigo. ¡Qué problema! Lo vi rodeado de muchas propiedades. Entonces sentí la conexión con ella y con él, y entendí que yo estaba entre ambos. Pero ¿cómo era posible? Volví a sondar y sentí la pureza de mi percepción. Los oí hablar. ‘Él siente y sabe que está siendo engañado’, pensé. Entonces vi un acontecimiento del pasado. Era asombroso. Después se difuminó la imagen y oí decir al maestro:

—Él estaba casado con ella y usted era amante de ella. Venga, sígame.

Regresamos a las orillas del Nilo. Fue desvaneciéndose lo que pertenecía a la tierra. Fui descendiendo hasta sentir que se me conectaba con mi propia vida. Vi ante mí dos seres, dos amantes, y los reconocí al instante. Éramos Marianne y yo. Yo estaba delgado y hermoso, ella como una tigresa, inescrutable. Ambos éramos falsos y viles. Aquí veía yo verdad y se me aclaraban problemas imponentes. Seguí a los dos y sentía mi propio estado interior, pero también el de Marianne. En nada teníamos posesión alguna. Éramos espiritualmente pobres, aunque amáramos, profundamente, pero ese amor era pasión, nada más que pasión. No era honesta, ni yo tampoco.

—Ambos eran frívolos. —Oí decir al maestro, y acepté. Aquí sentía y veía yo que él decía la verdad. Esto no era amar, sino egoísmo basto.

—Qué asombroso —dije al maestro—, muy asombroso.

—¿No le dije que viviría milagros? Estos milagros solo los puede aceptar porque los percibe. Ha de aceptar o nada tendrá sentido, entonces seguirá buscando. Que esto le baste.

—Acepto —dije—, no puedo hacer otra cosa. Doy gracias a Dios y también a usted. Me esforzaré; dígame lo que desea.

—¿Siente esta gracia, Lantos, que Dios le da a usted y a mí? Despierte, no tengo más que decirle.

Me quedé en silencio por todo. Me arrodillé en el lugar donde había paseado con Marianne siglos antes y recé con fervor, y fue creciendo la fuerza de

mi oración. Recé como un niño a mi Padre y en este lugar pedí a Dios que no rompiera mi amor. Sentí que empezaba a amar de forma verdadera y quise conservar esta fuerza interior. Algún día se me daría este gran amor sagrado y por él me esforzaría. Me sentí muy alegre. Mi maestro había regresado a su propia vida, pero lo sentía muy cerca de mí y sabía que seguiría velando y que me seguiría.

—Vamos —oí decirle—, Lantos mío, seguimos, tengo más cosas que mostrarle.

La esfera de los demonios

—¿Vamos a donde está Marianne?

—No, aún no es el momento. Aun así, sabrá cómo fue su final en la tierra, pero solo más tarde. Vamos a visitar ahora a quien lo envió a usted a este mundo.

—Pero ¿la reconoceré en su nueva vida?

—Claro que sí, porque la sentirá, la sentirá por completo, Lantos.

—Gracias —dije.

Después me sentí regresar de nuevo y accedí a mi propia esfera. Pero me pareció percibir más luz que antes. Interiormente, me sentía diferente, estaba feliz porque entregaba todo y me dejaba dirigir. Seguía, estaba dispuesto e inclinaba la cabeza. Pero volví a descender en la vida. Me encontré rodeado de profundas tinieblas, pero después me sentí elevado y, adelante, hacia otro continente. La esfera hacia la que había hecho la transición la reconocí como la esfera de los demonios, donde vivían quienes habían acortado mi vida. Vi seres humanos como animales. Eran horribles los seres y daba miedo percibirlos. ¿Pertenece él a ellos? ¿Vivía en este estado? ¿En este infierno? ¿Eran seres humanos? Qué lejos estaba entonces de mí. Pregunté al maestro si había sentido bien y confirmó que sí. Estaba todo el tiempo en conexión con mi maestro. Muchos de esos seres me atravesaron. Podría percibirlos, pero mi concentración se desparramaba, no estaba sintonizada con nitidez, aunque resultó reforzada a través de la ayuda de mi maestro. Es lo que aprendí mientras avanzaba. Los seres humanos que percibía eran como demonios. Conocía claramente esa irradiación verdosa, también la había visto en mi calabozo. Conocí diversos infiernos, pero los cielos aún no los podía percibir. Fui pasando de un mundo espiritual a otro. Por fin volví a ver la tierra. Todo estaba como lo percibía en mi propia sintonización, me rodeaban profundas tinieblas, pero en ellas vi la vida, el ser humano astral que vivía alrededor del ser humano terrenal. Vi claramente que seguían al hombre terrenal, y donde este se encontrara, allí también estaba el hombre astral.

—¿Es consciente de eso el hombre terrenal? —pregunté al maestro.

—No, no son conscientes de eso, pero sintonizan con quienes viven de este lado, y así el hombre terrenal hace la transición a esta vida, y al revés. Ambos quieren una misma vida y una misma vivencia.

Descubrí fuerzas con las que en la tierra no había soñado. Vivía en la realidad y descubrí una terrible verdad. Estas fuerzas significaban infierno, maldición, destrucción y pasión. Vi sombras que todavía vivían en la tierra, y ahora entendí cómo era posible todo eso y lo que significaba. De pronto vi

dónde estábamos. Habíamos vuelto a mi celda.

—¿Por qué regresamos aquí? —pregunté.

—Va a conectarse aquí con los demonios. Escuche, Lantos, piense en aquel al que desea ver. Mantenga concentrados en él sus pensamientos y recibirá conexión con él. Quiero que usted aprenda esto. Ya se conectó muchas veces, pero a través de mis fuerzas y de mi voluntad. Ahora vive en las esferas de las tinieblas.

—Lo sigo.

Hice lo que deseaba mi maestro y de nuevo planeamos por encima de la tierra. Aun así, todavía pregunté a mi maestro si tenía bien sintonizada mi concentración.

—Va bien, Lantos, le dejo hacer, siga. Después me iré y así podrá orientarse.

—¿Me dejará solo entonces?

—Tengo que dejarlo solo, porque ha de vivir su propia vida y de seguir su propio camino. Pero no antes de que sepa todo de su vida terrenal y se haya disuelto el pasado.

Pensé y seguí pensando. De repente entramos a un edificio terrenal y vi que entraba y salía mucha gente. ¿Qué pasaba aquí? Paseamos por las salas y vi lo que hacía el hombre terrenal. Aquí estaban de fiesta y se bebía mucho. El vino se desparramaba por el suelo. Muchos estaban bebidos, pero todos llevaban túnicas suntuosas y pertenecían a los círculos más altos. Cuando murieran llevarían sus túnicas también de este lado, como yo. Los que vivían aquí poseían riqueza. Las posesiones terrenales significaban felicidad, al menos cuando se entendía esa felicidad. Pero también a los ricos se les podía influir, el hombre astral vivía alrededor de ellos y en su interior. En una esquina de la sala vi juntas a unas personas y sentí cómo fui atraído hacia allá. Vi algo que me asustó mucho. En el mismo instante de percibirlo quise regresar, pero oí decir al maestro:

—Quédese, Lantos, él no lo ve a usted, es usted invisible.

Eso me tranquilizó, por lo que me acerqué más a ellos. Delante de mí vi a mi enemigo. ‘Cómo es posible’, pensé, ‘que lo haya encontrado en esta infinitud’. Me sintonicé en él y supe de inmediato lo que hacía aquí. Tenía en su poder a dos seres terrenales, estaban conectados con un demonio. También vi cómo se divertían y sentí a dónde iban, y hasta dónde. Junto a él había muchas mujeres que también había percibido en mi celda. Eran monstruos. Eran seres humanos como seres preanimales. El ser terrenal que tenía en su poder era una mujer hermosísima. Pero ella me resultaba una terrible depredadora. Ahora entendí cómo me había sintonizado con él en mi celda, yo mismo lo había querido, porque de lo contrario él no habría podido alcanzarme. Pero si yo hubiera llegado de este lado, me habría esperado y quizá

arrastrado por la tierra y apaleado. Ahora vi que esta conexión se había interrumpido y entendí lo que me había aclarado el maestro. Yo había pagado mi deuda. Él vivía ahora su propia vida y yo también. Seguía destruyendo a gente, pero era el propio ser humano quien lo quería, de lo contrario no sería alcanzable. Vi a muchas mujeres terrenales que estaban bebidas. Dentro y alrededor de este hermosísimo ser vi su fuerza e influencia. Sus almas eran una. Sus sentimientos eran animales y entendí lo que quería. Oía hablar a la gente terrenal y entendía claramente cada palabra. Ella era un señuelo, así la usaban, pero detrás de eso sentí la fe. Un señor ataviado con una túnica muy hermosa llevaba la conversación. Ella lo escuchaba con mucha atención, pero él estaba siendo influenciado por mi enemigo. Mi enemigo hablaba a través de él y se siguió su poderosa voluntad. Estos seres estaban irrevocablemente perdidos, pero eran viles, profundamente viles. Se entregaban, y se prestaban a prácticas siniestras. El que tenía yo delante era un emisario de los clérigos. Hacían falta oro y joyas. ¡Sobre eso se construía una fe! Vi a través de todo esto, porque lo sentía. Me resultaban libros abiertos. Leía en sus vidas y me fundía con ellos, y así sabía en lo que pensaban. El demonio incidía en ellos desde su mundo y vivió un acontecimiento terrenal terrible. Ahora vi a través de la emanación de espiritualidad y sentí lo que tenía de diabólico. No lo sabía, porque jamás lo había sabido en la tierra. No habría podido crérmelo, pero aquí lo estaba viviendo.

Las horripilantes risotadas de todas estas personas me molestaban mucho. En mi vida en la tierra jamás quise tener que ver nada con ellas, porque no quería sus vidas y porque me repelía lo que tenían de viles. Pero ahora todo era diferente. No podría describir lo bajo que era todo esto. Se sobornaba a un ser terrenal y ese ser estaba al servicio de la fe. La riqueza que ella obtenía recaía en su iglesia. Si se unía a un hombre rico, eso le brindaba oro, plata y piedras preciosas a su iglesia. ‘Malditos sean sus actos’, pensé, refiriéndome a mi enemigo. Veía en él a un maestro del mal. Y también conocía a este tipo de mujer. Era peligrosa, porque su belleza estaba al servicio de todo tipo de bajezas. Ahora entendí esta fiesta. Sus fiestas no eran más que accesorias y todas esas personas marionetas. Ciertamente, estaba bien pensado. Entre todas esas personas terrenales y astrales no vivía más que un ser humano y era ella, esta belleza. Vivía, todos los demás eran muertos en vida. Ella estaba viva en su propio plan diabólico, porque era previsora, muy previsora.

Todos eran demonios, sin excepción alguna. ¡Era repugnante esta vida! En la tierra nunca había participado de ella, porque allí carecía de fe. Pero qué feliz era yo, justamente por no conocer ni poseer una fe, porque todo esto era falso, animal y horrible. Este juego lo dirigían quienes vivían de este lado. Era mi enemigo quien lo dirigía todo, desfogándose. Mirara donde mirara, por todas partes se mezclaban seres terrenales y astrales. Vivían unos dentro

de otros y el ser astral se desfogaba completamente, sintiendo y viviendo las cosas como el ser humano material. Qué fácil se podía crear esta conexión. Ambos eran uno en sentimiento. La persona astral estaba en él y la persona en la tierra no era consciente de nada. ¡Qué triste! Ahora conocía su diversión. No, esta diversión yo no la quería, era demasiado animal. Eran diablos con aspecto de seres humanos, todos. ¿Era esta su vida? Habían dicho la verdad, porque en la tierra era posible divertirse y amar cuanto uno mismo quisiera. Pero ¿el amor era eso? Un animal tenía más sentimiento que esta gente. Vi hombres en mujeres y mujeres en hombres. Eran uno solo en sentimiento, y esos sentimientos eran ilimitados porque ambos se desfogaban. ‘Es trágico, profundamente trágico’, pensé, ‘¿dónde está el final?’.

Pregunté a mi maestro, que me había seguido en todo sin decirme palabra alguna:

—¿Sabía esto usted?

—Sí, Lantos, lo sabía desde hacía mucho.

—¿Siguió usted sus caminos?

—Sí, los conozco todos, esto ni siquiera es lo peor. Pueden rebajarse más todavía, ser más rebajados, más viles, más animales. Lo que desean lo pueden recibir, o sea, todo. Y no crea que se sienten infelices en este infierno. Al contrario, son muy, muy felices.

—¿En estas tinieblas?

—En estas tinieblas se sienten felices.

—¿Cuándo llega el remordimiento?

—Cuando vayan a deponer esta vida.

—¿Llegará ese momento?

—Sí, algún día todos habrán alcanzado ese punto y buscarán el bien. Pero pasarán miles de años. Imagíneselo: miles de años, y sin embargo no es más que un fognazo en la eternidad.

—¿Puedo conectarme completamente con ellos?

—Puede.

—Quiero sentir, maestro, cómo son sus sentimientos, ¿es posible eso?

—Puede hacerlo.

Me coloqué dentro de una persona terrenal y la incité a beber. En el acto levantó su copa, apurándola de un solo trago. Sentí hasta el sabor, lo cual se me hizo muy asombroso. Era asombroso poder vivir esto desde mi mundo. Después me conecté con una mujer. Me entraron sus pensamientos. Me dejé llevar, ella me dio asco. Rápidamente volví en mí. Eso no, no, eso no, sus pensamientos eran terribles. Ahora conocía su amor, sus sentimientos hacían la transición hacia mí. Esto era conectarse. Éramos uno en sentimiento. Entendí su vida animal. Hombre, oh, hombre, ¿quién eres? Pero qué sencilla era esa manera de conectarse. La gente iba y venía, a dormir y a descansar. Pero

después de descansar la gente volvía a las andadas y repetía lo que había vivido, y así hasta agotar y consumir sus vidas. Entonces llegaba la muerte, para después volver a ser conectados con ellos, por los que eran vividos. El hombre astral los esperaba. Con todas sus posesiones terrenales entraban a las tinieblas, a trompicones, y eso para siglos. Y allí entonces era donde clamaban a gritos por qué y para qué, llamaban a sus padres y madres. ¡Qué admirables me habían parecido los hermosos contornos del cuerpo femenino! Habría podido darle toda mi personalidad, pero ahora me asustaba representarla. Qué horrible era el ser humano, y sin embargo era hijo de Dios. Ahora entendí todos esos tipos de seres humanos.

—Qué falsos son, vistos desde esta vida —dije a mi maestro.

—Hay otros muchos estados, más profundos y peores que este infierno.

—¿Dónde está el final?

—Todo eso usted lo vivirá. Siga por su camino y conéctese, entonces hará la transición hacia lo que quiera aprender.

—¿Hasta qué profundidad puedo llegar?

—Por debajo de este aún hay otros tres estados, y son infiernos en el verdadero sentido de la palabra.

‘Cómo era posible’, pensé, ‘¿aún peores, aún más viles, más animales que ellos?’.

—Ahora nos pondremos en marcha para nuestra última investigación y luego lo dejaré, pero solo por poco tiempo (—dijo).

Abandonamos la esfera de los demonios.

El fin de Marianne en la tierra

Me encontré de nuevo en el lugar donde había nacido. Aquí comenzaría mi investigación. De inmediato reconocí el entorno. Aquí es donde habían transcurrido mis años de juventud. Estaba en el bosque donde había jugado con Marianne. Delante de mí vi la tumba de mis padres. Solo vi dos esqueletos, pero sabía de quiénes eran. Aquí no vertería ninguna lágrima, no habría podido ni tampoco sentía la necesidad. Estos esqueletos me eran ajenos, tan ajenos como cuando todavía vivían en su felicidad. ¡Qué es el ser humano y cuántas desgracias puede causar! ¡Qué fuerte es y qué vil a la vez que tonto! Delante de mí yacía la razón terrenal. Los esqueletos pertenecían a quienes habían querido convertirme en un autócrata. Habían sido autócratas, y qué autócratas.

—Descansen en paz, gente, les he perdonado todo y no los odio, sino que los amo, porque no sabían lo que hacían. Actuaron como lo harían niños pequeños.

Ahora estaban muertos, pero la vida se había ido y yo sabía dónde vivía. Dios nos amaba, pero nosotros a Él, no. Los hombres maldecían a Dios y se destruían unos a otros. ¡Muertos pero aun así vivos, hijos de la eternidad! Volverían a regresar a la tierra, pero quizá separados. Qué imponente era este reencuentro, cómo se lo podía agradecer a Dios. No podía llorar, aunque les envié mis pensamientos cariñosos. A fin de cuentas, es lo que sabían. Habían sido ricos, pero pobres de sentimientos. ¿Qué era la riqueza terrenal? Mis padres jamás vivieron como deberían haberlo hecho. Poseía aún más padres y ahora empezaba a entender lo que significaba ser padre o madre. Adiós, hijos de la eternidad, ¡que Dios bendiga sus caminos!

Permanecí mucho tiempo en este lugar, pero sentí que debía continuar. En el lugar donde había vivido Marianne sentí que me conectó Emschor. En el mismo momento percibí y vi ante mí a Marianne. Era en la época en que me fui. También ellos tenían que partir ese mismo día. Los ahuyentaron y entendí la escena. Vi claramente que estaban preparándose para marchar. Recaía en ellos la sospecha de haberme estropeado. Por suerte se habían librado del cuarto de torturas. Dios los había protegido, como a mí. Aun así sentí en ello otra incidencia. Pero ¿estaba sintiendo con nitidez? Ay, seguro que sí.

—Maestro, cómo se lo agradezco, qué poderoso es usted. ¡Pobre gente! — dije, porque era él quien los había protegido de ello. Pronto estuvieron listos y se fueron a otra ciudad o pueblo. Los seguí. De nuevo estaba conectado con el pasado. Mi amor que ahora sentía por Marianne ya lo había llevado en mí cuando niño. También ella sentía como yo, ambos buscábamos y

deseábamos justo eso, ese gran amor sagrado. Aun así éramos inconscientes, porque el pasado se ocultaba muy dentro de nosotros. Mi amor crecía a cada paso que los alejaba de la casa de mis padres. Me entraron los pensamientos que sentía ella en esa época. Me quería con sencillez infantil. Qué asombrosa era también esta conexión. Sus padres estaban tristes por tener que marcharse, pero aun así había felicidad en ellos por haber conservado la vida. Se establecieron en otro lugar —era un pequeño pueblo— para comenzar una nueva vida.

Ahora las imágenes iban sucediéndose. Vi que Marianne iba creciendo y que a medida que cumplía años iban desarrollándose su carácter y personalidad. Sus padres tenían miedo, porque en ella había frivolidad. Tenía mucha hermosura y poseía una sensibilidad grande y fuerte por el arte. También tenía una voz preciosa. Conforme iba haciéndose mayor, esas facultades fueron siendo más conscientes, y oí su delicioso canto, que vibraba hondamente en mi alma. Vi que abandonó la casa de sus padres a los veintiún años. Se fue en silencio al ancho mundo, quería ganarse fama y honores. En su ser estaba el intelecto de vidas anteriores. Todas esas fuerzas y dones se hicieron conscientes y le sirvieron para madurar y desarrollar su voz. Había en ella una voluntad poderosa de hacer algo hermoso con su arte. Tenía un solo empeño, que había sido también el mío: fama, felicidad y amor. Nuestros caminos eran uno solo, qué curioso. Desde este lugar seguí su vida, de ciudad en ciudad. Iba lanzándose de una frivolidad a otra. Aun así siguió siendo sencilla, su origen y nacimiento eran innegables. Esa cosa humana la hizo verse en las circunstancias más desagradables, y por su temeridad fue conociendo la vida. No le trajo más que pena y dolor. Su belleza la seducía, ofreciéndole felicidad terrenal y esparcimiento. Así pasaron volando los años. Pero también ella seguía buscando, sin lograr encontrar lo que tanto anhelaba. Una fuerza desconocida la empujaba a un sitio determinado, del que no sabía, sentía ni entendía nada. ‘Cómo es posible’, pensé. Sentí que se la empujaba hacia mí, impulsada por la fuerza del pasado, una ley cósmica de la que la gente en la tierra no entendía nada. Aquí delante de mí veía y sentía esa ley. Vi que se estableció cerca de mí. ¡Ay, si hubiera sabido eso! Ahora me quedó claro que al hombre lo impulsan fuerzas invisibles. Pero en el pasado, esos poderes y esas fuerzas habían recibido conexión, habían hecho la transición unos hacia otros, volviendo a desgarrarse, para finalmente volver a conectarse. Era grandiosa la mirada que se me concedía sobre la profundidad del pasado. Qué distinto habría sido todo si la hubiera encontrado antes. Pero eso ya sería así para siempre. Tenía que suceder.

Entendí entonces por qué me habían venido todos esos pensamientos cuando empecé con su estatua. Ella me había influido a gran distancia, pero lo hizo sin querer y yo tampoco fui consciente de ello. Pero habíamos esta-

do conectados. En eso vi la inspiración a gran distancia y entendí que fui vivido por ella. Eran leyes profundas, de las que el artista en la tierra no es consciente. Representé a quien amaba y ella vivía en mi cercanía. 'Es casi imposible creérselo', pensé, pero tenía que aceptarlo. Qué intensos eran los pensamientos humanos. Quería conocer todas estas fuerzas y no me olvidaría de esto. En esa época pensaba en ella día y noche. Ahora entendí todo. Era asombroso.

Regresaba yo a su propia vida y veía que era como todas las demás mujeres con las que me había encontrado en la tierra. Si la hubiera conocido en este estado, me habría apartado de ella al instante y me habría ido. Di gracias a Dios por no haber tenido que vivir eso. Habría destruido mi amor por ella.

¿Era esta Marianne? Ahora también entendí sus súplicas que no preguntara yo por su vida, porque tenía serias razones para ello. Sin embargo, la amaba, porque era mía. Algún día se nos conectaría. Mi ciclo de la tierra estaba tocando a su fin y también el suyo terminaría. Tarde o temprano llegaría ese momento y seríamos uno para siempre. Podía perdonarle todo, ahora que yo sabía cómo había sido mi propia vida. Había algo que me mantenía conectado con ella, y era el pasado. En el Antiguo Egipto se me había mostrado y ahora sentía mucha gratitud por ello. ¡Qué hermosa era mi Marianne! Sus rizos pajizos, su tez de color saludable y sus ojos radiantes le daban esa hermosura. Pero ¿qué es un ser humano que no se conoce y que se olvida? ¿Qué es la belleza terrenal cuando los sentimientos interiores hacen la transición hacia la vida material? Se olvidó de sí misma porque no se conocía. Solo en otra vida llegaría a conocerse. Ahora me pareció necesario que ella regresara, porque en esa vida era donde se despertaría. Pero qué profundo era todo ahora que lo sabía y que lo entendía completamente. ¿Qué es el hombre cuando mancilla estas fuerzas de la naturaleza y deshonor su bello cuerpo? No solo lo sentía yo como una maldición, sino que el hombre lo afrontaba a Él, a su Dios, que le había dado este hermoso cuerpo. Qué grandeza ya solamente poseer esta gracia, porque en muchos casos se trataba de contrahechos y deficientes. A mi amigo Roni lo odiaba porque mancillaba su propio cuerpo hermoso. Era como un adonis, pero por dentro un animal. Marianne se había entregado a él, la tenía consentida, pero también se burlaba y mofaba de ella. Otros mancillaban su belleza que para mí había sido sagrada. No, en esa época no nos pertenecíamos, no nos habríamos entendido. Ella no podía sentir la grandeza de mi amor, solo Dios sabía que aún no había llegado el momento y así sucedió lo que resultó ser necesario. Marianne no habría sabido darme —eso lo vi y sentí ahora por primera vez— la inspiración más elevada, y de haberlo vivido me habría sacudido. Ahora le agradecí a Dios no haberme encontrado con ella antes. A Roni lo podía perdonar ahora, ya no lo odiaba y a Marianne la amaba, ella se había convertido en mi alma gemela y él en

mi hermano. Con Marianne me sentía uno, uno en el alma, y lo seguiríamos siendo para siempre. Era una ley cósmica, Dios lo quería, estaba determinado en el universo. Aún no podía intuir la profundidad de este problema, pero lo aceptaba, porque en mí estaba este sentimiento anhelante.

Cuando vivía allí tan cerca de mí, también ella pensaba en su juventud y despertó su amor por mí. A pesar de ello, pensó haber encontrado ese amor en Roni, pero no fue el caso. Ahora me vi ante un problema imponente y sentí que se nos conectaba a los tres. El misterio espiritual fue cerrándose intensamente y la conexión, aumentando en intensidad. En la tierra estaban tres almas para un objetivo determinado, y volverían a encontrarse allí. Pasara lo que pasara, porque era una ley y esa ley la vivíamos, no podíamos librarnos de ello. Me sentía temblar, pues qué asombroso era esto. Se nos enviaba a un mismo punto en esa gran tierra para encontrarnos. Era así, porque Roni, Marianne y yo lo habíamos vivido. Miles de otros vivían algo similar, pero solo de este lado también ellos descubrían estas leyes. Aquí, en esta vida, los milagros y problemas se disolvían, hacíamos la transición a ellos. Era fenomenal poder seguir todo esto. También entendí que cada cual debía vivir su propia vida, pero justo aquella cosa que nos concernía a los tres era algo que nos concernía a todos. Entrábamos en conexión con muchos otros seres, descubríamos la vida en la tierra a través de las personas, hacíamos el bien y el mal, por lo que iban cambiando nuestros caracteres. De animal a ser humano, de espíritu a Dios, ese era el camino que había de recorrer el hombre. El alma se desfogaba por completo en el cuerpo terrenal, pero aun así la vida terrenal servía para que asimiláramos posesiones espirituales, así como amor puro y espiritual. Unos aprendían a través de otros, pero a todos los guiaba y dirigía una misma fuerza, que era Dios, el Creador de los hombres y de los animales, y de todo lo demás que vive. En el hombre estaba su sintonización, una llama siempre prendida, pero que el hombre dejaba que se apagara. El hombre había recibido —todo esto yo lo veía y sentía— lo más elevado, pero ese amor sagrado tenía que ser asimilado. Roni y yo, y también Marianne, seríamos conectados. Algún día Roni recibiría su amor, como cualquier otro ser humano. Yo no podía sondear ese poder que nos juntaba, pero es que ni siquiera lo querría, por el respeto que sentía. Había que inclinar la cabeza ante algo poderoso.

De pronto volví a pensar en el estado de ella, portaba vida. Cuando me llevaron a mi calabozo había en ella una joven criatura. ¿La habría portado hasta el final? Fueron sucediéndose las imágenes, desvaneciéndose una tras otra. Entonces vi ante mí la imagen de cuando vino a visitarme en mi calabozo, y a continuación la de cuando se me condenó estando ella enferma. En el mismo instante en que las percibí obtuve respuesta a lo que acababa de pensar. No, ese golpe había sido demasiado grande. La joven vida había regresado al lugar

desde donde había entrado en ella. ‘Gracias a Dios’, pensé. Sin embargo, de haber sido necesario, ahora me habría resignado completamente. Todas estas verdades eran tan poderosas para el hombre, el alma quedaba tan reforzada cuando se sabía por qué y para qué, que uno renunciaba a todo. Después vi otra imagen y entendí que había quedado curada. ¿Qué iría a hacer ella ahora? Continué siguiéndola y vi que regresaba a mi taller y que aceptaba lo que le había ofrecido. Su propia efigie y la mía, que alguna vez había hecho para mí mismo, y otras muchas estatuas fueron envueltas y así inició su viaje. ¿A dónde iría? Pronto lo entendí, sin embargo. Era la mejor solución, ya que su vida y la mía estaban de todas formas destrozadas. Con el corazón y el alma rotos regresó a donde sus padres. Había vuelto con humildad, agachando la cabeza. Se había despojado de su frivolidad. Había llevado consigo todas mis propiedades y muchas estatuas fueron colocadas cerca de ella. Sus padres estaban profundamente felices y habían recibido a su hija con los brazos abiertos.

Marianne pasó su vida en soledad y en silencio. Su personalidad se había quebrado, pero a mí me otorgaba su amor. Sentía por mí lo mismo que yo por ella. Fuera, en la naturaleza, fue adquiriendo conciencia. La vida le había partido el corazón, pero en su interior estaba despertándose algo que me llegaba hasta mi celda, espabilándome los deseos. La había deseado, eso me había consumido y también aquellos pensamientos eran los suyos. De nuevo vi y sentí un milagro de la fuerza de los pensamientos. El amor no conocía fronteras, porque éramos uno sin saberlo. Solo nos quedaba despertar, para que nuestro amor se hiciera más hermoso y más consciente y terminara siendo algo bello y elevado. Solo entonces sería espiritual, entonces sería puro y llegaría aún más lejos que el amor fraternal. Pues eso ni lo vi ni lo sentí ni lo aprendí hasta que no se me reveló el pasado y se levantara el velo que cubría algo que había sucedido. El silencio que había sentido en mi calabozo era el suyo. Fuera fue desarrollándose su amor, su entorno era el pasado, porque le rodeaba su propia estatua, junto a la mía. Pasaba horas enteras en este lugar, hablando conmigo.

—Ojalá mi alma fuera tan blanca —la oí decir— como este mármol níveo del que me hizo él. Lantos, Lantos mío, ¡ay cuánto te ha tocado sufrir! ¿Puede perdonarme? Como sabe todo, ¿podrá amarme aun así? Si Dios me oye, Él sabe que solo lo amo a usted, que lo he amado siempre. Lantos, ¿podrá ser usted mío? Oh, ¡cómo lo deseo! ¿Qué es lo que depositó en mí? Siento su silencio, toda su pena y dolor, y sin embargo no puedo ni se me permite visitarlo. Allí usted está solo, sufriendo y roto. Lo estoy sintiendo, ay, lo sé, porque lo veo a usted en mis sueños. A veces lo siento a usted muy intensamente, pero otras me quita de encima y no quiere saber nada. Por eso, Lantos, le pregunto: ¿Me ama? Oh, ¡cuánto puedo amarlo! Esperaré mi

muerte y entonces le podré decir todo. Mucho tiempo no seguirá viviendo usted. Que Dios le dé la fuerza para aguantar todo esto. Yo soy su desgracia, yo soy quien lo sepultó bajo esa desgracia, pero aun así le pido perdón a Dios. Lantos, Lantos, ¡perdóneme!

Entonces se desplomó. ¡Cómo la amaba! Me corrían las lágrimas por las mejillas. El amor, Dios mío, qué hermoso, qué sagrado es ese sentimiento puro. Marianne sentía mi amor por ella, en su estatua y en la mía propia. Su deseo por esta poderosa felicidad iba profundizándose. Ella deseaba lo que yo había rezado cuando vino a visitarme en mi calabozo, y ese deseo estaba dominando su vida. Pensara en lo que pensara Marianne, había una sola fuerza de los sentimientos que lo dominaba todo: era un sentimiento ardiente de que se le concediera poder poseer amor. Pero solo el amor que porta siente ese amor inmaculado: era eso lo que anhelaba. ¿Sentía que estaba despertándose?

Pasaron los años mientras ella languidecía. Entonces fueron sucediéndose otras imágenes y vi a cada uno de sus padres hacer la transición. Marianne se había quedado sola. Su cuerpo material fue consumiéndose y cada día disminuían sus fuerzas físicas, pero su interior crecía. Iba fortaleciéndose y embelleciéndose por dentro, porque eso era lo que hacía su amor. Aun así, alcanzó una avanzada edad, pero ya no era más que la sombra de su antigua belleza. Así fue acercándose su final. En su disposición de última voluntad pidió que le permitieran ser enterrada con su estatua y la mía. Estaba convencida de que comparecería ante su Dios, porque ahora tenía una fe poderosa. Después vi su lecho de muerte. Partió en silencio. Sus últimos pensamientos fueron para mí y también ella pensaba que me volvería a ver alguna vez.

‘No, Marianne’, pensé, ‘aún no ha llegado nuestro momento. Volveremos a vernos, pero aún faltan siglos’. Partió, pero dentro albergaba el deseo de que se le concediera poder recibir esta cosa grandiosa. Su vida terrenal, también la suya, había concluido.

Algún día desenterrarán nuestras estatuas. Algún día, porque veo que aún no las encontraron. Entonces el hombre podrá echar un vistazo al pasado. En este instante podría hacerte una predicción, pero sé que no se aceptará. No, hombre de la tierra, aún no puede aceptarse ese significado profundo de lo que tú destaparás en las entrañas de la tierra. Sin embargo, te pido que ames lo que desentierres y que no lo maldigas, porque no sabes cuánto tuvo que sufrir ese ser humano alguna vez. Ten respeto por lo que destapes, así se evitará que el ser, que vive en alguna parte, se vea perturbado. Sé cuánto tiempo se tardará todavía; aun así nos encontrarán, pero entonces no te será desvelado el pasado. Un tupido velo lo cubrirá, y será nuestro amor. Algún día, cuando hayamos recibido esta poderosa felicidad, encontrarán nuestras estatuas. Pero entonces perteneceremos a los seres de la luz y habremos entrado en

esas esferas. Entonces seremos naturales y la naturaleza devolverá esta vida. Es cuando el pasado cobrará conciencia, seguirá viviendo en la realidad y continuará a regiones aún más elevadas, según me dijo mi maestro. Y en eso puedo confiar, tú y otros miles pueden estar seguros de eso, pero has de saber que no son castillos en el aire, sino sagrada verdad, porque es la vida interior de ustedes. Es allí, no antes, donde se conectan las almas, allí el hombre acepta todo esto, inclina la cabeza y se resuelven sus “para qué” y “porqués”. Los vivirá, y entonces los problemas y milagros ya no son problemas ni milagros. Entonces lo somos nosotros mismos, es la vida interior y eterna de ustedes.

Me quedé largo rato en el borde de su tumba, sumido en pensamientos. Sentí en mí un vínculo sagrado, y en mi interior había conciencia. Este acontecimiento me dio la fuerza para seguir. Ahora iba a ponerme a trabajar en mí mismo, quería descubrir la vida en la tierra y de este lado.

Miré hacia arriba, al bello rostro de mi maestro y dije:

—Gracias, padre mío de siglos atrás, lo amo.

—Ahora me voy, Lantos.

—¿Ya llegó el momento? —pregunté.

—Sí, Lantos, tenemos que separarnos. Usted retomará su propio camino, pero debe saber que velaré por usted y que seguiré haciéndolo. Piense en su amor, porque este amor le da la fuerza para llevar su cruz. Guarde todo esto muy dentro de usted y espere tranquilamente hasta que sea voluntad de Dios que usted lo reciba. Marianne hizo la transición hacia nuestra vida y creyó verlo a usted, pero usted ya sabe que ella regresará y solo después se encontrará con ella. Alguna vez llegará ese momento. Intente asimilar ese amor. Usted busca y quiere el bien, siga buscando siempre el bien, entonces lo esperaré en las esferas de luz para continuar nuestro trabajo. Entonces volverá a vivir milagros, más grandes y profundos que los que haya vivido hasta ahora. Me prepararé en las esferas de luz para poder recibirlo. Debe saber, muchacho, que habrá muchos esperándolo. Una vez que usted esté listo lo llamaré.

Después sentí que me posó la mano en el hombro y una gran luz me envolvió con sus rayos. Lentamente, esa luz fue disipándose ante mi vista, subiendo más y más, hasta que ya no pude percibirla. Aun así oí que desde lejos se me decía:

—Adiós, mi Lantos, ya lo ve, siempre vamos subiendo más. Adiós, que Dios bendiga sus caminos, su Emschor.

Me sentí completamente sacudido y me desplomé. Me había derrumbado encima de la tumba de Marianne y me corrían las lágrimas por las mejillas. Mi amor por ella era genuino y profundamente humano. Ese amor había crecido a través del gran amor de quien acababa de irse. Recé con fervor y mucho tiempo a Dios por nuestro amor. Mi maestro se había ido, ahora había vuelto a quedarme solo, porque tendría que extrañarlo por mucho tiempo.

Mis “porqués” y “para qué” se habían resuelto. El pasado había cobrado conciencia en mí y yo había conocido a un Dios de Amor. Entonces tomé una decisión. Quería conocer todas las transiciones en el espíritu, quería saberlo todo, pero es que todo, de esta vida.

Mi paseo por la tierra

Adiós, dije a Marianne, adiós, aquí ya no volveré. Me juré no mancillar nuestro amor y quise irme, pero Marianne seguía teniéndome preso. Aun así, había que hacerlo. Volví a dirigirle otro adiós y me fui, hacia lo desconocido. Lloré como había llorado en otra ocasión, cuando habíamos sido arrancados el uno del otro. Pero me hizo bien, porque gracias a ello sentí que me entró calor.

¿A dónde iría? La tierra era grande, pero la eternidad aún más. Aquí no había fin. La fuerza de la voluntad humana era poderosa y el sentimiento insondable. Pero la voluntad humana sí era flexible, cuando se veía y sentía la verdad de todo. Eso lo sentía en mí, porque lo había vivido.

Mientras planeaba por la tierra, pensaba en todo. Había vivido muchas cosas y me había hecho más sabio. El hombre no quería inclinar la cabeza. Pero aun así tendría que inclinarse ante Dios. Solo ante su Dios. Dios, Creador del cielo y la tierra, obliga la vida —el hombre, el alma— a buscar el bien. La naturaleza lo obligará y entonces temblará ante esa poderosa vida que entre en él. También yo incliné la cabeza y pedí perdón. Mi personalidad se había quebrado y me sangraba el corazón. Pero en mí había felicidad, porque sabía que algún día recibiría esa cosa grande. Seguí planeando y ya no necesitaba pensar en el pasado. Mientras planeaba sentí brotar en mí una fuerza que me espoleaba a ponerme a trabajar. Ante mí se abría una nueva vida. Quería seguir al hombre en la tierra y pasar de una esfera a otra. Registraría todo para compararlo con mi propia vida. Me parecía la mejor manera de conocer del todo esta vida. Rebotante de renovados ánimos me puse en camino.

Ya había estado en muchos infiernos, pero había otros más y esos también los quería conocer. Avanzaba tan veloz como el pensamiento, y cuanto más intensamente me sintonizaba con el hombre, más visible se me hacía. Pero no me apetecía nada quedarme en un solo sitio. Quería cobrar conciencia, no quería seguir siendo un muerto en vida, aunque no pensaba haberlo sido alguna vez. Aun así, yo pertenecía a los muertos en vida. Qué curioso era todo lo que me había comunicado mi maestro. Era su hijo, y mi propio hijo de muchos siglos atrás me traía una estatua, que yo mismo había hecho. Por increíble que fuera todo, sí lo aceptaba.

Dios no creaba a seres humanos para dejarlos morir. Había vivido problemas, nada más que milagros, y lo que nos esperaba era imponente. La tierra era una escuela y en esa escuela uno tenía que sacar lo mejor de sí mismo. Habría que entrar en armonía con la vida, pero el hombre tenía que quererlo y si uno no quería, no aprendía nada. De haber sentido más amor, no habría

matado. Sometiendo mi voluntad a mí mismo se me haría diferente esta vida. Ahora fui intuyendo a Dios, pudiendo inclinar la cabeza ante ese Omnipoder. La voluntad de los hombres era el infierno y cielo de este lado. Mi alma ya había vivido muchos infiernos, ahora estaba en mi último infierno y tenía que ver cómo liberarme de este. Ya llevaba siglos de camino. Había nacido y muerto en la tierra, y había regresado a ella para volver a nacer y morir. Ahora entendía mi ciclo de la tierra y el de todos. Que fuera la tierra el único planeta en el que viviera gente en este poderoso universo era algo que ahora ya no podía aceptar. Porque cuando en la tierra uno miraba al universo veía decenas de miles. Alguna vez la gente entraría en conexión ya allí con todos esos otros planetas.

Fui planeando a través de los edificios y vi al hombre terrenal. Todo lo que se encontraba bajo mi propia sintonización me era visible. Aun así, solo miraba lo que atrajera mi interés y que tuviera que ver con mi propia vida. Todas esas cosas humanas no me atañían, porque casi en todas partes veía lo mismo. Unos sabían dominarse, otros no. Vi situaciones lúgubres, pero no reaccioné ante ellas y cerré mis ojos interiores. O investigaba todo para entender también esa vida. Vi que Dios había sabido diferenciar la vida terrenal de la espiritual. Lo material pertenecía a la tierra, y en la vida espiritual es donde vivía yo. Al espíritu le resultaba visible la vida material, pero no así lo espiritual al hombre en la tierra. Sin embargo, el hombre con ese don podía ver en nuestra vida, pero solo eran algunos. Yo no había tenido ese don y por eso mi vida había sido una búsqueda. Pero vi que cuando en la tierra uno se ponía a trabajar en sí mismo no sería un ciego al entrar. La vida terrenal era para asimilar posesiones espirituales. Ahora veía y sentía los muchos tipos de personas y sabría señalar a quienes deberían regresar. Esas personas todavía eran animales y en la tierra tendrían que hacerse seres humanos, pero en esa corta vida en la tierra no era posible. Para empezar, los autócratas deberían deponer su hambre de poder. Dios sabía cómo ocurría eso.

Fui siempre más lejos y conocí al hombre en la tierra. Daba igual a donde llegara, por todas partes veía a seres humanos y seres animales. Pero lo que más vi andando por ahí eran animales con aspecto de humanos, y eran peligrosos. En el niño ya veía, por terrible que fuera, al ser animal, y a medida que se hacía más grande y mayor, más consciente se hacía ese animal. Era fenomenal lo que estaba viviendo ahora. Ya al nacer eran animales. En el niño, que ni siquiera sabía decir papá y mamá, en ese pequeño cuerpo, en eso ya vivía ese hombre animal incomprensible. Al alcanzar la edad (madura), masculina o femenina, ese animal empezaba a sentirse a sí mismo y cobraba conciencia. Qué natural era. Así fui aprendiendo. De este lado vi cómo el hombre maldecía su propia vida. Yo también había lanzado imprecaciones y maldiciones. Ni un solo hombre en la tierra se conocía, de lo contrario no

proferiría imprecaciones. Quien se colocaba sobre un pedestal imprecaba, y vi a muchos en pedestales. Empecé a comprender que el hombre, por sagrado que allí se sintiera, sí imprecaba, por rebelarse contra los demás y contra sí mismo. Unos maldecían a otros, consciente e inconscientemente, queriendo y sin querer, pero todos imprecaban. Pero el hombre en la tierra dirá maldiciones, por no conocerse a sí mismo ni conocer todo lo que allí vive. El hombre ya tiene miles de años y aun así continúa y maldice la vida. Incluso vi a madres que maldecían a sus hijos por no querer obedecerlos. Quien vaya en contra del hombre maldice a Dios, porque en él reside Su vida.

Durante mi paseo por la tierra aprendí a darme cuenta de todo esto. También vi que al hombre se le quemaba con hierros candentes y en aceite hirviendo, además de muchos tormentos. El hombre tiene voluntad propia y mientras no la fije con la fuerza de todo su ser, seguirá imprecando y la gente deberá seguir regresando a la tierra para aprender a dominarse. Anduve de ciudad en ciudad y así fueron pasando los años. Aun así, seguí avanzando y fui conociendo al hombre y la vida, como no sabría hacerlo ningún ser en la tierra. Aprendí que todo deberá ser enmendado, no se nos regala ningún pensamiento. Ni un solo hombre se libraré de ello.

Descendí a las tinieblas más profundas y también allí se imprecaba, pero a esas personas se las reconoce. Sin embargo, en la tierra vi a portadores con cruces y a personas que se hacían pasar por santas y en ellos vivía algo horrible, que a uno le hacía temblar al sentirlo en su más hondo ser.

Ya te lo dije: fue por percibir todo eso que me conocí a mí mismo, y me sentía agradecido de que se me hubiera concedido poder contemplarlo. Adopté la firme decisión de destruir completamente mi propio yo. Si no pudiera hacerlo tendría que continuar y mi estado seguiría siendo un infierno. A cada paso que daba inclinaba la cabeza más y más, hasta besar la tierra que pisaba. El amor que ahora sentía y poseía aún era, sin embargo, incomparable con el de quienes habían alcanzado las esferas de luz, y allí es donde quería ir. No dejé de avanzar. Me pasaba horas con los seres humanos, observándolos en sus quehaceres. Me servía de enseñanza y así aprendí a distinguir también el día de la noche. De noche veía a los demonios mejor que de día, pero siempre estaban alrededor de la gente o en ella. Visité iglesias y palacios y descubrí sus religiones, permanecí junto a lechos de muerte y observé cómo a muchos se les esperaba aquí. Así fue pasando el tiempo y yo no hacía más que andar, porque aún me faltaba por saber. También conocí los infiernos más profundos, pero la vida allí es inenarrable. Vi espantos humanos, como monstruos preanimales, pero algún día también ellos comenzarán consigo mismos. Por estas observaciones algo empezó a descongelarse en mí. De forma cada vez más intensa empecé a dar gracias a Dios, hasta por la pena y el dolor que había sufrido, y le estaba agradecido por poder elevarme ahora siempre más,

hacia las esferas luminosas.

En la tierra, cuando poseía luz y riqueza, no había estado satisfecho, y ahora que solo veía tinieblas estaba agradecido. Por estar conociéndome mejor a mí mismo sabía lo que me esperaba y lo que tenía que hacer. Aquí, en las tinieblas, me sentía feliz con todo. Ver a la gente y ver la vida me hacía vivir. Sentía que estaba despertando.

Pasaron años, pero bien podrían haber sido también siglos. Seguí contemplando cómo vivía el hombre y alrededor mío y en mí empezó a haber un cambio. La tierra iba cambiando y las generaciones fueron sucediéndose. Como estaba empezando a sentir al Creador del cielo y la tierra, me sentía a mí mismo y podía estar agradecido por todo lo vivido en los infiernos.

En uno de los cielos me agarraron y me arrastraron por la tierra. ¡Cómo me apalearon! Fui cayendo de un acto equivocado en otro, por eso me atacaban, aunque aprendía. Cada vez volvía a conectarme con ellos y así fui conociendo y entendiendo todos esos infiernos. Era terrible lo que viví allí. Por fin se me abrieron los ojos y empecé a sentir de otra manera y supe defenderme. Empecé a estar cada vez más agradecido a Dios. Estaba vivo, no muerto, y eso me hacía feliz. Fui tomando conciencia de todo esto y acepté ahora mi pena y dolor de otra manera que antes. Estaba feliz de que fuera a vivir y de que podría ser feliz con un poquito de amor, que el hombre en la tierra despreciaba.

Qué mal se entiende la vida en la tierra. Cómo se pisotea allí el amor. ¡Amor! Lector, ¿sabes lo que significa esta sagrada fuerza de los sentimientos? Ahora que yo sentía todo esto, podía dar las gracias a Dios por toda la lucha que aún me esperaba. Así me fui haciendo otra persona y por eso me sentía feliz. Ay, no te das cuenta de lo que posees en la tierra. Si se me concediera volver a nacer en la tierra haría todo de otra manera. Qué hermosa sería entonces mi vida. Ahora vivía en un infierno y aun así era feliz. Sentía que Dios me quería y cuidada. Por eso —escucha lo que te digo, tú, hombre de la tierra— podía inclinar la cabeza y hasta podría exclamar mi felicidad en estas tinieblas, para que pudieras oírla en la tierra. Ya se me olvidó toda mi lucha, pero ¿qué supone tener hambre y sed en la tierra, en comparación con todo lo que percibí aquí? Por eso la gente en la tierra dice imprecaciones cuando no está satisfecha con lo que posee. Rogué a Dios que dejara de castigarme, porque aprendí a castigarme yo mismo y me sintonicé con una concentración afilada como un cuchillo para así aprender a domar mi voluntad. Ya no era posible persuadirme con nada, porque en mí estaba mi gran amor por Marianne y no iba a mancillar su amor.

Contemplar desde nuestro mundo al hombre y la tierra es un estudio fenomenal. Es hacer la transición al hombre, es sentir y aceptar, pero lo que entonces le entra a uno es veneno y tuve que aprender a defenderme de él. Aquí aprendí a darme cuenta de que la vida es diferente y que Dios no la

quiso así. El hombre se desfoga, física y espiritualmente. Ese no es el camino y está mal. Es destrucción. Eso es preanimal y el hombre, como me dijo mi maestro, es divino.

Llegara a donde llegara y permaneciera, vi a seres humanos y astrales. Unos se conectaban con otros y así el hombre terrenal no se convertía más que en instrumento en manos del mal. Vi que el hombre mataba, sin que siquiera lo hiciera él mismo, ¡que incluso nacían niños a través del hombre astral! ¿No es terrible tener hijos que están contaminados por otro sentimiento? Todo eso lo vi y así aprendí. Así es como el hombre sucumbía espiritualmente, pero me era imposible intervenir. Sin embargo, siento que un día me entregaré completamente para ayudar y salvar a esa gente. Ninguno de ustedes podrá contemplar la vida terrenal de esta manera, y sin embargo es la verdad. Es el hombre el que maldice toda esa hermosura, los sentimientos más sagrados inclusive. Yo eso ya no lo quiero y destruiré mi propio yo. Cuando lo consiga, ningún demonio podrá apoderarse de mí, ni lo hará. Para eso blindaré mi interior, buscando solo lo más elevado. No les ofrezco la posibilidad de divertirse a través de mí. Pueblan la tierra y las jóvenes vidas que allí nacen están animadas por ellos. ¿Sabes lo que significa eso? ¿Sientes la importancia de este horrible acontecimiento? Vi que este acontecimiento sagrado, que tenía y que podía serlo, lo mancillaban los demonios, pero el hombre se abre a ellos. Solo entonces, cuando sus hijos van creciendo y desprecian el amor paternal, preguntan: “¿Por qué y para qué tengo hijos tan malos? ¿Cómo es posible que Dios lo consienta?”. Pero no entienden que fueron ellos mismos quienes vivieron este gran y fenomenal acontecimiento de manera terrenal, en concreto de la manera material más basta. Así, todo esto me hizo reflexionar y me despertó, completamente. Cómo temblaba cuando percibía de la manera más íntima la vida del alma del hombre. Clamaba al cielo lo que vivía.

Ahora ya no podría matar, había aprendido cómo tenía que amar. Empecé a sentir respeto por Dios, que a pesar de todo sí ama a Sus hijos. Me juré a mí mismo que amaría todo lo viviente con que me encontrara. Aprendí a asimilar fuerzas que en la tierra no había podido asimilar, porque pertenecen a la vida del espíritu. Así fue agudizándose mi concentración, fui aprendiendo a sintonizarme, para que cuando me atacaran pudiera retirarme a mi propio infierno. Pude ayudar a muchos infelices que clamaban por su padre y su madre. Aun así seguí adelante, porque sentía que todavía no me había llegado el momento de poder dedicarme a eso por completo. Todos esos infiernos, esos estados animales, los comparaba con mi propia vida y veía y sentía lo lejos que el hombre aún estaba alejado de la verdad auténtica.

Hombre de la tierra, desde aquí quisiera decirte a gritos: trabaja en ti mismo, somete tu propia voluntad, desciende de tus pedestales. No permitas que sucumbas por debilidad. Cuando entres aquí, espera entonces no ser uno de

aquellos que viven en lo más profundo de las tinieblas, porque entonces serás muy, muy infeliz. Contólate, no cedas a la debilidad, para que no hayas vivido en balde. De este lado estarás ante tu propia vida. Tendrás que enmendar cada pensamiento. Todo, todo ya está determinado. De modo que tendrás que experimentar, y lo experimentarás, que nada puede ocultarse, nada en absoluto. Pagarás por todos tus pecados y enmendarás el mal que hiciste. Inclina la cabeza, renuncia a la soberbia y a las ansias de dominar y ama todo lo que vive. No hay que perder más tiempo, hermanos y hermanas, porque el fin se acerca. Que cada uno sepa que uno puede elevarse, que al entrar de este lado estarán esperando los seres queridos, pero para eso sí hay que amar y vivir como Dios quiere que lo hagan todos Sus hijos. Hay que trabajar y orar, sin pedir. No hagas como hice yo, así te destruirás. No busques, ten fe. Acepta, hombre de la tierra, acepta que la muerte no es muerte, sino que significa vida. Acepta que el amor es lo más elevado que Dios ha dado al hombre. Quien siente amor está despierto y Dios te guiará y te hará más fuerte. Entonces aparecerás triunfante.

Sabía cuándo había empezado mi paseo. Pero cuando me sintonicé con la tierra me asusté. Habían pasado siglos. Siglos de experiencia y aun así todavía no sabía nada, solo conocía al hombre en la tierra y no había dejado de vivir en un infierno. Había seguido a varias generaciones en la tierra, y sin embargo no me había concentrado en el tiempo. Solo al verlo entendí claramente que todavía faltaban siglos para que el hombre pudiera entrar en las esferas de luz. Solo entonces empecé a tomar conciencia de cómo podría salir yo de aquí, porque quería seguir, más lejos y más alto. Seguía siendo un muerto en vida y, sin embargo, ¿cuántas cosas no había asimilado? Pero entendí que había aprendido mucho, aunque dedicaba el tiempo a mí mismo, igual que hace el hombre en la tierra. También ellos son doctos, y sin embargo pobres en el amor. Podría haber seguido miles de años y sin embargo mi infierno no habría cambiado. Tenía que servir y hacerme útil, ir a hacer algo, de lo contrario no saldría de aquí. Quería intentar hacerlo. Te contaré cómo lo hice.

Hice mi última obra artística desde esta vida

Visité aquellos lugares donde el hombre guardaba arte, y además a ellos, a los artistas terrenales, porque me interesaba cómo creaban sus obras. Fui vagando por toda la tierra y regresé finalmente a mi última patria. Me había propuesto ayudar a un artista terrenal en su trabajo y quería intentar hacer mi última obra de arte a través de un ser humano en la tierra. Me parecía algo muy sencillo, porque ahora podía conectarme con el hombre en la tierra. Ahora sentía más hondo, había conocido a Dios y empezado a amar la vida. Poder crearla era lo que más deseaba. Estuve buscando mucho tiempo este instrumento. Pasaron meses y años y ya pensaba en tener que abandonar. Pero al fin encontré lo que buscaba, porque también en eso se me ayudó.

Había un ser terrenal, un muchacho de dieciocho años con muchos dones y una sensibilidad envidiable por el arte, que estaba rodeado de muchos maestros de este lado, que le inspiraban. Por mediación de mi propio maestro se me concedió entrar en comunicación con los maestros de esferas más elevadas. Les pregunté si podría crear mi última obra de arte, que quería llamar “la vida”. Se me concedió, pero aún tuve que esperar unos años pacientemente. Me fui, pero volviendo de tarde en tarde a ellos, y veía que conseguían avanzar mucho. A este joven muchacho se le espoleaba a crear arte y esto sucedía a través de los maestros. Su sensibilidad y su amor por el arte se vieron elevados hasta grandes alturas. Así fui conociendo la verdadera inspiración; ahora entendía mi propia vida en la tierra y la manera en que el hombre en la tierra recibía su inspiración. Era una gloria poder percibir todo esto. Todos sus caminos se dirigían desde este lado y también para eso había seres especiales, o sea espíritus, que en la tierra lo protegían de la ruina, hasta que fuera consciente en su propia vida. Seguí todo esto con mucha atención, aprendiendo así. Solo se incidía de este lado en él cuando se trataba del arte, pero en su propia vida lo dejaban a su aire. Tendría que vivir él mismo; ser vivido, aquí eso nadie lo quería. Pasaron algunos años. Por fin llegó entonces el momento en que se me concedió trabajar a través de él. Me encontraba listo, me había preparado, había pensado todo muy a fondo y me había sintonizado con ello con todo mi interior. Llegó el gran momento en que se me conectó con él. Fueron los maestros elevados quienes crearon esta conexión y también a mí se me ayudó.

¿Sientes la profundidad, esta infinita profundidad en sentimientos y el arte?
¿Sientes que la inspiración va elevándose más y más, de hombre en hombre, de espíritu en espíritu, de sentimiento en sentimiento, hasta que se dé lo más elevado y dejen de existir las fuerzas y los sentimientos humanos? El hombre

terrenal recibía inspiración, a mí me asistían seres aún más elevados, y allí detrás, a más altura todavía, siempre más lejos, a mayor profundidad, allí se encuentra lo perfecto, la fuerza Omnisintiente. Es el amor más elevado, lo más sagrado que Dios haya creado. Poder nutrirse de eso ofrece al artista lo más elevado que se le da desde la vida del espíritu.

Mi obra de arte fue un gran éxito para él y una tremenda satisfacción para mí. Obtuvo la aprobación de los maestros, lo cual me alegró mucho. Qué feliz me sentí y qué agradecido con Dios por este acontecimiento. Jamás había pensado en ello durante mi vida en la tierra. La inspiración que recibe el hombre en la tierra es para el artista una enorme gracia y para el espíritu una poderosa felicidad. Pero el espíritu ha de poseer su sensibilidad por el arte, y llevarla dentro, de modo que tiene que haberlo asimilado en una u otra vida.

Una vez que estamos conectados, el instrumento terrenal sigue operando casi día y noche, así como en estados de trance. Cuánto más intensa la inspiración, o sea nuestra inspiración, más en profundidad siente el artista su obra de arte, sin saber parar ya. Deposita sus fuerzas del alma y todo su amor en esta obra de arte, aunque lo eleven los maestros de este lado. Ya lo dije, a través de él hice lo que quise hacer durante mi vida en la tierra pero ya no alcancé a hacer. En ese estado no sentía odio, en mí había amor.

¿Cómo pensaba yo en la tierra? En mi vida en la tierra quise destruir otra vida a través de mi arte. Allí me rebelaba, no me conocía a mí mismo ni a Dios ni la vida ni los animales ni al hombre. Y en esa sintonización animal quise crear lo más elevado, lo más sagrado. Cómo inclinaba la cabeza, cómo pedía perdón. Ahora sentía mucha gratitud por que se me hubiera permitido esta gracia.

Los maestros hicieron varias grandes obras a través de él, y este arte no se extinguirá, al menos si el hombre no viola esas estatuas.

Pero ¿cómo se sentía el hombre en la tierra? ¿Valoraba este hombre lo que recibía? ¿Sentía nuestra incidencia, esta ayuda espiritual? ¿Sabía y entendía cómo recibía esta inspiración? Yo lo seguía en sus quehaceres y quería saber si entendía su propia vida. Pero qué decepción sufrí. Cuando le pregunté por ello al maestro, me dijo:

—Escucha Lantos, hermano mío. En su propia vida es un hombre corriente, como tantos otros. Pero posee una elevada sensibilidad por el arte que asimiló en otras vidas. Sin embargo, el hombre se cree capaz por sí mismo. Pero ves lo que es si tuviera que hacer esto solo y por sus propias fuerzas. Él está a nuestro alcance y eso, pues, es lo único importante. Lo que haga con su propia vida en la tierra es cosa suya. Pero ni un solo hombre en la tierra es capaz de alcanzar esta altura en el arte si no fuera por nuestra ayuda.

Nos hemos puesto la tarea de ayudar al hombre en la tierra y abrirle los ojos a lo elevado. Este artista regresó a la tierra y lo sabíamos con antelación.

Ya ve que se siguen todos sus caminos, pero tendrá que vivir como quiera y sienta él mismo. Así que puedo responder su pregunta con un firme “no”. Se coloca sobre un pedestal y este solo significa algo en la tierra. Aunque sienta muy claramente que se le ayuda, lo niega colocando su personalidad en primer término, sintiéndose en consonancia con ello. Su vanidad le juega malas pasadas. Si el hombre empieza a enriquecer su interior, a sentir amor, y si entiende a su Dios, si se inclina ante Su dirección sagrada y es y seguirá siendo humilde, entonces este hombre, después de su muerte terrenal, podrá entrar a las esferas de luz. ¿Siente lo que quiero decir?

Pero cuando piensa saber hacerlo por su cuenta y cuando vive su vida terrenal como el hombre que es basto material y que siente así, sucumbe espiritualmente, justamente por su capacidad. Creó milagros, pero esos milagros le fueron dados por nosotros y los creamos nosotros. Solo es un instrumento, nada más.

Nosotros, de este lado, nos hemos despojado de nosotros mismos por completo, pero él tendrá que aprenderlo. Solo unos pocos han conseguido esta altura en la tierra y que su vida interior coincida con el desarrollo espiritual, pero es que eso es lo más hermoso que el hombre puede asimilar en la tierra. Solo entonces descansará la sagrada bendición de Dios sobre todas las cosas. Entonces descansa la felicidad sobre ambos estados, entonces crece y florece el arte, y obliga al hombre a sentir respeto por todo lo que se le da. Entonces todo es amor y conexión con nosotros. No uno, sino miles se arruinaron. No supieron soportar la riqueza, se olvidaron y se perdieron, y solo por no entender su vida en la tierra. Al maestro terrenal se le admira mucho. Esa admiración es algo que hay que querer y el hombre lo quiere, es demasiado débil para una vida elevada. Desde aquí, como ya ha vivido, recibe el hombre sus inspiraciones. Desde aquí se los eleva hasta la mayor altura. En este mundo todo se calcula, todo se piensa y siente a fondo. Aun así, las personas en la tierra piensan que son ellas y que llevan esas fuerzas por dentro. Le repito, hermano Lantos, ningún ser humano que viva en la tierra puede realizar eso. El espíritu, el ser humano, la vida que vive de este lado, le aporta sus inspiraciones. Todo artista siente y sabe que cuando deja de ser él mismo y cuando le sale todo como sin esfuerzo, ha pasado a otro estado, que le es desconocido. Ese, pues, es el significado.

—Pero —pregunté al maestro— ¿qué debemos hacer entonces?

—Nada, hermano Lantos, nada, no podemos hacer nada. ¿Es que usted fue distinto? ¿No vivió usted en la tierra una vida así? ¿Vivía espiritualmente? Repase en usted mismo cómo vivió su vida. Unos beben para recibir la inspiración adecuada, otros la buscan en la vida, en la pasión y bestializándose. Pero para recibir la inspiración espiritual hay que buscar lo más elevado. Un espíritu de la luz sabe todo esto, pero le entristece cuando tiene que contem-

plar que el hombre sucumbe por su capacidad. Pero no podemos intervenir, porque tienen que vivir su propia vida y no tienen que ser vividos por nosotros. No atamos de pies y manos a nuestros instrumentos, solo cuidamos de que sean ellos mismos en la vida terrenal. Sabemos para qué regresamos a la tierra. Hemos ido hasta allí para servir a la humanidad y sacudirla para que despierte. Les llevamos la vida, o sea la vida eterna. Les llevamos felicidad y cavamos en la piedra nuestra vida, con la que pueden poner a prueba la suya propia. Este arte irradiará según nuestras fuerzas interiores. Ese es el amor que poseemos. Pedimos a la gente que se abra. Aprenderá que existen más cosas entre el cielo y la tierra que las que pudieron imaginar hasta ahora. El hombre que recibe todo esto es un ser humano agraciado. Pero nosotros tenemos instrumentos que antes de empezar una nueva obra de arte piden fuerza a Dios y entonces se les da esta incidencia sagrada. Este arte vive, porque en él reside la vida eterna. También nosotros tenemos respeto una vez que haya nacido en la tierra y entonces nos arrodillamos todos, sin excepción, para dar las gracias a nuestro Padre por todo. Porque se hizo Su voluntad. Lo creado se realiza en un estado elevado y religioso. ¡Hay que verlos a estos artistas! Allí donde van traen la felicidad y entienden su vida en la tierra, para lo que sirven y a lo que deben todo esto. No pueden intuir la dimensión de sus inspiraciones, pero aun así saben y dicen que no son ellos, sino su Padre que está en los cielos y que Él se lo dio. Así pues todo es amor entonces, estas personas custodiarán este arte meticulosamente e inclinarán la cabeza cuando admiren semejante estatua. Aprenden a intuir que son las fuerzas sagradas de Dios, los emisarios de Dios que por el arte regresaron a la tierra.

Por eso quisiera decirle a gritos al hombre: inclina la cabeza ante todas las obras del alma. En ellas hay amor, amor inmaculado y puro, los sentimientos del ser elevado. Esto se te dio desde la Fuente Superior. Aprende a sentirlo. Tienes que saber que todo significa pena y dolor, dolor del alma de quienes algún día vivieron en la tierra. Intuye cada vez con mayor profundidad y sigue avanzando hasta sentir la vida eterna en el arte. Entonces sentirás que hay una pervivencia y darás las gracias a Dios desde el fondo de tu alma por que se te haya concedido poder recibir y contemplar esto en la tierra. Insistimos en que para nosotros solo se trata de alcanzar a la humanidad por medio del arte. Unos lo hacen a través de la música, otros a través de escritos, de la palabra y la oración, nosotros a través de la pintura y las artes plásticas.

Hombre de la tierra, ve en todo esto la eternidad. Así se recompensa la obra del ser humano que vive del otro lado y sabremos que las lágrimas no se vertieron en vano. Solo entonces podremos seguir perfeccionándonos en el espíritu. Debes sentir y saber que ahora se ha llevado a la tierra lo más elevado. Siente a través de esa estatua de piedra, siente lo que hay detrás de ella y sentirás la vida eterna. Si vas aún más allá, sentirás a tu Dios y sabrás

que Él es un Padre de Amor. Todo eso podrás hacerlo por medio de nuestro arte. Cuando sientas el arte espiritual te arrodillarás y rezarás, y depositarás tus sentimientos más íntimos en tu oración. Mira en ese rostro de piedra y haz la transición a él. Cuando entres allí, suavemente, sentirás el amor del ser que lo creó. A ti también te hará sensible y te hará saltar las lágrimas. Entonces te arrodillarás y darás las gracias a tu Dios por todo lo que has recibido en la tierra. En el arte reside el secreto de tu vida, es religión y fe, es amor inmaculado.

Hermano Lantos, de esta manera es como Dios le otorgó la gracia de esculpir aun así sus sentimientos en la piedra, estando en la vida del espíritu. Siga, hermano mío, se le espera en las esferas de luz.

—¿Está al corriente de eso? —pregunté al maestro.

—Estamos conectados entre nosotros. Trabajamos para una sola meta: convencer a la humanidad de la pervivencia eterna.

—Le agradezco de corazón que me concediera esta gracia y que pudiera vivirlo —dije. Después me despedí de los maestros.

De nuevo me puse en marcha. Había aprendido que es posible entrar en comunicación con el hombre en la tierra de distintas maneras. Entonces también sería posible contar lo que había vivido. Pero para ello tenía que prepararme e intentaría alcanzar las esferas de luz. Había una sola posibilidad de conseguirlo y a eso quería entregarme ahora de lleno.

Estuve siguiendo durante un tiempo a los suicidas y conocí todas esas diferentes transiciones en el espíritu. Cuando supe todo ello, sentí que me brotó un gran deseo de asistir a esas personas. Fue haciéndose cada vez más intenso y crecía a cada paso que daba, por lo que ya no conseguí apartarlo de mí. Hice una completa transición a este nuevo estado de los sentimientos y por eso quería hacerme útil. Quería servir, ayudar al hombre sumido en el dolor y la pena. Se me esperaba en las esferas de luz y cuando llegara allí, viviría nuevos milagros.

Por eso me puse en camino y ayudaría al primer ser humano con que me encontrara, dado que me esperaba una cantidad infinita de trabajo. Todo es miseria, pena y dolor que el hombre se ha echado encima. Voy a apoyar a los de este lado y al hombre en la tierra, para protegerlos de su perdición total.

Fin de la parte 2

Parte 3: La vida cósmica

Amor servicial

Ahora entendí de lleno la vida en mi infierno. Había conocido todas esas transiciones y esferas. Ahora me pondría a trabajar en mí mismo y esto solo era posible siendo algo para los demás. Me lo había aclarado mi maestro, y también los maestros en el arte me lo habían dicho así.

Continué mi camino por la tierra y pronto haría trabajos a los que podría entregarme por completo. Pero me quedé en el mundo astral. No me era posible ir más alto. Iba callejeando y me concentraba en el ser humano. Los que estaban sumidos en pena y dolor eran los que más me atraían y a ellos los seguiría. Me iba encontrando con muchas personas, pero ni una sola se sentía feliz. Siempre había algo que eclipsara la felicidad, y yo sabía por qué.

La tierra era un planeta donde el hombre tenía que aprender, una escuela, y en esa escuela uno tenía que conocerse a sí mismo. Oh, entendía y sentía tan intensamente cuál era el propósito de Dios y por lo que el hombre vivía en la tierra. Todo me resultaba claro ahora. En mi propia vida ya no había abismos ni problemas ni milagros, todo me había sido revelado, por él, por mi padre de siglos atrás.

Qué poderoso era el hombre, qué profundas e incomprensibles eran las leyes espirituales. Cuando de este lado se deseaba el bien, se conocían todas esas leyes y uno vivía milagros y problemas. Solo entonces uno llegaba a ser uno mismo, entendía la vida y el propósito de estar en la tierra. Pero era en la vida en la tierra, en esa escuela, donde uno debía conocerse a sí mismo y para eso se estaba en la tierra. Pero el hombre estaba en rebelión, buscaba y preguntaba “por qué” y “para qué”, incapaz de aceptar. Quería la felicidad, porque el hombre tenía derecho a ella. Dios amaba a todos Sus hijos, era un Padre de Amor y sin embargo había tanta miseria. Cualquiera sentía pena, enfermedades y otras muchas cosas inhumanas, por lo que no había personas felices. Las veía correr y precipitarse, ni una estaba tranquila. De todas las personas ascendían foganazos, a la izquierda y derecha, y era la irradiación de su estado de ánimo interior, de sus pensamientos, era la sintonización del ser. Era lo que me hacía reconocer su vida interior. Cada haz de luz que percibía claramente significaba algo. Veía la luz verdosa que me estremecía y que había conocido tan de cerca. Esa esfera de los demonios no la olvidaría fácilmente, porque allí me habían atacado y arrastrado por la tierra. Los seres de quienes percibía esa luz también pertenecían a ellas. No me hacía falta buscar y sonar, me resultaban transparentes, porque leía en ellos y hacía de lleno la transición a ellos. Estos seres eran peligrosos. Cuando en la tierra tenían el poder sobre diversas posesiones, sin duda eran capaces de torturar

y de infligir tormentos si el hombre no hacía lo que querían. De este lado pertenecían a quienes yo había conocido y podían seguir destruyendo a la humanidad. Estas personas eran inalcanzables. Conocí a muchas, pero las dejaba pasar. Vivían en todos los círculos sociales. Vi a ricos y pobres que eran así, y cuando a un pobre se le daban esos medios y ese poder, este también se olvidaba de sí mismo y era exactamente igual. Sus sentimientos interiores eran acordes. Pero yo sabía que los pobres habían venido a la tierra para finalizar su ciclo en este estado.

Por la luz interior de otras personas vi en lo que pensaban y hacia dónde habían hecho la transición con toda su personalidad. Percibí irradiaciones sombrías y me pareció poderoso contemplar esto. También entendí que si no hubiera descendido en todos esos infiernos, no lo habría comprendido para nada. Pero habían transcurrido siglos y en ese tiempo había aprendido mucho, por lo que ahora entendía a cuantos vivían dentro y debajo de mi propio infierno. Cuando me encontraba con personas que me resultaban sombras, me sentía feliz. Habían avanzado más que yo y eso me espoleaba a empezar a pensar intensamente, muy intensamente. Así es como seguía al hombre desde hacía tiempo, y estaba dispuesto a ayudar a quienes más me necesitaran.

Vi ante mí a un ser humano terrenal y en su irradiación había algo que me atrajo. El hombre andaba inclinado hacia delante, completamente ensimismado y era como un muerto en vida. Llevaba una túnica preciosa de la que deduje que pertenecía a los círculos más elevados. Continué siguiéndolo y vi muy dentro de su alma, por lo que supe en qué pensaba. Este hombre estaba roto por dentro. Le consumía el odio, porque le habían engañado. Era el amor, el sempiterno amor, lo que también a él le entristecía tanto. No sabía en este momento ni que estaba vivo. Pasábamos de una calle a otra. Pero vi aún más cosas. Le perseguían dos seres astrales; eran un hombre y una mujer. Eran destructivos los pensamientos que le dirigían.

¿Qué querían estos seres de este hombre terrenal? Me retiré a mi propio mundo, porque no quería que me percibieran. Solo más tarde entendí cómo lo pensé tan de repente, y sentí que a mí también me seguían. Fui conociendo fuerzas que no había vivido en mi viaje, que sin embargo había durado siglos. Este ser humano había dejado de ser él mismo, porque con él se habían conectado dos seres animales. Ahora vivían dentro de él. Le envolvía una emanación de pasión y destrucción. 'Ojalá que se le pueda salvar', pensé.

El hombre estaba triste, y no tenía posesiones espirituales con las que pudiera conectarme. Aun así, continué siguiéndolo, otra fuerza me obligaba a hacerlo.

Veía que le salían fogonazos hacia otro ser humano, lo percibía claramente y entendí su significado. Más tarde seguiría esos pensamientos emitidos con rabia, pero primero quería saber dónde vivía. Pasó mucho tiempo antes de

que hubiera alcanzado su destino, pero al fin entró a su vivienda. Había sentido bien que era rico. Tenía muchas posesiones terrenales, y aun así era infeliz. Sin que nadie me lo pidiera lo seguí, y junto a mí los otros dos. Era un ser humano en la tierra, que sin ser consciente de nada, estaba siendo seguido. Me pareció sentir algo ominoso.

Daba miedo ver esto desde mi mundo. Se sentó en una de sus habitaciones. Seguí entonces a los seres astrales, con curiosidad por saber lo que harían. Allí estaba sentado el hombre terrenal, inclinado hacia delante, la cabeza entre las manos y suspirando profundamente. Se le acercó uno de sus demonios, se forzó una entrada a su aura, sondó sus sentimientos y lo perforó con su voluntad. Me sintonicé con este ser y sentí lo que quería. ‘Qué monstruos son’, pensé, ‘¡qué seres tan terribles!’. Le dirigían asesinatos y violencia. En él estaba el ser humano astral. A su lado estaba el espíritu femenino, que observaba cómo iba todo. No me desconecté de ellos en ningún momento. Era asombrosa esta unión de seres, aunque horrible, porque espoleaban al hombre en la tierra a hacer cosas terribles. El demonio elevaba su odio, lo cual era muy sencillo. Reforzaba sus sentimientos hacia la mujer que le causaba todo esto. Una vez alcanzado ese punto, él ejecutaría este plan. La luz que yo percibía ahora era endemoniada. El hombre de la tierra se encolerizó. Se levantó de golpe de donde estaba sentado y corrió de un lado para otro en la habitación. Al cabo de un rato volvió a sentarse para pensar.

‘Ay, hombre, estás en manos del mal’, pensé. ‘Cuando decidas lo que te obligan a hacer morirá un ser humano, y también tú entrarás en esta vida’. Le instilaban asesinatos y destrucción. No podía alcanzarlo, no había nada que yo pudiera hacer aquí, porque los demonios lo tenían en su poder y él tenía que ver con ellos. Me puse a seguir los sentimientos del espíritu femenino y vi en su vida. Había sido destruida en la tierra, habían puesto fin a su vida. Había librado su batalla, pero odiaba. También había recibido ayuda en esta vida, en concreto del hombre que se había conectado en este instante. El odio de ella era terrible, y todo esto salía de ella. Él, este hombre terrenal, la había matado.

A mí esta vida me había purificado, pero a ella le había exacerbado el odio. Ante mis ojos se desenvolvía un juego humano, pero terrible. Estaba siendo testigo de un acontecimiento que primero se había desarrollado en la tierra, y que ahora se prolongaba de este lado. Me latía el corazón en la garganta. ¿Qué tendría que hacer? Sentía claramente que a él no lo podría alcanzar. De este lado se deseaba que matara. Para protegerse contra eso tenía que empezar de inmediato otra vida y renunciar a sus deseos. Pero sentí que no sería posible. No estaban en él esas fuerzas.

Volví a concentrarme en él y sentí que su odio se había atenuado algo. Allí estaba, pensando tranquilamente. El demonio se liberó y dijo al ser femem-

ino:

—Pensé que ya lo tenía hecho, pero no se decide.

Entendí que el hombre terrenal seguía siendo uno mismo, a pesar de todo, y que así se protegía.

—Espoléaló —dijo el monstruo femenino—, para que beba, eso le debilitará la concentración.

El hombre astral volvió a forzarse una entrada en este ser terrenal, y lo espoleó a beber.

Me asusté. Ciertamente, actuó conforme a esa férrea voluntad y se levantó de un salto. Sacó bebida de un nicho y llenó un vaso, que vació de un solo trago. De nuevo bebió el líquido, quedándose aturdido e inseguro sobre sus pensamientos. Su mente se quedó confusa y se fue inquietando cada vez más. Ahora estaba del todo en poder de ellos. Seguí con atención este terrible proceso y me quedé donde estaba. Continuamente vi que le salían pensamientos hacia esa otra personalidad. Ahora iba a seguirlos, porque quería saber quién estaba causando todo esto.

Seguí sus pensamientos sintonizándome con ellos, y me llevaron al lugar donde vivía la persona que ocupaba todos sus razonamientos. Fue muy sencillo. No tardé en entrar a un edificio y ante mí vi a una mujer muy hermosa. Junto a ella había otro ser humano y entonces ya entendí toda la situación.

—Debe ayudarme —oí que dijo—, mi vida corre peligro, porque él ya no es quien era.

—¿Me quedo aquí? —Oí que preguntó él.

—Hazlo —respondió ella—. Quedémonos a la espera. Pero no estoy segura, no confío en él para nada.

El ser al que hablaba era un ser humano con una bella irradiación. A este lo podía alcanzar y quería dejarle claro lo que iba a suceder. Me conecté y deposité mis sentimientos en él. Sus pensamientos los impulsé hacia ese otro ser humano y la conversión que oí entonces me dio la seguridad de que me estaba sintiendo. Oí que dijo:

—Lo conozco, es capaz de hacer cualquier cosa. Tenga mucho cuidado, porque no es usted la primera. Circulan rumores de que toma medidas drásticas cuando se empeña en hacer algo y no le sale bien. Intuyo que esta situación es muy grave. Está usted jugando con su propia vida. ¿Y por qué fue usted tan lejos?

—¿Cómo dice, que fui demasiado lejos? ¿Tengo que dejarme engañar? ¿Quiere decir que soy yo? ¿Cómo se le ocurre!

—Pero lo digo de verdad, usted fue demasiado lejos. Se equivocó en su personalidad. Ahora se encuentra ante un caso muy grave. ¿Quiere que lo visite? —añadió.

—¿Visitarlo? —repitió ella su pregunta—. ¿Qué querría hacer usted?

—Habraría con él, quizá llegaría a convencerlo.

—¿Usted? ¿A su enemigo?

—¿Y qué más da?

—No —dijo ella—, eso nunca.

Entonces me retiré. Me encontraba en un estado muy curioso. Solo yo sabía lo que podía suceder. Y ahora, ¿qué? Volví a conectarme con este joven y supe hasta dónde sería capaz de llegar. Estaría dispuesto a dar su vida por ella. Pero ella no se lo merecía y yo intentaba evitarlo. Le hice sentir que ella no se lo merecía y en eso mantuve sintonizada mi concentración. No tardó mucho en ponerse a pensar. Tenía fijados sus pensamientos en ella con agudeza. Caló ahora toda su personalidad.

Sus sentimientos eran finos e inmaculadamente humanos. Pero ella jugaba con los corazones, lo que le hice sentir a él con nitidez. Se levantó y prosiguió:

—¿Desde cuándo lo conoce?

—Desde hace casi medio año —respondió ella.

—Vaya, ¿y usted no le prometió nada? ¿Absolutamente nada?

—¿Cómo se le ocurre decir eso? —fue su pregunta.

—Sin duda que usted sabe cómo se me ocurre eso —dijo con serenidad—.

No entiendo que él tenga derecho a formularle estas exigencias.

—Ya ve, él se cree que es capaz.

La sondó, y yo a él, y sentí que aún no la conocía desde hacía tiempo. Ella era el ser insondable para él, porque la profundidad de sus sentimientos eran insondables para el ser humano en la tierra. Por eso elevé sus sentimientos y a través de mí la sintió como nunca antes. Aquí yo quería salvar lo que se pudiera salvar. Si este hombre se entregaba por ella, ambos sucumbirían. Ahora quise que se desprendiera de ella. Deposité en él un sentimiento de duda y reforcé esos sentimientos haciéndole sentir el carácter de ella, del que ahora estaba tomando conciencia. Seguí sus pensamientos y su interés por ella disminuyó. De pronto dio un paso en su dirección y dijo:

—¿Puedo leer esa carta?

Ella lo traspasó con la mirada, se encogió de hombros en un gesto de desprecio y dijo:

—¿Y de qué le serviría? De nada. Solo perdería su buena salud y su humor.

Entendí de inmediato que me faltaban cosas por saber. ¿Había una carta? ¿Le había escrito y le había puesto condiciones? ¿Dónde estaba esa carta? Sondé sus pensamientos y así supe dónde se encontraba. Llevaba el escrito consigo, pero dijo que lo había guardado y que ahora no podía ir a buscarlo. Para mí era una mentira. Ahora leí lo que había escrito en la carta. Era milagroso poder hacer todo esto. Veía con claridad cada palabra escrita. Cada palabra irradiaba luz. Este escrito significaba odio. Ni me hizo falta leer más, ya sabía todo. Era una clara exigencia. Leí: “Deme la oportunidad de hablarle

en veinticuatro horas”. La mayor parte de esas horas ya habían transcurrido. Ella tendría que decidir esta noche antes de las doce. Se encontraba ante las últimas horas. El que estaba con ella la custodiaría, pero aun así —yo lo sentía claramente— estaba retirándose de ella en sentimiento, dado que conocía su personalidad entera. Este ser humano quería dar su vida por ella, pero tenía que saber para qué. Me sentía muy feliz, porque estos eran mis pensamientos.

Después vi otro milagro. A mi lado estaba formándose algo y un espíritu se manifestó ante mis ojos. Vi que pertenecía a los seres elevados.

—Le doy las gracias —me dijo el ser— por proteger a mi hijo.

—¿A su hijo? —pregunté muy asombrado.

—Él es mi hijo. —Y lo señaló—. Le estoy muy agradecida, porque estoy siguiéndolo desde hace tiempo. ¿Contempló todo este teatro? ¿Sabe usted lo que está sucediendo?

—No —respondí—, aún no lo sé, lo estoy siguiendo.

—Sepa entonces que no podrá evitarlo. Vi este peligro hace mucho y por eso sigo a mi hijo. Pero debe impedirle que se acerque a ella. Es posible mediante la concentración, así tendrá que retirarse. Le ayudaré, pero aquí no. Pediré fuerzas a Dios, porque es necesario que viva.

—Pero —dije, cuando de pronto vi mi propia vida— ¿es posible? ¿Es posible protegerlo cuando tenga que hacer la transición, cuando tenga que vivir esto?

—No —me dijo el ser—, eso no, pero si no lo despierta, sucumbirá de todas formas. Se lamentará por ella y entonces su vida quedará destruida. ¿Siente lo que quiero decir?

—Sí —dije—, la entiendo por completo, ya estoy en ello.

—Lo sé, pero debe seguir junto a él. Él es el único a quien usted puede ayudar.

—¿Y los otros?

—Ambos van a hacer la transición.

—¿Ya lo contempló usted?

—Lo recibí —me dijo el hermoso ser.

‘Dios mío’, pensé, ‘cuántas cosas me quedan por aprender’.

—Me quedaré con él, pero ¿puede usted darme más consejos?

—Sígalo y no deje de hacerlo, es todo. Pero cuando sea posible deberá transmitirle sus sentimientos, y él actuará según cómo sean.

Después el espíritu se retiró para mí y volví a quedarme a solas con ambos. Ocurriría un terrible drama. Ya lo sabían en las esferas. Me volvió a resultar un problema profundo y a la vez un milagro de la fuerza humana. Se sabía todo del hombre terrenal, cuando ambos estaban conectados. Desde este lado se sintonizaba con el hombre terrenal y lo que para la tierra eran

milagros, que solo se conocerían de este lado, no era otra cosa que el amor entre madre e hijo. Intentaría despojarlo de sus últimos sentimientos por ella. Conocí leyes que me eran nuevas. Unos vivían a través de otros, y otros, a su vez, eran destruidos por el hombre invisible. Ya no era posible salvar a quien yo pensaba estar protegiendo, pero la persona en quien no había pensado y que ni siquiera conocía, esa era precisamente la que debería ayudar. Me quedé entonces a la espera de lo que sucedería. Aquí había calma ahora.

El joven hablaba con ella, pero ella esquivaba sus preguntas sin ver la gravedad de su propia situación. Ella lo había influido a través de su belleza, por la que él se sentía atraído. Era algo verdaderamente humano. Ese tipo de situaciones eran cotidianas. Pero que sucediera de esta manera solo lo vi en esta vida, y lo viví porque hice la transición a ello. Aquí aprendí lo que no había aprendido en mi largo viaje. Pero no defraudaría la aparición. Él seguía cegado, pero yo tenía que esforzarme por matar sus sentimientos. Aunque sentí que no era tan sencillo.

Esta mujer, que estaba siendo influida por los demonios, estaba conectada con él. Ella había roto la conexión y él volvía una y otra vez a eso, sin aceptarlo. Ahora contemplé todo. Era muy sencillo. Él había engañado a esa otra mujer, a ese demonio, y ella había recibido ayuda de este lado de ese terrible monstruo, por lo que lo espoleaban ambos. Había cinco personas conectadas y yo iba a intentar salvar a ese joven. Una tarea que no era fácil, pero me esforzaría. Había una madre que velaba por su hijo; sus sentimientos eran hermosos y me hacía bien haberlo vivido. Vi en ello amor immaculado, un amor que era más elevado y más fuerte que el mío. Volví a oírlos hablar, pude seguirlos en todo a pesar de haber estado pensando al mismo tiempo. Él insistía en que ella le contara todas las cosas de su vida con él. Pero ella supo esquivar la pregunta con maestría y dar otro giro a la conversación. Sin embargo, él volvía una y otra vez a lo mismo. Puse mis sentimientos en él y lo incité a que siguiera. Sus preguntas eran escuetas y severas; ásperas e hipócritas, las respuestas de ella.

—Si no me dice la verdad me iré —dijo él.

—No tengo nada que decir —le espetó—. ¿Qué quiere? Váyase, si no le gusta esto, váyase sin más, sabré defenderme.

Allí estaba, pálido como un muerto, ella lo había asustado. Ahora la iba a calar de lleno, porque yo seguía conectado con él. Ella se le acercó.

—Vamos, deja todo esto —dijo ella. Se le arrimó cariñosamente y mi poder sobre él hizo hizo la transición a ella. No era tan sencillo tener pleno poder sobre un ser humano y protegerlo desde este lado. Por su amor hacia ella, él me repelió, y como ella se le arrimó con cariño mi poder sobre él ya se había roto. Sus propios deseos me estaban estorbando. Con eso desde luego que no había contado. Aquí todo sucedía de improviso. No me quedaba otra que

dominar esa voluntad humana si quería conseguir algo. Aun así no pude alcanzarlo en este momento. Entonces me puse a pensar en los otros. Quería saber lo que pasaba allí y me alejé, aunque regresaría enseguida. No tardé en llegar y lo encontré tal como lo había dejado. El tiempo iba pasando. Dentro de él, y a su alrededor, seguía viendo a ambos demonios. Ahora estaba siendo un instrumento a merced de ellos. ¿Cómo se resolvería este drama? Volví a sonarlo y constaté que ya había adoptado una decisión y que estaba conectado de lleno con ellos, en cuerpo y alma. Su odio había llegado al paroxismo. Su alma estaba contagiada por el veneno de este lado. Era inhumano lo que estaba observando. Había alcanzado la edad de cuarenta años, demasiado corta para morir. De todas formas, estaba perdido, porque no deseaba otra cosa. Pataleaba con furia y vació su vaso, dejando su mente aturdida y su odio exacerbado.

De forma inesperada pareció llegar a una decisión. Yo sentía lo que quería hacer y vi todavía que se guardó una daga. Después se dispuso a partir. Los demonios lo siguieron, su concentración era aguda y así se mantuvo en él. Me desplazé en un foganazo, de vuelta a quien yo iba a ayudar. Me concentré en ese entorno y fui planeando hasta allí. La casa estaba rodeada de un hermoso jardín, unos árboles tapaban las vistas. Vi con nitidez esta escena terrenal. Me apresuré a entrar, porque había que actuar. A ambos los obligué a que se fueran, pero me resultó imposible. Él había vuelto a hacer de lleno la transición a ella, enredándose en sus trampas. Era innegable su sangre juvenil. Forcé mi entrada en él y agucé mi concentración. Me habría sido posible detener a un caballo desbocado. Le cayó encima un terrible temor.

—¿Qué le ocurre? —preguntó intrigada.

—No me encuentro bien —contestó.

En ese momento hice la transición a ella y también en ella deposité mi temor, lo que sabía del destino. Ambos me sintieron.

—Va a ocurrir algo —dijo ella—, me está entrando miedo. —Él también tenía miedo, pero a causa de ella quería ignorarlo—. Él vendrá —dijo ella—, ¿qué debo hacer?

—Váyase —volvió a decir ella—, lo matará.

—No —respondió él—, me quedo.

—Váyase —reiteró—, le va a costar la vida.

—Me quedo —dijo resuelto. Se sentó y se la quedó mirando. Ella corría de un lado para otro, como un animal salvaje. De pronto soltó unos terribles alaridos que penetraron hasta en mi vida. Miraba hacia la entrada y delante de ella estaba su amante anterior. Contemplaba la situación sonriente. Entonces se acercó a ella; hubo un cruce de miradas. Primero la miró a ella y luego a él, que se había colocado delante de ella.

—¿Quién es usted? —preguntó a mi protegido. Este no dijo nada y siguió

mirándolo.

—¿Quién es usted? —insistió—. ¿Y qué hace usted aquí en mi casa?

Se asustó.

—¿Su casa?

—En mi casa; ¿qué hace usted aquí?

Ella estaba como petrificada y próxima a la desesperación. De un salto se colocó delante de él.

—Váyase —dijo ella—, ¿quién le da el derecho de hablar así?

—Vengo aquí cuando me da la gana. —Oí que dijo él. Agarró su daga como un rayo y en el mismo instante dos personas resultaron apuñaladas. Mi protegido se alejó, con una profunda conmoción interior.

Me quedé para contemplar cómo acabaría esto. Estaban en vida todavía, pero ambos morirían. En el mismo instante en que percibía yo todo esto, oí que se decía a mi lado:

—Sígalo, más tarde podrá volver usted aquí.

Me concentré en él y pronto lo alcancé. Proseguía su camino como en sueños y no era consciente de a dónde iba. Me conecté con él, sus pensamientos eran feroces. Aun así logré que se pusiera a pensar, por lo que empezó a plantearse preguntas. Sintió mis pensamientos, mi fuerza le hizo consciente. Pero de golpe empezó a llorar mucho y se derrumbó. Tampoco había contado yo con eso. ¿Qué hacer ahora? Quería despertarlo, pero no lo conseguí. Pasaron las horas. Por fin vi que se le llevaba a su propia vivienda. Después regresé al lugar del terrible suceso. Ambos estaban todavía en vida, pero unos minutos después ella entregó el espíritu.

Cuando lo percibí vi a unas sombras cerca de mí, a las que creía haber visto antes. Ahora se me fueron haciendo visibles y vi que hacían movimientos de roce magnético sobre la vestidura material. Después oí un grito horrible, y el espíritu salió de la vestidura material. Había muerto en la tierra y nacido de este lado. Él aún vivía, pero ya no le quedaba mucho. Los demonios estaban observando a cierta distancia. Lo habían abandonado, pero estaban esperando su entrada de este lado. Me quedé a la espera de lo que harían. Me había tocado vivir un terrible drama en estas pocas horas. Oí un grito ahogado y entendí: también él está haciendo la transición.

Pero entonces volví a vivir otro acontecimiento. De nuevo vi sombras, que se lo llevaron. Pero ¿era posible? ¿No era él también un suicida? ¿Qué significaba esto? Pero en el mismo momento oí que se decía en mi interior:

—¡Es su final!

—¿Su final? —repetí—. ¿Su final? Dios mío, qué incomprensibles son Sus leyes.

—Siga a esas sombras, solo más tarde se le podrá aclarar todo esto. Este es su fin normal. —Oí que se me decía.

¿De quién era esa voz? ¿Alguien que se suicidaba había muerto en su estado normal? ¿Y yo? ‘Es demasiado incomprendible’, pensé, ‘es aún demasiado hondo para mí. Ya se me dará alguna vez el significado’. Ya no oí nada más y seguí las sombras.

¿A dónde irían? Entonces sentí que se me elevaba, y a toda marcha, lejos de este lugar. También los demonios se fueron y siguieron a las sombras. Sentí que abandonaba la tierra. Fue aumentando la altura, siempre más, por lo que dejé de percibir la tierra. Tampoco esto había visto ni sentido ni vivido yo en mi largo viaje. ¿Qué clase de milagro era? No dejé de seguirlos.

¿Sabrían los demonios a dónde iban esas sombras? Pero sentí que iba a vivir un nuevo milagro, del que aún no sabía nada, aunque me parecía que ya sabía mucho. Fuimos más lejos, siempre más lejos. También había visto a esas sombras cuando la lucha en la calle. Se me ocurrió de pronto. También allí se habían llevado a los fallecidos. No sabía a dónde, pero ahora lo averiguaría. Ante mí apareció una ciudad, entré en otro mundo. A mi alrededor vi casas y edificios. ¿Dónde estaba? Esto no podía ser un cielo, porque a mi alrededor reinaban las tinieblas. Siguieron avanzando y planeaban a través de todos esos edificios. Por fin descendieron. Me sentí en la planta baja, el piso era denso. También tenía cerca de mí a los demonios, pero no me veían. Seguí también todo lo que hacían. Observaban como depredadores, y sentí sus intenciones. Aquel ser, allí, acaparaba su atención.

Depositaron al fallecido en una caverna oscura. A mi alrededor vi más cavernas y chabolas. Entonces vi con claridad las sombras y una de ellas estaba irradiándolo a él. Hacía grandes movimientos de roce magnético por encima del cuerpo. Siguió así bastante tiempo. Continué observando y me pareció muy asombroso lo que percibía. Los demonios continuaron mirando a cierta distancia. Me di cuenta de que las sombras los sentían, porque una de ellas los miraba. Entonces las oí hablar y me asusté de lo que dijeron.

—Nuestro trabajo está hecho —dijo una de las sombras—, después podrán atacarlo.

Entonces entendí de inmediato toda la situación. Es de lo que me había hablado mi propio maestro. Yo también habría vivido un estado semejante de haber muerto de forma normal. Las sombras se fueron, pero apenas se habían marchado cuando ambos demonios cayeron como locos sobre el hombre, que estaba durmiendo allí, y lo zurraron. Lo oí gemir y sentí que recuperaría la conciencia. Lo pisoteaban y pateaban y lo sacaron a rastras de la caverna.

—Déjame en paz, déjame en paz. —Oí que decía. Entonces la mujer le gritó varios insultos y lo maldijo. Vi que no iba a quedar mucho de él, pero también sentí que aquí yo no podría hacer nada. Los demonios lo tenían en su poder, no cabía la menor duda de eso. ¡Eran demonios! Lo agarraron y lo arrojaron a varios metros de ellos, para volver a apalearlo. Por Dios, ¿a

dónde había venido a parar yo? Estaba en un infierno, pero aun así no me era conocido. ¿Cómo podría averiguar esta verdad? El ser emitía unos terribles gemidos y ni siquiera eso bastaba, porque seguían atacándolo. Estas personas estaban fuera de sí. Le lanzaban todos los insultos y todas las maldiciones. Él era el culpable de la perdición de ella. Qué animales eran estas personas, aquí se desfogaban. Sentí un odio que jamás había sentido en la tierra. ¿Cómo era posible que un ser humano odiara tanto? Pero aun así continuaron. El fallecido ya no era consciente de nada. Había dejado de sentir que le pegaban, estaba inconsciente. La mujer era como un animal salvaje preanimal, era terrible. ‘Dios mío’, pensé, ‘qué animal, ¿qué demonios le pasará a esta gente?’. Entonces lo abandonaron.

—Regresaremos —oí que dijeron—, volveremos a despertarlo. Lo dejaremos dormir para que se reponga, pero después volveremos.

—Regresaré. ¿Dónde está la otra? —Oí que dijo el ser femenino.

El espíritu masculino a quien había ido dirigida la pregunta contestó:

—Aquí no está.

—Lástima. Anda, nos vamos, de vuelta a la tierra —la oí decir.

‘¿A la tierra?’, pensé, ‘pero ¿no estamos entonces en la tierra?’. ¿Dónde me encontraba? ¿En el infierno? Pero ¿dónde? Me quedé paralizado del susto y reflexioné. De repente sentí una mano en el hombro y vi el rostro de un ser humano.

—Hermano —me dijo el ser—, ¿se queda de brazos cruzados cuando los demonios desgarran a otro ser humano?

—Pero ¿qué puedo hacer? Aquí no puedo hacer nada. Dígame, ¿dónde estoy? —pregunté.

El ser me miró y dijo:

—Se encuentra en las esferas. Esto aquí es un infierno. De donde usted viene, eso pertenece a la tierra y son las regiones astrales, pero esta es la tierra del espíritu.

—Qué asombroso —dije y pregunté—: ¿Es usted un espíritu de la luz?

—Sí, lo soy.

—¿Qué hace usted aquí?

—Intento ayudar a los infelices.

—¿Aquí, en estas tinieblas?

—Sí, en este infierno, y aún hay muchos.

—¿Qué tierra es esta? Veo casas y edificios.

—Esto de aquí es la tierra del odio. En realidad está viendo una ciudad, pero la ciudad se levantó con odio.

—¿Qué hace aquí, tan solo?

—No estoy solo, aquí hay miles de ayudantes para ayudar a quienes quieran ser ayudados.

—¿Es que entonces podría haberlo ayudado?

—Usted podría haber dado su vida por él, a quien se trajo aquí desde la tierra.

—¿Es posible dar mi propia vida?

—Sí, lo es, mire allí.

Miré hacia el lugar que me indicaba y en el mismo instante fui atacado; antes de darme cuenta me estaban arrastrando por las tinieblas. Ya me habían atacado antes, así que sabía cómo liberarme de esas garras. Entonces oí unas risas satánicas. ¡Qué canallas! ¿Qué clase de farsantes viven aquí? Sentí que me había liberado, pero aquí el mal acechaba al hombre igual que en la tierra. No había contado con eso. Me habían atacado por sorpresa, ¡qué diablos! ¿Qué clase de gente vivía aquí? Estaba en otro mundo, pero ¿en cuál? Allí, delante de mí, estaba ese infierno. Aun así, quería saber lo que le había sucedido, y regresé. Me concentré con fiereza en el ser que habían depositado allí. Aunque pudieran volver a atacarme, decidí descender. Ese demonio se hacía pasar por un hermano; cuántos peligros había aquí.

A mi alrededor se hicieron las tinieblas y sentí que iba por el buen camino. Me acerqué con mucho cuidado. Allí yacía el ser. A diestro y siniestro vi a otros seres, y estas personas eran como los demonios que lo habían seguido. También a ellos los oía hablar. Estaban hablando de mí. ¿Estaría oyéndolos bien? Sí, estaban contándose cómo me habían atacado. Entendí que ahora estaba en otro infierno. Estaba muy alejado de la tierra. Esto de aquí era la sintonización espiritual. ¿Se encontraba esta región fuera de la esfera de la tierra? Entonces, ¿dónde estaba la tierra? Me fijaría en ello. ¿Sentía yo el significado? ¿Estaba el mundo astral en la tierra? ¿Era esta la verdad? Había entrado en una esfera que me era desconocida. Por lo demás, todavía oí que dijo que los otros habían regresado a la tierra, pero que volverían aquí. Uno de ellos estaba de guardia aquí. Esperaban hasta que volviera a despertarse, después habría más golpes. En la tierra mataban a golpes a la gente, pero aquí la dejaban inconsciente. Había que despertar “por la fuerza”. Me pareció sentir también este problema y se me hacía terrible. No percibía más que crueldad, pasión y violencia. Todos eran demonios, demonios que se hacían pasar por seres más elevados, para atacar después a quienes no eran conscientes de nada. Todavía sentía sus palizas. Qué terrible era todo lo que había vivido hasta ahora. Me habían atacado en el mundo astral, pero aquí me parecían aún más viles.

Se fueron muchos, pero se quedaron dos. ¿Estarían todos con él? ¿Tenía que ver esta gente con él? Lo estaba esperando el mal que había cometido en la tierra. Quizá habría centenares que tuvieran que ver con él. Tras un breve intervalo llegaron aún otros. También regresaron los primeros demonios que lo habían enviado hasta aquí, entre ellos la mujer que era la jefa de todos. Vi

un horrible complot allí delante de mí. Qué banda más terrible de bandidos y asesinos se había juntado allí. Todos iban juntos. Era increíble. Aquí conocí la conexión de los diablos, había centenares conectados entre ellos. Ahora estaban hablando de mí, que los había seguido y que me habían destruido. 'Ya les habría gustado', pensé, pero frente a esta fuerza apabullante yo no era nada. ¿Qué es lo que me quedaba por hacer aquí? Quería volver a la tierra, a la persona a la que había abandonado sola. De modo que seguiría la voz de mi corazón, y esa voz y esos deseos los mantenía fijados en la tierra. Había visto entrar a un ser humano al reino de los espíritus desde la tierra. Estaba siendo una transición horrible, porque lo estaban esperando aquí y lo seguían custodiando. Cuando se despertara, volverían a atacarlo. Cómo me estremecían y hacían temblar esas fuerzas demoníacas. Entonces me concentré en la tierra y quise ir más rápido, porque sentía cómo me afloraba el miedo. Este infierno se me fue disolviendo y debido a que no dejé de pensar en la tierra planeé en su dirección. O sea que sí había sentido bien. Allí estaba el reino de los espíritus y yo me iba ahora a la tierra. Las regiones astrales estaban en la tierra, así tenía que ser, no lograba encontrarle otro significado. Pero ¡entonces aquel demonio había dicho la verdad! Ya iba viendo la tierra. Ahora mantuve centrados los pensamientos en quien había querido proteger. No había podido hacer mucho más que ayudarlo a pensar y así había averiguado él la verdadera personalidad de ella. Se me fue haciendo visible la tierra. Era como si la pudiera percibir más claramente. ¿Sería por estar haciendo algo por los demás? En cualquier caso, me produjo agrado, porque era consciente de mis buenos propósitos. Entonces accedí a un edificio en la tierra. Fui recorriendo las habitaciones y mantuve mis pensamientos fijados en quien había dejado solo. Quien había vivido este drama yacía dormido en una de las habitaciones. Estaba rodeado de algunos seres humanos terrenales. Vi que estaba despertándose y que querían hacerle preguntas. En un fogonazo entendí lo que tenía que hacer. Me conecté con él y fui respondiendo a todas las preguntas. Dije que no tenía nada que ver con todo esto. Él mismo no sabía qué camino seguir, lo que yo sentía con nitidez, pero tenía que seguir esta, porque si no también él estaría perdido. Así que seguí en él y de este modo lo obligué a seguir hablando. Lo tenía plenamente en mi poder y me obedecía. Después entró un hombre mayor y sentí que era su padre. Se quedó escuchando y entendió la situación en que se encontraba su hijo. Se le preguntó si conocía a ambas personas.

—No —dijo.

—A usted se le ha seguido. —Oí que se dijo.

—Entonces han visto mal esas personas —añadió. De pronto me pareció que todo se había echado a perder, porque empezó a sollozar. Era un error, porque podrían sospechar de él. Pensaban que ahora se entregaría de lleno.

Reforcé mi concentración y lo obligué a conservar la calma. Ahora también sentí que se me ayudaba. Por la fuerza que depositaba en él volvió en sí y dijo:

—Me siento muy consternado, ¿cómo se les ocurre hacerme semejantes preguntas?

Entonces su padre tomó la palabra, defendiendo a su hijo. Entendí que era la única opción que le restaba para salvarlo del patíbulo.

—No me siento bien —dijo—, con esa otra cosa no tengo nada que ver. Ahora deseo dormir, no estoy bien y me siento enfermo. Busquen, pero no aquí.

El padre retomó la conversación e intentó convencerlos de la inocencia de su hijo.

—¿Dónde estaba usted en tal y tal tiempo? —le preguntó aún uno de esos señores—. A usted lo encontraron lejos de su vivienda.

—Cierto, pero yo no tengo nada que ver con eso.

—Bien —respondieron y se fueron.

El primer interrogatorio había concluido. Me sentía atraído por él, pero desconocía la razón. ¿Sería que tendría que ver algo con él? Pronto se quedé profundamente dormido, pero me quedé velándolo. Me fueron surgiendo sentimientos curiosos. Me sentí como antes, cuando aún vivían mis padres, y sin embargo ahora estaba en una tierra desconocida. ¿Es que yo conocía estos seres? Lo sondé, al igual que a su padre. En ese instante volví a sentir la incidencia que me era tan familiar. ¿Se me estaba conectando con algo? De pronto me apareció en la mente algo del pasado. ¿Sería que estos seres tuvieron que ver conmigo en tiempos muy lejanos? Volví a sonarlos, para poder intuir todo su ser, su interior más hondo. Pero no lo conseguí y así fue como su vida permaneció envuelta en una espesa emanación. Pero no dudaba de que esto tenía un significado, porque en esta vida no había nada que no significara nada. Cada pensamiento que se sentía y que se pronunciaba de forma consciente o inconsciente tenía un significado para quien lo captaba. Pero solo me sentía atraído hacia él, no hacia su padre. Nuestros sentimientos, o lo que fueran, se correspondían. En su estado había algo de mí y esos sentimientos volvían hacia mí mismo. Esto era lo que me mantenía ocupado, lo cual me extrañaba, aunque lo sintiera con nitidez. Su padre, en sentimientos, estaba alejado de mí, y lo sentía más bien como la conexión con este ser humano. Estos sentimientos me brotaron durante su sueño. Tras un largo descanso volvió a despertarse. Salió de la cama de un salto y buscó a su padre. Lo seguí, porque quería saber lo que iría a comentar con él. Ahora le retuve mi concentración, porque de lo contrario representaría mis sentimientos y así yo no averiguaría nada. Quería descubrir toda la verdad.

Entonces se produjo una conversación entre padre e hijo.

—No tengo culpa —dijo—. No, no tengo nada que ver con todo esto.

—¿Estuvo allí? —preguntó su padre.

—Sí, se clavó una daga ante mis ojos, y también a ella, a la que yo acababa de conocer hacía tan poco.

—¿Está diciendo la verdad, Lantos?

Me asusté. ¿Lo oía bien? ¿Lantos? ¿Tenía mi nombre? ¿Era familia mía? ¿Así que había sentido bien? ‘Dios mío’, pensé, ‘ahora qué más’.

A lo que contestó:

—Digo la verdad, padre. Si tuviera culpa colocaría mi cabeza en el patíbulo, y de inmediato, pero con esto no tengo nada que ver, créame.

—Le creo —dijo su padre—. Lo entiendo todo y le ayudaré, déjelo en mis manos. Tienen que aceptar, o si no su vida correrá peligro. Pero usted ha optado por el camino adecuado. No lo abandone, o le costará la cabeza.

Su padre se fue y yo sabía lo que iba a hacer.

‘Lantos’, pensé, ‘¿este joven lleva mi nombre?’. De pronto me pareció sentir este problema. En la tierra estaba un ser de nuestra familia. Recorrí con la vista el espacio y reconocí muchas cosas que también nosotros habíamos tenido. Si lo sentía bien es que aun así habían podido salvar bienes en nuestras posesiones. Entonces eran quienes habían heredado, o adquirido de alguna forma, nuestra posesiones. Por todas partes vi objetos de mis tiempos. Era curioso. ¿Me había vuelto a conectar también ahora el maestro Emschor? ¿Era suya la incidencia que había sentido? No podía ser de otra manera. Me senté y pensé en mi vida anterior. De pronto oí que una voz tenue dijo:

—Le doy las gracias, Lantos Dumonché, por su ayuda.

Me asusté, porque se pronunció mi nombre.

—¿Me conoce? —pregunté.

—Sí —dijo la voz—, lo conozco. Todo esto tendrá un final feliz, pero mi hijo se irá. Lleva el nombre de usted y sin embargo ahora pertenece a otra stirpe. En una de las vidas de usted fue hijo suyo. Ya lo ve, se siguen sus caminos. Me envié a usted quien lo convenció del pasado. Acepte todo eso, es la verdad.

—¿Es usted su madre?

—Sí, es mi hijo.

—Qué poderosas son las fuerzas de los maestros para que sepan todo esto.

—Sus fuerzas son ilimitadas. Si es la voluntad de Dios, todo nos será revelado.

—¿Qué debo hacer ahora? —pregunté.

—Váyase y prosiga su camino.

—¿Hay algo que todavía pueda hacer aquí?

—No, aquí ya no necesitan su ayuda.

—¿Fue el maestro Emschor quien quiso que yo viviera esto?

—Sí, y ya ve que sucedió.

—¿Fui enviado hasta aquí?

—Sí, lo pueden hacer quienes poseen estas fuerzas, y usted las conoce. Dé las gracias a Dios por todo esto.

De modo que yo había sentido bien y Emschor me lo había dejado claro en el lugar de mi nacimiento.

—¿Dónde está —pregunté— a la que han matado?

—En otro mundo. La puede ir a visitar más tarde, pero espere mucho, porque ella también duerme y tendrá que hacerlo largo tiempo.

—Gracias —dije al ser—, pero ¿por qué estoy viviendo todo esto?

—Para convencerlo de su pasado y porque es necesario.

—¿Tiene usted conexión en las esferas de luz con todo y todos?

—Estamos conectados con millones de seres, y usted también es uno de ellos.

—Buen espíritu, le doy las gracias desde lo más hondo de mi alma, ahora sé bastante, gracias.

El espíritu se fue.

‘Qué curioso’, pensé, había protegido a mi propio hijo, qué profundo era todo. Qué fenomenales son las fuerzas de quienes saben todo esto. Siempre de nuevo el pasado, al parecer aún no había vivido bastantes cosas. No había pensado en esto, pero a quién se le iba a ocurrir eso. Cuanto más alto se hubiera llegado, más profundamente se veía en la vida y en las vidas que ya se habían vivido. ‘Esta vida es grandiosa’, me dije.

¿A dónde iría ahora? Primero visité a quien había protegido. Había ido a descansar de nuevo y sentí que ahora no corría peligro. Aún no le había tocado la hora de partir. ¿Cuántos seres estarían conectados con este acontecimiento? Podrían ser miles y sin embargo solo se trataba de él. Pero me había enseñado mucho: ahora sabía que ni mucho menos lo conocía todo acerca de mi propio infierno. Se me conectaba a través de un solo estado con todo el universo. A través de una sola persona aprendí lo que sería imposible en la tierra. Todo esto era sabiduría espiritual, perteneciente a esta vida. Pero era poderoso y profundo, muy profundo. Ahora quería seguir y haría un nuevo trabajo. ¿A dónde? ¿Volvería a mi celda? Quizá haría un trabajo allí, porque en ese lugar había muchos infelices. ¿También se me enviaba allí? Esto me atraía, porque había demonios que destruían a esos infelices. Con lo que me encontraba siempre era la violencia. Aquí convivía el mal. Aun así, no fui a mi celda, sino que quería visitar de nuevo ese otro mundo, porque quería conocer todo lo posible al respecto. Así que regresé a ese otro ser.

Pronto llegué al lugar y vi que lo seguían custodiando. Pobre criatura; hicieras lo que hicieras, esto es terrible. Tendría que enmendar todo el mal que hizo en su día. ¿A cuántas personas habría enviado aquí? ¿Poseía esa fuerza en la tierra? Pero así resultó ser por todo lo que percibí.

Otra vez estuve deambulando por las calles de esa ciudad tenebrosa y no dejaba de asombrarme. De no haberlo visto con mis propios ojos, no podría haberlo aceptado. Aquí vivían las personas de la tierra, pero pronto sentí que en este lugar solo se había reunido el mal. También vi sombras, pero pertenecían a las personas con una sintonización más elevada, que iban a ayudar a los infelices. Cargaban en los hombros a padres y madres, sacándolos de este horror. ¿A dónde iban? Era como si se disolvieran para mí, lo que me asombraba mucho. Así y todo, me quedé mirando sin poder hacer nada ni poder acompañarlos, por mucho que lo deseara. Un poder invisible me cortaba el paso. Cuando a pesar de todo lo intentaba, era como si me asfixiara y me dejara sin aliento. Por eso me pareció mejor renunciar, porque entendí el significado. Aún no había avanzado lo suficiente, esas fuerzas no estaban en mí. La ley espiritual era implacable. ¿Era Dios? No, no era Dios, era yo, que me había encerrado a mí mismo y que de ese modo no podía abandonar mi infierno. Solo cuando hubiera asimilado esas fuerzas, solo entonces podría seguir avanzando y elevándome. Pero todo lo que percibía me asombraba. Esto era como la tierra, a pesar de que esta región se encontrara lejos de ella. Por eso se conocía esto como el mundo espiritual. Vivía en una ciudad, pero era rara. Era un verdadero infierno, pero este no era como las regiones astrales. Aquí me encontraba en un verdadero infierno de la vida después de la muerte. Cada infierno tenía un significado propio y descendí en todos ellos. Allí vivían personas que se movían como animales y que ya no eran personas, lo que me estremeció. Vi seres cubiertos de heridas, y cuando no entendía todos esos estados los sondaba, sintiendo de esa manera su significado. Así fui paseando por la esfera de los suicidas, que habían vivido el proceso de putrefacción en la tierra. Habían venido de la tierra hasta aquí. De esa manera cada cual seguía su propio camino o se unía a otros. Todas esas personas me daban lástima, pero aun así no podía ayudarlos. Aquí sentía el dolor más profundo que puede recibir el ser humano.

Completamente solo fui avanzando a trompicones, y así fui conociendo todos esos infiernos. Fui adentrándome más y más, sin dejar de descender nunca, y fui visitando un infierno tras otro. Llegué a un infierno donde la gente no eran ni personas ni animales. Yacían allí dormidos y sentí que tal vez no habían dejado de hacerlo desde hacía centenares de años. Algún día, no obstante, se despertarían, y entonces comenzaría su vida de este lado. Yo había vivido toda esa miseria, ¡cómo pude procesarla! Ahora ya había llegado al punto de querer hacer algo por los demás. No sabía si todos estos seres volverían a la tierra. Les llenaría de gracia, porque en la tierra lo tenían todo. Cuando descendieran de su infierno en el mundo de lo inconsciente para regresar a la tierra, naturalmente no se darían cuenta. Lo que habían vivido yacía en el fondo, muy en el fondo de su alma, pero aun así, quien poseyera

la fuerza para descender en la profundidad de la vida de su alma veía y sentía todas estas verdades. Pero era algo de lo que solo eran capaces los maestros, los despertados al cosmos, como dijo Emschor. Cuando sintonicé con esa gente, sentí que ya habían completado su ciclo de la tierra y que continuarían desde aquí en busca de lo más elevado. No supe cómo lo entendí tan de golpe, pero seguramente que se me estaba ayudando de nuevo. Su sueño no era como el que había sentido yo cuando estuve conectado con él en el borde de mi propia tumba. Pero es que no solo su sueño era diferente, sino también este mundo, infierno o esfera, o como se le llamara al lugar donde vivían. En su mundo había movimiento, aunque ellos no lo sintieran para nada, pero en ese otro mundo no había nada, solo vacío. Ahora sentía aún más, es decir, quien regresaba a la tierra descendía de inmediato en el mundo de lo inconsciente, pero solo cuando pertenecía a su ciclo de la tierra. O sea que otros, que habían muerto en la tierra y que habían entrado aquí, podían volver para algún tipo de tarea, pero descendían de forma consciente en ese mundo de conexión. De modo que estas eran dos posibilidades de volver, aunque aquella posibilidad era una ley espiritual. Pero ya sentí que estos pensamientos no eran míos propios y di gracias a esa ayuda invisible por todos estos sentimientos.

Fui descendiendo siempre más y cuando me concentré con nitidez y quise saber dónde estaba, me encontraba cerca de la tierra. Hombre, oh hombre, ¿quién eres? ¿Por qué toda esa miseria? Sentía ahora que todos esos infiernos estaban enlazados. Más profundos o más elevados, todos, sin embargo, eran uno. De manera que así también deberían ser los cielos. Volví al infierno donde había dejado a los demonios. Seguían a su lado, haciendo guardia, porque su sueño era profundo. Pero algún día se despertaría. No entendía cómo funcionaba todo esto, pero todos esos horrores me estremecían.

Qué duros y ruines eran esos seres, no hacían más que esperar. Eran incapaces de perdonarle el mal que les había infligido. Quizá a ellos y a muchos más les había quitado la vida, y eso era lo que tenía que enmendar. Sentí la profundidad de este problema. De este lado, el ser humano se encontraba ante su propia vida fracasada, ante todos sus pecados y errores. Aquí no era posible ocultarse.

Por triste que fuera, él mismo lo había querido y eso era lo más terrible.

¡Si solo la gente en la tierra supiera eso, y yo les pudiera contar cuantas personas les esperarían con quienes tenían algo que enmendar! Ya sentía yo que aquí no terminaría nunca de aprender y que podría seguir avanzando durante mil años más, siempre más. Porque no había final, ya que vivía en la eternidad. La gente en la tierra no entendía de la eternidad. No serían capaces de abarcar esa palabra “eternamente”. Cuando entran aquí les corta el paso un poder invisible y se topan con su propia personalidad. Unos reciben feli-

cidad, otros miseria terrible. Todo esto hay que vivirlo antes de poder sentir la profundidad de esta vida.

Permanecí durante años y años en todos esos infiernos. Me entregaba de lleno cuando necesitaban mi ayuda. Después de tantos años me pareció ver más luz, estaba empezando a clarear en mi infierno. Primero no quise creerlo, pero tenía que aceptar. Aún no había hecho mucho por mis congéneres, pero estaba dispuesto a dar todo mi interior.

Sentía ahora que aquí no quería quedarme. Conocía este infierno y los que había por debajo también. Había siete. En todos esos infiernos había aprendido que no era tan sencillo ayudar a la gente, pero quería intentar superar esas dificultades. Así hice una completa transición a esta vida, y eso significaba sabiduría espiritual.

Ahora volvería a mi calabozo. Era como si me enviaran hacia allá. ¿Sería eso la incidencia? O sea que, ¿me seguían de lejos los pasos? Tenía que ser así, dado que lo sentía.

Cuando me sintonicé con la tierra, este mundo se disolvió para mí. Esta forma de disolverse era muy asombrosa. Lo repetí varias veces y entonces lo entendí por completo. Después agucé mi concentración y así fui planeando por el poderoso universo hacia la tierra. Era consciente de estar rodeado de millones de seres, estrellas y planetas, de soles y cuerpos, y aun así estaba solo, solo del todo y abandonado, de camino a ayudar a otros. Sin cesar mantuve la concentración fijada en mi calabozo. Pensando continuamente en él tendría que llegar hasta allí. Ya había asimilado este planear sin cesar y este conectarme con otros estados. Podía percibir todo cuando se trataba de mi propia vida, pero todo lo que vivía por encima de mi propio mundo seguía resultándome invisible. Ya dije que había aumentado la luz en mi infierno, y era porque yo estaba cambiando por dentro. Algún día también las esferas más elevadas se me harían visibles.

Pronto llegué a la tierra. Entré por el lugar donde había estado en cautiverio. Pero mi celda estaba vacía. Entonces visité las otras celdas, porque quería saber si quizá allí me necesitaban. Aquellos a los que había conocido durante mi visita anterior ya estaban todos de este lado. Habían pasado siglos y este edificio seguía haciendo de prisión. Entré a una celda. Ante mí vi a un hombre mayor, que podría haber alcanzado los sesenta años. También él estaba esquelético. De nuevo sentí ese tenue gesto de los espíritus elevados, por lo que supe que no habían dejado de seguirme en todo. Pareciera que me hubieran llamado y grande fue mi alegría cuando lo sentí. Qué fabulosas eran las fuerzas del espíritu, aquí la distancia no existía. Sin embargo, no entendí la incidencia de estas fuerzas, aunque fuera asombroso poder vivirla.

Desde una esquina de la celda escrutaba su entorno. Sentí que estaba conectado con este mundo. Después de sintonizarme percibí de inmediato.

‘Dios mío’, pensé, ‘y ahora, ¿qué más?’ Vi a diversos demonios y uno de ellos, un ser femenino, estaba conectada con él. Era terriblemente monstruosa. Me senté muy cerca de él y lo seguí en todo. A mi lado también había un demonio, un antiguo enemigo, pero aquí era un ser femenino. El hombre estaba siendo consumido por la pasión, que le haría poner fin a su vida. Tenía una conexión aún más profunda que la mía. Este ser se le manifestó con nitidez. Lo sondé y sentí cuánto le quedaba por vivir. Eran tan solo unas semanas, después moriría. ¿Cómo podría liberarlo de esta conexión y protegerlo contra su propia transición? Hablaba a los seres astrales que veía claramente.

—Oh —dijo—, tenga compasión. ¿Quién es usted?

Seguí esta terrible escena y entonces oí decir al espíritu lo que me sonaba tan diabólico:

—Pon fin a esa vida y ven aquí.

—¿A dónde? —preguntó.

—Hacia acá, a nuestro mundo.

Tenía que evitarlo a toda costa, sabía demasiado bien lo que le esperaba. Me costaría todas mis fuerzas, pero sentía que era posible ayudar a este hombre. Intentaría suprimir su pasión. Estuve pensando mucho tiempo cómo debía incidir en él.

“Ven a nuestro mundo”: qué seres tan diabólicos, tan ruines. Entonces me hice uno con él y lo irradié, por lo que se quedó dormido brevemente. El monstruo de este lado sentía que había perdido su poder sobre él, aunque fuera temporalmente.

—Está durmiendo —oí que dijo ella—, ¿cómo así, tan de pronto? Aun así no lo dejaremos en paz.

Me conecté con ella y sentí quién era y cuál era su relación con él. Lo que ella deseaba lo podía encontrar de este lado y en la tierra, pero este hombre mayor tenía que ver con ella. La conexión que yo veía y sentía se había formado en la tierra. Ella odiaba. Había descendido más que él, y por eso él me resultaba alcanzable. Me propuse hacer todo lo posible para evitar que este demonio adquiriera poder sobre él. Querían imponerle este horrendo proceso de este lado poco antes de su muerte. Ella sabía lo terrible que era y era consciente de la miseria que le esperaba a él. Depositó hermosos pensamientos en él mientras dormía, entre otros los de su juventud. Con estos pensamientos se despertó al cabo de un rato. Se quedó sentado con la mirada perdida y dijo algunas palabras por dentro, que no oí, pero que sí sentí surgir en mí y que eran mis propios pensamientos. El hombre pensaba que había soñado. En él estaba ahora su juventud y con esos recuerdos juveniles se liberó de las garras de aquel ser. De esta forma conseguí que ella no pudiera alcanzarlo. Habían estado conectados en la tierra, pero ella le profesaba un odio mortal. Él no había completado una vida bella, pero aun así era un santo comparado con

ella. Mi voluntad dominaba ahora a la suya, por lo que siguió pensando en esa dirección. Así fue pasando la noche. Ay, cómo entendía yo sus tormentos. Ninguna otra persona podría entenderlo mejor que yo, porque había vivido una vida igual. Me la conocía al detalle. Yo había vivido estas leyes y esta terrible transición. Durante el día él tampoco era capaz de percibir, pero por la noche el hombre astral se hacía más denso; y yo ahora sabía cómo era posible eso. Manifestándose este infeliz se resolvería antes a poner fin a su vida. Si esta conexión se había establecido de forma profunda, también su transición sería inevitable. Por eso siempre intentaban establecer esta conexión por la noche, o en las profundas tinieblas. Pero yo seguía velándolo. Lo rodeé de mi irradiación y me quedé a la espera.

Todo el día estuvo dando pasos de un lado para otro en su jaula. Cuando estaba extenuado se sentaba y volvía a pensar. Intenté, tal como Emschor lo había hecho conmigo, hacerme visible, pero tuve que abandonar, me resultó imposible. Lo intenté muchas veces, pero no lo conseguía. Tendría que poseer más fuerzas y ahora entendí que tendría que dominar todas esas esferas oscuras para que él pudiera percibirme, de modo que abandoné. Así entendí lo poderosos que eran los espíritus elevados. A pesar de la decepción, me sentí feliz por haber aceptado este trabajo. Este sería, pues, mi primer gran acto en esta vida.

Volvió a caer la noche, pero de este lado aún no se veía a nadie. Me quedé mirando lo que hacía y sentí lo que deseaba. Sus deseos eran hacia ella, y cuando se concentraba mucho yo sentía que mi irradiación se debilitaba. Entonces su propia voluntad apartaba mi ayuda, que lo rodeaba como una densa emanación. Aun así, yo intentaba impedirlo y mantenerlo bajo mi influencia. Pero cuando sintonizaba su propia voluntad, la emanación se debilitaba y hacía la transición a otras fuerzas, que él deseaba.

La noche fue haciéndose más cerrada y seguía sin ver seres. Los vería en cuanto volvieran a acercarse a él. Había un silencio desapacible. El viento silbaba por los barrotes y lo hacía estremecer. A mí también me había infundido miedo; otros miles de sentimientos había vivido yo en mi tiempo. No era posible distinguirlos unos de otros. También él vivía todos esos estados. Intenté liberarlo de ellos y recé con fervor a Dios para que por favor me ayudara. Recé durante horas, con mucha intensidad, y por mis oraciones empezó a sentir que le entraba calor. Lo que yo sentía él lo vivía, éramos uno. Por eso oía yo el aullido del viento, de lo contrario no habría sido posible oírlo en mi mundo.

Le hacía bien, de modo que seguí rezando. Yo conocía esta miseria y sabía qué tendría que pedir a mi Padre. Mi oración era pura, muy humana. No pedía para mí, sino que pedía si se me concedía ayudarlo y protegerlo contra esta perdición. Recé y seguí rezando, y así pasó también esta noche sin que

ocurriera nada extraordinario. ‘Gracias a Dios’, pensé, ya habían pasado dos noches de su tiempo. Conté el tiempo y vi que llevaba muchos años encerrado aquí. También él había anotado sus días y años. Durante el día incidía en él e intentaba que también él se pusiera a rezar. De conseguirlo, ya no sería fácilmente alcanzable. Pero también este ser humano había rezado poco en su vida. Sin embargo, perseveraré. Puse pensamientos piadosos en él y el pensamiento de morir. Le hice sentir que pronto moriría. Adoptó esos pensamientos míos y realmente pensó en ellos.

‘Ay, Dios, ¿qué me esperará? ¿Podrás perdonar a un pobre pecador?’, dijo para sus adentros. Después volvía a interrumpir su propio pensar para reflexionar sobre otras cosas, inferiores. Cuando lo animal en él hacía alguna mala pasada, interrumpía la conexión y se disolvía la emanación con que yo lo había rodeado. Sin embargo, luchaba contra sus propios sentimientos. Sabía, no: sentía muy claramente que estaba mal lo que hacía. A pesar de eso, no dejaba de hacerlo. Luchaba contra el mal en él y esa lucha no era tan sencilla. Yo también tuve que luchar conmigo en mi largo recorrido. Me había liberado de todos los sentimientos y placeres terrenales, pero esa liberación había supuesto una terrible lucha. Me había protegido contra esa terrible vida mi amor por Marianne. Así entendí que el hombre tenía que poseer algo a que poder asirse. Mis pensamientos habían sido una sucesión de acontecimientos, como la de Marianne en la tierra, aunque solo pensar en ella me había dado la fuerza necesaria, o si no también yo habría vuelto a tropezarme, una y otra vez. Pero había conseguido superarla. Él también estaba en ello, pero ¿triumfaría sobre sí mismo? Yo iba a seguir ayudándolo, pobre hombre. Era una lucha de vida o muerte, una lucha del mal contra el bien y contra su propia voluntad. Ese ser, la mujer que había vuelto con él, era el mayor peligro para su autoconservación. Si entraba en conexión ya no podría ser salvado. No poseía las fuerzas para oponerse. Por eso seguí rezando, porque sentía que solo podría ayudarme una fuerza elevada. Si llegaran a sentirme otros seres elevados, me apoyarían a distancia, y sabía que una oración elevada con sinceridad ayudaría, porque esos sentimientos se pueden captar. Seguí rezando sin cesar y me propuse por lo que más quería no dejar de hacerlo.

Rezaba por un ser humano, porque estaba en peligro. A mí me había parecido igual de terrible. Pasaron días y noches, y sentía que los demonios no podrían hacer nada si yo continuaba protegiéndolo de esta manera. Había entrado en él y allí seguiría. Estaba tan profundamente conectado con él que durante el día se dedicaba a buscar ocupaciones para matar el tiempo. A mí eso me daba a entender que el mal se había quedado dormido.

Dibujaba muñequitos y figuritas en todos los lugares de su celda que se prestaran a ello. Me resultaba muy curioso. Lo sondaba para ver de dónde habían venido tan de pronto esos sentimientos que le habían entrado. A él

mismo le extrañaba. De repente hizo algo que no me había esperado y por lo que sentí que no lo tenía por completo en mi poder. Se hizo una herida en la piel, haciendo brotar la sangre. Con su propia sangre dibujó figuras desnudas en la pared. Se le hacía una diversión muy entretenida, pero yo reflexioné al respecto y pensé entenderlo. Esos sentimientos le brotaban desde muy hondo. Mi aura lo rodeaba como un muro de fuerza espiritual, y sin embargo él la atravesaba por la fuerza, aunque yo lo había evitado ya desde hacía varios días. Continuó dibujando figuras. Sus sentimientos eran tremendamente agudos y sentí que tenía que dejarlo libre, aunque fuera por unos instantes, porque de lo contrario lo volvería demente. Había en él una fuerte voluntad y esa penetración de su propia personalidad lo instalaba en este estado inesperado e incomprensible. Me encontraba ante un problema. Su propio interior buscaba una salida, y la encontraba, aunque alrededor de este ser hubiera un denso muro de fuerza espiritual. Los sentimientos se enlazaban, pero no podríamos enlazar del todo hasta que albergáramos un solo pensamiento, tal como me había enseñado mi maestro. Todo se me hacía asombroso e instructivo, dado que aquí estaba conociendo la profundidad del alma y aprendiendo a calar a un ser humano. Aun así seguí conectado con él. Dejé de dibujar un instante y eso me hizo sentir que a pesar de su propia voluntad había vuelto a escucharme. Era como si se despertara. Suspiró profundamente y admiraba su propio “arte”.

Volvía a encontrarme ante un misterio. No daba crédito a lo que veían sus ojos y no sabía lo que había creado. Se observó el brazo y profería maldiciones contra sí mismo.

—¿De dónde he sacado esto? —se preguntaba—. A ver si me estoy volviendo loco.

Miró a su alrededor y vio que había dibujado varias figuras.

—Qué asombroso —dijo—, ¿y eso, tan de repente?

No era consciente de nada, por lo que entendí que todo su ser había hecho la transición a mí. Sin embargo, yo no había sentido nada de eso mientras dibujaba, pero entendí el peligro que encerraba, dado que a través de mí él había llegado a un estado de sentimientos extraños. Tuve que reconocer honestamente que me parecía que había adoptado, sin que yo me diera cuenta, mi sensibilidad artística, porque ese arte estaba en mí. Pero aun así no era el caso, iba más allá, porque él no tenía conciencia alguna de sus actos y se echó para atrás al ver lo que había hecho. Eso no era lo que yo había querido. Mis pensamientos y mi concentración no estaban centrados en eso, no había nada en mí que hubiera pensado en eso. ¿De dónde venían estos sentimientos? ¿Estaban en él o descendía en una vida anterior? Seguí su vida terrenal y vi que no había tenido nada que ver con el arte. Nunca lo había aprendido. Tenía una profesión muy distinta. Era un problema que se me hacía incomprensi-

ble. Pero sí que sentí que debía seguir de esta manera, entonces se resolvería el misterio. Lo estuve sondando mucho tiempo, concentrándome en su vida interior, y sentí que muy profundamente en sus sentimientos humanos se ocultaban sentimientos artísticos. Le entraban desde la profundidad del pasado. Él también había sido en el fondo artista. Qué profundo era el ser humano para que todos esos sentimientos se hubieran conservado, porque yo estaba seguro de que no eran míos. Cuando él había empezado yo me había asustado.

Ahora tenía que intentar quitarle estos sentimientos artísticos, y sentí que tenía que dejarle algo más libre si no quería volverlo loco. Lo alteraría si por segunda vez constatará algo semejante de lo que él mismo no sabía nada. A través de mi concentración lo había elevado espiritualmente en esta vida, de lleno, y él había alcanzado la inspiración más profunda a la que podía aspirar un artista en la tierra. En este estado, que ahora me había quedado claro, se formaban las mayores creaciones artísticas, y las más hermosas. Pero para mí solo se trataba de volver a serenar esos sentimientos artísticos, que tan de pronto habían despertado en él. Lo liberé de mi irradiación y de mis pensamientos, y sintió que estaba volviendo en sí. Ahora podía empezar yo otra vez desde el comienzo.

Se había echado para descansar. Aun así, antes de que se acercara la noche tendría que establecer con él una conexión. Cuando regresaran esos seres, haría la transición a ellos. Así es como establecí, cuando se acercó la noche, una conexión muy ligera con él. Yo, sin embargo, me quedé en mi propio mundo, mirando lo que ocurriría, porque tenía el presentimiento de que volverían esta noche. Él enviaba sus pensamientos hacia este mundo y anhelaba volver a hablar con ella.

—¿Está ahí? —preguntó de improviso.

No vi ningún ser y respondí:

—Sí, aquí estoy. Oyó cómo le entraba a su interior mi hablar. Hice ahora lo mismo que los demonios cuando hablaron conmigo. Me alegré mucho de que se ofreciera esta oportunidad. No había pensado en ello ni contado con ello. Era una nueva forma de conexión. Ahora estaba en y alrededor de él, y aun así podía alcanzarlo. Esta conexión me parecía mejor y más firme que esa primera. Me concentré en él, en silencio coloqué un nuevo muro de fuerza espiritual a su alrededor y seguí siendo continuamente uno con él.

De modo que respondí que estaba con él, a lo que me dijo:

—Le hice preguntas, pero entonces ¿por qué se mantuvo tanto tiempo alejado de mí? Sigue usted sin responderme si existe una muerte.

‘Qué curioso’, pensé, ‘pregunta igual que hice yo’. A eso volví a responder:

—No hay muerte.

—¿No hay muerte? Primero dijo que hay una muerte, ¿y ahora resulta que

no?

—No, no hay muerte. —De eso deduje que tampoco a él le habían contado la verdadera causa. Quien entraba en conexión con demonios salía engañado y estafado—. No me ha entendido usted —añadí.

—¿Que no le he entendido?

—No —dije. Entonces hubo un breve silencio. El hombre en la tierra aceptaba todo. No veían a través de ese velo y eso era lo que había que hacer si uno quería entrar en nuestro mundo. Se les contaban mentiras y engaños, y a través de mentiras y engaños yo había puesto fin a mi vida terrenal. Pero aun así, su conexión era más profunda que la mía. Este ser humano poseía más de esas fuerzas que yo cuando se acercó mi final. También entendí que todos estos sentimientos tenían que ver con su final. El alma estaba preparándose poco a poco para abandonar el cuerpo material. Debido a que su cuerpo espiritual estaba conectándose con este mundo, se me haría más difícil protegerlo contra estos seres. Sentí y contemplé todo esto.

Volvió a preguntar:

—Dígame la verdad: ¿hay una muerte?

—No —dije, poniendo en ello todas mis fuerzas, lo que le hizo latir el corazón. Se había asustado por nuestra conversación, que había sentido vibrar en él. La conexión con él había vuelto a hacerse profunda. Yo estaba siendo mí mismo por completo y sin embargo él haría y sentiría lo que yo quisiera de él. También este estado le había entrado de forma inconsciente. Intenté calar la situación y sondaba ahora su estado espiritual, pero en este no vi ni sentí la menor resistencia. Ahora éramos uno y me propuse mantener esta unión de almas. Entonces me puse a examinarlo físicamente. Me resultaba muy sencillo, dado que lo sentía en mí.

Tenía el corazón debilitado, podía verlo claramente, lo sentía latir. Cada hora le costaba un mes de fuerza física que consumiría en su vida corriente. Estaba hecho una ruina. En la debilidad de su vestido material, en el anhelo de su alma, en su querer personal, en eso estaba esta sensibilidad. Lo entendía perfectamente. Pero entonces sentí cómo le volvían a brotar esos sentimientos artísticos. Y ahora, ¿qué? Si hacía la transición hacia eso, se volvería completamente demente. Ahora estaba intentando influirlo de tal forma que hiciera la transición a su vida material de forma consciente. Por eso pensé en varias cosas terrenales. A través de la concentración logré convencerlo para que empezara a cantar y silbar. Después lo obligué a dar vueltas en su celda. Fue cayendo de una bobada en otra. Conseguí mi propósito: por todas esas cosas volvió a sentirse. El pasado quedó relegado en él, de modo que había un peligro menos. Pero tendría que volver a calmarlo un poco y así fue como me hice uno con él, porque por pensar en todas esas cosas terrenales tuve que dejarlo completamente libre. Se sentía cansado por tanto andar de un lado

para otro. Se acostó e intentó dormir. Pero no lo conseguía, estaba demasiado consciente. Ahora sabía también cómo había sido yo. Yo tampoco había podido dormir y este era el significado. Su interior estaba en rebelión.

Había miles de cosas en las que tenía que fijarme, no había pensado que fuera tan difícil ayudar a un ser humano de este lado. Pero sentía que hacía un buen trabajo, porque estaba quitándole a este hombre mucho dolor y los tormentos más increíbles, desconocidos en la tierra. Para ello me entregaba, todo mi ser interior. Sentía ahora que el pasado había regresado al pasado. Él también era profundo. Cada uno portaba consigo un profundo pasado, porque cada hombre estaba conectado cósmicamente. Eran las fuerzas cósmicas, pertenecían a una vida completamente diferente. Una que yo desconocía, pero que ahora se me revelaba a través de él. Estaba aturdido, respiraba fatigosamente, porque su cuerpo era incapaz de procesar todo esto. Ahora estaba acercándose algo, lo sentía. Ese maldito ser, ese monstruo influiría en él. Iba a ser una abierta lucha, entre ella y yo. Pero me encontraba frente a dos seres, porque la voluntad de él, su propia personalidad, también se enfrentaba a mí. Esa voluntad deseaba y quería entrar en conexión con ella. Esa voluntad, esa formidable voluntad humana, me jugaría una mala pasada si no me servía de todas mis fuerzas para evitarlo.

—Aquí estoy —la oí decir.

Pero a mí no me vio. Aun así, miraba en mi dirección. Me veía como una sombra, pero envuelta en una emanación. Conocía estas sombras tan bien como yo las había percibido alrededor y dentro de mí. Por eso ella sabía que él no estaba solo. Sintonzó con él y preguntó:

—¿No estás solo?

‘Qué bien’, pensé, ‘cree que hay alguien con él en la tierra’.

—¿Qué dices? —preguntó él. De modo que él había oído algo, solo que no la había entendido bien a ella. Estaba viviendo yo aquí cosas asombrosas, pero también horribles.

—Aquí estoy —dijo después de unos instantes—, ¿no me ves?

Seguía aturdido, con la mirada perdida, y no respondió. Sin embargo, ella había sentido su necesidad interior de hablar y respondió:

—¡Vamos, venga, responde, estoy aquí!

Habló escueta y severamente, por lo que despertó de golpe y empezó a dar señales de vida. Para mí no había más que una sola posibilidad de dejarlo fuera del alcance de sus garras. Intenté dominar el interior de él y entrar en contacto con ella, para poder captar sus palabras. Dije al ser:

—Vete, déjame en paz.

Hubo un largo silencio. Me había oído claramente y había captado mis palabras. De pronto se fue. ¿A dónde se iría? ¿Sentiría resistencia? ¿Iría en busca de ayuda y sabría dónde podía encontrarla? Yo sabía que un ser así

podía conectarse de este lado con un individuo parecido para eliminar juntos a un ser humano. Pero me quedé a la espera. Él, que estaba junto a mí, había vuelto en sí. Miró a su alrededor y pensó percibir cosas en esas tinieblas.

—Ay —dijo él—, estoy tan enfermo, tan cansado. Si hay un Padre en el cielo, ¿cómo puede parecerle bien esto?

‘Qué peculiar’, pensé, ‘todo ser humano pregunta por Él, cada ser pregunta por qué y para qué’. Siempre me había preguntado cómo le podía parecer bien esto a Dios. Pero a Dios lo había conocido como a un Padre de Amor. También él conocería a un Dios de Amor, siempre y cuando ya hubiera muerto. Aun así me dolía. ¿Por qué tenía que sufrir tanto el hombre en la tierra? ¿Por qué tenía que recorrer el alma en la tierra todas esas fases, antes de alcanzar esa altura? Una y otra vez ese “porqué”, era un misterio, y seguía siéndolo. ¡Dios es Amor! Qué sencillo era aceptarlo y sin embargo era tan difícil. En todas partes donde había estado, en la esfera de la tierra, en las regiones astrales o en el infierno: por todas partes había dolor, miseria y dolor, pero también pasión y violencia. El hombre no quería obedecer. Sus preguntas “por qué y para qué” eran para mí la razón de protegerlo contra su propia perdición y de ayudarlo. Era dócil, pero cuando estuviera en rebelión, su personalidad se me resistiría y era algo con lo que tenía que contar. Intentó dormir. Estaba demasiado enfermo y cansado para sintonizarse espiritualmente. Así pasaron varias horas, hasta que de pronto vi que empezó a haber movimiento frente a mí. Habían vuelto dos individuos, además del ser femenino. De modo que había pedido ayuda, sola no podría haber hecho esto.

A él se le envió un rayo de fuerza espiritual. El hombre temblaba y se estremecía por esa repentina incidencia y alzó la vista. Había sido alcanzado. Su deseo de entrar en conexión con ellos y las fuerzas de ellos, que juntos sintonizaron en él, fueron confluyendo.

Me sentía desesperado: cuatro contra uno, no había nada que hacer contra esto. ¿Qué debía hacer? Se incorporó y dijo:

—¿Está usted aquí?

—Sí —dije rápidamente. Pero también los oí decir:

—Hemos venido para ayudarte.

—Qué gloria —dijo—, quiero consejos.

‘Ahora qué’, pensé. Había demonios a diestro y siniestro, y ante mí estaba ese infeliz. Lo sondé, pero su deseo era intenso. Su interés, su pasión cercenaba mi ayuda. Me encontraba ante varias posibilidades, pero ¿cuál tenía que aplicarle? Me forcé una entrada en él y traspasé su personalidad. Tenía que intentar conectarme aún más profundamente con él. Entonces la demencia, mejor la demencia que semejante perdición. Lo sentía hundirse y volver, pero de pronto empezó a abrirse otra vez sus viejas heridas a arañazos. Empezó a brotarle la sangre. Entonces saltó de su sitio y empezó a correr de un lado

para otro como un loco. Estaba rodeado de profundas tinieblas, pero eso no lo detenía. Era terrible. Así pasó bastante tiempo; después volvió a echarse y suspiró. Le había provocado un exceso de tensión, su cerebro no era capaz de procesarlo. Su mente trabaja febrilmente y tenía el corazón desbocado. Se agarró la cabeza con ambas manos y exclamó:

—¿Estoy volviéndome loco!

En este estado sentí cómo el espíritu podía volver demente al hombre en la tierra. Sus fuerzas físicas no estaban preparadas para esta tremenda incidencia. Yo mismo incidía en él y también aquellos demonios intentaban elevarlo hasta su vida, por lo que se mareaba. Ya a un ser humano que siente de forma normal le cuesta mantenerse en equilibrio en la tierra, con el cuerpo material en armonía con el espiritual, por lo que no es difícil entender cómo se sentía este infeliz. Yo había visto todo esto durante mi paseo por la tierra, pero ahora lo estaba viviendo. Cuando el hombre astral se hace dueño del hombre en la tierra, entonces es cuando vive su propia vida. Los demonios usan ese cuerpo material para sus placeres, su pasión, violencia y destrucción. Todo es animal, muy, muy triste, pero son verdades horribles. Una vez alcanzado ese ser terrenal, entonces ya se desfogan en ese cuerpo material decenas de seres. Quien hace de una vez por todas la transición a manos del mal suele estar perdido sin remisión. De este lado se hace todo lo posible para que un ser así no se vaya. Es tenebroso y horripilante, pero el hombre astral quiere vivir cosas: son uno en sentimientos y pensamientos. Puedo darte un solo consejo: busca el bien, para que el espíritu elevado te pueda alcanzar e influir en ti. Como pienses tú mismo, así atraerás y a eso harás la transición. No seas un títere de tus propios pensamientos.

Este infeliz estaba viviendo todo esto. Se le quería destruir, hacer que se accidentara espiritualmente, y eso era lo que yo quería evitar. Yo incidía en él a mi manera, pero quería conectarse con los demonios y estos le enviaban sus horribles sentimientos. Se produciría una disfunción orgánica, porque ni el cuerpo más vigoroso sería capaz de procesar esto. Volvió a dar un brinco y corrió como loco de un lado para otro, sin parar hasta que no pudo dar un paso más. Ya se encontraba en un estado de extenuación total. Se desplomó en medio de su celda, y allí se quedó tumbado. Para mí fue una gran felicidad, porque ahora los demonios no lo podían alcanzar. Estaba demasiado debilitado para poner él mismo fin su vida. Pero si esto seguía así, el hombre se volvería demente. Esto siempre me había dado miedo, así que me había ocupado de mil otras cosas, y había estado pendiente de mí mismo. Me había controlado a mí mismo involuntariamente. Aun así, mejor que yo también me hubiera vuelto loco antes que vivir esa terrible transición.

Ahora yacía allí, como si hubiera fallecido. Lo sondé y sentí claramente que estaba aturdido. Ya no sentía yo nada de su pasado. Lo que él vivía ahora

estaba relacionado con su estado físico, y sus fuerzas disminuían minuto a minuto. Por eso los demonios no lo alcanzaban en suficiente medida, pero aun así estaban en y alrededor de él.

—No está solo —los oí decir de nuevo—. Está con un médico. Está recibiendo asistencia.

—No —dijo el otro—, está tumbado en el suelo.

Por esta conversación comprendí que no podían ver ni sentir el verdadero significado. Yo conocía todas esas transiciones y sabía que el preso poseía una sintonización más elevada que ellos. Si pudiera suprimir sus deseos no podrían apoderarse de él. Pero no había llegado el momento de hacer la transición, por lo que aún podían pasar tantas cosas. Al sintonizar con ellos podrían ver claramente que no había un médico terrenal.

Cuando pensé en todas estas cosas, preguntó:

—¿Por qué no me ayuda usted? Estoy tan solo aquí, no hay nadie que me ayude.

Después de sus palabras oí que el demonio femenino dijo:

—Está solo; sin embargo, hay ayuda, aunque esta venga de este lado.

Me retiré un poco para que no me percibieran como una sombra.

—Yo no veo nada —dijo el otro.

—Entonces no ves bien, venga, rápido, no te demores, pondrá fin a su vida.

Lo atacaron entre todos, dejando al infeliz gimiendo y lamentándose. Esta incidencia lo sacó de quicio y su mente se quedó confundida. Quería ser ayudado, aunque esa ayuda le iba a ser fatal. Ahora ya no le era posible seguir pensando de forma normal. Yo seguía siendo uno con él. Eran mortíferos los pensamientos de quienes querían destruirlo. El infeliz desconocía con quién se conectaba. Recurrí entonces a todas mis fuerzas y recé a Dios para que me ayudara. Se había desatado ahora una terrible lucha. A mi izquierda y derecha me pareció percibir algo de luz. ¿Recibiría yo también ayuda? Mantuve mi firme voluntad centrada en un solo punto. Maté sus sentimientos, más no podía hacer ahora. No podía concentrarme en los demonios y les dejé hacer lo que querían. Ahora no hacía más que impedirle que los escuchara, e intentaba que se fijara en otras cosas. Aún era alcanzable. Noté que seguía el curso de mis pensamientos, y así pasó la noche; se fueron los demonios, porque por la mañana se debilitó su conexión.

Había estado tumbado allí durante horas. Entonces lo animé a que se levantara. Intentó incorporarse varias veces hasta que al final consiguió llegar a su lugar anterior. Estaba extenuado, porque la pasada noche había perdido muchas fuerzas. Este día también vi a los demonios, dado que volvían a él una y otra vez. Pero el hombre fue hundiéndose más y más. Sentí que durante la noche se me había ayudado, mi ferviente oración había sido oída. Cuando lo atacaran esta noche, tal vez podría volver a contar con esa ayuda.

Por la tarde recibió visita. Ciertamente, era ayuda terrenal. Le suministraron medicamentos y por eso noté que habían transcurrido siglos. Cuando estuve encerrado aquí no se preocupaban tanto por los presos, se nos abandonaba a nuestra suerte. Aun así, continuó en su celda, aunque ya no le podía quedar mucho. Yo llevaba aquí ya varias semanas para protegerlo y todavía no veía el final. Pero había algo que me hacía sentirlo. Cuando sintonizaba con él, no me costaba mucho esfuerzo. El espíritu, que luego entraría en esta vida, ya estaba en conexión con esta vida. Estaba alejándose en sentimientos de la tierra y estaba haciendo la transición a mi vida. Por eso podía alcanzarlo con más facilidad, pero también era un sujeto sensible para los demonios.

Así pasaron el día y la noche sin que ocurriera nada especial. Al día siguiente ya apenas podía moverse. Yacía allí en silencio y sus pensamientos eran confusos. Se encontraba en un estado de demencia, muy alejado de su conciencia terrenal. Todo eso yo lo sentía claramente. Ya iba acercándose a su final. Aun así reunía todas sus fuerzas para ir arrastrándose a cuatro patas, como un animal. Quería impedirselo, pero me resultaba imposible. Buscaba algo.

—¿Dónde está usted? —clamaba—. ¿Dónde está? Por favor, no me deje solo, lo amo. Ellos lo sienten y lo ven. Vamos, hable. Usted me importa.

‘Está completamente demente’, pensé, ‘pero siente en el espíritu’. En mi vida él era normal. Una vez que muriera, esa disfunción espiritual se disolvería pronto. Qué sencilla era la demencia. En mi vida en la tierra no la entendía para nada. La fuerza de pensamiento de otros seres lo había llevado a la disarmonía. Unos lo ayudaban, otros intentaban destruirlo. Todavía me encontraba solo, luego tal vez volverían. Me quedé a la espera y lo seguí en sus pensamientos. Cuanto más se acercaba la muerte en la tierra, más se me complicaba. Estaba muy seguro de que si estuviera consciente del todo, hace tiempo ya habría puesto fin a su vida, pero en este estado era imposible. Ya no le resultaba posible pensar en una sola cosa. Estaba repleto de pensamientos. Era esta la única posibilidad en la que debía concentrarme. Seguí profundamente conectado con él. Ya se había hecho de noche hacía tiempo cuando se acercaron los demonios. Profería imprecaciones, suplicaba que se lo ayudara, maldecía a su Dios y se perdió a sí mismo. Ahora eran cinco, con tres no bastaba. Esos demonios con aspecto humano sabían que se les resistía. Aunando sus fuerzas querían elevarlo hasta su mundo y eliminarlo. Se le estaba imponiendo un final terrible. Lo acorralaron por completo y se concentraron en el infeliz. Me faltaban fuerzas para resistir. Pero mi oración me había ayudado, así que volví a rezar en silencio a Dios para que me enviara ayuda. Era como si ahora le estallara encima un huracán de fuerza. Recé con fervor.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! Dios mío, ayúdame —dijo para sus adentros.

Entonces clamé por mi líder espiritual.

—¡Ayúdeme, Emschor, ayuda!

De pronto sentí surgir en mí otra fuerza. Retomé la oración.

—Estoy preso aquí. Emschor, ayúdeme, es terrible la fuerza que me viene encima y que me penetra. Ay, Dios, ayúdame. ¡Emschor! ¡Emschor! Mi Padre Todopoderoso, te lo suplico, ayúdame, escucha mi oración. No podré soportar esto, ya no puedo más.

Seguí pidiendo ayuda a gritos, porque sentía que me disminuían las fuerzas. Me entró un sentimiento de incertidumbre. Pero me mantuve firme y recé intensamente por ayuda. Qué poderoso era mi rezo. Me asaltó un leve mareo. Sin embargo, mantuve la concentración centrada en él y resistí a los demonios. El preso se levantó de improviso, suspirando, lamentándose y profiriendo sonidos de miedo. Entonces vi que sangraba por la boca. Le latía la cabeza y le oía palpitar el corazón en este mundo. Esta lucha desigual era horripilante. Volví a pedir ayuda a gritos. Una y otra vez pronunciaba el nombre de Emschor. Necesitaba ayuda, o si no tendría que rendirme. ¿Qué hacer ahora? El preso se disponía a estrellarse contra la pared de la celda. De pura demencia ya no sabía lo que hacía. No había contado yo con eso. Como un rayo, con violencia y todas las fuerzas que me restaban me forcé una entrada en él y lo obligué a pensar en otras cosas. Lo conseguí. Volvió a derumbarse y dejé que se arrastrara por la celda, extenuándolo de esta manera. Los demonios querían que se estrellara. Había conseguido evitarlo. Por fin se quedó tumbado, muerto de cansancio. Seguía en mi poder, gracias a Dios. Pero volvió a arrastrarse a su lugar de descanso y me quedé a la espera de lo que sucediera. Muy por encima de mí vi algunas figuras luminosas. Bajaron la vista hacia mí y me sonrieron.

—Cómo agradeceréleselo —les envié.

A eso oí que se dijo:

—Pronto hará la transición, luchó lo que pudo. Ahora los demonios ya no lo pueden alcanzar. Esta noche transcurrirá en paz. El amor es lo más elevado, el bien triunfará. Que Dios lo acompañe a usted.

Me saltaron las lágrimas. Nos habían ayudado a los dos. Emschor había escuchado mi oración, me había enviado a sus ayudantes. ¡Cómo había luchado por su transición! Se me había concedido ayudar a un ser humano, qué feliz me sentía. Qué agradecido estaba a Dios y cuánto incliné la cabeza. Sentía fluir en mi interior una vigorosa felicidad, que significaba amor.

Volví a sonarlo y sentí el momento en que haría la transición. Parecía que el pobre hombre también lo sentía. Allí yacía un hombre que luchó lo que pudo. ¡Cuánto había sufrido, preguntado y buscado! Qué profundamente conmocionado estaba este hombre. Di gracias a mi Padre por haber conseguido esto. Los demonios todavía estaban allí, porque los oía hablar. Por fin se fueron, para no volver.

Entonces fui repasando todo y supe que esto me había dado mucha sabiduría. Ya no me sentía como cuando había empezado con esto, y sin embargo solo habían pasado unas semanas. Parecía que empezaba a haber más luz a mi alrededor. Yo estaba sirviendo al ser humano y amaba a mi Dios, a quien no conocía del todo, pero de cuyo poder ahora estaba convencido. Había hecho algo por este hombre y de buen grado volvería a hacerlo todo. La salvación había llegado en el último instante. Cuando se debilitó mi concentración estuve perdido, y de no haber llegado esa ayuda lo habrían elevado a su vida. Los milagros parecían producirse solo en el último momento de todos. Ya lo había vivido así más de una vez de este lado. Las oraciones eran escuchadas en el último instante.

La noche había concluido y sentí que el hombre llegaba a su final, por lo que me dispuse a sintonizarme de otro modo. Ahora lo serené y recé por él. Después le hablé y él entendió cada palabra; ya estaba conectado así de intensamente con nuestro mundo. Poco a poco fue volviendo su conciencia diurna. Vi y sentí claramente este empuje, tampoco le latía la cabeza tan tremendamente ya.

—¿Quién es usted? —Oí que preguntó.

—Un amigo de usted —dije—, no se preocupe.

Me percibió claramente y preguntó:

—¿Un amigo?

—Sí, un buen amigo.

—¿Dónde están los otros?

—¿Los vio?

—Sí, ¿dónde están?

—Se fueron —dije.

—¿Ellos también?

—Sí.

—Afortunadamente —dijo. Había estado profundamente conectado con ella. Se sentía aliviado de que ella ya no estuviera aquí—. Voy a morirme —dijo—, lo estoy sintiendo. ¿Iré entonces donde está usted?

—Irá a donde estoy yo, y a donde están otros amigos con buenas intenciones para con usted.

—Si solo Dios me perdonara. He sufrido tanto.

—Dios lo ama —dije.

—¿Es esa la verdad?

—La sagrada verdad (—dije). Se le anegaron los ojos. Las palabras me brotaban de lo más hondo de mi alma. Cómo me había transformado. ‘Sí’, pensé, ‘Dios es Amor’.

—Habla usted de otra manera que ellos. ¿Siempre estuvo conmigo?

—No —le dije—, vine para ayudarle.

—Le estoy agradecido; unas horas más y moriré (—dijo).

También yo lloré, pero solo de felicidad porque se me hubiera concedido ayudarlo; aunque también estaba triste por tantos sufrimientos que tenía que padecer el hombre en la tierra.

—Dios mío, he sido testigo de su sufrimiento, buscará el bien y trabajará en sí mismo. Será como un niño, sea misericordioso con él, ha sufrido tanto —recé.

Le entró un flujo de fuerza serena. A cada minuto que pasaba disminuían sus fuerzas físicas. Allí estaba, tumbado como un animal. En la tierra lo abandonaban, nadie vino a visitarlo. Como de costumbre, le habían pasado los alimentos por la apertura, pero ya no necesitaba alimentos. Fue pasando el tiempo y él se entregó de lleno. Su espíritu estaba preparándose, para la tierra ya había perdido su conciencia. Entonces sentí que debía ayudarlo. Hice movimientos de roce magnético por encima de su vestimenta material, lo cual yo había percibido varias veces. Su cuerpo espiritual estaba liberándose; el cordón, que también a mí me había impedido irme hasta el último segundo, ya estaba disolviéndose. Iba haciéndose cada vez más etéreo, y en la misma medida disminuían las fuerzas de su cuerpo material. El moribundo daba profundos suspiros, aún vivía en la tierra. Llamaba a su padre y madre, y pensaba en su juventud. Volvió a llamar con mucha intensidad por sus padres. ¿Estarían en vida todavía? Era casi imposible. Volvió a dar gritos y emitía unos sollozos terroríficos. Me hacía temblar. Estaba siendo una transición terrible, pero incomparable con la mía propia. Aun así, su proceso de muerte era terrible. Solo del todo y abandonado entró a esta vida. Ni amigos ni conocidos, ni padre ni madre: allí yacía, solo en toda su miseria. Esta chabola era su cámara mortuoria.

Ahora iba a dejar la tierra, el cordón se desgarró y en ese momento su espíritu se liberó del todo. La vida en la tierra había concluido.

Oí voces: miré hacia arriba y vi el rostro de dos espíritus jóvenes. Uno de ellos dijo:

—Venimos por él, hermano, ¿está usted dispuesto a seguirnos?

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Lo llevaremos al lugar con el que está sintonizado.

—Ah —dije—, ahora le entiendo. ¿Cómo sabe que muere este hombre?

—Ya lo sabemos con bastante antelación. Se nos envía aquí desde las esferas elevadas.

—¿Me asistieron ustedes en esta terrible lucha?

—Sí, lo hemos seguido en todo.

‘Qué fenomenal es esto’, pensé.

—¿No tiene este ser humano padre ni madre de este lado?

—Sí, pero ambos son infelices (—dijo).

Entendí. Ambos espíritus jóvenes acogían ahora al cuerpo espiritual de un ser humano que había muerto en la tierra, pero que había entrado en la vida espiritual. Muerto en la tierra y nacido en la vida del espíritu. El cuerpo espiritual yacía envuelto en una emanación. Ya no se dijo nada más. Abandonaron veloces la tierra. Los seguí. ¿A dónde lo llevarían? Iban siempre más lejos. Sentí dónde estaba. No estábamos en la tierra del odio. ¿Se lo estaban llevando a las esferas espirituales? A cada ser humano se lo venía a recoger en la tierra cuando era posible. Pero no a mí, estaba unido a mi cuerpo, a mí no pudieron venir a recogerme. De qué manera lo sabían aquí todo. Sabían que yo no estaba libre. “Esto” es lo que yo había conseguido para él. Si no me hubiera quedado junto a él, también habría tenido que vivir el proceso de putrefacción. Dios era todopoderoso, porque Dios dirigía todo esto. Sus enviados lo sabían de antemano.

Por fin pareció que se había alcanzado el lugar de destino. Estaba en otra tierra y vi a muchos hermanos y hermanas reunidos. ¿Podría entrar yo aquí? Esta no era mi esfera. Mi infierno era muy diferente. ¿Poseía yo ahora más luz? Portaron al moribundo al interior de un gran edificio. Vi a muchos de esos hermanos llegando aquí con el hombre terrenal. ‘Dónde estoy’, pensé, y entré al edificio. Por todas partes vi lechos de descanso y sobre ellos había seres espirituales que habían muerto en la tierra y entrado a esta vida. Solo veía amor, nada más que amor. Cómo se preocupaban todos por estas personas.

Entonces un hermano se me acercó y dijo:

—¿No quiere descansar un poco? Después de hacer un trabajo tan grande, seguro que necesita descansar algo.

‘¿Estará al corriente?’, me pregunté.

—Lo sabemos todo —dijo.

Me pareció asombroso, porque solo lo había pensado, no había pronunciado palabra. Aquí se sabía lo que pensaban los demás. Dije:

—No me siento cansado y volveré a la tierra.

—Qué gloria —dijo el maestro. Sentía que era un maestro—. Siga así —añadió—, se hará con muchas posesiones espirituales. Sepa que se le espera en las esferas de luz. Allí le esperan cosas hermosas. Lo que ve aquí es el amor servicial. Cada cual tiene su propia tarea, pero todos servimos al hombre que entra aquí. Le aclararé dónde se encuentra usted. Sígame.

Salimos de nuevo, y el maestro dijo:

—Hermano Lantos.

—¿Me conoce usted?

—Ya oye que lo conozco.

—¿En esta inmensidad?

—Yo sabía desde hacía tiempo que usted vendría aquí. Lo esperamos a

usted y a muchos otros. En las esferas hay un ser que lo espera y ese maestro se ha conectado conmigo. Por eso sé de la vida de usted y de la de todos que entran aquí. Escuche: se encuentra ahora en la tierra crepuscular. Pero esto no es su infierno, ya depuso el suyo. Así que ha llegado más arriba. Su estado ha cambiado debido a que busca lo bueno. Aún puede avanzar más, porque su esfera es la siguiente, que está más elevada. La esfera donde estamos ahora linda con la tierra del odio y es una esfera intermedia. Usted ya estuvo en la tierra del odio y sabe como es la vida allí. De modo que se ha liberado de las tinieblas ayudándole a él y a muchos otros. Las tinieblas, hermano Lantos, las ha dejado ahora atrás. Por eso le digo: siga adelante, búsquelo de esta manera, entonces lo esperarán las esferas de luz. En su verdadera esfera ya tiene luz y sin embargo todavía no ha alcanzado su primera sintonización espiritual.

—¿Sigo siendo un muerto en vida?

—Sí, aún es uno de ellos, pero ya no por mucho tiempo. Entonces hará la transición a la esfera espiritual. Después vienen la segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta y séptima esfera. Y después vienen las regiones mentales. Son las regiones como las que ha vivido y que pueden compararse con el mundo de lo inconsciente. Quien hace la transición a ellas ya no vuelve y pasa al cuarto grado cósmico. Ese es otro planeta. Pero de eso ya quedará convencido más tarde. Todos nosotros, hermano Lantos, nos damos de lleno a quienes entran aquí desde las tinieblas y la tierra. Los protegemos contra recaídas y los ayudamos en todo. Este es nuestro trabajo. Otros descienden a las tinieblas para ayudar a los infelices.

—¿Que sucederá con aquel al que se me concedió apoyar?

—Duerme y dormirá durante mucho tiempo, después comenzará su vida espiritual.

—¿Es esta su esfera?

—Sí, es su esfera.

—¿Se quedará aquí mucho tiempo?

—Puede tomar años y depende enteramente de su propia voluntad.

—Ha tenido que sufrir tanto, ¿se tiene en cuenta eso?

—¿A usted le regalaron algo?

—No, eso no.

—Pues a él tampoco se le puede regalar nada, él mismo quiso esto.

Entendí.

—¿Me encuentro aquí en la frontera del verdadero infierno en esta vida?

—Así es.

—¿Así que puedo seguir?

—En efecto.

—¿Qué me aconseja que haga?

—Es usted quien decide lo que quiere hacer. Puede volver a la tierra, de-

scender a las tinieblas del infierno, o ir más arriba para tomar posesión de su esfera. Pero le recomiendo que se ponga de nuevo con su trabajo. Hay miles que necesitan ayuda. Puede hacer grandes cambios en poco tiempo, porque posee usted una voluntad fuerte, conoce todos esos infiernos y esas esferas y sabe cómo alcanzar a la gente en la tierra. En los siglos que han pasado ha aprendido todo eso.

—Descenderé —dije al maestro.

—Ese es el camino, hermano mío.

—¿Me siguió en todo?

—Ya le dije que estoy conectado con su maestro. Desde aquí se le ayudó en todo y hemos captado sus oraciones.

—¿Es posible eso?

—Ya ve que lo sabemos. Las oraciones puras que son elevadas encuentran conexión inmediata. Nos llegaron sus sollozos de auxilio y su gran amor para ayudar a un ser humano; no: se elevan más y más, hasta penetrar en las esferas de luz. Desde allí se nos comunica que ayudemos a quienes necesiten esta ayuda. O sea que esas conexiones las establecen los maestros.

—Si le entendí bien, siento que cuanto más puramente me pueda dar y cuanto más grande sea el amor que siento por otros, ¿más grande será la ayuda que recibiré?

—Así es. Cuando se dé a sí mismo con amor, los espíritus más elevados le apoyarán y le enviarán sus ayudantes.

—¿Es así con todos?

—Quien quiera el bien recibirá esta ayuda.

—¿Sigue cada alma su propio camino?

—Cada cual ha de seguir su propio camino, pero todos seguimos un solo camino para poder alcanzar las esferas más elevadas. Y se hace amando la vida y sirviéndola.

—¿Son todos esos caminos igual de difíciles?

—No, eso no. Pero usted ha vivido la miseria más profunda, ha recorrido el camino más difícil que existe. Su proceso de muerte fue una entrada especial. Pero no solo esto lo fue, sino también cómo encontró su camino desde allí y cómo llegó hasta aquí completamente solo. Recorrió diversos estadios y supo liberarse de esas esferas. A otros hay que ayudarlos y necesitan ayuda. Pero usted busca en su vida y también intenta ayudar y apoyar a otros. Al hombre que es capaz de alcanzar esto por sus propias fuerzas se le respeta de este lado.

—¿Puede decirme dónde vive el maestro Emschor?

—Su líder espiritual y maestro vive en la quinta esfera.

—¿Cómo dice? ¿En la quinta esfera? ¿Cuánto no me falta para llegar allí algún día?

—Si continúa de esta manera conseguirá rápidos avances. ¿Quiere preguntarme algo más?

—Sí, aún tengo mucho que preguntar, pero aquí no me quiero quedar. Regresaré a la tierra y a todos esos otros infiernos, y veré cómo hacerme con esas fuerzas espirituales. Primero quiero regresar a mi celda, quizá pueda ayudar allí a otros.

—No hace falta, hermano Lantos.

—¿Lo sabe usted?

—Sabemos dónde puede encontrarse al hombre que necesita ayuda.

—¿En esta inmensidad?

—En este mundo estamos conectados con millones. Es una poderosa cadena y el hombre que se conecte con ella encontrará allí también a hermanos y hermanas de esferas más elevadas. De inmediato estos envían sus pensamientos hacia arriba y entonces nosotros sabemos si allí hace falta ayuda urgente. Y solo quienes hayan vivido una vida igual podrán ayudarlos. Todo, usted lo ha vivido, es concentración y es amor, concretamente amor servicial. Puede regresar a su prisión cuando quiera, pero allí ya no necesitan su ayuda.

—¿Así que me encargaron ese trabajo?

—Justo, siguieron sus caminos. Incidieron en usted en silencio. Nunca está solo, aunque crea estarlo. De modo que ninguno de ellos, hermano Lantos, que todavía están encerrados en su calabozo, está conectado con este mundo.

—Es asombroso —dije—, poderoso y profundo.

—Así que vuelva a la tierra, allí encontrará otro trabajo. Y cuando regrese aquí, todo será diferente y comprenderá mejor su vida eterna. Vamos, sígame, lo llevaré a quien ayudó (—terminó).

Vi a centenares de personas, todas sumidas en un profundo sueño. Entendí que estuvieran dormidas, Emschor me había hablado de eso. Qué cierto era todo. Vi a hombres y mujeres juntos. Se cuidaba de personas hechas y derechas como si fueran niños. Les aclaraban esta vida, porque sentí que no eran capaces de poder ayudarse a sí mismas. Así no quería ser, quería arreglármelas yo mismo. Cada segundo llegaban aquí miles de personas de la tierra que habían muerto allí. De inmediato, los hermanos volvían a la tierra para ir a buscar a otros. Era fenomenal poder percibir esto. Morir y nacer, una y otra vez, desde hacía miles de años sucedía de esta manera. Mayores y jóvenes estaban aquí juntos, pero no vi a niños. Allí yacía mi amigo. Me asombró que ya hubiera cambiado tanto. El cuerpo espiritual iba cobrando conciencia paulatinamente y se despertaría, por fuerza. Esto ocurría mientras dormía. Sentía y comprendía todo ello por haberlo vivido conmigo mismo. Pasarían meses antes de que el hombre volviera a ser él mismo. Aun así, el proceso se cumplía.

Profundo era su sueño. ‘Oh, esta vida’, pensé, ‘qué poderosa es’. Miré a mi

alrededor y mi decisión estaba tomada. Aquí no quería quedarme, porque yo no era alguien que se sentara apaciblemente junto a sus posesiones adquiridas. Quería retomar el camino para trabajar en mí mismo. Di gracias al maestro por todo lo que se me había dado y me despedí de todos ellos. Muchos fueron a despedirme. Todos me dijeron adiós. Viviría nuevos problemas y conocería lo asombrosos que eran. Volví a estar de camino y las tinieblas a mi alrededor fueron haciéndose más densas. Esta esfera fue ciñéndome lentamente hasta que me disolví en ella.

De vuelta a la tierra

Me sintonicé con la tierra y volví a planear por el espacio. Había vivido muchas cosas. Mi esfera era ahora otra que cuando entré por primera vez. Había hecho un buen trabajo y seguiría haciendo buenas obras. Pronto llegué a la tierra. Era de noche. Pero la vida terrestre vista desde este lado era poderosa. Las personas astrales no descansaban, vivían cosas. Conocía todos sus placeres, su amor y destrucción. Había millones de estos seres en la tierra. Cada uno buscaba su diversión, que luego era su perdición.

Me sintonicé entonces en las personas y sentí su vida interior. Qué nítidas se me hacían ahora, qué profundamente penetraba en la vida de su alma. En la irradiación del hombre estaban sus deseos, su dolor, su hambre y sus carencias. Pero solo me interesaban quienes querían poner fin a sus vidas. Sentía con mayor profundidad a quienes pensaban en eso, porque tenía que ver con la vida de mi propia alma. Estaba conectado con ellos y los conocía como mi propia vida.

Me precedía una mujer. Había en ella pena y dolor. Sentí claramente cómo me entraba. Todavía era joven e iba en andrajos. Iba a seguirla a ella. ¿A dónde iría? ¿Estaría sola en este mundo? También ella tenía el corazón y el alma partidos. No me encontraba más que con miseria. Deambulaba de calle en calle. Constaté que me encontraba en otro continente, porque el idioma que se hablaba aquí no era el mío. Aun así la entendía. En sentimiento hice la transición a ese idioma y a ese ser, y de esta manera interpreté sus propios sentimientos. Era la conexión espiritual. De este modo sentía todos los idiomas que se hablaban en la tierra. No dejé de seguir a esta mujer, porque en ella había sentimientos de suicidio. Esos sentimientos afloraron en mí cuando me hube conectado con ella. Pensaba continuamente en ello. Cuando pusiera fin a su vida, pensaba ella, habría terminado su dolor. Para ella la muerte era muerte.

Pero sentí más cosas. En y alrededor de ella vi el medio en que pensaba para poner fin a su vida terrenal. Para ella era un salto al agua. Pero en ese caso también quedaría unida a su cuerpo material, y fuera a donde fuera este, también ella tenía que vivir ese terrible proceso. Aun así sentí que se la podía ayudar. Quien no fuera alcanzable tenía que ser abandonado a su suerte.

En ella había dolor maternal y sentí por qué había llegado a este estado. Había sido abandonada y en ella había una joven vida. Si ponía fin a su vida, no sería la única que entrara en este mundo. Sería un doble asesinato, que tendría que enmendarse. Ahora que lo sabía, haría todo lo posible para impedirselo. ¿Quién la habría llevado a este estado para luego abandonarla?

Era inhumano. Allí, delante de mí, se desplazaba un terrible dolor, como jamás había vivido yo. ‘Dios mío’, pensé, ‘cuánto sufrimiento hay’.

Ya no volví a exclamar “¿Por qué a Dios le puede parecer bien esto?”; yo sabía. Seguí conectado con ella y la apoyaba. La alejé mucho del lugar a donde quería ir. ‘Eso no’, pensé. No busque el agua, a usted la atrae. También ella estaba mentalmente enferma, porque el ser humano que piensa en suicidarse está demente.

La llevé al borde de un bosque. Muy cerca vi una casa. ¿Habría gente viviendo allí? Esta joven madre necesitaba ayuda. La obligué a descansar un poco, y obedeció. Le caían lágrimas por las mejillas, lágrimas de profundo dolor humano. Pero sí albergaba un gran amor: era el sagrado amor maternal que sentía.

Reflexioné sobre lo que tendría que hacer. Era noche cerrada. La obligué a conservar la calma y me fui. Me apresuré hacia aquella vivienda terrenal. Pero estaba vacía, no se veía a nadie. ¿Qué tendría que hacer ahora para poder ayudarla? No quedaba tiempo. Regresé a donde estaba y vi que estaba lista para partir. Agua, agua, clamaba en su interior. El agua sería su final. Allí no sentiría dolor y se liberaría de toda su miseria. La dejé hacer, pero continué siguiéndola. Ahora no podía apoderarme de ella, porque sabía que solo se me concedía intervenir en el último instante. La continua supresión de sus sentimientos hizo que se debilitara su mente, y provocaría una disfunción espiritual. Estaba yo preparado para eso. Lo había vivido en mi celda y tenía que protegerla contra eso. Aun así, este trabajo se me hizo más difícil de lo esperado, porque me encontraba ante cosas inesperadas. Volvió a buscar el mundo habitado. Su mente estaba trabajando intensamente y había desaparecido la calma que yo había puesto en ella. Pero estaba sola, no había seres astrales. Me pareció muy extraño, porque ¿por qué no atraía a los demonios? Volví a sonarla para saber de dónde venía ese desasosiego que le había entrado tan de repente. Descendí muy profundamente en ella. Me encontré otra vez ante un problema.

Esos pensamientos y sentimientos procedían de las profundidades de su alma. Algo estaba cobrando conciencia en ella, había en ella un sentimiento de morirse. Ese sentimiento la impulsaba, siempre más, y sin embargo no se decidía a poner fin a su vida. Fue en busca del agua, pero no se atrevía a saltar. No era capaz de dar el paso, porque había algo que la retenía, que le impedía hacerlo. ¿Sería su pasado? ¿Estarían dejándome percibir cosas de su pasado? Era asombroso lo que yo percibía y sentía claramente. Pero para mí era un problema. Recé con fervor para poder ver este misterio, quizá entonces la podría ayudar. Estaba acercándose al agua. ¿Qué haría? La seguí y no dejé de pedir ayuda. Fui descendiendo cada vez más profundamente en la vida de su alma. Pero ella continuó siguiendo el agua. Entonces sentí que

no hacía falta que me preocupara. Pero qué misterioso era el hombre. Estos fenómenos aún no los había vivido. De pronto se metió por una calle y desapareció de este peligro. 'Cómo es posible todo esto', pensé. Entonces sentí la incidencia que me era tan familiar. Se me fue haciendo visible su pasado, igual que había percibido mi propia vida. ¿Sería que Emschor también me asistía en esto? En la profundidad de la vida del alma de ella había suicidio, y sin embargo no podría llegar a dar el paso de poner fin a su vida. Ya había avanzado demasiado en el camino espiritual para dar ese salto. Solo ocurriría si uno tenía una sintonización más baja. Ella se había suicidado en una vida anterior. Qué sencillo era este problema espiritual, ahora que se me concedía ver en su pasado. Volvió a ser consciente de su propio pasado por la pobreza y la miseria, todos esos sentimientos hicieron la transición a su conciencia diurna. También entendía ahora por qué estaba sola, por qué tampoco se la influía. Sus pensamientos para poner fin a su vida no tenían suficiente intensidad para ser captados por los demonios.

En silencio agradecí a mi maestro esta ayuda. Entonces sentí lo que tenía que hacer. Se sentó en un banco en el parque para descansar y pronto se quedó profundamente dormida. Sondé su sueño y determiné cuánto tiempo podría durar. Dormiría unas horas, así que yo también tenía unas horas. Quería aprovecharlas. Me fui en busca de otras personas para conectarlas con ella y que pudieran ayudarla. Me alejé y me concentré en las personas que me resultaran alcanzables. Rastreeé la zona, pero sin resultado. Por eso me puse a deambular por la zona; a lo lejos vi un edificio grande. Allí fui.

Cuando entré vi que era un monasterio y que en él vivían monjes. El hombre en la tierra aún no había comenzado con su tarea diaria. Me concentré en la hora y determiné que eran las cuatro de la madrugada. Pero aquí había y vivía gente que podía ayudarme. Fui de habitación en habitación. Junto a cada cama sondaba al hombre que yacía en ella. Después de entrar y salir de una decena de habitaciones, encontré lo que buscaba. Este monje era alcanzable. Estaba abierto a poder recibir los rayos y los pensamientos del espíritu. Su sueño no era tan profundo, por lo que lo desperté. Lo espoleé a que se despertara. Obedeció mi severa voluntad, pero estaba asombrado de sus propios actos, aunque hiciera lo que yo deseaba. Después de conseguirlo, me arrodillé y recé a mi Dios y a mi líder espiritual para que me ayudaran. Lo que quería conseguir no era tan sencillo. Cuando se hubo vestido también él, se arrodilló y rezó su oración matinal. No podía molestarlo y me quedé a la espera. En mí había una gloriosa calma. Me concentré en él cuando terminó y quise que fuera a darse un paseo. Pero tuve que renunciar a ello durante unos instantes. Sentí lo que quería ir a hacer y lo dejé. Se alejó y entró a una capilla. Allí volvió a rezar a su Padre en el cielo y le pidió que le bendijera el día. Entonces determiné cuánto tiempo se quedaría rezando y cuando lo supe

me desplazé como un rayo a mi protegida. Seguía profundamente dormida, por lo que la desperté. Este despertar fue muy sencillo. Elevé su sentimiento y después el espíritu retomó su trabajo, poniendo en marcha los órganos nobles. Temblaba de frío, la pobre. Entonces puse en ella un sentimiento alegre, el de que su dolor más grande había quedado atrás. Después la incité a que se fuera. Cumplió con mis deseos. Cuando lo hube conseguido, la obligué a seguir en una sola dirección y me fui alejando a cada paso que daba ella. Un paso de ella eran diez míos. Así la fui llevando hacia el monasterio. Una vez allí, vi que el monje había terminado de rezar. Entonces quise que fuera a dar un paseo. Se sentía inquieto, de modo que agucé mi concentración y logré mi propósito. Cuando llegó al exterior quiso volver. Estaba tomando conciencia de que le sucedía algo raro. Lo obligué a que siguiera. Date un paseo, le dije en voz alta, por temprano que sea. Sus propios sentimientos y pensamientos estaban resistiéndome. Pero aun así hizo lo que yo quería, aunque empezó a rezar de nuevo. Me encontraba ahora en conexión con ambos seres terrenales. A uno me lo atraía desde lejos y al otro ser lo intentaba llevar en una sola dirección. Pero todavía me encontraba ante un caso difícil. El monasterio estaba rodeado de un alto muro y estaban acostumbrados a quedarse dentro de ese cerramiento. Pero saldría, como fuera. Lo empujé con violencia hacia la salida, pero se oponía. No se les permitía. Supliqué que se me ayudara y mantuve la concentración fijada en la salida. De pronto hizo lo que yo quería. Fue muy inesperado, por lo que entendí que se me estaba ayudando. El monje ya no era él mismo, le había llevado a un estado de semitrance. Una vez fuera, vi que también ella venía en esta dirección. Unos segundos más y ambos se encontrarían. Qué feliz me sentía. Los conecté en un camino solitario. El monje miró hacia el ser harapiento, pero pasó de largo. ‘Dios mío’, pensé, ‘¿ha sido en vano mi trabajo?’. Al concentrarme profundamente se detuvo y la miró. Amor, nada más que Amor puse en él.

—Ayúdala. Ayúdala, vamos, necesita su ayuda —le dije. Pero qué difícil era conseguir esto. Entendí su estado. Este monje no estaba habituado a dirigirse a la gente, encima a una mujer, y sin embargo así tenía que ser. Logré que se le acercara.

—¡Necesita su ayuda! —le exclamé. De repente miró a su alrededor y a su lado. Claramente, había captado mis palabras. Aun así yo era invisible para él. Entonces la obligué a ella a que se detuviera y mirara al monje. Cuando también logré eso, volví a conectarme con él y le dije bien alto:

—Ayúdala. ¡Dios es Amor! Dios es Amor. ¡Tiene que ayudarla!

Por fin se venció a sí mismo:

—¿Tengo que ayudarla? —preguntó. Pronunció mis palabras sin saberlo. Ella lloraba.

—Hermana mía, ¿puedo ayudarla? Me envía a usted nuestro Padre Todo-

poderoso —dijo.

Cuando lo oí decir estas palabras sentí cómo me fui hundiendo. Me entró una corriente de profunda felicidad. ‘Gracias a Dios’, pensé, ‘está a salvo’. Sin embargo, me mantuve firme y vi que fue llevada al interior. Las puertas quedaron cerradas a su paso y mi trabajo había concluido. Me arrodillé en el lugar donde me encontraba para dar gracias a mi Padre, por haberme sido concedido ayudar a un ser humano. Después fui a buscar al monje. Estaba en la capilla, rezando a Dios y dando gracias a su Padre, igual que había hecho yo. En mí veía al Espíritu Santo. El Espíritu Santo había bajado del cielo y le había dejado realizar este milagro. Lo sentían como un milagro y pensaban ver en él a un santo, pero el que había sido el Espíritu Santo era yo. Aun así, yo no estaba más que en el comienzo de mi verdadero camino, pero me hacía bien que lo consideraran un milagro. Después visité a la joven mujer. Yacía en una cama de un blanco inmaculado y lloraba de felicidad. También ella daba gracias a su Padre. Todos nosotros teníamos nuestro propio Dios y sin embargo, su joven vida había sido salvada. Se la estaba cuidando, y su hijo iba a nacer en la tierra.

Así había vuelto a aprender mucho, haciendo algo por mis congéneres, quería seguir por este camino. De este modo ayudamos a las personas terrenales que necesitan nuestra ayuda.

En su propia capilla pedí a Dios que me guiara por mis caminos, y me dispuse a hacer otro trabajo.

Volví a deambular por la tierra como un vagabundo. Pronto encontré otro trabajo y protegí a un ser humano de su perdición. No quiero ponerme a describir todos esos estados ni lo que viví. Es demasiado. Que te baste que han transcurrido años y años, y que se me concedió proteger a decenas de personas del suicidio. En la tierra fue naciendo generación tras generación. Allí todo cambiaba, yo también. Empezó a haber luz y amor en mi interior. Continué avanzando para ayudar a la gente. Cómo fui conociendo a mi Dios y a Nuestro Padre Todopoderoso. Hasta qué profundidad descendí en esta vida, cómo se me fue aclarando todo. Se me concedió ayudar a mayores y jóvenes, a hombres y mujeres. Se me concedió transformar mucho dolor y profunda miseria en felicidad. Gradualmente, vi cómo fui haciendo, y conmigo la esfera en la que vivía, la transición a las esferas de luz. En unos seres humanos conocí los milagros del universo, en otros profundas tinieblas.

Viví acontecimientos felices y tristes. Unas veces estaba en la tierra, otras en las tenebrosas esferas del infierno. Mis caminos eran seguidos y también a mí se me ayudaba en todo. Siempre estaba orando, aunque al final era el acto lo que me hacía cambiar a mí y mi vida. Nada más rezando no habría llegado hasta allí. Mi orar era pedir ayuda, y allí estaba mi amor que sentía por el hombre. Tienen que ser actos, es el amor servicial lo que otorga al

hombre la luz eterna. Me había dado por completo y se me había concedido vivir muchas cosas.

Ya dije que habían pasado años y años. Cuando me sintonicé y sentí la época en la que vivía el hombre, estaba acercándose el siglo diecisiete. Siete siglos de lucha e intensas vivencias. Ahora veía esa imponente cadena de la que formaba parte. En todos esos siglos había conocido la vida, sabido inclinar la cabeza y aprendido a amar la vida.

Por fin me estaba entrando entonces un sentimiento que me llegaba procedente de las esferas de luz. Era como si me llamaran. Desde lejos se me enviaban pensamientos, y eran una orden para que me desplazara a las esferas de luz. Seres más elevados me llamaban. Era un sentimiento asombroso el que me entraba.

Cuando estuve a punto de empezar mi gran viaje, pensé en lo que el maestro Emschor me había dicho en el instante en que me iba a abandonar:

—Una vez que esté preparado, lo llamaré.

Ahora había llegado ese momento, por lo visto, y albergaba en mi interior verdaderas posesiones. Me había desarrollado trabajando. Aun así, no podía irme, porque seguía siendo preso de todo ese dolor humano. Pero esas llamadas continuaron y se fueron haciendo más profundas. Me oponía con vehemencia, ya que había terminado por habituarme a esta vida. Pero aun así tenía que despedirme de los millones de hermanos y hermanas de las esferas que hacían trabajos en la tierra, por difícil que me resultara.

Me llamaban y debía obedecer. Me esperaba otro trabajo, lo sentía claramente.

Podría haber vuelto como un rayo, pero aun así tardé meses. De camino hice trabajos, meditando. Reflexionaba todo a fondo, repasándolo todo. Cuanto más me acercaba a las esferas de luz, más se me aclaraba mi vida y el significado de estar en la tierra. ¡Si me dejaran contar todo eso alguna vez a la tierra! Eso también era posible, porque me lo había dicho mi maestro.

Fui escalando poco a poco y sentía que estaba siendo sometido a una purificación. La purificación ocurría pensando. Cómo podía pedir ahora perdón a mi Padre en el Cielo por todos mis pecados y errores. Entré a la esfera donde había dejado al infeliz preso.

El primer ser humano con el que me encontré fue el maestro de esta esfera. En esa esfera no había cambiado nada. Se me acercó sonriente y dijo:

—Hermano Lantos, que Dios esté con usted. Hay personas a las que un año les parece un siglo, pero en su caso es al revés. Entre, hermano. Se fue hace un siglo y solo ahora ha vuelto. ¿Cambió la tierra?

—No —dije.

—No se deje decepcionar, ya ve que aquí tampoco cambió nada. Pero todo le será aclarado.

—¿Cómo está él?

—Ah, hace un buen trabajo. En estos momentos se encuentra en las tinieblas y ya hizo un buen trabajo. Ha desarrollado una fuerte personalidad. Esta vida lo ha despertado por la fuerza. Preguntó muchas veces por usted después de que le fuera enseñado su propio fin en la tierra.

‘Oh’, pensé, ‘qué amable’. Se me saltaron las lágrimas de gratitud hacia Dios por haberseme concedido poder salvarlo. Qué hermosa es entonces la vida. Significar algo para los demás, eso hace feliz al hombre.

“Seré digno de su ayuda”, había dicho, “no le defraudaré”.

Qué feliz me hacía oír esto. Esta vida conmueve, debe conmover y despertar al hombre por la fuerza.

—Hermano Lantos —me dijo el maestro—, se me ha encargado acompañarle, porque aquí no nos quedaremos. Enseguida nos iremos de viaje, a su propia esfera, por más señas.

A las esferas de luz

Pronto el maestro estuvo listo. Retomamos el camino paseando. Era una figura muy hermosa la que me acompañaba en mi camino. Yo no pensaba en nada, solo percibía y todo con lo que me encontraba me asombraba. Conforme avanzábamos fui viendo que cambiaba la naturaleza. Donde había vivido reinaban profundas tinieblas, después había aparecido una luz crepuscular y ahora me iluminaba una preciosa luz. Aquí ya me sentía en un paraíso y todavía seguíamos más.

—¿A qué esfera me llevará? —pregunté al maestro.

—Su esfera es ahora la segunda sintonización espiritual. Allí le espera otro maestro, hacia allá es donde lleva su camino.

‘La segunda esfera’, pensé, ‘¿podía entrar en ella?’. Sentí que me entraba una gran felicidad. Cuanto más avanzábamos, más bonito era todo. Hice muchas preguntas al maestro y a todas me respondió. Qué poderosa es la vida del espíritu. Sentí que me entraban un imponente silencio, amor y felicidad espiritual. Ya no pude articular palabra alguna. Todo lo que percibía era sagrado. Vi verdor, árboles, flores de los colores más hermosos, templos y edificios. Lloraba por dentro de emoción ante tantas cosas milagrosas que Dios ha reservado para Sus hijos. Solo entonces pensé en Marianne.

Oh, estar con ella aquí, poder pasear de la mano, ¿cómo sería entonces nuestra felicidad?

Ya habíamos entrado a la primera esfera en la tierra del espíritu. Entonces vi que todo volvía a cambiar y que la naturaleza se hacía aún más bella. Era como de ensueño. ¿A qué debía yo todo esto? Me puse de rodillas, recé intensamente y di gracias al Creador del cielo, de la tierra y otros planetas por toda esta belleza. Cómo había maldecido todo esto durante mi vida en la tierra. A pesar de ello, podía ser feliz y pensar en toda esta belleza, contemplar todo esto con la cabeza erguida, porque había enmendado el mal que había infligido a los demás. Me sentí liberado de todos mis pecados. Cuando desperté de mi oración, vi que el maestro me esperaba a mucha distancia. Fui hasta él y dijo:

—Nadie de nosotros, hermano Lantos, sabe cómo dar las gracias a Dios cuando entramos a las esferas de luz. No hay palabras para expresar toda nuestra felicidad.

—Es que es muy grandioso —dije—, ¿quién puede imaginarse algo así? ¿Quién podrá aceptar esto en la tierra? Se me concedió vivir milagros, pero este es el mayor milagro de todos.

—No diga eso, porque vivirá milagros aún más profundos y milagrosos,

aún no ha llegado al lugar de su verdadera sintonización. Ya ve que el cielo está cambiando.

El cielo en la primera esfera tiene nubes como en la tierra, pero a medida que avanzábamos, más cambiaba el firmamento: el azul iba convirtiéndose en violeta.

—Allí se encuentra su esfera —dijo el maestro, después de que hubiéramos seguido mucho tiempo.

No puedo expresar en palabras cómo me sentía. Todas las personas que entran aquí y que viven esto enmudecerán y sentirán la insignificancia de su propio yo. Yo también me sentía así. No era nada ante tanta hermosura. ¡Y eso que todavía no estaba en el segundo cielo ni en el tercero, cuarto, quinto, sexto o séptimo! Y después, detrás de eso, y más allá y más todavía. Todavía no me podía hacer una idea de ello, me abrumaba todo. Aquí no había día o noche, aquí siempre había luz, una luz que no se podía comparar con la del sol. Lo que percibía aquí era una irradiación espiritual. El sol, la luna y las estrellas pertenecían al mundo material. El universo no era visible para el espíritu, o había que sintonizarse. Y aun así, yo vivía en el universo, todos esos millones de planetas y sistemas solares me rodeaban, aunque eran invisibles para el espíritu que hubiera entrado al mundo espiritual. Todo esto que yo percibía ahora descollaba mucho sobre la vida material. Mi infierno se había transformado en un cielo. Todo me resultaba todavía demasiado poderoso, aunque iba hacia mi cielo. Vi que hicimos la transición a otro estado. Ya lo había percibido por el firmamento, pero ahora también lo veía en la naturaleza. A medida que avanzábamos sentía que empezaba a rejuvenecer. Ahora vivía un milagro tras otro. Vi cómo cambiaba el maestro a mi lado. Ahora tenía un hermoso rostro y llevaba una preciosa túnica. Cuando lo percibí y me quedé mirando esto con asombro, me dijo:

—¿Está asombrado, hermano Lantos? Si no estuviera al corriente, yo podría estar asombrado por usted. Mírese solamente.

Me miré y me detuve. Yo también llevaba una túnica espiritual y mis manos parecían esculpidas.

—Dios mío, ¿cómo puedo darle las gracias? —dije muy alto. Mientras observaba todo esto, sentí que el silencio se apoderaba aún más de mí. Cómo había cambiado. Qué hermoso, qué asombroso era todo y qué radiante era mi túnica. Me palpé y no entendía nada. Seguimos andando con una felicidad celestial e intenté procesar estas cosas milagrosas. Tenía que asimilar todo esto, aceptarlo, porque eran mis propias posesiones. ‘Dios mío’, volvía a decirme una y otra vez, ‘¿cómo te puedo dar las gracias?’. A mi alrededor y por todas partes veía belleza, me iluminaba la felicidad de las esferas. Había hombres y mujeres juntos y todos radiaban como soles. Caminaban por la naturaleza y desde lejos sentía su felicidad. ¡Eso sí que eran seres humanos!

Personas de la tierra viviendo en un paraíso, en el “más allá”. Yo había entrado a la vida del espíritu. Era asombroso, porque vivía en la realidad.

Me pareció ver a lo lejos aun otra luz. La luz no se iba y el cielo había adoptado su verdadero color. Si continuara, también cambiaría el firmamento, hasta que alcanzara las esferas más elevadas, para entonces yo también cambiar siempre, hasta las esferas divinas, y hacer la transición al “Omnigrado”. Entonces el hombre es divino. Los pensamientos que me entraron ahora se me enviaban directamente y sabía de dónde venían. El maestro me habló en el idioma espiritual y acepté todo lo que me entraba y se me daba. La luz que percibía a lo lejos ya se acercaba cada vez más. De pronto me surgió:

—¿Ve esa luz?

‘Sí’, dije en pensamientos, ‘la veo’.

—Prepárese —dijo el maestro.

Temblaba, porque sentía lo que ocurriría.

—Hemos entrado a la segunda esfera —dijo el maestro. Me pareció ver en esa luz una aparición y creí conocer a esa figura. Había visto esa aparición una vez, no: dos veces. Avancé volando a toda velocidad y me acerqué a mi propio maestro y líder espiritual. Cuando casi lo tuve enfrente me arrodillé antes sus pies.

—Maestro Emschor, padre, padre mío, aquí estoy. Después se me borraron los recuerdos. Había desfallecido de felicidad.

Tomé posesión de mi propia esfera; formación espiritual

Cuando desperté me encontraba sobre un lecho de reposo. A mi alrededor había flores y la naturaleza era como de ensueño. Estaba en el paraíso y yacía en una vivienda abierta y decorada con las flores de las esferas. Contemplé toda esta belleza a mi alrededor.

¿Qué era eso? ¿Lo estaba viendo bien? Dios mío, cómo es posible. Tenía enfrente a Marianne, esculpida en mármol níveo. De un salto me acerqué a la estatua y la palpé desde todos los lados. Era auténtica, era puramente terrenal, pero esta estatua irradiaba luz. Aún no me había recuperado del primer asombro cuando entró mi líder espiritual.

—¿Descansado, hijo?

—Sí, padre, ¡estoy tan feliz!

—Soy su hermano, ¿lo aceptará?

—Con mucho gusto —dije.

—Vamos, siéntese, cuántas cosas tenemos que contarnos. ¿Durmió gloriosamente?

—Sí, maestro, gloriosamente.

—¿Sabe cuánto tiempo durmió?

—No —contesté.

—Según la tierra estuvo durmiendo diez días.

—Casi no lo puedo creer, pero me habló de ello en las tinieblas.

—Ahora está despierto y consciente y vamos a hacer largos paseos. Tengo muchas cosas por aclararle y después le esperan otros milagros. Puede hacerme todas las preguntas que quiera, se le aclarará todo.

Por fin estaba entonces listo. ¡Qué reencuentro en las esferas de luz! Después empecé a hacer preguntas. Me senté cerca de mi Marianne. Le había asignado un lugar en medio de mi vivienda espiritual. Qué sorpresa tan grande. Mi primera pregunta fue:

—¿Estoy en mi propia vivienda, maestro?

—Sí, Lantos, esta es su vivienda espiritual, su propia posesión. Su casa es como su sintonización espiritual, según el amor que usted porte y que sienta por todo lo que vive, que es la vida sagrada de Dios. El hombre se construye una morada espiritual en la tierra y el lugar donde se encuentra usted ahora es la habitación del amor, si quisiéramos hacer una comparación terrenal. De modo que una morada espiritual es como siente el hombre y según lo que posea de fuerza del amor. Quien entre aquí tiene y encuentra su posesión, y esto es así para todas las esferas. En la primera esfera encontramos moradas

donde hay reunidas miles de personas, pero a medida que el hombre se desarrolla, se construye su propia casa. Ya lo ve: aquí tenemos flores y pájaros, y la naturaleza, el hombre y todo lo demás que vive cambian, porque siempre seguimos avanzando, siempre hacia mayores alturas, hasta que alcanzamos las esferas divinas. ¿Cómo sería nuestra vida si de este lado tuviéramos que echar en falta nuestros amigos los animales, la naturaleza, las flores, el agua, los árboles y todo lo que Dios ha creado en la tierra? A fin de cuentas, entonces no sería perfecto. Las personas que han entrado en el más allá, las que han alcanzado las esferas de luz, se sienten felices. Todas nuestras viviendas son abiertas. Aquí no tenemos ni conocemos secretos. Esto, hermano mío, todas estas cosas hermosas e inmaculadas, son sus posesiones. En su vivienda hay habitaciones donde puede conectarse. Está la habitación de la oración, de la fe, de la esperanza y de la confianza, en suma, la de todos los rasgos que posee el hombre. Hay partes que también le son invisibles, pero usted continuará desarrollándose. En otra esfera, más elevada, se le harán visibles y así irá conociéndose. Cuanto más avance, más avanzará por tanto también su vida interior y todo a donde entre. Su posesión, su crecimiento interior, cambiará de continuo. Así que este es su cielo. La primera, segunda y tercera esfera ya son cielos, aunque todavía son de purificación, pero cuando el hombre entre en la cuarta —que es la tierra estival—, entonces se siente liberado de su vida terrenal. Esa es la primera esfera feliz de este lado. Ahora usted se siente feliz, cree estar en un paraíso, todo le parece milagroso, pero nosotros conocemos otra felicidad, aún más elevada.

—¿De dónde sale esta estatua, maestro? ¿Me permite que se lo pregunte?

—Pues claro, escuche. Mandé que le hicieran la estatua de Marianne, y esto se hace para todo el mundo, cuando es posible. Quiero demostrarle con eso que ella es el alma con la que usted está conectado cósmicamente. Ustedes dos son almas gemelas.

—Es asombroso, maestro, me ha hecho usted muy feliz. ¿Entonces podré continuar aquí mi arte?

—Podrá hacerlo, Lantos. Aquí tenemos maestros en todas las artes: de música, que luego escuchará, de pintura, de las artes plásticas y de todas las que el hombre sabe crear con su ímpetu interior. Podrá desarrollar sus sentimientos artísticos, pero eso ya vendrá después, ahora tenemos que hacer otras labores, más útiles.

—¿Cómo consiguen aquí ese mármol níveo? Es radiante, despiden luz.

—Explicárselo de manera terrenal es imposible. Puede palpar la estatua y sentir que es de mármol, pero es tan radiante como lo que el ser posee de fuerza del amor, como la esfera en que viva. En todo está la vida sagrada de Dios, y debido a que es vida, emitirá y tiene que emitir su luz interior. Usted vio en la tierra y en las tinieblas templos y edificios, pero en las tinieblas todo

se erige en un estado animal. Lo que allí lleva a cabo el hombre irradia una luz destellante de un color rojo óxido. Su vida y su irradiación es salvaje. Pero a medida que usted se eleve más, más hermosos serán el arte, el hombre, la naturaleza, las casas, los edificios y los templos.

—Es imponente, maestro.

—Todo, como ya lo vivió en la tierra, viene de este lado. Los maestros a los que se le concedió asistir en la tierra descendieron de la segunda y tercera esfera para dar allí al hombre lo más elevado. Su Marianne está por tanto radiante porque usted se encuentra en esta sintonización. Pero no solo usted, sino que ella también entrará aquí cuando muera. De otra manera no sería posible darle un lugar a su efigie en su morada. Aquí nos rodean todos nuestros seres queridos. Cuando todavía viven en la tierra y de este lado ya están el marido o la mujer, la hermana o el hermano, o el hijo, entonces embellecemos su morada y la preparamos para quienes vayan a venir. Pero cuando a uno de ellos le esperan las tinieblas, entonces ya sentirá que pasarán años antes de que esto se pueda conseguir. Por eso ustedes son uno y seguirán siéndolo por los siglos.

—¿Ya sabe usted si ella está en la tierra?

—No, aún se encuentra en el mundo de lo inconsciente.

—¿Tanto tarda en establecerse la conexión con la tierra? Quiero decir: ¿no es posible que sea antes?

—Depende de la vida interior del ser humano. Pueden transcurrir siglos antes de que tenga lugar el regreso.

—¿La verá allí, maestro?

—La verá. La visitaremos, cuando haya llegado el momento. Todo eso pertenece a mi tarea y cuando usted haya aceptado su esfera, y haya tomado posesión de ella, empezaremos con nuestro trabajo más importante. Pero primero, como ya dije, daremos paseos; porque hay mucho que tendré que aclararle.

—¿Vive usted en la quinta esfera, maestro?

—Sí, Lantos.

—¿Y usted viene a mí?

—De aquí parte nuestro trabajo. Quien lo acompañó hasta aquí ya le habló de ello.

—¿Vuelve el maestro a esa esfera?

—No, tiene que cumplir una misión en la tierra, así que recibe otro cometido.

—¿Nace allí?

—No, su ciclo concluyó (—contestó).

Me quedé contemplando el ir y venir de los pájaros. Se posaron cerca de donde estaba yo y me mimaban sentándose encima de mis hombros.

—Vienen a visitarlo sus amigos los animales. Sienten el amor del ser humano que vive aquí. Todo aquel que entra aquí procedente de la tierra o las tinieblas, es recibido y saludado por la vida.

No hallé palabras para este gran acontecimiento. ‘Qué alejado se encuentra el ser humano en la tierra de toda esta belleza’, pensé.

—Venga, ahora vamos a dar un paseo (—dijo).

Salí junto a mi maestro. Por donde mirara veía gente, en todas partes. Qué imponente es esta vida. Me quedé en silencio de lo feliz que me sentía al ver todos esos hermosos templos y edificios. Arte por doquier, erigido en un estilo incomparable. Hicimos una visita al templo de las artes plásticas. No puedo describir lo asombrado que estaba por ver un arte tan hermoso en la vida después de la muerte. No se me habría ocurrido en la tierra, y aceptarla, aún menos. Vi esculturas desconocidas en la tierra. Me quedé mirando a los maestros en silencio, pensativo. Había hombres y mujeres. El hombre creaba milagros, inspirado por el amor de su alma. También oí música y cánticos, y vi seres vestidos en preciosas túnicas. Eran como ángeles. Sin embargo, no me encontraba más que en la segunda esfera. Uno siempre seguía elevándose y avanzado. Cómo lo intuía. Por este arte había que sentir respeto. Me arrodillé y di gracias a mi Padre por todo lo que se me había dado. Me quedé mucho tiempo sumido en mi oración. Por fin pude liberarme. Qué grandioso era lo que veía. Me sonreía el amor de toda esta gente. La mujer, eso lo sentía claramente, era quien animaba todo esto. Esa animación era el amor. Ay, si solo hubiera podido poseer esto en la tierra. Pero también sentí que no era posible, porque hacía falta haber alcanzado esta sintonización espiritual. En la tierra aún no estaba preparado y allí no habría sabido intuir este arte. Vi imponentes grupos escultóricos. Como artista todo esto me atraía enormemente. Nos quedamos allí mucho tiempo; después volvimos a adentrarnos en la naturaleza. Mirara por donde mirara veía amor y felicidad. Todo lo que percibía era celestial. Seguimos caminando durante horas, todo me sonreía y mi interior estaba abierto a todas estas cosas inmaculadas. A través de mi maestro viví este acontecimiento, grande e imponente.

Después volví a hacer preguntas.

—¿Tiene final cada esfera, maestro?

—Sí, hermano Lantos, hay un final. ¿No desea entrar a la tercera y cuarta esfera?

—Sí, sí que quiero.

—Pues bien, cuando le sea posible entrar en ellas y pueda llamarlas sus posesiones, algún día todas esas esferas situadas bajo la primera sintonización espiritual feliz se disolverán. Solo entonces se sentirá espiritualmente feliz.

—¿Puedo entrar ya a la tercera esfera?

—No, no es posible, y sin embargo todas esas esferas están enlazadas y

comunicadas entre ellas.

—Así que puedo seguir avanzando, siempre más y más, ¿y sin embargo no entraría en una esfera más elevada?

—Así es. Usted ya lo vivió en las tinieblas, cuando quiso seguir a esas sombras.

—¿Está usted al corriente de eso, maestro?

—Pero si le seguí en todo.

‘Qué asombroso’, pensé, ‘qué grandes son las fuerzas de estos seres’.

—¿Puedo planear también aquí?

—Puede hacerlo, pero todavía tendrá que aprenderlo en su propia esfera. ¿Por qué no lo intenta?

Me sintonicé, pero no pude desplazarme. Pregunté:

—¿Y esto?

—Está claro. No puede elevarse más allá de las fuerzas que haya en usted.

—Pero ¿no estoy sintiendo claramente otra esfera?

—Eso sí es posible, porque está sintiendo cada vez más profundamente, y eso significa que ya entró en comunicación con una esfera más elevada. Aun así, tendrá que asimilar estas últimas fuerzas, y solo entonces podrá desplazarse en su propia esfera.

—¿De modo que puedo ir a donde quiera, pero no elevarme más?

—Así es, como en las tinieblas.

Entendí.

—Si lo siento bien, me imagino cada esfera como el universo; ¿está bien la comparación?

—Lo siente muy bien. Una esfera es como el universo. Su morada, la esfera en la que vive y usted mismo tienen una sintonización cósmica.

—¿Cuántas sintonizaciones existen en el universo?

—Siete.

—¿A cuál de ellas pertenece la tierra?

—Al tercer grado cósmico.

—¿Venimos del primer grado?

—Sí.

—¿Cuántas veces estuvimos allí antes de hacer la transición al segundo grado?

—Es algo que no se puede determinar, sino hasta que poseamos esa esfera en nuestro interior.

—Ahora siento que me entra el tercer grado, ¿es porque he terminado mi ciclo?

—Exactamente, Lantos, así es.

—¿Es todo esto cósmico?

—Todo esto tiene un significado cósmico. El hombre en la tierra —usted

ya lo vivió— tiene una sintonización material, espiritual y cósmica. Pero ya en la tierra yace en él, muy hondo, ese grado cósmico, es decir, tiene sintonización con Dios y puede volver a su Padre. Si no estuviera en él, entonces el hombre viviría eternamente, allí y en esta vida, pero no podríamos avanzar ni elevarnos.

—Pero entonces, ¿dónde se encuentra el cuarto grado de la vida cósmica? ¿Es un planeta?

—Sí. El cuarto grado de la mentalidad cósmica es un planeta, que es centenares de veces más grande que la tierra. Este también ocupa su sitio en el universo, igual que muchos otros.

—¿Hay gente viviendo allí?

—Sí, pero han avanzado más que nosotros, así que también en lo espiritual.

—¿Allí ya no matan?

—No. ¿Usted todavía sería capaz de matar?

—No, me es imposible, eso ya no.

—Así ya ve que el hombre avanza siempre más, al menos la vida, para asimilar lo más elevado, es decir, el amor divino.

—Cuando allí muere el hombre, ¿a dónde va entonces el alma?

—El hombre que fallece en ese planeta se va a la tierra del otro lado, o sea aquí.

—¿Aquí, dice?

—Sí, Lantos, aquí, nos son invisibles.

—¿Y los más elevados también?

—Exacto, también el hombre divino. Ya siente que el alma o la vida que es el hombre vive entre la esfera preanimal y la divina. Hay en el universo siete grados de mentalidad y nosotros nos encontramos en el tercero. Pero todos los hombres que viven en la tierra, toda esa vida, y también nosotros que ya depusimos nuestro cuerpo material, nos encontramos en el tercer grado cósmico, hasta la última y más elevada esfera, que es la séptima.

—¿Para usted tampoco es visible ese cuarto grado cósmico?

—No, tampoco para mí. Pero los maestros que llegaron hasta las regiones mentales ya tienen conexión con la cuarta mentalidad. Igual que usted tiene conexión con la tercera esfera, sintiéndola en su interior, y con la que ya desde aquí puede sintonizar, ellos pueden conectarse con ese grado y sienten la vida que vive en él.

—Es casi incomprendible, maestro, pero qué profundo es todo.

—Mire, allí, delante de usted.

Miré hacia donde me señalaba el maestro, pero no sabía lo que quería decir. Quise preguntárselo, pero me asusté al ver que había desaparecido. ¿Qué significaba esto? Pero en el mismo instante oí decir:

—¿Me oye, Lantos?

—Sí, maestro —dije.

—Pues bien, ahora soy invisible para usted y del mismo modo a mí me son invisibles las esferas más elevadas que se encuentran por encima de la mía. De este modo, para todos nosotros son invisibles la cuarta, quinta, sexta y séptima mentalidad cósmica que es la vida cósmica, y todos esos problemas y milagros solo se resolverán cuando hayamos llegado a ese estadio de desarrollo. Incidí en usted cuando vivía en la tierra. Allí lo conecté con el pasado. Así que me resultaba posible mostrarme en su celda. En todos esos otros estados le hice sentir la vida, y también incidí en usted cuando conectó al monje y a esa mujer infeliz. Le ayudé en todos sus trabajos, es decir, desde mi propia esfera. Conservé mi conexión y lo conecté con su propio hijo. Allá donde fuera usted y siempre que necesitaba ayuda y se la pedía al Padre Omnipotente, se la daban los maestros. Ya ve, mi Lantos, que el hombre siempre es uno, y que seguirá siéndolo cuando él mismo quiera la conexión. También verá y sentirá que ningún milagro podrá resolverse antes de que el hombre haya entrado en ese estadio de desarrollo. Cuando vivía usted en el infierno, no pude convencerlo respecto a un Padre de Amor, pero ahora, habiendo constatado que hay un ir hacia lo más elevado, podrá aceptarlo todo e inclinará la cabeza. Me retiré para prepararlo para milagros aún más grandes, que vivirá más tarde. Puedo conectarme con usted, hablar con usted, y aun así le soy invisible, aunque sea la realidad. Así, los que se llaman los despertados al cosmos podrán y deberán ver más que nosotros de la continuación más elevada, y así es posible que nos conecten con el milagro más elevado. Ese es el ciclo del alma, la reencarnación, el volver a nacer en la tierra. Vivirá este milagro, es decir, a través de los maestros cósmicos. Le hablo desde la tercera esfera y ahora volveré a usted. Atención, Lantos.

Entonces vi cómo se me acercó una tenue emanación, y cuando la tuve a una decena de pasos, se hizo más densa, igual que en mi celda, y vi claramente a mi maestro. El proceso se desarrolló gradualmente, hasta que aceptó su estado anterior, en el que vivía yo.

—Es asombroso, maestro.

—Puede hacerse suyos estos milagros. Muchos de esos milagros ya están en usted, y sin embargo siempre vuelve a ser milagroso cuando uno lo percibe. Ya puede hacerse invisible para varias esferas. De modo que le habrá quedado claro que no podemos percibir la cuarta mentalidad cósmica. Pero todos esos seres viven en nosotros, y en torno a nosotros, y nos incitarán también a nosotros a seguirlos. Así que Dios no solo creó la tierra, tal como pensaba usted en la tierra. Hay muchos planetas en los que viven seres humanos, y toda esa vida es Dios. A mí se me ha encargado, ya se lo dije, convencer al hombre en la tierra de nuestra vida y de su propio ciclo. Puede contar todo esto a la tierra, le ayudará otro maestro. A través de un instrumento terrenal

contará usted entonces todo sobre su vida, lo que haya vivido de su nacimiento y muerte en la tierra, pero también sobre lo que aún vivirá. Esa es mi tarea, y la suya, hermano Lantos.

—Esa es una gran gracia, maestro. ¿A qué la debo?

—Usted es parte mía, como ya dije, pero su vida tiene diversos aspectos. Allí están todas sus preguntas respecto al “por qué y para qué” que ya vivió, después su transición y entrada especial en este mundo, pero sobre todo porque cósmicamente es posible. Todo eso guarda relación con la tierra, porque el hombre se encuentra en un estadio espiritual, y porque se avecina el siglo del progreso espiritual. Eso todavía no se nota en la tierra, pero aun así está determinado. Concluyó el siglo del arte, ahora la vida en la tierra recibe alimento espiritual, y allí conocerán a su verdadero Dios. Hay miles que están de camino junto a nosotros, intentamos establecer conexiones en todos los rincones de la tierra. Quien en la tierra se abra a una vida más elevada recibirá alimento espiritual. Desde nuestro lado intentamos convencerlos de nuestra vida, de un eterno avanzar, de amor y felicidad, de su ciclo de la tierra, de leyes y problemas y milagros. Dije que miles, no: millones ya se encuentran en la tierra, y todos nosotros hacemos un solo trabajo, sentimos un solo amor, no conocemos más que a un solo Dios y nos entregamos de lleno a las personas, que son nuestras hermanas y hermanos. Usted ha sido elegido en verdad, y eso lo somos todos, para hacer este trabajo en la tierra y poder contar nuestra felicidad. Pero a eso se añade todavía su conexión con Marianne, su alma gemela, y que en la tierra la verá a ella y a Roni, así como a sus padres. Todo esto dará fuerza al hombre para prepararse para este gran amor. Es una enorme gracia poder hacer esto para los maestros, que esto no se le olvide nunca. Ahora ya estamos trabajando, porque su entrada, su despertar y todos los paseos que vayamos a hacer, sus propios pensamientos y vivencias pertenecen a este trabajo. Nada de ello se echará a perder. Todo lo podrá contar en la tierra, pero de forma concisa.

—¿Tengo suficiente fuerza para poder hacerlo, maestro? ¿Podré describir todo esto con palabras?

—Ya le dije que se le ayudará, también esto le supondrá un milagro.

—¿Cómo debo darle las gracias, maestro?

—No debe darme las gracias, agradezca a Dios esta gracia. Ahora proseguiremos y solo le aclararé lo que tenga que ver con nuestra misión. Así que me atengo a un plan fijo. Sobre la eternidad podría escribir libros enteros, pero no es esa la intención. ¡Mire allí! Aquí delante tiene el templo de la música y allí es donde entraremos.

Entré a un precioso edificio y me quedé en silencio cuando oí esta música. ¡Qué poderosa era, qué celestial, qué divina! Me senté y escuché con atención. Qué asombroso, aún después de la muerte: música, pintura y artes plásticas,

flores, árboles, pájaros y miles, no: millones de otras cosas que hacen feliz al hombre. Lo que oía era una sinfonía de la vida, como me decía el maestro. Aquí es donde se interpreta la vida. Se empieza en la tierra, e interpretando todos esos estados vitales se obtiene este conjunto. En ello sentía amor, soledad, meditación, fe, oración, confianza, pasión, destrucción y muchos otros rasgos que posee el hombre. Todo esto hay que vivirlo si uno quiere poder percibir su hondura y sacralidad.

Nos quedamos un buen rato junto a los maestros de la música, después continuamos. Todo esto lo vive todo aquel que entre a las esferas de luz. Todo ser humano, todo lo que vive en la tierra lo recibirá.

Pasaron semanas y meses, no, años hasta que regresé a mi morada espiritual. Fue ahora cuando tomé posesión de mi propia esfera. Ahora sabía hasta dónde podía ir y que no era necesario intentar entrar a la tercera esfera. También aquí había una fuerza invisible que me detenía en seco. Se me paraban los pies en el límite de la tercera esfera y lo que tocaba era obedecer. Así es como nuestro propio interior nos asigna un lugar, a saber, el lugar que nos corresponde. No podía avanzar ni un paso más allá de la fuerza interior que poseyera, y es el amor que el hombre siente y posee por la vida que vive en todo.

Cuando entré a mi morada espiritual volví a ver todo de otra manera. Me senté a los pies de Marianne para meditar. Mi maestro regresó a su propia esfera. Todo lo que se me había comunicado lo sentí, y muy en profundidad. Me esperaba una gran tarea e iba a prepararme. Mucho me quedaba por aprender, pero algún día vería a mi Marianne, y de este lado continuaríamos tomados de la mano, hacia las esferas divinas. Dios creaba al hombre y en él había el bien y el mal. El hombre tenía que intentar despojarse de esos rasgos malos y nocivos y transformarlos en buenos. Eso era evolucionar, eso era ir más allá y más alto, eso eran las sintonizaciones y mentalidades. Ahora lo entendía, porque lo sentía en mí. ¡Cómo encajaba todo! Tenía yo una edad de miles de años, quizá de millones. Estuve meditando largo tiempo, y cuando terminé pensé en mi maestro. No tardó en entrar a mi morada.

—¿Está listo y me llamó, Lantos?

—Pensé muy intensamente en usted, maestro.

—Pensar así hace que se conecte conmigo. Capté esos pensamientos. Ya lo ve, siempre conexiones, hacer la transición a otras fuerzas. Los hombres son uno, porque son vida y porque tienen significado.

La conexión cósmica

—Ahora voy a conectarme con los maestros. Ya sabe usted que ve y puede percibir a través de mí. Cuando se haya establecido esta conexión y después me vaya a conectar con usted, entonces percibirá lo que yo vea, oiga y sienta.

El maestro se sentó a mi lado y puso mi mano derecha en la suya. En el mismo instante me sentí atravesado por una poderosa corriente. Después sentí que se me incorporaba y conectaba con otra esfera. Era milagroso lo que me entraba. Ahora la segunda esfera quedaba lejos de mí.

—Prepárese, va a percibir. —Oí decir en mi interior. De pronto vi una tierra muy hermosa delante de mí. Las personas eran distintas, la naturaleza más hermosa y los templos y edificios incomparables con los de mi esfera. ¿Dónde estaba? El silencio que me entró era el de una sintonización que no era la mía.

—¿Puede seguir todo? —Oí que se dijo de nuevo en mí.

—Sí —dije—, todo lo veo bien.

—Esta es la tercera esfera, pero vamos a seguir.

Entonces esto se difuminó y vi otra imagen. Todo volvió cambiar. Lo primero que me sorprendió fue el resplandor violáceo que descendía del universo. Todo lo que percibía era más silencioso, más hermoso y más grandioso. ¡El hombre estaba tan radiante como el sol! Cuánta felicidad me esperaba todavía. Era increíble y aun así ocurría delante de mis ojos, estaba conectado con ello. En la tierra se me conectaba con mi pasado, ahora con mi futuro. Vi unas panorámicas imponentes y todo estaba inmerso en un resplandor sedoso, que era la irradiación de la vida que vivía allí.

—La cuarta esfera —oí que dijo el maestro—, la tierra estival, es decir, la primera esfera espiritual feliz. Allí el hombre ha depuesto sus sentimientos terrenales. Es allí donde entra a la vida espiritual. Es allí donde se siente como renacido. El hombre ya posee este sentimiento en la primera esfera, pero este se va haciendo cada vez más fuerte y consciente, incluso más poderoso, hasta que entra allí.

Retomamos nuestro camino y de nuevo desapareció esta imagen para dar lugar a otra. Ya no podía hacer más comparaciones, porque lo que vi entonces era indescriptible. Qué grandiosa y sublime era esta imagen.

—Esta es mi esfera —dijo el maestro—, pero vamos a seguir.

Esta imagen se fue borrando igualmente y entonces vi la sexta esfera. El firmamento era plateado y todo estaba cubierto de un brillo dorado. Era inabarcable y no sabía si estaba despierto o si soñaba. ¡Esto era formidable!

—¿Vio esa esfera?

—Sí —dije—, muy claramente. ¿A dónde me lleva?

—A las regiones mentales.

Después vino la séptima esfera. Oí cantar a los pájaros, a las flores y a la gente. De todo manaba una felicidad inmaculada, celestial. ‘Oh’, pensé, ‘¿cuándo llegaré allí?’. ¡Qué lejos todavía estaba de esa esfera! Había templos como sólo podían ser los edificios celestiales. Era imponente lo que percibía. Los seres humanos que veía debían de ser como Dios mismo. ¿Serían dioses? Oí decir:

—No, Lantos, no se olvide de que este sigue siendo el tercer grado de sintonización cósmica. No son dioses, son personas como usted y yo, pero en una sintonización elevada, que es la séptima esfera. Este es el final del tercer grado cósmico. Después vienen las regiones mentales. El hombre que entra allí hace la transición a esa esfera. El alma depone el cuerpo espiritual y continúa. Es como el morir en la tierra, es la entrada inconsciente, quedándose allí el alma a la espera de ser atraída de nuevo, igual que nace el hombre en la tierra. Se lo aclaré en las tinieblas, fue allí donde lo conecté con el mundo de lo inconsciente, fue allí donde habló con su amigo Roni. Él no era consciente de nada, pero los maestros lo despertaron. El alma que hace la transición a las regiones mentales cae en un profundo sueño, y así ese mundo también es una esfera de conexión, que se encuentra entre la tercera y cuarta sintonización cósmica. Nacer, como ya dije, sucede como en la tierra, por una sola ley, por una sola fuerza, por una sola posibilidad, y es un acontecimiento cósmico. Así el hombre no deja de avanzar nunca, siempre hacia mayores alturas, hasta que haya alcanzado la última mentalidad que es la más elevada: la séptima sintonización cósmica, donde vive el maestro, el hijo perfecto de Dios, que conocemos en Cristo.

La vida en ese cuarto grado no es como en la tierra. Ve ante usted la séptima esfera y cree ver dioses. ¿Cómo serán entonces los seres humanos que vivan en el cuarto grado? No podemos formarnos una idea de ello, y sin embargo los maestros de la séptima esfera saben de sus vidas. Allí no se mata, hermano Lantos, allí se ama, se ama todo, todo lo que vive. El ser humano es allí un ser cósmico, y es consciente de ello. Allí sienten amor fraternal, son hijos en el espíritu, son uno en todo. En el cuarto grado la gente alcanza edades centenarias y viven felices y en paz. Su estado físico no es como el que posee el hombre en la tierra. Es allí donde el animal tiene otra sintonización y donde el hombre ya no lo vulnerará, por haberse resuelto todas esas anomalías terrenales. En ese lugar el hombre está en armonía con lo infinito y conoce a Nuestro Padre, que guía y dirige todo. Quienes viven allí usan sus conocimientos y habilidades para la felicidad de la humanidad. En la tierra se acerca el siglo de los milagros técnicos, pero el hombre, que los recibe de este lado, no los entenderá. Sin embargo, en el cuarto grado cósmico se entienden todos esos

milagros y estos están al servicio del hombre. En la tierra se intentará entrar en contacto con ellos, pero aun así no se recibirá esa conexión, porque no conocen su propia vida. No quieren aceptar la posibilidad de un ir más allá y más alto. Se cierran al ser con una sintonización más elevada, y seguirán siendo como son. Pasarán miles de años antes de que estén listos. Las personas que hayan alcanzado la cuarta sintonización cósmica se conectan entre ellas a gran distancia. Sintonizan unas con otras y hacen la transición en sus vidas. Así como ahora puedo hacerle ver todo esto, así es allí la conexión espiritual que posee cada uno. Viven de forma natural, espiritual y cósmica. Allí se sabe que en el planeta tierra viven seres humanos. Eso se desconoce en la tierra, o no se sabe determinar con seguridad. Pero las personas que viven allí intentan establecer conexión con la tierra y ya están listas, aunque en la tierra no se entienden sus señales. Algún día, sin embargo, nacerán sabios en la tierra que se conectarán con ellos, pero ya le dije que transcurrirán miles de años antes de que se establezca esta conexión. La mentalidad del hombre en la tierra es la sintonización animal. ¿Cómo puede intuir y captar un animal las señales y los sentimientos que emite el ser de sintonización más elevada? El hombre animal, que vive en la tierra, tendrá que despojarse de lo animal si quiere entrar en conexión algún día.

Allí todo vive en una sintonización más elevada. Las situaciones sociales son diferentes y todo es más elevado que en la tierra. Tampoco es comparable el hombre con el hombre terrenal. Tiene una hermosa figura radiante, su sentimiento está sintonizado con la sagrada vida de Dios y posee una felicidad cósmica. Lo que usted ha vivido en la tierra es felicidad material, pero ellos poseen la espiritual. ¿Siente lo que esto significa? ¿Poseer felicidad espiritual en un estado material? Allí no se conocen ni la pobreza ni las carencias ni las enfermedades ni otras miserias, allí todos viven felices, allí han dejado muy atrás todos los tormentos terrenales. Lo hermosa que sería la tierra si el hombre entendiera su propia vida es algo que ya no es necesario que le aclare. No son conscientes y volverán allí hasta que hayan asimilado esas fuerzas. En el cuarto grado cósmico todos son conscientes. El hombre que vive allí ha vivido el primer grado cósmico, el segundo y el tercero, y se prepara allí para entrar al quinto grado. Aun así, pasarán miles de años antes de que puedan hacer esa transición. Los maestros de este lado por eso solo están conectados con quienes viven en el cuarto grado.

Ya sentirá que todos estamos conectados con una poderosa cadena. Así uno se eleva más y más, así están conectados los maestros con otros maestros. Mire ahora hacia arriba. Allí ve a los siete maestros o Mentores del tercer grado cósmico.

Vi un precioso templo y en la terraza conté siete figuras, vestidas con preciosas túnicas. Eran jóvenes y hermosos como ángeles e inmaculados y eleva-

dos como no puede imaginarse un ser humano. Oí decir a mi líder espiritual:

—Allí, ante usted, de izquierda a derecha, ve en primer lugar al Mentor de la primera esfera, el Mentor Astor. Después el Mentor Gloudius, de la segunda esfera. El Mentor Sylvius, de la tercera esfera. El Mentor Miradis, de la cuarta esfera. El Mentor Urabis, de la quinta esfera. El Mentor Mondius, de la sexta esfera, y el Mentor Cesarino, de la séptima esfera. Estos siete Mentores están al servicio del hombre que vive en la tierra y de este lado. Estos seres elevados me conectarán con la tierra. Puede ver sus túnicas radiantes, sus hermosos rostros jóvenes, y sin embargo, todos tienen miles de años. El Mentor Cesarino hará la transición al cuarto grado cósmico cuando haya terminado su tarea, y entonces el Mentor Mondius se hará cargo de ella. Se me concede conectarlo con esta visión, para que sepa que no tengo poder para hacerle vivir aquello que vivirá después. Saben del ciclo de la tierra y dónde se encuentra el hombre en la tierra y cuál es el propósito de su vida allí. Solo ellos podían conectarme con Marianne y con su amigo Roni. Ellos saben si el hombre tiene cosas que enmendar en la tierra, o si han vuelto allí para una tarea. Ellos son los conductores del tercer grado, o sea de la tierra y de todas las esferas de este lado. Desde aquí trabajan y tienen conexión con la tierra. Los millones de espíritus que trabajan allí están bajo su dirección. Todo ser inclina la cabeza ante al amor que poseen ellos, y sin embargo se llaman a sí mismos hijos en el espíritu. Nos remiten al maestro más elevado, que, como ya le dije, es Cristo. Todos estos maestros elevados me darán la fuerza, a mí y a miles más, para llevar a cabo este trabajo que se me encomendó. El templo que está percibiendo es el templo del alma. Este edificio hermoso y poderoso lo realizaron los maestros de la séptima esfera. Se mantendrá eternamente, y lo hará el hombre que haya alcanzado la séptima sintonización. Ahora, Lantos, volverá usted en sí. Me retiraré y usted hará la transición a su propia vida.

Sentí cómo iba hundiéndome y despertándome. A mi lado vi a mi líder espiritual.

—Cómo es posible —dije.

—Ya ve, Lantos, lo lejos que aún estamos todos nosotros de otras sintonizaciones más elevadas. El hombre no deja de avanzar y de elevarse. Dios es Amor, y el hombre entrará algún día a las esferas divinas. No tiene sentido que le aclare ahora los estados aún más elevados. Para mí solo se trata de mostrarle con quién estoy en conexión, igual que muchos otros líderes. Ahora nos esperan otros trabajos grandes. Me voy y volveré a usted cuando usted piense que está listo.

Entonces mi líder espiritual se fue.

La concienciación en la tierra

Cuántas cosas tenía para pensar. No terminaba de reflexionar. Cada vez vivía nuevos milagros. Era elevada la imagen del cuarto grado cósmico. Al hombre en la tierra le esperaba una tremenda felicidad. ¡Amor, nada más que Amor! Qué alejado me sentía ya de la tierra; después venían todas esas esferas en el espíritu y a continuación las regiones mentales. Allí el alma se despojaba de su cuerpo espiritual y continuaba. Oh, entendía y lo sentía completamente. Era curioso que aquí a uno siempre lo dejaran solo, para poder reflexionar. ¿Cómo se hacía en la tierra? Allí unos no les deseaban a otros la felicidad que estos poseían. Yo también había sido así. Ahora me podrían infligir lo que fuera, y aun así sería incapaz de matar. Esos sentimientos estaban muy alejados de mí. Aquí vivía en mi posesión, y junto a mí y dentro de mí, mi Marianne. Quería estar en la habitación de orar, con el fin de suplicar la bendición de Dios para nuestro enlace eterno. Su vivienda espiritual sería como la mía. Me arrodillé embargado de felicidad, y di gracias a mi Padre Todopoderoso por tantas cosas hermosas y santas que había recibido. Yo era una partícula del poderoso universo, una partícula de Dios, y cada hombre tenía la misma sintonización. Cómo deseaba poder contar todo esto en la tierra. Poder morir en la tierra era una gracia, porque al hombre le esperaban muchos milagros. En la tierra pensaba que ya era consciente, pero ¿cuántos grados de conciencia había vivido ahora? Solo ahora había despertado, y sin embargo, solo desde la cuarta esfera era espiritualmente consciente. Hacer la transición y despertar, siempre esas transiciones y entradas a otras esferas. Era asombroso. Pero aceptaba y creía todo, por haber percibido con mis propios ojos.

Ahora viviría aun otros milagros. Me sentí muy feliz y volví a sentarme a los pies de Marianne para despedirme de ella. Entonces entró mi líder espiritual. Yo había terminado conmigo mismo y estaba a la espera.

—¿Está listo, Lantos?

—Estoy listo, maestro. Vaya a donde vaya, me pongo a su disposición.

—Estupendo, Lantos, venga pues aquí conmigo e intente conectarse con lo elevado.

Me arrodillé y recé a Dios para que diera fuerzas a mi líder espiritual para que se le concediera revelarme todo. Estuvimos rezando mucho tiempo. Durante la oración sentí que me entró un humor muy peculiar. Era como si hubiera un drenaje de mis sentimientos y entrara en un silencio que ya había sentido antes. Me entró el deseo de volver a nacer. Descendí profundamente en sentimientos y vi ante mí el mundo de lo inconsciente. Me entró un sen-

timiento aún más fuerte y vi al hombre en la tierra. Después una familia en casa, padre, madre e hijos. La madre estaba rebelándose. ¿Qué significaba esta imagen? Lo veía todo claramente. Después solo vi a la madre y sentí que se me conectaba con ella. Ambos éramos uno. Dios mío, ¿qué es lo que me tocaría vivir ahora? Me sentía como el niño que ella portaba en su interior. Me sumí en un profundo sueño, que duró nueve meses. Entonces me fui y desperté. ¡De modo que fallecido en la tierra y nacido en el espíritu! ¿Qué significaba esta escena? Miré hacia mi líder espiritual y pregunté:

—¿Qué significa esto, maestro Emschor?

—Va a vivirlo.

—¿Vuelvo a la tierra para vivirlo?

—Sí, mi Lantos. Vivirá la concienciación en la tierra. Pero no nacerá, solo volverá a esta vida unos instantes antes de ese momento. Lo que nace allí no es más que un cuerpo muerto; usted, como alma y espíritu, regresa. Lo he conectado con los maestros. ¿Ha sentido y vivido todo esto?

—Sí —dije—, claramente.

—Escuche, hermano Lantos. Se me concede despertarlo junto a la madre, o sea mientras ella lo porta a usted. Después del nacimiento volvemos a la tierra y usted vivirá este proceso de nuevo, así que voy a conectarlo con el pasado. Sabe que es posible. ¿Está preparado?

—Me siento preparado, maestro.

—Mire a su alrededor, vuelve por un tiempo a la tierra y cuando muera allí, regresará a su morada y despertará.

Descendimos a gran velocidad hacia el mundo de lo inconsciente. Cuanto más descendíamos, más claramente me sentía conectado con ese mundo. Pronto alcanzamos esa esfera y el maestro me dijo:

—Nos encontramos ahora en el lugar y en la esfera donde hablé con su amigo Roni. Un grado más de profundidad y ese mundo lo atraerá, y entonces ya no será capaz de liberarse de él. Vaya, Lantos, entre, en la tierra volveremos a vernos, allí hablaré con usted.

Descendí aún más, pero seguí estando conectado con el maestro. Sentí que me entró un tremendo sueño, pero aun así oí todavía que se dijo:

—¿Me oye, Lantos?

—Sí —dije—, pero tengo sueño.

—Ya dormirá, pero ¿siente lo lejos que está ahora su vida anterior en la que vivía hace unos instantes?

—No siento más que sueño, solo sueño, maestro.

—¿Sabe por qué es eso?

—No, maestro.

—Lo está atrayendo el mundo de lo inconsciente, hacia allá hace usted la transición. En la vida en la que luego nacerá todo le será inconsciente. Si na-

ciera en la tierra solo podría ser consciente en usted aquello por lo que vivirá en ella. En su vida anterior, el sentimiento de artista era consciente en usted, pero no sabía de ninguna de sus vidas anteriores. Por eso se sabe poco de esto en la tierra. Quiero decir de la reencarnación. Más tarde, cuando estemos otra vez juntos, se lo explicaré. Adiós, mi hermano Lantos, esto es parte de su ciclo de la tierra y todos lo vivirán, para que el hombre quede convencido de su propia vida.

Entonces me quedé sumido en un profundo sueño y ya no oí nada.

Mi nacimiento y muerte en la tierra

Después sentí que cobraba conciencia. Era como si me despertaran. Lo sentí claramente. Estaba volviendo a la realidad desde la profundidad de la vida espiritual. Me recorrió una sensación sagrada. Sentía latir el corazón en mi interior, pero aun así, lejos de mí. Oí que una voz suave dijo:

—¡Lantos! ¡Lantos!

‘Lantos’, pensé.

—¡Lantos!

La voz no dejaba de aproximarse. ¿Qué quería decir Lantos? ¿Quién era Lantos? Sentí que estaba recuperando la conciencia y entonces entendí el significado de la palabra “Lantos”.

—Lantos —volví a oír y supe que me estaban llamando. Era como si Dios mismo me hablara—. ¿Me oye?

Quería producir un sonido, pero me era imposible.

—Solo puede sentir —Me entró.

Entendí lo que se quería decir con eso y envié mis sentimientos hacia arriba. Fueron captados y volví a oír:

—Lantos, ¿me oye?

—Sí —envié de vuelta—, lo oigo; ¿dónde estoy?

—Vive usted en la tierra, pero en el vientre de la madre. Pero no por mucho tiempo, después morirá usted.

“Vive usted en la madre”, volví a oír. “Ahora está despierto, pero son los maestros elevados quienes lo despiertan. ¿Me oye? Entonces conteste”.

—Lo oigo, pero lejos, muy lejos.

—¿Siente quién le habla?

—Lo estoy sintiendo, ¿es usted, maestro Emschor?

—Sí, mi hermano, soy yo. Ahora duerma, Lantos, más tarde volverá a las esferas.

Después me hundí en las profundidades espirituales. Cuando desperté, me encontraba en mi lecho de reposo en mi propia vivienda. Mi líder espiritual Emschor estaba parado a mi lado.

—Hermano mío Lantos, ¿se acuerda de algo?

—¿Qué quiere decir? —pregunté—. No guardo recuerdos. Solo sé que usted fue conmigo al mundo de lo inconsciente y que le oía hablarme y decirme adiós.

—¿No siente nada más?

—No, nada más, no soy consciente de nada más.

—¿Ni que estuvo en la tierra y que murió allí?

—No, no siento nada de eso.

—Entonces escuche. Murió en la tierra. Hizo la transición a la edad de casi nueve meses. Murió antes de que naciera allí. Sus padres se encuentran en un estado de pena y dolor, y están llorando su partida.

—¿Qué milagro me está contando?

—¿Siente el silencio del espíritu en usted?

—Siento un silencio diferente al que sentía primero, maestro.

—Ese silencio corresponde a su madre, a ese imponente proceso que usted ha vivido. Usted aún no ha hecho por completo la transición a esta vida; dicho de otro modo: no aceptó, por tanto, su estado anterior antes de que descendieramos al mundo de lo inconsciente. Enseguida volverá a quedarse dormido y seguirá durmiendo mucho tiempo, para despertar de nuevo. Solo después se sentirá como se sentía antes, antes de que fuera conectado. Lo desperté y ahora retiraré mi concentración, por lo que se quedará dormido. Duerma, hermano mío, se le concedió vivir este milagro.

Después ya no fui consciente de nada.

Volví a despertarme y me sentí como al entrar, cuando desperté de mi primer sueño. Sabía dónde estaba y miré a Marianne. ‘Qué grande es Dios’, pensé. En mí había amor y serenidad silenciosa, muy silenciosa. Pensé en mi propia vida, después en Emschor. Entró en el mismo instante.

—Mi hermano Lantos, ¿cómo se siente?

—En la gloria —contesté.

—Tengo que aclararle muchas cosas. Después regresaremos a la tierra y verá a su padre, madre, hermana y a sus hermanos.

—¿A mi hermana y mis hermanos? ¿A mis padres? —repetí.

—Sí, ¿no se acuerda de lo que hemos comentado?

—Sí, eso lo sé, pero no consigo acordarme de nada. Sé que dormí un tiempo considerable, solo eso. ¿Tengo que aceptarlo?

—Transcurrieron ochenta años, según el tiempo de la tierra.

—¿Cómo dice usted?

—Ochenta años, y eso es poco, porque muchos se pasan centenares de años en ese mundo antes de que sean atraídos por la tierra.

No podía decir palabra y balbuceé:

—¿Lo dice en serio todo esto?

—¿Cómo es posible que me haga semejante pregunta? Pero sabemos que nadie puede aceptarlo; sin embargo, le demostraré que es verdad. Así que acepte que volvió a la tierra.

¡Qué milagro el que había ocurrido! Me lo habían dicho de antemano, y aun así era incapaz de aceptar. Después pregunté al maestro:

—¿Cómo ocurre todo esto? ¿Cuándo es atraída el alma y cómo se produce esa conexión? ¿Sabe cómo nace el hombre en la tierra?

—Escuche. Cuando el padre o la madre se ponen a pensar en este acontecimiento, ya se encuentran en la sintonización cósmica. O sea que ese acontecimiento es un milagro cósmico, una fuerza que potencia esa conexión a la que ambos seres están incorporados. Así que en el mismo instante en que el padre o la madre se sintonizan en eso, la vida, el alma, es atraída. Este proceso comienza cuando se forma el embrión, y conforme crece la vida se hace consciente. La concienciación directa la acepta el embrión entre el tercer y cuarto mes. En el momento de la sintonización, los padres están conectados con el universo, o sea con este mundo, y esa conexión solo puede ser interrumpida con fuerza bruta y es un asesinato espiritual. La vida que es repelida hasta este mundo resulta maldita y eso es algo que los padres o el ser humano tendrán que enmendar. El hombre, espíritu y alma que crecen en ese joven cuerpo no tienen, como sabe, conciencia de nada. Cuando el cuerpo material nació allí, usted mismo ya estaba de camino a las esferas. En poco tiempo —o sea, durmiendo— usted volvió a su estado anterior, y eso es solo para quienes viven esta concienciación. Si hubiera nacido en la tierra y hubiera muerto allí después, el tiempo de crecimiento lo habría vivido de este lado, aunque es más breve que en la tierra. El crecimiento espiritual va a la par que las fuerzas interiores que posee el hombre, y sintoniza con ellas. Los espíritus con una sintonización más elevada que regresarían a la tierra ya han aceptado, llegados al lugar de su sintonización, su estado anterior. ¿Le quedó claro?

—Sí —dije—, pero es tan milagroso.

—Volveremos a la tierra y allí le aclararé todo. Alguna vez los maestros me concedieron conectarlo con el pasado, pero ahora con su nacer y morir y su regreso a este mundo. Usted solo aceptará cuando haya vivido también esto. ¿Está preparado?

—Sí, maestro, le sigo.

Volvimos planeando a la tierra. Qué milagroso era este problema. Había nacido en la tierra y había vuelto a este mundo antes de mi nacimiento. Milagrosas fuerzas del espíritu. Pronto llegamos a la tierra. Cuando me sintonicé, vi y sentí que estábamos en Oriente. Por la vestimenta de la gente vi dónde estaba. En China, me dije, así que estaba en otro continente. Al preguntarle a mi líder espiritual si me había sintonizado claramente, este me lo confirmó. Sentía que el maestro Emschor se concentraba continuamente y sabía que estaba conectado con poderes más elevados. Le seguí en silencio, y percibía. Se me iba a resolver un tremendo problema. Si las personas pudieran aceptarlo, sabrían cómo y por qué consiguieron todos esos rasgos. El arte y todos los rasgos del carácter habían sido asimilados en otra sintonización vital. El idioma y el país no tenían nada que ver con esta fuerza. La vida volvía y nacería en la tierra. Era profundo. Cuando yo naciera aquí, ya no sabría nada de mi vida anterior, pero estaba en mí, muy profundamente, allí estaba. Sentía y

contemplaba todo esto.

Paseamos por las calles de una ciudad y de nuevo vi al hombre astral y conocí su deseo. En una de las calles entramos a una pequeña casa cómoda. Ante mí vi a las personas terrenales: hombre, mujer e hijos, y sentí que estaban sumidos en una oración. Aquí sentí el silencio.

—Sus padres, su hermana y sus hermanos —me dijo Emschor—. Intuya que es ella quien lo portó todos esos meses y con quien estuvo usted conectado.

En el mismo instante en que me sintonicé sentí la conexión con mi madre. En mí había amor maternal, sentí esos sentimientos claramente. (Cuando Lantos se conecta con su madre, siente que le entra el amor maternal de ella). Este momento se me hizo sagrado. Sin embargo, todas esas personas me resultaban ajenas, pero algo me cautivaba. Era el amor que sentían todos por el ser que había nacido muerto. Me enviaban pensamientos inmaculados de reencuentro y conexión. Estaban convencidos de que yo vivía. Entonces sentí que me fui hundiendo más y más. La tierra bajo mis pies fue desapareciendo y el silencio que me entró fue asombroso. Pero conservé la conciencia. Ahora me sentía atraído hacia mi madre y también que estaba conectado con ella. Me vi a mí mismo en mi madre. Oh, Dios mío, qué asombroso era todo. Aunque solo pudiera sentirlo, también lo entendía. Cuando lo percibí oí decir a mi líder espiritual, a través del idioma de los sentimientos:

—Usted es uno con su madre, Lantos. Ahora le envió mis sentimientos para aclararle este proceso. Ahora ve lo que ha ocurrido, está usted conectado con el pasado. ¿Lo comprende?

Reenvié a mi líder:

—Sí, maestro, le comprendo en todo.

—Ya ve, Lantos, que el embrión está tomando forma. Ya vive usted en esta vestidura material, y sin embargo es solo un fruto que se hace cada vez más grande. A medida que crece, la vida se va haciendo consciente, y adquiere plena concienciación entre el tercer y cuarto mes. De esto ya le hablé. Así que la vida que vive en el cuerpo material es el alma, y esa alma, o sea, el hombre, ha vivido en diferentes estadios. Durante esa gestación, la madre vive en una sintonización espiritual elevada por el ser que lleva dentro. Al alma o a la vida le toca entonces seguir el proceso del crecimiento perfecto; después espera el nacimiento. Un día antes de su nacimiento, usted cercenó su propia vida. En usted estaba esa fuerza, cósmicamente determinada, o sea, una ley, que nadie puede modificar. Esto no tiene nada que ver con el acontecimiento material. El alma o la vida volvería a las esferas. Cuando usted sintonice ahora este acontecimiento, podrá sentirlo claramente. Así que el poder que posee el espíritu o la vida y que se manifiesta en una rotación es la conclusión de la vida y la vuelta a su verdadera sintonización. Millones de seres vuelven de

esta manera y han vivido la concienciación en la vida material. Ya le dije: esto pertenece al ciclo del alma, el despedirse del tercer grado de la vida cósmica. Usted volvió, pero nacerán otros. Sabemos de esto, y el hombre regresa allí para un objetivo fijo, o bien para aprender, o bien para aportar algo hermoso a la tierra que esté cósmicamente determinado. En la tierra se piensa que se ha producido un defecto material cuando nace un niño muerto. Pero eso no es cierto, porque la vida iba a volver, y tenía que hacerlo. Usted nació aquí, estos son sus padres y sus hermanos. Ya sentirá que todos somos hermanas y hermanos, y que en la vida espiritual ya no es posible que exista el ser padre o madre, porque el amor paternal y maternal hace entonces la transición al amor universal. Ahora le haré volver y le aclararé los demás mecanismos y acontecimientos.

Sentí que volvía mi vida consciente. El proceso fue completándose paulatinamente y sentí la poderosa concentración que había en mi interior, que no iba a nacer en la tierra. Después vi cómo cercené mi propia vida. Este acontecimiento era asombroso y elevado. Cuando volví en mí tenía la mano de mi líder espiritual en la mía. Entendí por qué lo había hecho. Vi este milagro de sentimiento a sentimiento, y lo que él percibía por fuerzas aún más elevadas yo lo sentía y hacía la transición a mí. Se había completado un proceso del que el hombre en la tierra no sabía nada, del que ni tampoco podía entender ni aceptar nada. El secreto residía en la vida después de la muerte, y este lo conocían y sentían los despiertos al cosmos, los Mentores que se me había concedido percibir.

De nuevo se me conectó con mi líder espiritual.

—Perciba —dijo—, pero ahora va a vivir el regreso y el despertar en el espíritu.

Vi claramente a mi madre y que estaba en ella, y seguí el empuje de la joven vida. Entonces vi que hizo algunas rotaciones y que cercenó su propia vida. El cuerpecito se asfixió en la madre y sus sentimientos regresaron ahora a mí. Yo sentía lo que hacía: un solo impulso, una sola fuerza me llevaban a lo que hacía. Entonces vi que la vida iba a liberarse y que del cuerpo de mi madre se desprendía un joven ser espiritual. En el mismo instante en que lo percibí, vi a algunos seres, entre ellos a mi líder espiritual. Ahora entendí este acontecimiento. Cuando el cuerpo espiritual se hubo liberado del todo, el cordón espiritual se desgarró y se disolvió de manera milagrosa. La joven vida había muerto en la tierra, pero había nacido en el espíritu. Mi propio líder siguió a los seres que me portaron a las esferas. Desde el momento de la partida de la tierra, vi que fue haciéndose mayor. El proceso de crecimiento no dejó de avanzar. El ser estaba rodeado de una densa emanación, dentro del cual estaba sumido en un profundo sueño. Fuimos acercándonos a las esferas de luz y entramos a la segunda esfera. Me colocaron sobre mi propio lecho de

reposo. Vi ocurrir todo esto. Poco a poco fui recuperando mi estado anterior. Qué normal era este acontecimiento, qué natural este milagro de Dios. Vi que la densa emanación se fue disolviendo y que mi cuerpo espiritual se iba haciendo más grande. Después recé en silencio y agradecí intensamente a mi Todopoderoso Padre que se me hubiera concedido vivir este sagrado acontecimiento. El proceso de crecimiento era milagroso. Pronto viví mi despertar en las esferas. Todavía no había vuelto a mi propia vida. Vi ocurrir todo esto. Ahora se aproximaba el final y con él mi despertar en el espíritu. Fue en el instante en que el líder espiritual me habló. Todo esto yo lo sabía. Volví a ver cómo me dormía y después de un tiempo también desperté de ese sueño, era como si hubiera vuelto a nacer. Había conocido y vivido un problema imponente: el de cómo nace un ser humano en la tierra y cómo regresa al mundo espiritual. Es sabiduría cósmica y algo sagrado. Son la Sagrada Dirección de Dios y Su Omnipoder los que dirigen todo esto. Me puse de rodillas y volví a dar las gracias a Dios por todo.

Cuando terminé de rezar alcé la vista hacia mi líder espiritual y también a él le agradecí este acontecimiento.

—Oh, si la gente solo quisiera aceptar esto —dije.

—Es posible, Lantos, y les da apoyo, porque vivirán la vida terrenal de otra manera que antes. Ya no estarán tristes cuando parta una joven vida. Todo es la voluntad de Dios. Siga escuchando, Lantos. Ahora que ha vivido todo esto, le habrá quedado claro que el hombre o el alma es atraído desde lo inconsciente y que el alma vuelve a la tierra para algunas tareas. Entre ese mundo y la tierra, o sea, esa sintonización, se encuentra y vive el sagrado poder de Dios. Ese poder y fuerza son leyes, de las que tampoco los maestros saben nada. En ellas reside el secreto de lo que el alma vivirá y recibirá en la vida terrenal. Desde allí llega a la tierra y entonces aparecen las leyes de Dios, y esas están donde vivirá el alma. Usted vivió en China, en su vida anterior en Occidente, antes de eso en Egipto y en muchos otros continentes. De eso ni el espíritu ni el hombre saben nada. Así que antes de que el alma entre al mundo de lo inconsciente, los maestros saben conectarse con esa vida y sintonizarse con la tierra por medio de la concentración, lo que les permite seguir a aquella. Si el alma va a poseer riqueza, entonces nadie podrá cambiar eso en nada. Nacerá en la tierra en ese estado. La profundidad de todos esos problemas solo puede determinarse a partir del cuarto grado cósmico. Pero ni un solo ser que viva en el planeta —usted eso ya lo sabe— tiene conexión con la tierra, porque saben que son las leyes de Dios, y las respetarán. Si el alma tendrá que enmendar algo en la tierra, esto ocurrirá. Si muere a los cinco o diez años, o a una edad más avanzada, eso también está determinado que ocurra. Ni un ser en la tierra posee la concentración, ni siquiera conociendo todas estas leyes y acontecimientos, para atraerse al ser espiritual elevado. Esas son las leyes

de Dios; ni el alma ni el espíritu, por muy alto que haya llegado, sabe algo de eso, ni puede modificarlas. Con buenos padres, que sean espirituales, la vida animal entra en la vestimenta material. Esto puede determinarse muy claramente en la vida en la tierra. Las personas rezan y piden a Dios que dé dones espirituales a su hijo que va a nacer. Pero nada puede cambiarse en ello rezando. Cuando sucede es una ley. Solo Dios conoce la profundidad de este poderoso proceso: es una ley sagrada, que es la Omnipotencia. Sea en lo que se encuentre el alma, todo está destinado a asimilar amor espiritual a través de la vida material. El hombre volverá una y otra vez hasta que lleve dentro el tercer grado cósmico, y entonces habrá acabado su ciclo de la tierra. En esta vida el alma continúa, y todas esas otras esferas más elevadas las conoce usted. También sabe que cuando el hombre entra de este lado en las tinieblas más oscuras ya se puede desarrollar aquí y alcanzar las esferas más elevadas. La vida de usted mismo es un ejemplo de ello. Pero aun así es posible regresar a la tierra desde las esferas más elevadas para cumplir allí una misión. Se lo hice sentir en la esfera de los suicidas, fue en el instante en que ambas posibilidades cobraron conciencia en usted. Aquella posibilidad es una ley, la otra una gracia, una misión, una tarea. Un Mentor como Cesarino, por ejemplo, puede volver a la tierra y vivir la concienciación, así como crecer hasta la edad deseada en la que el alma permanece en armonía con las leyes de la naturaleza. El alma, o sea, ese ser de elevada sintonización, puede volver como un rayo a su propia esfera y hacer la transición a su sintonización anterior. De modo que cuanto más alto haya llegado el hombre, más rápido se completa este proceso, que se produce según la fuerza interior, que es la fuerza de amor que posea el ser.

El espíritu, o el alma que entra al mundo de lo inconsciente —usted ya vivió este acontecimiento— desciende a una profunda sintonización y vuelve hasta una chispa de luz, de vida, se hace más y más pequeño, igual que vio crecer usted su propia vestimenta, o sea, su cuerpo espiritual. Desde este lado desciende hasta ese estado inexplicable, y desde la unión material —la fecundación—, el alma y el cuerpo van creciendo de forma natural, y así es como nace el hombre en la tierra. El milagro del género sexual también es una ley cósmica que solo conoce Dios y que vive el alma. No es posible fijarlo de antemano en la tierra. Pero sabemos —y lo que ahora voy a contarle es lo más increíble de este poderoso proceso sagrado— que el alma nacerá allí en ambos cuerpos. Cuando una madre tiene más partos es un acontecer que guarda relación con los órganos materiales, que solo tiene que ver con eso. De modo que en cuanto tiene lugar una fecundación, la vida desciende desde este lado en la materia y el fruto atrae, debido a que ha sido formado por el ser humano, a la vida. Esto es así para animales y hombres. Pero el hombre sintoniza con el ser divino, elevado y perfecto. El animal, sin embargo, pertenece a su

propia sintonización de la vida animal, aunque el empuje y la fecundación, el descenso de la vida y la toma de posesión del cuerpo material, son el mismo empuje. Pero toda esa vida es la sagrada vida de Dios. Así que el alma desciende en ambos cuerpos. ¿Siente el profundo significado de este milagro? Le quedará claro entonces que el alma posee el cuerpo masculino en una vida y que en otra representa al ser femenino. Es insondable la profundidad de este problema, poderoso y sagrado. Pero los maestros lo saben, y todos nosotros que sabemos conectarnos con el hombre en la tierra sentimos y vemos que esto es verdad. El amor maternal, entonces, es esa fuerza poderosa, la sagrada Creación de Dios, por la que el alma entra en una fase espiritual elevada, pudiendo asimilar así esa posesión. De manera que todo lo que el alma vive en la tierra sirve para entrar desde lo animal a la materia basta, y a lo espiritual. Y cuando el hombre en la tierra se pregunta: “¿Cómo he conseguido todos esos rasgos?”, entonces es que la vida los asimiló en vidas anteriores, y todo ello con el objeto de despertar espiritualmente. Sabemos que uno tiene que asimilar todo viviéndolo y aprendiéndolo, y que uno, además, tiene que aceptar que no es posible hacerse con todos estos rasgos en una reducida y corta vida terrenal. El alma requiere para ello miles de años, y ¿qué son mil años de este lado? Dios da esta gracia a todos Sus hijos y toda la demás vida, para que el alma pueda enmendar lo que se destruyó en una vida anterior. Es Dios quien da esta gracia al hombre en la tierra, para continuar de este lado su labor interrumpida. Siempre es Nuestro Sagrado Padre quien nos guía a nosotros, los hijos, y quien nos señala lo que es lo mejor para nosotros. Es Dios quien da la gracia al alma para vivir la maternidad y para asimilar ese amor, lo más sagrado que haya creado Dios. Eso es la vida en la tierra, mi Lantos, y el ciclo del alma es lo material, la vida espiritual y la cósmica. ¿Le quedó claro todo lo que le comuniqué, mi hermano Lantos?

Entonces tomé a mi líder espiritual y maestro de las manos y dije:

—Le entiendo por completo, maestro, no sabría sentir de otro modo. Vivir todo esto hace que uno acepte.

—Gracias. Entonces vamos a seguir.

Visité a Marianne y a Roni en la tierra

—Ahora hemos llegado a lo más grande y elevado para usted, y eso es dónde están Marianne y Roni: el hermano de usted. Pero aún tendrá que tener un poco de paciencia, porque todavía no han nacido en la tierra. Me voy de usted, pero volveré cuando haya recibido esos datos y sentimientos, y sea posible la conexión con ellos. También ha llegado el momento de visitar a sus padres, de los que usted recibió su nombre de Lantos. Busque su felicidad en la naturaleza, asimile todos estos rasgos y esta sabiduría y vuelva en sí. Me vuelvo, mi Lantos. Su Emschor.

El maestro partió y supe a dónde se dirigía. Iba de vuelta a su propia esfera que estaba muy, muy alejada de la mía. Aun así llegaría hasta allí y entraría, porque quería trabajar en mí mismo. Ahora me encontraba ante el gran acontecimiento: verme con Marianne en la tierra. Ella iba a completar allí su ciclo. Ella y Roni, juntos. Todo era asombroso, poderoso y profundo, y sin embargo tan natural y sencillo. Ahora que sabía esto entendía todos esos estados en la tierra. No había sentimientos, por incomprensibles que fueran, de los que de este lado no supieran el significado. Todo está en el alma humana, esa alma que es la vida y de este lado el espíritu. Era poderoso, y aun así tan sencillo. Cómo estaba conociendo ahora la vida. El alma vivía en la tierra en ambos cuerpos. Demasiado asombroso todo esto para el hombre como para aceptarlo. Sin embargo, es la verdad, porque lo había vivido. Me desperté en mi madre. Oh, Dios mío, que poderoso eres, oh, Señor, qué insignificante el hombre que le maldice. Me había convertido en otro ser y ahora me sentía consciente, pero no se me agotaban las reflexiones. ¡Alma, espíritu y después hombre! La vida, como alma y espíritu, descendía en el cuerpo material. ¡Mire cómo se despierta! Sienta ese poderoso proceso y piense alguna vez en lo que usted atrae. Pregúntese al nacer su hijo: ¿de dónde vienes? ¿Eres un animal prediluviano? ¿Eres de materia basta o espiritual, o perteneces a otra mentalidad? ¿Has venido a la tierra para destruir? ¿Para enmendar cosas? ¿Para la pasión o violencia? ¿Para qué, oh, alma, vuelves a la tierra? ¿Fui en otros tiempos tu hermana, hermano o enemigo? ¿Te maté en tu vida anterior? ¿Qué he de hacer si quiero comprender todo esto? No lo sé, pero te amaré. ¿Fui alguna vez tu padre o madre? Ay, joven vida, ¿quién eres? Aceptaré, porque Dios sabe para qué vives con nosotros. ‘Sí’, pensé, ‘hacer preguntas y más preguntas y sin embargo rendirse, aceptar todo, sea como sea, porque Dios es Amor’.

Salí, aunque en mi morada también estaba en la naturaleza, porque aquí el hombre es uno en todo y con todo, y así lo siente, sea donde sea que se

encuentre. Ahora daba largos paseos junto a mis hermanas y hermanos. También ellos habían vivido todos esos milagros y me hablaron de su vida en la tierra. Pasaron semanas, no: meses y años, según cálculos terrenales. Aún no había regresado mi maestro, y así fue como en ese tiempo conocí mi propia sintonización. No voy a describirle todo eso, porque el maestro, que en este instante me ayuda a consignar esto, ya lo hizo a través de su instrumento. Sigo mi propia vida y he de seguir mis propias vivencias, porque el maestro Emschor así me lo ha encomendado. Por fin llegó el momento. Sentí cómo se acercaba la hora. En mi propia morada volví a vivir y a meditar todas mis vivencias. Cuando también terminé con eso entró mi maestro y dijo:

—Hermano Lantos, le saludo.

—Le saludo, maestro Emschor.

—Nos vamos a la tierra, ahora empieza lo más hermoso para usted. Ahora llegó el momento. ¿Está preparado? Se lo hice sentir desde lejos.

—Lo sentí, maestro, y le estoy muy agradecido.

—Le llegarán momentos difíciles, prepárese también para eso. Sepa que desde este instante no volverá a su morada por un tiempo relativamente largo. Es ahora cuando comienza su verdadero trabajo. Usted hará trabajos en la tierra. En primer lugar proteger a su alma gemela, y además de eso, describir todo eso. De tiempo en tiempo volverá a las esferas para reunir nuevas fuerzas. Pero permanecerá allí muchos años, hasta que también ella haga la transición.

—¿Se me concede protegerla desde este lado?

—Ese es su trabajo, pero también a mucha más gente. De modo que tiene una hermosa tarea. Cuando lo conecte con Marianne, Roni y los padres de usted, habrá terminado mi tarea. Ya le dije que en la tierra le ayudará un maestro para contar de su vida a través de su instrumento. Antes de que llegue ese momento, nos separaremos por mucho tiempo, pero ya sabe, estamos eternamente conectados. Cuando en la tierra se vea ante grandes y difíciles problemas, ya sabe cómo puede encontrarme. Ahora vamos a la tierra.

De nuevo fui planeando hacia la tierra, pero ahora para llevar a cabo una misión. Se me había encargado una tarea y quería entregarme del todo a ella con toda la fuerza y todo el amor que hubiera en mí. Pronto llegamos a la tierra y sentí dónde me encontraba. Ahora estábamos en Occidente y reconocí el país por la lengua que allí se hablaba. ¿Era aquí donde vivía Marianne, en el silencio de la paz rural? Entramos a una casa.

—Allí, delante de usted —dijo el maestro—, tiene a los padres de ella.

Los observé, pero Marianne no estaba.

—Vendrá en breve, tenga un poco de paciencia —me dijo el maestro.

Me quedé esperando y poco después entró. El corazón me latía de deseo. ¡Marianne, mi alma gemela, mi amor eterno! Había tenido que esperar nueve

siglos para este instante. Mi maestro me tomó de la mano y supe lo que significaba. Se me conectaba con ella. Vi claramente su rostro interior de su vida anterior. Era perceptible en este cuerpo material, pero de este lado, y solo para mí tenía significado. Marianne tenía diecisiete años. Sondé su vida interior. Poseía todo lo que había aprendido en su vida anterior, su deseo estaba muy hondo en su interior, el deseo de recibir aquella cosa única. Y sin embargo, ay, cómo me dolía que tampoco en esta vida ella recibiría este amor. En esta vida tenía que enmendar cosas y experimentaría una purificación. Su cuerpo material no era ahora como en su estado anterior, pero interiormente no había cambiado en nada. Miré en su interior y seguí percibiendo dentro de ella, y cuando llegué a conocer todo su profundo interior volví en mí.

—¿Es ella, Lantos? ¿Es su Marianne quien ve aquí delante de usted?

—Sí, maestro, el alma que vive en su interior es mi Marianne.

—Le mostraré aún otra cosa, pero no antes de que esté profundamente dormida, o sea, luego.

Marianne todavía poseía una hermosa voz, pero solo cantaría por placer. Vivía en la tierra, había vuelto del más allá a la tierra y ya tenía diecisiete años. Era algo asombroso, poderoso y casi inabarcable. Aun así, vi y viví también este poderoso milagro.

—Vamos, mi hermano, continuamos, tengo más cosas que enseñarle.

Después partimos.

—¿A dónde va? —pregunté.

—¿No siente curiosidad por saber dónde vive Roni?

‘Dios mío’, pensé, ‘en él sí que no había pensado’. Volvimos a entrar a una casa terrenal y vi a un ser.

—He aquí —dijo el maestro— a su hermano Roni. Vive en otro cuerpo material, lleva otro nombre y habla otro idioma, pero lo conectaré a usted con su vida anterior.

Sentí que me hundía otra vez, como ya lo había vivido muchas veces, y entré de forma consciente en mi vida anterior. Vi ante mí el instante de una escena horrible, un acontecimiento imponente, que tanto me había hecho sufrir. Su muerte y mi final terrenal. Él irradiaba esta verdad en mí. Entonces oí decir a mi líder espiritual:

—¿Acepta usted, hermano Lantos, que es Roni a quien ve allí ante usted?

—Sí, maestro.

—¿Siente usted que el pasado yace muy hondo en él? Se me concedió conectarlo, una vez más con la ayuda de los maestros. Quien tiene allí delante de usted es su hermano Roni. Él va a pagar y Marianne pagará y enmendará los males que ambos alguna vez cometieron.

Me asusté. Esta verdad era dura, pero aun así tenía que aceptar. Ya había tomado una decisión y todo esto lo había meditado a fondo en las esferas.

Estaba preparado, ya que sabía que algún día lo iba a vivir.

—Vamos, Lantos, vamos a seguir. Luego podrá volver a él. Tengo que conectarlo con otros seres, después partiré.

—¿Nos quedamos en este país?

—Sí, sus padres viven no muy lejos de aquí.

Seguimos planeando y entramos de nuevo en una vivienda terrenal. A la gente siempre se la podía encontrar en sus viviendas. En las esferas estábamos en la naturaleza, pero allí todo era diferente.

—No está aquí, pero de todas formas siento dónde se encuentra ella ahora. Vamos, sígame.

Ya había visto dónde estábamos. La distinguida mujer de antes era en esta vida un ser humano corriente, el más corriente que se puede ser en la tierra. Su tarea consistía en llevar el cuidado de su esposo. La escena que ahora percibía era poderosa.

—Mire —dijo mi líder—, allí está su madre. Está poniendo sus sentimientos y todo su amor en su trabajo. Trabaja su parcela de tierra y la siembra, y además posee unos animales. Venga donde estoy yo, se lo mostraré.

Volví a hundirme en el pasado. Ante mí vi aparecer una imagen que reconocí. Era el instante en que partí y en que había llegado a esa decisión. Vi su tenso rostro y sentí su gélido corazón, porque me dejó partir sin decir nada. Después de esta imagen se me conectó con la vida en que vivía ella ahora. Seguía siendo fría, muy fría, y poseía poco amor. Dios le había encomendado otra tarea vital. En esta vida tenía que ganarse el pan trabajando duramente. Su esposo era campesino. Tenían ganado y una tierra y todas las cosas correspondientes. Vi sus manos callosas, su espalda curvada y su rostro cansado y rendido. Iba doblada bajo el peso de sus preocupaciones y la oí preguntar y gritar “por qué y para qué” tenemos que trabajar tan duro. Pero yo no le tenía compasión, porque ella tenía que despertar y empezar a sentir amor. Así comenzaría a tener otros pensamientos. Era poderoso lo que percibía yo también aquí. ¡La madre mía de una vida anterior! Increíble y sin embargo verdad, la santa verdad, tenía que aceptarlo.

Allá vi a su esposo, que padecía sus caprichos, porque lo que él me irradiaba era amor. Él le daría calor, y a través de su amor ella cambiaría. ¿Era él mi padre? Cuando pensé en ello me dijo mi maestro:

—No, no es su padre, pero lo visitaremos.

Aquí no había hijos, aunque yo sentía que a ella le gustaría tenerlos, pero no iba a recibirlos. Esto me llegó al alma, porque volví a acordarme de mi vida. Entonces le había dado igual y ahora los desearía, siempre estaría con ese deseo, y sin embargo no lograba tenerlos. Otra vez algo, un poderoso acontecimiento, para sacudirla y que despertara. Las vibraciones de la dirección divina de Dios me llegaron muy al alma. Dios lo sabía todo. Yo veía

un problema y un milagro, y ambos me eran conocidos. Mucho tiempo me quedé a su lado. Volvería con ella y la observaría desde este lado. Le envié pensamientos inmaculados y le deseé fuerza para aguantar. ‘Que Dios quiera que usted despierte’. Cuando clamara por ayuda y la vida en la tierra le quebrara el corazón iría a apoyarla. Siempre me mantendría conectado con ella para poder ayudarla de inmediato si fuera posible.

‘Adiós, madre, aún le queda por despojarse de su soberbia y también por asimilar amor. En esta vida no puede estar de fiesta, todo eso ya pasó. Si usted supiera quién fue alguna vez, hace mucho que habría inclinado la cabeza. Pero todavía no es posible’.

—¿Se me concede regresar a ella, maestro?

—Tantas veces como quiera.

—Gracias —dije—. La protegeré, porque también eso es parte de mi tarea.

—Vamos, Lantos, vamos a seguir.

Entendí, porque vería a mi padre. Salimos volando de este país y vi que íbamos hacia el extremo norte. ¿Era aquí donde vivía mi padre? Alejados el uno del otro, pero en la tierra. Me pareció asombroso que mi líder espiritual los volviera a encontrar a todos. Mi líder fue al puerto y allí visitó varios barcos. Me parecía ya estar sintiendo el misterio. Cómo era posible: mi padre, un pescador, casi imposible de creer. Vi a muchas personas juntas. Estaban muy ocupados descargando las capturas. Mi líder me señaló un tipo grande y fuerte y dijo:

—Su padre.

—Mi padre —dije, repitiendo sus palabras. Tampoco en esta vida había cambiado en nada. Era un bruto. Esa cosa intelectualoide de antes no era una posesión espiritual. Esta era su verdadera naturaleza. Aquí podría desfogarse. Qué fuerte era, en eso no había cambiado, solo que no poseía riquezas, porque él también tenía que trabajar mucho, pero lo hacía. Por él —lo sentía claramente— no me resultaba necesario que mi líder me conectara con el pasado. Lo seguí y sondé su interior. Aún tenía sus aires de rico, era parte de su conciencia. Lo oía hablar, repartía órdenes, porque era el propietario de un barquito y así se ganaba el pan. No, este ser humano era incapaz de aceptar que alguna vez había sido rico, inmensamente rico. Todo eso lo llevaba muy en su interior. El alma lo había vivido. Aquí no volvería yo pronto, solo cuando también él hiciera la transición. En eso lo ayudaría. Espiritualmente era un muerto en vida. Podría escribir libros enteros sobre esto.

Estaba cayendo la noche cuando llegué a la tierra. Sin embargo, seguí percibiendo, porque ahora veía todo esto desde mi propia luz. Miré hacia mi líder espiritual sin decir nada. Nuestros sentimientos se enlazaron y nos fuimos, de vuelta a Marianne. Cuando llegué a donde estaba y entramos a su

habitación ya se había ido a dormir. Estaba profundamente dormida y en ella había hermosos sentimientos.

—Ahora voy a conectarlo a usted con el pasado —me dijo mi líder espiritual—. Venga aquí conmigo.

De nuevo se me conectó con el pasado. En mi espíritu fueron apareciendo las imágenes, una tras otra. Me vi a mí mismo con ella en mi juventud anterior, en el Antiguo Egipto y paseaba con ella junto al Bajo Nilo. Después en Roma. Descendí aún más en ella y sentí su sintonización cósmica. Se me estaba mostrando un nuevo milagro. El alma aceptaba ambos cuerpos y aun así ella tenía que seguir su camino, el indicado por Dios. En la última encarnación, el alma aceptaba su sintonización absoluta y volvía a las esferas de luz. Sentí la profundidad de este fenómeno y entendí lo que mi líder espiritual quería decir con ello. Después volví en mí mismo y vi la vida interior de ella. Mi líder espiritual me miró y dijo:

—Hermano mío, ahora parto, mi tarea ha terminado y la suya está comenzando. Vuelvo a las esferas, donde recibiré otros trabajos. Cuando haya llegado el momento en que tenga que contar de su propia vida, irá a visitarlo mi hermano y maestro Alcar. Me conectaré con él. Siga su camino, su tarea no es sencilla, porque muchos seres necesitan su ayuda. Nos veremos en las esferas de luz. Cuando Marianne vaya a dejar esta vida vendré a verlo a usted.

Me arrodillé y di las gracias a mi maestro por todo y vi pasar ante mí toda mi vida en la tierra, los muchos siglos que había vivido en las tinieblas del otro lado. Todo fue volviendo hasta este instante, y alcé la vista hacia él. Sobre mi frente descansaban dos manos llenas de amor. Me recorrió un flujo de inmensa fuerza.

—Que Dios bendiga su trabajo, hermano mío. Que Su Sagrada Fuerza descienda sobre usted, que Él lo lleve y dirija. ¡Adiós, Lantos, adiós!

Después sentí que partía. Del lado de mi querida niña recé a Dios para que se me concediera proteger su vida. Yo era invisible para Marianne y sin embargo estaba tan cerca.

Pasaron años y llegó el momento en que iba a casarse. En ese día, que es tan feliz para el ser humano, estaba junto a ella. Se sentía feliz y sin embargo había en ella un gran deseo sagrado que no sería respondido. En este día estaba feliz y no lo estaba. Le venía algo de lejos que no le hacía sentirse feliz. Era una desgracia inminente, porque no la entenderían. Desde el primer día ya sintió que su matrimonio era un fracaso. Roni era frío y duro y no entendía nada del profundo interior de ella, nada de todo el amor que llevaba dentro. Yo tenía que contemplar todo esto, sin poder hacer nada, pero se me partía el corazón. Tenía que procesar todo esto, yo solo, porque estaba al corriente. Cómo rezaba ella a Dios, cómo suplicaba por amor. Cada día de su vida preguntaba y suplicaba: ¡Cómo le puede parecer bien esto a Dios!

¿Cuánto tendré que sufrir? ¿Por qué y para qué todo esto? ¿Por qué tiene que ser pisoteada mi alma? Seguí mirando y depositaba en ella mi amor y plena fuerza cuando estaba dormida. Entonces éramos uno y la liberaba en el sueño y nos dirigíamos a las esferas. Allí dábamos largos paseos, volvíamos por las mañanas. Entonces podía volver a procesar su dolor y tenía la fuerza para hacerlo. Aun así, no se me concedía liberarla de Roni. Tiene que vivir esto, terminar esta vida de un modo que no significaba otra cosa que pena, dolor y miseria. Su felicidad, sus pensamientos sobre lo que podría ser su matrimonio estaban profundamente en ella, muy profundamente. La dejé vivir como “debería” vivir, pero la protegía en todo. De tiempo en tiempo me iba, pero siempre volvía con ella. En ella había un deseo y ese deseo le había entrado cuando nos habían separado por la fuerza en mi calabozo. En esta vida no podría ni haría otra cosa que desear. En esa cosa precisa, poseer un amor inmaculado, se centraba su deseo. Pero solo de este lado le espera felicidad espiritual. Aquí, en mi vida, seremos uno y continuaremos para asimilar el amor eterno.

Buscó consuelo en sus cánticos y leyó libros inmaculados. También se le quería quitar eso, esa mínima felicidad, tan pequeña. Sin embargo leía, impulsada por mis fuerzas.

Roni aún no ha cambiado. Es un extraño para los demás. De su vida anterior solo posee su arte pictórico. No se conoce a sí mismo. Pero ha depuesto algo y lucha contra eso: su naturaleza donjuanesca. Pero estos rasgos se han convertido en amargura y así se manifiestan. Él es un secreto, insondable. Es porque está en todas partes y en todo, y aun así su carácter no muestra un patrón fijo. No se entrega y se cierra a todo el mundo. Pero lo conozco y le tengo compasión. Cuando entre en esta vida será un muerto en vida. Encontrará su lugar de residencia en la tierra crepuscular, porque mucho no cambiará. Cuando entre lo ayudaré. Por cruel que él sea, sigue siendo mi hermano, y siempre lo será. Lo sigo, lo amanso respecto a Marianne, porque si no me fuera posible hacerlo ella viviría un infierno en la tierra. Bastantes veces, muchas veces, estoy con ella sola en el silencio de su propia habitación. Cuando canta escucho con atención, pero no sabe que estoy con ella. Ella vuelve en sí en la naturaleza, y entonces la hago sentir cómo será algún día y me siente, pero se pregunta de dónde le vienen esos sentimientos. Entonces hace la transición a mí y le caen lágrimas por las mejillas. Clama profundamente por ayuda, pero aun así tiene que vivir esto. Muchas veces, cuando hago trabajos a gran distancia —porque continúo para seguir a la gente y ayudarla— y ella clama por ayuda en sus oraciones, la veo llorar. Entonces alzo la vista hacia Roni, porque es él quien le causa todo esto. En él hay un poder del que se aprovecha con ganas. Ella está atada de pies y manos, y no puede partir. Sus hijos no sienten qué drama se desarrolla aquí. ¿Quién

podría sentirlo? En la tierra, ¿quién siente la profundidad del pasado? ¿No están todas las personas en la tierra para aprender? ¿No se rompen miles de corazones? ¿No conviven el bien y el mal? ¿No sirve el bien para vencer el mal? ¿No hay millones de personas atadas de pies y manos, cuyas almas son despedazadas? La gente no encuentra la felicidad en la tierra, y quien la posee, oh, da gracias a Dios y rézale, porque son tan pocos quienes poseen esa felicidad del entendimiento. Es ahora cuando sigo a las personas, pero en ninguna parte veo ese amor, ese amor gemelo, que trae y da la felicidad más alta. No importa a dónde vaya, es igual por todas partes. Aquí es el hombre el que posee el amor, en otro lugar la mujer, y en muchos otros sitios ninguno de los dos tiene amor. ¡Qué insignificante es el hombre! Yo protegía a Marianne contra su perdición completa. Si yo no hubiera estado para retenerla, entonces ya habría estado de este lado para vivir su propio final. No una vez, sino dos veces y hasta tres tuvo esos pensamientos. La encontré junto a la orilla de un cauce. Entristecida, con el alma y el cuerpo quebrados. Entonces ponía en ella la imagen de sus dos hijos, y si no hubiera poseído esa felicidad no habría podido protegerla. Rezo que jamás ocurra.

Pasaron los años. La conecté con amigos y dirigí sus caminos en esa dirección. También con almas sintonizadas, que compartirán sus penas y le darán su amor. La seguí y fui cambiando su carácter. Sin cesar va dejando atrás sus rasgos equivocados, que se transforman en sentimientos suaves y hermosos. Está dispuesta a entregarse de lleno al amor, pero se asusta de lo falso y vil. Desde este lugar hablo con ella, y este escrito lo recibirá. Dios me da la gracia y las fuerzas para ello.

—Marianne, estas palabras solo son para usted. Vienen desde lo más hondo de mi corazón y en ellas puse todas las fuerzas de mi alma. Luche, hija mía, luche, su vida es dura, pero sepa que no está sola. Mire a su alrededor. ¿Cuántos no sufren como usted? Usted puede soportar todo esto, porque otros le ayudan. Hay quienes están solos, completamente solos en el horrible mundo de usted. Sepa, hija mía, que de no haber sentido y visto las tinieblas, no apreciaría la luz. Todo esto es necesario. Cuando busca refugio en la naturaleza y acaricia las plantas y los árboles y toda la demás vegetación, entonces estoy con usted. Cuando empieza a desear, entonces me siente. Cuando le entran elevados y hermosos pensamientos y panorámicas: son míos. Cuando sueña hermosos sueños de felicidad y reencuentros, de una vida después de esta vida, entonces hemos estado juntos y se despierta por las mañanas con una felicidad queda e inmaculada. Vea, Marianne, conserve eso en su interior y siga viviendo en ello. Cuando eleve la mirada al universo me verá, porque allí vivo. Desde allí voy a usted y coloco flores de las esferas en sus caminos. Alguna vez le compensaré todo. Sepa que la espero de este lado y que me reconocerá. Cuando le salga el último suspiro del fatigado cuerpo, estaré con

usted. Entonces seremos uno, uno para la eternidad. Así que luce y siga su camino que ve ante usted. Todo esto quizá no lo aceptará ni lo podrá aceptar, y tampoco se lo pido, pero aun así, muy dentro de usted, allí está el pasado.

A mí me ha sido mostrado el pasado y algún día volveré con usted a la tierra para aclarárselo también a usted. Todo esto que aquí escribo lo leerá usted. Dios me concedió esta gracia. Qué grande será mi felicidad cuando lea usted esto. Juntos leemos sobre nuestra vida del otro lado y de siglos pasados. Sepa que un siglo no es más que un fogonazo. Para usted son años, los años de pena, lucha y miseria. Pero piense cómo sufrí yo y todo ello por usted, mi Marianne, mi amor, ¡alma de mi alma! Estoy tan agradecido a Dios por que se me haya concedido contar esto a su mundo. Ya estoy en ello y casi listo. Aún estoy conectado con usted, en conexión a través de las palabras, ahora que escribo esto. Rezaré por el instrumento por el que se me concedió transmitir todo esto. No puedo pronunciar palabras de gratitud. Miro al maestro que me ayudó a dejar constancia de esto y él ve mis lágrimas de gratitud. Aún unas palabras para usted, Marianne, porque todavía no puedo partir.

Ahora, en este instante, mientras lee esto, somos uno, completamente uno. ¿Me siente? Piense, mi niña hermosa, piense en esto durante su vida. Qué grande es la gracia de poder recibir esto, pero no crea que somos los únicos que lo vivimos. Aunque muchos se encojan de hombros por todo lo que lean aquí, yo les exclamo desde aquí: “Hermanos y hermanas, todos ustedes aman, pero sientan este amor. Todo lo que conté, lo que viví con Marianne y lo que se me ha aclarado en esta vida es la sagrada verdad. Dios sabe que he contado la verdad. Dios y millones de seres lo saben, porque me siguieron en todo. Es su propia vida, su trabajo y deseo que han sido encargados a mi maestro Emschor. Si pudiera convencer a uno solo de ustedes de su pervivencia eterna, entonces quedarían compensados mi sufrimiento y lucha y todo este trabajo. Que Dios quiera que se les abran los ojos”.

—Y a usted, instrumento lleno de gracia, a usted me dirijo ahora. Lo conectaré con Marianne. Se va a encontrar con ella. Cuando le haga sentir quién es ella, haciéndoselo ver y oír, dado que usted posee esos dones, ¿le entregará entonces a ella, a mi alma gemela, su pleno amor? Se lo repito: va a encontrarse con ella, le mostraré su efigie de varias maneras. También les daré algunas señales, para que ambos puedan aceptar, por increíble que les resulte. Por favor, ¿le susurrará entonces, cuando yo le dé a usted estas pruebas, que es ella? Se me concede hacérselo saber, es la voluntad de Dios.

¿Me permite darle las gracias desde lo más hondo de mi ser por lo que hizo usted por mí? El tiempo no le perteneció, usted vivió en mi tiempo y en mi vida. Tuve que fijarlo en este libro en poco tiempo. Ya solamente sobre el tiempo en que viví en las tinieblas podría escribir libros enteros, pero esa no es la intención. Para los maestros solo se trata de que quieren convencer

de su pervivencia eterna a todos los seres humanos en la tierra que posean el sentimiento y quieran profundizar en todo esto. Que ahí están todas esas posibilidades para todos, sea quien sea, porque Dios ama a todos Sus hijos. Muy hondo en usted mismo está la verdad, usted mismo es la respuesta a todo esto, porque usted es vida, usted es espíritu y alma.

A usted, maestro Alcar, no me es preciso darle las gracias. Usted no quiere ni desea agradecimientos, sino que tengo que dar las gracias a Dios por todo lo que Él me ha dado.

Ahora quiero acabar este trabajo y dedicarlo a mi Marianne. “Marianne, esto es para usted. Acéptelo y atesórelo. Lea y relea, entonces estoy con usted. Ahora parto. Mi bendición para todos ustedes”.

“Que la sagrada e indispensable bendición de Dios descansa sobre esta obra”.

Su Lantos

Fin

